Sophie Saint Rose

Serie Vikingos



Vivo para ti

Vivo para ti

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo

Capítulo 1

Odalyn recogió los juncos del suelo y cuando los estaba tirando en el montón el futuro heredero pasó a su lado. Se estremeció por su mirada que prometía mil cosas y ninguna de ellas era agradable. Diciéndose que no podía dejar que la intimidara, enderezó la espalda observando como salía de la casa hablando con otro de sus hombres como si tal cosa. La rabia la recorrió porque ese cerdo de Neils no tardaría en apropiarse de lo que creía suyo. El jarl no tardaría en permitírselo.

—¿Por qué te quedas ahí parada? —Brenda la cogió por la trenza tirando de ella hacia la cocina. —¡A trabajar, vaga! ¡Hay mucho que limpiar!

Mirando de reojo a la única fémina que su señor había tenido dentro del matrimonio, fue hasta la cocina para ayudar con los platos que había que lavar. Brenda se pasó la mano por su hermoso vestido de terciopelo y gritó acercándose furiosa —¿Me has manchado el vestido con excremento de perro?

Asustada negó con la cabeza. —No, por supuesto que no.

—¡No me repliques! —Le dio un tortazo arañándola con la piedra del anillo que portaba en el meñique y agarró su cabello rubio platino zarandeándola antes de mostrarle la manga impoluta. —¡Mira lo que has hecho! ¡Más valía que te hubieran ahogado al nacer porque no vales para nada! —Cogió un cucharón de madera y empezó a golpearla con ella. Odalyn se cubrió como pudo agachándose, lo que ella aprovechó para darle más fuerte, pero a una de las esclavas se le cayó una olla salpicándole el vestido. —

¡Zorra, estás muerta! —Corrió hacia ella y la golpeó con saña. —¡Has arruinado la comida!

—Lo siento, lo siento…

—Brenda, ¿qué ocurre?

La esposa del jarl bajaba por las escaleras y al ver a quien pegaba, Erika chasqueó la lengua como si no tuviera importancia. —Hija, ven. Tenemos mucho de lo que hablar.

Tiró el cucharon al suelo y sonrió como si fuera un ángel. —Sí, madre.

Reprimiendo un sollozo apartó de su rostro el cabello que se le había soltado de su recogido. Llevó las manos atrás buscando la tira de piel que ataba su trenza. Le había desaparecido. La buscó a su alrededor. —Aquí tienes —dijo Idun, otra de las esclavas y su mejor amiga. —¿Estás bien? —preguntó mientras las demás atendían a Cora.

Asintió sin ser capaz de hablar de la impotencia y se levantó mientras las demás esclavas la observaban con pena. —Tienes sangre en el pelo —dijo una de ellas.

La cocinera se acercó. —Ven que te mire, niña.

—No, estoy bien.

—Ven, no seas terca. —La cogió del brazo y la sentó en un taburete. Apartó su cabello donde estaba manchado de sangre. —Vaya, te ha hecho una buena herida. Trae un paño, Idun. —Su amiga lo hizo en el acto y Aud presionó la herida con él. —Te ha pegado con saña. Cada vez te pega con más ganas, niña.

En ese momento llegó su hermano con un barril lleno de cerveza y al ver que la atendían se acercó agachándose ante ella. —¿Qué ha pasado?

—Me ha pegado otra vez.

Ermin apretó los labios y sus ojos azules expresaron toda la rabia que sentía.

—No es mucho —dijo la cocinera sin darle importancia.

Odalyn forzó una sonrisa. —Aud tiene razón, no es nada. Sigue trabajando. —Se levantó apartando el paño y fue hasta el cubo donde fregaban los platos tirándolo a un lado.

Ermin se acercó a sus espaldas y susurró —Esa puta…

—Déjalo estar. Somos esclavos, no tenemos derecho a protestar. —Miró a su alrededor. —Llévale el plato del desayuno a madre, estará hambrienta. Antes no he tenido la oportunidad de acercárselo.

Apretó los labios y cogió el plato de las sobras del jarl para llevarlo a la casita que compartían los tres. Cuando escuchó que se alejaba apoyó las manos en la mesa de madera y suspiró del alivio. Idun acarició su hombro. —Has hecho bien, ya ha recibido muchos castigos por su carácter. Si le hiciera algo a Brenda, aunque fuera un rasguño, perdería la vida. Por mucho que sea el hijo mayor del jarl, porque es su bastardo como lo eres tú, su padre no le protegerá. Los hijos de una esclava no tienen valor excepto para lo que puedan trabajar y nadie tomaría en cuenta que tiene la misma sangre que esa zorra.

—Casi la misma sangre. —Sus ojos violáceos miraron a su mejor amiga. —Casi la misma sangre.

—La tuya y la de tu hermano es de mucha mejor calidad.

Soltó una risita. —Como te oiga alguien…

—¿Esta tarde iremos al bosque a entrenar? —dijo por lo bajo metiéndose un mechón de pelo moreno bajo el paño que cubría su cabeza.

—Espero que sí. Y después iremos al río a bañarnos.

—¡Odalyn…! —El grito de su hermano a lo lejos la estremeció y se volvió a toda prisa. —¡Odalyn!

Corrió hacia la puerta y se cruzó con Brenda y su madre. Las empujó para pasar y ambas protestaron volviéndose para verla entrar en su casita como una exhalación. Su madre estaba en la cama pálida y sin vida. Se le detuvo el corazón de la impresión mientras un gemido desgarrador escapaba de su garganta. Sin

poder creérselo sintió que sus piernas no la sostenían y se dejó caer de rodillas mientras su hermano sentado a su lado cogía su mano inerte. Ermin apretó los ojos con fuerza con el rostro congestionado de dolor. —No se despierta. Madre no se despierta.

Idun llegó en ese momento y de la impresión se tapó la boca con la mano. —Mi Dios…

—Solo tenía un poco de calentura —dijo Ermin roto de dolor.

Algo dentro de Odalyn se resquebrajó mirando el rostro sin vida de su madre y cuando su mano cayó a un lado gritó desesperada porque la había perdido.

—¡Qué pasa aquí! —Neils apartó a Idun de un empujón para entrar en la cabaña y al ver la situación apretó las mandíbulas. —¿A qué viene tanto drama? ¿Tantos gritos por una esclava muerta? ¡Enterradla y poneos a trabajar si no queréis sentir la cola de mi látigo!

Odalyn volvió la vista hacia el hijo mayor del jarl y siseó con rabia —Serás perro.

—¿Qué has dicho? —La patada que le pegó en la espalda la tiró al suelo provocándole un gemido de dolor. —Vuelve a hablarme así y te rajo el pescuezo.

Los hermanos impotentes demostraron en sus miradas que le matarían con gusto y este sonrió. —Enterrad a esa zorra antes de que su cadáver empiece a oler —dijo con desprecio. Salió de allí y gritó —¡A vuestras cosas!

—¿Qué ha pasado, hijo?

—¡Tu furcia, que se ha muerto!

Retuvieron el aliento escuchando los pasos del jarl subiendo los escalones. Ivar Einarsen observó la escena en silencio sin mostrar ningún sentimiento. Simplemente pasó su sucia mano por su barba canosa llena de trenzas y dijo —Ahora que ella ha muerto ya no tenéis ningún privilegio.

A Odalyn se le cortó el aliento. ¿Privilegio? Su jarl sonrió. —Dormiréis con los demás esclavos. Enterradla y desalojad la casa.

—¿Y por qué no nos echaste antes? —preguntó Ermin furioso.

—Me hizo feliz antes de casarme —dijo fríamente—. Y después también. Pero vosotros no habéis hecho nada por mí. Suerte tenéis que no os haya vendido siendo niños. Hubiera sacado un buen dinero y no hubiera tenido que aguantar las miradas de odio de tu hermana cada maldito día desde hace dieciocho años.

—¿Y por qué no lo hiciste? —gritó Odalyn sintiendo que un intenso odio sustituía al dolor.

Bajó la vista hasta ella para fulminarla con sus ojos negros. —Judith salvó a mi primogénito tres años antes de tu nacimiento y me ató de pies y manos. Tu hijo por los míos, me dijo. Pero ahora ya no está. Seréis vendidos en la primavera. Odio ver vuestros rostros cada mañana… —Dio un paso hacia ella. —Cada tarde y cada noche. —Giró la cabeza a un lado observando el odio en su mirada y sacó su espada. Idun y Ermin gritaron de miedo mientras él ponía la punta de su espada en su barbilla provocando que elevara su rostro. —¿Quieres matarme?

—Sí —respondió con rabia.

El jarl se echó a reír. —Hombres mucho más poderosos que tú lo han intentado. —Movió la espada ágilmente y le rajó la barbilla. Odalyn no hizo un solo gesto. —Eres valiente. Eso lo has heredado de mí.

—Si tuviera una espada te demostraría lo valiente que soy.

—Odalyn no —dijo su hermano agachándose a su lado—. Jarl discúlpela, está rota de dolor.

Él apretó los labios antes de mirar a su madre que yacía en la cama. —Enterradla lejos de mis tierras.

—¿Temes que vuelva a torturarte, jarl? —preguntó Odalyn con desprecio.

El tortazo la tiró al suelo. —Yo no temo a nada. —Sonrió con maldad. —Prepárate para esta noche, perra. Porque mi hijo no te tomaba antes por respeto a mí, pero ahora que no está tu madre no le detendré. Eres una esclava y me da igual que lleves mi sangre, te

subirás las faldas como todas las demás. A partir de ahora vas a trabajar de día y de noche hasta que abandones mis tierras. —Rio por lo bajo. —Eso si llegas viva a la primavera, que viene después de que todos mis guerreros pasen por tus piernas. Pero primero será mi hijo, es su privilegio.

Se le cortó el aliento antes de mirar a su hermano que apretó sus hombros mientras el jarl se fijaba en su amiga. —¡Qué haces tú aquí! —gritó furioso.

Muerta de miedo susurró —Iba a ayudarles a prepararla, mi jarl.

—¡Daos prisa!

Salió de la casa y entonces escucharon los llantos de la gente lamentándose por la muerte de su madre. —¡A trabajar! ¿No habéis oído a mi hijo?

La risa de Brenda llegó hasta ellos. —Padre, parece que se ha muerto una santa de esas del sur. Esas de las que me hablasteis después de uno de tus viajes.

El jarl se echó a reír. —Qué ocurrencias tienes, hija —dijo alejándose—. ¿Estás preparando tu ajuar?

—No tengo hilo de plata —se quejó antes de decir algo más que no llegaron a oír.

Odalyn cerró los ojos y reprimió un sollozo. Llorar no sirve de nada, recordó que decía su madre una y otra vez. Y tenía razón porque su vida era ser una esclava. Se giró para mirar su rostro y se acercó a gatas a ella mientras su hermano se incorporaba observándola. —No te preocupes —susurró—. Saldremos adelante. —Sorbió por la nariz acariciando su cabello rubio sabiendo que era la última vez que se lo tocaría. Ya no se lo trenzaría como cada noche. Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —El señor se te ha llevado pronto porque has cumplido tu penitencia en este purgatorio y ahora estás en el cielo rodeada de ángeles.

—Shusss, como te oiga alguien… —susurró Idun asustada.

Ella no le hizo caso. —Descansa en paz, madre. —Se incorporó para besar su frente antes de hacerle una cruz con el pulgar y

volverse para mirar a su hermano a los ojos. —Enterrémosla como Dios manda.

—Sí, hermana.

En la cena la cocinera no la dejó salir de la zona del hogar. Cuando todos se retiraron, lavó los cacharros y las jarras. Solo cuando terminó, pudo irse a descansar a la casa donde todos los esclavos dormían en el suelo sobre unas viejas mantas al lado de varios animales que les daban calor en invierno. Idun se tumbó a su lado y Ermin al otro. Su hermano tumbado boca arriba se llevó la mano a la frente realmente agotado pues su trabajo era mucho más duro que el de ellas. —¿Estás bien?

Asintió dejando caer el brazo y ella lo acarició. —Cada día estás más fuerte.

—No sé si eso es una ventaja. —La miró de reojo. —Así solo me harán trabajar más. —Se quedó unos minutos en silencio. —¿Crees de veras que estará bien allí arriba?

—¿Acaso lo dudas?

—¿Cómo puede permitir ese Dios del que hablaba que tengamos esta vida y ellos…?

—No te tortures con eso.

—Madre tuvo una buena crianza y la robaron de su casa, se lo arrebataron todo. Ni la dignidad le dejaron. Nos la han quitado a todos. Y como ese cabrón te toque un solo pelo…

En ese momento se abrió la puerta de golpe y todos se sobresaltaron. Uno de los amigos del jarl entró y miró a su alrededor antes de dirigirse a Idun. —Levanta, mujer.

Su amiga lo hizo lentamente y la cogió por la muñeca sacándola de la casa casi a rastras sin que su amiga pidiera ayuda ni una sola vez porque sabía lo que pasaría, que nadie haría absolutamente nada. Reprimió las lágrimas por su amiga que había aprendido hace tiempo que si no se resistía todo pasaba mucho más rápido. Recordó

la primera vez, tenía trece años y no había dejado de llorar y de gritar mientras el jarl la tomaba como era su privilegio. Y lo hizo en el salón ante todos, ante su propia esposa. Fue el primer castigo en el que Ermin probó el látigo porque se tiró sobre su padre y le molieron a palos antes de atarle al poste por haber osado tocar al jarl. Estuvo una semana en la que no pudo levantarse de la cama y su amiga les rogó que no hicieran nada o que sería peor para todos.

Sabía que Ermin tragaba bilis cada vez que sucedía. Ambos sufrían por ella, pero él mucho más. —Hijos de puta —dijo con rabia.

—Contente.

—¿Más? No sé cuánto más podré contenerme. Prefiero morir como un hombre a vivir como un perro. —Rio por lo bajo. —Hasta los perros viven mejor que nosotros. Si James estuviera aquí…

Al recordar al hombre que había considerado como un padre sonrió con tristeza. —Estará con madre…

Su hermano sonrió. —Sí, estarán juntos. Y al fin serán felices.

Emocionada asintió. Ambos miraron al techo mientras lloraban en silencio. Odalyn recordó la sonrisa de James. Apenas era una niña y la cogía por la cintura para elevarla y que volara como los pájaros. Recordaba como sentados en el bosque él les enseñaba a coger una espada hecha con madera. Como a Idun, a Ermin y a ella les daba sabios consejos. —Un buen ataque se hace en el momento apropiado. Se puede vencer a Goliat, pero tiene que estar distraído y clavar la espada en su punto débil.

—¿Por qué no te rebelas? Tú eres un guerrero. Luchaste por tu rey en tu pueblo —preguntó ella.

—¿Un hombre solo contra tantos guerreros? No, eso es un suicidio. Hay que ser listo y buscar el momento adecuado. —Se acercó y susurró —Entonces escaparemos y volveremos a Wessex.

—¿Madre también? —preguntó su hermano.

—Por supuesto.

Una lágrima cayó por su sien porque ninguno de ellos saldría jamás de esas tierras. Cuando tenía doce años presenció como el

jarl estando borracho le había matado porque había mirado a su madre más de la cuenta. Le traspasó con la espada sin dirigirle una sola palabra y tomándole desprevenido. Todavía recordaba sus sorprendidos ojos mientras caía de rodillas y preguntaba —¿Por qué?

El jarl se echó a reír y cogió a Judith de la melena poniéndosela delante. Todavía recordaba la mirada desgarrada de su madre mientras el hombre que amaba se moría. —¿La ves? Es mía.

James levantó la vista hasta su amada que intentaba contener su dolor y este sonrió. —No, no lo es. Su espíritu es libre y su corazón siempre será mío —susurró antes de caer al suelo ya sin vida.

Miró a su hermano y por la expresión de su rostro supo que estaba recordando ese suceso. —No te tortures.

—¿Acaso tú no haces lo mismo? —Se puso de costado y se miraron a los ojos. —Tenemos que hacer algo.

—Calla, como te oiga alguien…

—Debemos irnos.

—Nos cogerán. Además, está a punto de llegar el invierno. ¿A dónde vamos a ir?

—Esas eran las mismas excusas que ponía James. Siempre había excusas. Solo nos llenaba la cabeza de pájaros para no hacer nunca nada. —Se acercó más. —Solo necesitamos un barco y hay tres en el puerto.

Apretó los labios. —¿Para ir a dónde?

—A Wessex.

—Allí tampoco tenemos tierras.

—La familia de madre las tenía. Podemos buscarles.

—¿Y crees que van a acoger a los hijos de un jarl? ¿Del hombre que mató a su gente? No seas ingenuo, nos matarán en cuanto pongamos un pie en sus tierras.

—Pues busquémoslo.

—¿El qué?

—El tesoro del que hablaba.

Se le cortó el aliento. —Eso era un cuento para niños.

—No lo creo. Él me juró que no.

—Primero dices que nos llenaba la cabeza de pájaros, ¿pero resulta que eso era verdad? A ver si te aclaras.

—Me lo juró por la Biblia.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

—¿Crees que mentiría en ese caso?

—No, no se atrevería.

—Recuerdo muy bien sus indicaciones.

—Y yo, pero eso no sirve de nada. Ni sabemos cómo llegar allí, nunca has llevado un barco —dijo en voz baja antes de mirar a su alrededor.

—Ellos han aceptado este destino, pero yo no. —Cogió su mano para que le mirara. —¿Quieres que te violen cuando les plazca? ¿Tener hijos suyos o seguir un destino peor que la muerte si te venden a alguien aún más cruel? Nos separarán, hermana. He oído historias de otros que han sido comprados y yo prefiero morir. —Se acercó. —Y si he de morir no hay nada mejor que hacerlo luchando por mi libertad. Por nuestra libertad.

Alguien se sentó tras Ermin y su hermano se volvió de golpe para ver a la anciana Inga que desde que no podía trabajar en la cocina se encargaba de uno de los telares. —Yo os ayudaré.

—Shusss, vieja no sabes de lo que hablas. Estabas soñando.

La luz del fuego mostró su triste sonrisa. —Tengo un plan. —Varios se sentaron y Odalyn separó los labios de la impresión hasta que toda la sala estuvo atenta a sus palabras. —Tenemos un plan y no nos importa morir. Lucharemos hasta el final como llevamos haciendo tantos años.

—¿Cuánto lleváis planeando esto? —preguntó ella.

—Desde que llegó James.

—¿Veinticinco años?

—Él lo ideó todo, pero le mataron una semana antes de partir.

Varios asintieron. —¿Y por qué no os fuisteis? —preguntó Ermin.

—Porque ya no estaba y muchos se echaron atrás cuando llegó la ocasión. Además, el plan estaba concebido para un momento concreto. Lo que sucedió en aquella semana no ha vuelto a suceder, pero en unos días llegará nuestra oportunidad de nuevo.

Intrigada se adelantó. —¿Hablas de la boda de la hija del jarl?

—En aquellos tiempos era la boda de su hermana con un vecino, no sé si lo recuerdas porque eras demasiado joven. A James se le ocurrió la idea en la boda del propio jarl, pero no tenía la ayuda que necesitaba en aquel momento. Pero nuestra esclavitud a lo largo de aquellos años nos hizo darnos cuenta de que teníamos que hacer algo y la boda de la hermana del jarl era el momento adecuado.

—Por eso el jarl le asesinó, ¿no es cierto? —preguntó Ermin—. Porque se enteró de sus planes y le mató ante todos para daros una lección.

La anciana bajó la mirada. —Puede que fuera por eso. Nunca sabremos las verdaderas intenciones del jarl. Pero tienes razón, puede que alguien nos oyera o se fuera de la lengua.

—¡Cómo puede pasar ahora! Olvídate de nosotros, vieja. No sé qué planes tenéis, pero no tienen nada que ver con nosotros.

Inga sonrió. —Si no nos acompañáis no tendréis otra oportunidad. He visto como se escapaban otros y como les arrastraban de vuelta para matarles como a perros, atados a ese poste que hay en el centro del patio. No pueden permitir que se escape ninguno porque eso da ideas a otros. Avivan nuestro temor con promesas de una muerte espantosa. Pero es la última oportunidad de muchos de no morir aquí, así que nosotros nos vamos en cuanto lleguen los del norte. Y os aconsejo que hagáis lo mismo.

—Sois muchos.

—Son todos —dijo Odalyn impresionada.

—Exacto. —Inga sonrió. —Somos tantos como ellos.

—O más —dijo Aren el herrero.

—En caso de lucha cuerpo a cuerpo ganarán ellos y más si tienen a los del norte que vendrán para la boda —dijo Ermin—. Ese plan es

descabellado y más ante Didrik Hovensen. Su fama de buen guerrero no se puede ignorar. Estáis locos si lo hacéis durante la boda.

La vieja sonrió. —¿Y quién dice que será durante la boda?

Odalyn entrecerró los ojos. —Pretendes que sea después, ¿no es cierto? Cuando todos estén borrachos.

—Es mucho más fácil cortar el cuello a un zorro dormido que a uno despierto. —La mujer la miró sanguinaria. —Y después de que mataran a mis hijos en mi pueblo, te aseguro que yo voy a cortar unos cuantos.

Varios asintieron. —¿Y a dónde vais a ir? —preguntó Odalyn.

—Si Odín me da vida después de esa noche volveré a casa. A mi hogar. Con los míos, si es que queda alguien.

—¿Y si no queda nadie?

La mujer sonrió con tristeza. —Es lo único que me ha dado esperanzas para vivir todos estos años. Si no están, las frías aguas del fiordo me recibirán con los brazos abiertos.

—Dios mío… —dijo por lo bajo.

Ermin se levantó y miró a todos los que allí estaban. —Un pueblo —dijo pensativo—. Muchos habéis formado vuestras familias aquí. —Miró a una mujer que tenía un bebé en brazos mientras su marido la abrazaba por los hombros. —Muchos no conocéis otra cosa ni tenéis patria ni tierras a las que volver.

—Como has dicho es mejor la muerte que vivir así —dijo Inga—. ¿Qué futuro tienen los niños? ¿Ser vendidos al mejor postor? ¿Calamidades y golpes el resto de su vida? Nadie quiere eso para sus hijos.

—¡Por qué no lo habéis hecho antes y quiero la verdad! ¡Se emborrachan muchas veces! ¡Habéis tenido muchas oportunidades!

Inga apretó los labios y miró hacia el herrero que asintió. —Hasta el día de hoy era más seguro quedarse que irse porque James ya no estaba. Teníamos que protegeros porque juramos salvaguardar vuestras vidas, pero en primavera os van a vender. Ahora ya no está

tu madre y después de lo que ha dicho hoy el jarl ya no nos queda más remedio que irnos.

Ambos les miraron sin entender. Inga sonrió con pena. —Claro, no lo entendéis. Recuerdo perfectamente el día en que llegó tu madre a estas tierras. Era la mujer más hermosa y mejor vestida que había visto nunca. Y tenía orgullo, era regia, miraba al jarl por encima del hombro a pesar de los golpes. —Con la mirada perdida dijo —Recuerdo los gritos de James y como luchaba con los hombres intentando protegerla del jarl y como este se reía de él disfrutando de su dolor.

—Era uno de los guerreros de su padre, debía protegerla —dijo Ermin.

—Exacto, fue capturado el mismo día. Durante la lucha le golpearon en la cabeza y no se dio cuenta de nada hasta que se despertó en el barco. Y tu madre, su amada estaba sentada ante él. Recuerdo que muchos dijeron que ella no había soltado una sola lágrima a pesar de que habían matado a sus padres ante ella. Se mantuvo con la cabeza alta mientras su gente tenía que ver como esos cerdos la humillaban. En cuanto llegó ante el jarl este no pudo resistirse. A todos los recién llegados les subía la bilis por la garganta sabiendo que su señora era usada por él y muchos sufrieron castigos severos al intentar protegerla. Al resto les rogó que no hicieran nada. Ya no estaban en sus tierras y ya no era la señora de nadie. Entonces se quedó en estado de ti, Ermin. Lejos de mejorar, su situación empeoró porque James no lo soportaba. Judith le dijo que tuviera paciencia y que su momento llegaría, pero él estaba impaciente por matarles a todos. Se organizaron y algunos, incluso los que nacimos en tierras del norte, nos unimos a su lucha después de que el jarl se casara. —Miró a Odalyn. —Pero entonces naciste tú.

—¿Yo? —preguntó Odalyn sorprendida.

—Sí, la niña más hermosa de todos los fiordos. Tus cabellos dorados y tus ojos violáceos cautivaron a todo el que te rodeaba. El

jarl estaba fascinado contigo. —Sorprendida miró a su hermano que se encogió de hombros. —Iba a reconocerte como propia. Iba a darte tu lugar.

—¿Qué?

—Oh, sí. Pero su esposa amenazó con matarte si lo hacía y a pesar de que el jarl la amenazó a ella, esta no desistió. En realidad odiaba a Judith y eso que sabía perfectamente que todo lo hacía contra su voluntad, pero aun así la envidiaba. No tenías ni un año cuando atrancó la puerta de tu cabaña por fuera e intentó mataros a los tres quemando la casa, pero James llegó a tiempo y os sacó. El jarl se puso furioso porque varios la habían visto y no dudaron en delatarla. Le pegó una paliza que por poco la mata. En su rabia y desesperación porque su esposo la perdonara, destiló su veneno entre lágrimas. Desde entonces esa puta no se atrevió a tocar a Judith uno solo de sus cabellos, pero esta siempre temió por vuestras vidas por las palabras de la esposa del jarl. Ese veneno hizo que a partir de ese momento tuviera que ir con pies de plomo porque si se descubría su secreto perdería lo que más amaba.

—¿Qué secreto?

—Lo que esa zorra reveló al jarl es que tú no eres hija suya. Que ella vio como James y tu madre…

Jadeó llevándose la mano a la boca.

—Eso es mentira —dijo Ermin con rabia—. James la amaba, pero siempre la respetó. ¡Sabía que sino les matarían a los dos!

—Sí es cierto —dijo uno de los hombres levantándose—. Aunque ellos intentaron ocultarlo y no nos dijeron nada a ninguno de nosotros, el tiempo nos ha dado la razón y confirmó las sospechas de quienes les conocíamos de antes.

—¿Por qué dices eso, Oswald? —preguntó su hermano.

—Porque yo me crie en Dorchester y Odalyn es igual que la madre de Lord James Egbert de Edevane Tercero. Hijo del barón de Edevane.

Su hermano volvió la vista hacia ella. —Es igual que madre.

—No es cierto. Tu madre tenía el cabello mucho más oscuro y tú heredaste sus ojos, pero los de tu hermana… Esa hermosura era de la madre de nuestro James. Y lo sé muy bien porque James era primo mío y lady Loretta es mi tía.

Separaron los labios de la impresión. —¿Eras su primo?

—Cuando acudí a las tierras de Judith fue porque mi primo me avisó de que estaban en peligro, llegué apenas una hora antes del ataque de esos perros. Me reuní a solas con él y me pidió que me llevara a Judith y la pusiera a salvo. No dio tiempo a huir ya habían llegado. Como nadie de por allí sabía mi parentesco con James, me hizo prometer que nunca lo mencionaría. Me hizo mantenerme observando en la distancia por si a alguno de ellos les pasaba algo que yo sobreviviera para ayudar a Judith o a vosotros si llegaba el caso. Si no tenía relación aparente con ellos no tenía por qué conocer sus planes, aunque los conocía muy bien. Todos los conocíamos. Quería sacar a sus hijos y a su mujer de aquí cuanto antes. —Miró a los ojos a Ermin. —Porque puede que no tuvieras su sangre, pero te quería como a un hijo.

—Lo sé.

—Los orígenes de tu hermana hacían que la situación de James y Judith fuera cada vez más peligrosa, tenían que hacer algo, pero desgraciadamente ese cabrón le arrebató la vida.

—Hermano, ¿qué están diciendo? —dijo asustada.

—Eso no cambia nada entre nosotros—siseó agachándose a su lado—. Y si no eres hija de ese cabrón mucho mejor. No debes preocuparte por eso.

—Pues deberías preocuparte porque esa es la causa de que el jarl cambiara de opinión respecto a ella y que desde entonces la haya tratado con tanto desprecio —dijo la vieja—. Aunque por supuesto como ante todos había dicho que era su hija, luego no pudo desdecirse. Para todos debía ser hija suya como tú. Si mataba a James en ese momento sería una confirmación de la historia que había contado su mujer y eso no podía permitirlo. ¿Él un cornudo?

No. Antes prefería dejar por mentirosa a su esposa. Ante todos Judith era su amante y vosotros sus hijos. Vuestra madre recibió muchas palizas intentando que reconociera la verdad, pero ella siempre lo negó porque sabía que eso significaba la muerte de todos. De todos nosotros.

—¿De vosotros?

—Juramos protegerte, niña —dijo Inga—. Si el jarl te daña hubiéramos tenido que dar la vida por evitar que murieras.

No entendía nada. —¿Por qué?

—Porque a pesar de que nunca reveló la verdad Lord James nos hizo jurar que os protegeríamos con nuestra vida y que haríamos lo necesario para que regresarais a casa. —dijo Oswald—. Y la razón no es solo que eres su hija, sino que también eres prima segunda del rey de Wessex y heredera de todos los bienes del barón y de tu madre. Eres dueña y señora de las tierras más ricas del reino. —Y para demostrarlo todos los anglosajones agacharon la cabeza en señal de reconocimiento.

—Dejaros de tonterías. ¡A él no le protegisteis! ¡Si fuera vuestro señor deberíais haberlo hecho!

Oswald sonrió con tristeza. —Tú eras su prioridad. Si nos hubiéramos enfrentado al jarl esa noche, hubiéramos muerto todos y teníamos que sacarte de aquí. Huir era fácil, pero llegar a nuestro destino era imposible porque nos seguirían. Tenía que ser en el momento adecuado y ese momento ha llegado.

—Explicadme vuestros planes —dijo su hermano.

—Durante los esponsales se beberá hidromiel —dijo uno de los suyos—. He preparado uno especial para ellos, tan fuerte que a la noche ni sabrán qué es lo que les ocurre.

—Cuando se queden dormidos les mataremos —dijo Inga—. Todos llevaremos puñales que hemos fabricado.

El herrero asintió. —Seis años me costó armarles a todos sin que esos cabrones se dieran cuenta del hierro que sisaba. Pero están listos.

—Robaremos uno de los barcos del jarl —dijo la vieja—. Yo sé manejarlo, me he criado en el agua. Y si yo muero esa noche, varios de los míos saben navegar, eso no será problema.

—Los hombres del norte…

—También estarán borrachos. ¿Has conocido a uno de esos que no beba hidromiel desde la mañana?

—¿Y las mujeres y los niños? —preguntó asustada por ellos. A muchos les había visto nacer.

—Las que no nos den problemas sobrevivirán —dijo Oswald—. No somos salvajes como ellos.

—Habla por ti —dijo una de las mujeres—. Pero si esa vieja loca de Arna no se resiste morirá igual. Esa puta ha provocado más sufrimiento entre los nuestros que el jarl. No se me olvidará mientras viva como mató a mi hijo porque tropezó con ella. Eso sin mencionar a todos los que han muerto porque no les atendía o por los golpes que se llevaban después de haberles acusado de atraer el mal hacia el jarl. Esa zorra va a morir.

Varios asintieron, habían visto morir a varios de los suyos porque la vieja no había querido curarles. Su madre incluida, a la que ya postrada en la cama se negó a atender. Entrecerró los ojos porque no le molestaría en absoluto que esa vieja desquiciada pereciera. Pensó en sus planes y apretó los labios mirando a su hermano que pensaba lo mismo que ella. Ermin dijo —No te gusta que estén aquí los hombres del norte.

—No les conocemos, pero su fama ya da miedo. Sería más seguro hacerlo ahora. Cuanto antes, para que el invierno no se nos eche encima. Podemos sorprenderles mientras duermen. Los vigías no serán problema para nosotros.

—Ese fue el plan inicial de James —dijo Inga divertida—. Y lo desechó.

—¿Por qué?

—Porque siempre hay alguien fuera del pueblo. Están de incursión, de caza, en los campos, o en otros fiordos. Pero cuando

hay una celebración y más una tan importante como esta, todos están aquí. Además en este momento varios de nuestros hombres están ahora en el norte para agasajar con los regalos del jarl al futuro novio. Entre ellos dos hijos del jarl. ¿Crees que no buscarán venganza? Si atacamos ahora, ellos buscarán a sus aliados para prendernos. Puede que los mismos hombres del norte. Son mejores marineros y guerreros, ¿crees que no nos alcanzarían? Volverían antes de una semana con nuestra cabeza en una pica.

—Pero de todas maneras los del norte pueden perseguirnos si matamos a los suyos. Buscarán venganza. No vendrán todos a la boda.

—Pero es que a ellos no les vamos a matar —dijo Oswald divertido—. Solo les ataremos y nos llevaremos a su jarl como seguro hasta llegar a Wessex, donde los nuestros nos protegerán cuando lleguemos.

—¿Quieres secuestrar a Didrik Hovensen? —preguntó su hermano incrédulo—. Es uno de los hombres más poderosos de los fiordos. No solo sus hombres se tirarán sobre nosotros, cada uno de sus aliados no pararán hasta atraparnos. ¡Nos seguirán hasta Wessex y arrasarán con todo para recuperarle vivo o muerto!

Oswald se sonrojó. —Es que cuando James ideó el plan no imaginábamos que casaría a su hija con alguien tan poderoso. ¡Estaba ideado para el marido de su hermana que es un don nadie!

—Dios…—Ella suspiró. —Este plan es un desastre.

—Y que lo digas, hermana. —Puso los brazos en jarras.

—¿Y qué sugerís? —preguntó Inga—. Porque el invierno acecha y no tenemos muchas oportunidades más. Si llegan las nieves solo nos quedaría una lucha cuerpo a cuerpo antes de que llegue la primavera y os vendan. Y en esa lucha ganarán ellos. La mitad de los nuestros no tienen experiencia en guerrear, se han criado como campesinos.

—Silencio —dijo uno de ellos en susurros—. Viene alguien.

Todos se tumbaron en el acto y la puerta se abrió. Su hermano le cubrió la cabeza con la manta para tapar su cabello y se acostó en el centro del grupo. Neils entró en la casa y miró a su alrededor. Una chica morena levantó la cabeza y él gruñó antes de hacerle un gesto con la mano para que se acercara. Por una rendija de la manta vio cómo se iba con él y se emocionó por su sacrificio. Lo había hecho por ella. Toda esa gente daría lo que fuera por ella y le pareció increíble. Entonces recordó otros momentos en los que varios de los suyos intercedieron o que recibieron un golpe que iba dirigido a ella. Una lágrima cayó por su mejilla y cuando se cerró la puerta sintió algo en su interior que le dijo que tenía que hacer algo. Tenía que sacar a su gente de allí y llevarles a casa. A casa. Hasta ese momento no la había sentido su casa. Se llevó la mano al pecho sintiendo como su corazón se aceleraba porque al fin tenía una razón para vivir. No sabía si sobreviviría o lo que encontraría en esas nuevas tierras, pero tenía que hacer todo lo posible para que esas personas que la habían cuidado durante toda su vida regresaran a su hogar. Tenía que intentarlo. Pensando en que el jarl se resistiría y que puede que muchos de los suyos murieran, sintió una rabia que jamás había sentido. Un odio de tal calibre que aceleró aún más su corazón. Quería venganza. Su sangre clamaba por ella. Sí, por supuesto que lo intentaría, lo juraba por la tumba de su madre y por la sangre derramada de los suyos, como juraba que mataría al jarl. Puede que muriera en el intento, pero haría lo que fuera necesario para salir de allí tomándose venganza por ella y por su familia, por las familias de todos.

Sintiendo fuerzas renovadas apartó la manta y les miró a todos que la observaban en silencio. —Muy bien, pensemos en ello. — Apretó los labios dándole vueltas mientras ellos discutían cómo hacerlo. Cómo vencer a Goliat… Entrecerró los ojos cuando una idea se le pasó por la cabeza y se puso de pie con los ojos brillantes de la alegría haciendo callar a todos. —Puede que sea el momento adecuado para nuestro ataque precisamente por cómo es el novio

que está por llegar. Los rumores que corren por estas tierras dicen que el prometido de Brenda no tiene precisamente buen carácter, todo lo contrario.

Su hermano sonrió. —Ya veo por donde vas, hermana.

—Un enfrentamiento entre ellos es lo que necesitamos. Así seremos libres. —Sonrió maliciosa. —Nada mejor como dejar que se maten los unos a los otros.

—¿Y cómo vamos a lograr eso? —preguntó Oswald.

—El orgullo y el honor son sus puntos débiles. Aprovechémonos.

Capítulo 2

El sonido del cuerno la tensó y miró al fondo del salón donde su hermano estaba colocando los barriles. Los esclavos la miraron de reojo y ella siguió trabajando mientras rezaba al dios de su madre para que todo saliera bien. Muchas vidas dependían de ello.

Por supuesto los esclavos siguieron trabajando mientras su jarl se levantaba de su gran silla loco de la alegría para recibir en el puerto a su invitado. Serían cinco días de celebraciones y la boda se oficiaría el último día. Estaban previstos juegos, cenas todas las noches con música para homenajear al novio y una caza del oso. Varios hombres habían visto sus huellas por la zona y esperaban obtener una buena pieza antes de que se adentrara en su cueva para hibernar durante el invierno. Cinco días. Tendrían tiempo para crear un conflicto que les enfrentara. La cuestión era cuál, porque era evidente por lo satisfecho que estaba el jarl que estaría de acuerdo con todo lo que dijera su futuro yerno. No hacía más que elogiarle por su valentía y buen hacer con su pueblo. Todos le admiraban y que se llevaran tan bien era un problema para ellos. Pero no podía fallar. Tenía que encontrar un tema en el que estuvieran en desacuerdo y explotarlo hasta que saltaran sus ánimos. Y cuando un guerrero saltaba era impredecible.

Suspiró revisando que todo estuviera en orden. Ella misma había preparado la habitación del novio en el piso superior. La habitación que ocuparían en su noche de bodas los novios el último día. Apretó los labios porque la había decorado con flores, velas y las mejores pieles como si Brenda fuera una reina. El jarl no quería que a sus

invitados les faltara de nada. En la cocina se estaban preparando auténticos manjares y habían obligado a asearse a los esclavos como si los suyos no hubieran querido hacerlo cuando más de uno estaba encantado con sus ropas limpias. Esos bastardos ni les dejaban asearse en el día a día a no ser que su hedor llegara a la nariz de sus dueños y eso les molestara.

Una risa cantarina la hizo mirar hacia la escalera para ver bajar a Brenda ya preparada con uno de sus elegantes vestidos especialmente hechos para la ocasión. Estaba encantada, la muy zorra. Apretó los labios recordando el tortazo que le propinó la noche anterior porque una de las flores de la futura cámara nupcial se había caído de la guirnalda. Pero ya le llegaría su hora. Ya les llegaría a todos.

—Disimula —dijo Idun pasando a su lado con unas jarras vacías. Cuando las dejó en la mesa y regresó la advirtió con la mirada.

Se escucharon vítores y varias flautas empezaron a sonar a modo de bienvenida. Odalyn miró a su alrededor y allí solo quedaban esclavos. Fue tras su amiga hacia el hogar y las miró a todas. —¿Listas? Recordad, cualquier cosa que oigáis puede ser importante.

—Sí.

—No podemos fallar. Es ahora o nunca.

La cocinera que sustituía a Aud porque se había roto una pierna cuando alguno de los suyos la tiró por las escaleras, sonrió maliciosa. —Estamos preparadas.

Miró a su hermano que asintió antes de salir de la casa del jarl. Todo estaba listo. Era hora de hacer su papel. Debía seducir al jarl Hovensen para alterar los ánimos al hijo del jarl. Neils la consideraba suya y si veía que Didrik ponía los ojos en ella, eso no le gustaría. No, no le gustaría nada después de estar esperando por ella varios años. Que otro le arrebatara la virginidad le pondría de los nervios y a Brenda la volvería loca de celos. Pero si el jarl Hovensen la pedía a ella esa noche, Ivar no podría negárselo. Al fin y al cabo era una esclava y no había razones para negarle lo que deseaba. Era habitual

ofrecer las esclavas a los invitados para que se sintieran a gusto. El jarl había ofrecido a su madre varias veces en el pasado. De hecho Erika ya les había advertido a las esclavas de la casa que debían subirse las faldas para cualquiera que las deseara. Debían pasárselo bien, era una celebración por todo lo alto y los guerreros que acompañarían al jarl debían saciar sus apetitos para que se fueran contentos y que la alianza que formarían fuera muy provechosa para su pueblo. Apretó los labios. Era hora de sacrificarse por los suyos como ellos habían hecho por ella toda su vida. Había discutido muchísimo con su hermano y los demás que no estaban de acuerdo, pero debía hacer algo y sabía que un conflicto con el hijo del jarl, con el carácter tan caprichoso que tenía, les beneficiaría para ir caldeando los ánimos mientras buscaban algo que les llevara a la guerra.

Le hizo un gesto a Idun y esta rápidamente se puso a sus espaldas deshaciendo su trenza para dejar su hermoso cabello suelto. Con agilidad cogió dos mechones de las sienes y se los unió atrás. Se pellizcó las mejillas y su amiga dijo —Humedécete los labios.

Lo hizo a toda prisa y cuando su amiga terminó se volvió para mirarla. —¿Cómo estoy?

—Más hermosa que una tarde de primavera. No podrá resistirse. Brenda se va a morir de la envidia.

—Seguro que soy más bonita que ella, ¿no? Porque sino esto no tiene sentido.

—Créeme, no hay hombre en este lugar que no desee meterte en su cama.

—No exageres.

Su amiga chasqueó la lengua. —Recuerda mis consejos. Mira a Neils de vez en cuando. Lleva toda la semana buscándote y está impaciente por ponerte las manos encima. Te cree suya y si piensa que te interesa, nada se interpondrá en su camino. —Asintió. —No

te pongas nerviosa porque el resto de nosotros también haremos nuestro trabajo y puede que eso sea suficiente.

—No pienso fallaros.

Su amiga sonrió. —Nunca nos fallarías. Solo siento que después de todo lo que te hemos protegido tengas que hacer esto.

—Precisamente. Ya es hora de que sea yo la que os proteja a vosotros.

Su amiga emocionada la besó en la frente como cuando eran niñas y se volvió para coger varias hogazas de pan.

Observó a su amiga que sorbía por la nariz antes de pasarse la mano por ella. Odalyn miró a las demás. Y entonces sintió que eran una familia. Se habían apoyado, ayudado y consolado cuando había sido necesario. Y se dejarían la vida unos por los otros. No podía haber familia más unida que la suya.

El sonido de las voces acercándose la hizo volverse y decidida fue hasta los barriles abiertos para hundir cuatro jarras. Las sacó justo cuando entraban en la casa y Odalyn puso su mejor sonrisa acercándose al jarl a toda prisa, pero cuando sus ojos fueron a parar al hombre que tenía al lado se detuvo en seco de la impresión porque su mirada era fría como el hielo. Pero eso no era tan impactante como todo él. Su cabello negro iba trenzado desde las sienes hasta la base de su nuca y no llevaba la barba tan larga como los demás lo que mostraba mejor sus facciones y una marcada cicatriz en la mejilla que no le quitaba atractivo en absoluto. Iba vestido con un chaleco de fina piel negra, unos pantalones del mismo color y unas botas hasta la rodilla. Todo él era poderoso y cualquiera que le viera temería por su vida si le enfurecía, porque ese rostro, esos ojos decían que con él no se jugaba. Tragó saliva sintiendo que le temblaban las piernas. ¿Qué le pasaba? ¡Ese hombre no podía quitarle el valor de golpe! Ni él ni nadie. Enderezó la espalda y el jarl Hovensen no perdió detalle entrecerrando sus ojos negros. Es más, esos ojos la recorrieron de arriba abajo antes de regresar a su rostro y ni se dio cuenta de que se había quedado

alelada hasta que el jarl y los demás se acercaron para coger una de las jarras que tenía en la mano. Cuando su mano rozó la suya sintió un estremecimiento. Y mientras el jarl Einarsen levantaba su jarra y brindaba por el novio, ella solo pudo mirar hacia arriba impresionada por su brazo que era realmente enorme y lleno de músculos. Con la boca seca miró los pelos de su axila y algo en su estómago pegó un bote.

—¡Más hidromiel, mujer! —gritó su jarl loco de contento sobresaltándola.

Reaccionó a toda prisa cogiendo la jarra de su amo y corrió hasta el barril para llenarlo. Al volverse vio cómo se sentaban a la mesa principal y Idun susurró —Cuidado con Brenda, se ha dado cuenta de que ha reparado en ti.

Por instinto miró hacia la hija del jarl que de pie aún al lado del novio forzaba una sonrisa, aunque su mirada decía que estaba furiosa. Cuando se sentó miró hacia ella como un resorte y supo que haría algo para dejarla en evidencia. Pues se iba a llevar una sorpresa porque otro de sus planes era mostrarle a Didrik el verdadero carácter de esa zorra a ver si así la rechazaba y la guerra estaba asegurada.

Le puso la jarra al jarl que sentado a la cabecera de la mesa no dejaba de hablar con su invitado sentado a su izquierda, mientras su hijo mayor sentado frente a él la miró como si fuera suya. —Llena la mía.

Alargó la mano para coger la jarra de Neils cuando el Ivar dijo —Me alegro mucho de que hayáis tenido buen viaje. Mi hija estaba deseando que llegara este día.

Didrik volvió la cabeza hacia la novia a regañadientes lo que provocó un vuelco al corazón en Odalyn. ¡No quería casarse con Brenda! Allí de pie escuchó que decía —Es un placer que te espere una mujer tan hermosa.

Brenda se sonrojó de gusto. —Y te esperaré siempre.

Ivar se echó a reír dando un golpe en la mesa. —Como puedes ver es muy tímida.

Odalyn levantó una ceja por su mentira antes de recibir un fuerte azote en el trasero por parte de Neils. —¡Mi hidromiel, esclava!

Cuando Didrik la miró se puso como un tomate volviéndose a toda prisa para llenar la jarra de ese cerdo. Con ella en la mano se giró e Idun le entregó otra pesada jarra para ir sirviendo en la mesa sin tener que darse tantos paseos. Sonrió. —Gracias.

—De nada.

Le puso delante la jarra a Neils que gruñó antes de coger una pata de conejo que otra de las esclavas acababa de servir en una enorme bandeja. Al ver que la jarra de Didrik estaba casi vacía rodeó al jarl por detrás para servirle a él también. Su muslo rozó el suyo sin querer y él volvió la vista hacia ella. —¿Ves a mis hombres?

Ella miró la mesa que había en frente donde veinte guerreros comían como si estuvieran hambrientos. —Sí, jarl.

—Dile al de la cabecera que venga.

Asintió y fue de inmediato hacia allí. El hombre rubio se tensó al verla acercarse. —Su jarl quiere que vaya.

Se levantó de inmediato tirando el hueso sobre su plato de madera y le guiñó un ojo antes de pasar a su lado para hacer lo que le habían ordenado. Este se agachó lo suficiente para que Didrik le dijera algo al oído y de repente ambos miraron hacia ella. Como un tomate se dio cuenta de que se había quedado allí parada y fue hasta la cocina a toda prisa para coger otra bandeja. Idun se puso a su lado. —Madre mía, es impresionante.

—¿Verdad que sí?

—No es que sea muy guapo, pero tiene algo… ¿Y has visto a sus hombres? Ese que acabas de llamar haría que cualquiera de nosotras se levantara las faldas con gusto.

Sorprendida se la quedó mirando porque jamás había hablado así de los hombres. De hecho los odiaba a todos excepto a su hermano, del que hasta ese momento siempre había creído que estaba

enamorada. Bueno, igual era un decir. No había que darle tanta importancia.

—Creo que no quiere casarse con ella —susurró agarrando la enorme fuente de coles.

—No creo que tenga problema para llenar su lecho cada noche. Atarse a una mujer, a cualquier mujer es una carga que tendrá que soportar. Y Brenda es una carga enorme. —Su amiga cogió otra bandeja volviéndose. —¿No es extraño?

—¿El qué?

—Que un hombre tan influyente se case con esa por mucha hija del jarl que sea. No necesita alianzas, ¿por qué casarse?

Entrecerró los ojos mientras su amiga se alejaba. Sí, ¿por qué casarse? No había razones para hacerlo. Era rico, temido, con grandes influencias y aliados. ¿Por qué casarse con la hija de Einarsen cuando debía tener un montón de candidatas haciendo cola? Seguro que no había jarl en esas tierras que no quisiera una alianza férrea con él. Si se hubiera enamorado lo entendería, pero hasta ese día no se habían visto ni una sola vez, pues Ivar lo había organizado todo. Tenían que averiguar qué es lo que ocurría y por qué había aceptado a Brenda.

Le puso la bandeja delante y al estirar los brazos hacia el centro de la mesa mostró el canalillo. Levantó la vista hacia él que no perdía detalle y entonces el jarl elevó la vista hasta sus ojos provocándole un vuelco al corazón.

Brenda a su lado apretó los labios antes de decir —Odalyn, encárgate de la mesa de los guerreros del jarl Hovensen. No quiero que les falte de nada.

Rayos, pensaba alejarla. —Sí, Brenda.

—No. —Sorprendida miró hacia Didrik que dijo —Quiero que me atienda a mí.

Separó los labios de la impresión por todo lo que eso significaba mientras Brenda no podía disimular su sorpresa. —Pero tenemos otras esclavas que pueden atenderte igual de bien y…

—He dicho que no. ¿Acaso no me has oído, mujer?

Brenda se sonrojó. —Sí, claro que sí, mi jarl. Se hará como queráis.

Él mirándola directamente le hizo un gesto con la cabeza para que se pusiera a sus espaldas, cosa que hizo de inmediato todavía sin poder creérselo. Sabía que lo hacía para que ninguno de sus guerreros la reclamara, pero también lo había hecho para dejar claro ante los de esa mesa que era suya al menos los días que estuviera allí. La cara de Neils lo decía todo. Este miró a su padre como si no supiera qué decir. Ivar carraspeó. —Didrik, Odalyn es un poco especial entre los esclavos.

—¿Y eso por qué? —Mordió un muslo que tenía en la mano. —¿Acaso no es una esclava? Todas las esclavas son iguales.

—Sí, por supuesto, pero es que Odalyn ha sido reservada a mi hijo y…

—¿Me estáis diciendo que es virgen?

—Sí, mi jarl. Neils pensaba tomarla durante las celebraciones.

Didrik enderezando la espalda miró a su supuesto hermanastro que carraspeó. —Es mía, mi jarl, puedes elegir a cualquier otra para atenderos como merecéis.

—¿Acaso me niegas lo que quieres para ti? ¿Qué clase de hospitalidad es esta? ¿O es que piensas hacerla tu esposa?

—No, claro que no —dijo horrorizado—. Es una esclava.

El jarl se tensó antes de sonreír malicioso. —Claro que sí, es una esclava. Y me apetece tenerla —dijo dejando claro cuáles eran sus intenciones—. Como has dicho, si una esclava no tiene importancia no sé por qué me la niegas a mí, a no ser que quieras ofenderme.

Ivar carraspeó. —Por supuesto que no quiere ofenderte. —Miró a Odalyn. —Procura que no le falte de nada.

—Sí, mi jarl —dijo con ganas de gritar de la alegría. La había reclamado para sí y durante esos días le atendería en todos los sentidos. No podía creerse que aquello estuviera pasando y tan rápido. Se sentía como si le hubieran hecho un regalo cuando nunca

nadie le había regalado nada en la vida. Para él era especial y la acababa de nombrar su favorita. Nadie podía tocarla en los días que él estuviera allí. En ningún sentido para no ofender a su invitado. Se sintió tan maravillada que sin poder evitarlo miró su perfil susurrando —Será un honor atender al jarl.

Ivar asintió mientras Brenda la miraba como si quisiera matarla con el cuchillo en la mano. Didrik agarró su muñeca con firmeza. —No me digas que eres una de esas mujeres que odia que sus hombres traten con las esclavas.

—No, por supuesto que no —dijo incómoda—. Mi madre me ha enseñado que son como animales. Los usamos para nuestro beneficio y si con ello sois más feliz a mi lado, yo contenta, mi jarl. Mi padre incluso ha tomado a alguna ante mí para enseñarme. No es algo que me inquiete, mi jarl.

Tenso miró al jarl. —Así que las toma incluso ante su familia.

—¿Acaso su padre no hacía lo mismo para enseñarles?

—Mi padre no era jarl y jamás hubiera ofendido a mi madre de esa manera. Mucho menos ante sus narices.

Ivar carraspeó incómodo. —Cada uno tenemos nuestras costumbres.

—Eso es evidente —dijo como si las costumbres de los Einarsen les parecieran bárbaras—. Hay ciertos límites que no hay que cruzar porque sino seríamos como salvajes, ¿no cree, jarl?

—Sí, por supuesto —dijo confundido mientras Odalyn intentaba reprimir la risa admirada por la manera en la que hablaba. Era muy inteligente y lo demostró durante la siguiente hora en la que les lanzaba pullas que ellos ni captaban. Tenía una fina ironía que la maravillaba y mantenía a toda la familia comiendo de su mano. Brenda le miraba embobada al igual que su madre. Neils intentaba disimular su enfado a duras penas y el jarl decía que sí a todo como si hablara el mismo Odín. No, ese hombre no se había visto obligado a casarse con Brenda, aunque no quería ese matrimonio. Igual se había quedado con ella porque la proposición llegó en el momento

justo en el que decidió que necesitaba una familia, pero era evidente que no estaba nada contento con la novia.

—¿Tú cazas? —le preguntó a Brenda.

Le miró con horror. —Por supuesto que no, para eso están los hombres —dijo elevando la barbilla como toda una princesa.

—Así que no me vas a servir de nada aparte de darme hijos, si es lo que Odín quiere.

Brenda jadeó indignada. —Quedaré muy bien a tu lado cuando tengas visitas. Soy hermosa —dijo orgullosa.

—Tendréis unos hijos preciosos —dijo Erika.

—Yo no quiero hijos preciosos, quiero hijos que luchen y trabajen por su pueblo.

La mujer se sonrojó. —Sí, por supuesto. Grandes guerreros.

—Mi hija te dará hijos grandes como osos —dijo el jarl como si fuera una orden—. ¿Verdad hija?

—Claro que sí. —Se lo comió con los ojos. —Haré todo lo que mi futuro esposo quiera.

—¿De veras? —preguntó como si estuviera divertido.

Odalyn se puso alerta porque ese tono de voz no le gustó un pelo. A ver si ahora empezaba a caerle en gracia y la despachaba…. Ah no, eso no podía ser. Era suyo. Al menos cuatro días.

—¿Harías lo que te pidiera?

—Por supuesto, mi jarl.

—No quiero que digas una sola palabra más hasta la boda. —Brenda separó los labios de la impresión antes de mirar a su padre. —Así me demostrarás que eres la esposa obediente que espero de ti.

El jarl se echó a reír como si le hiciera mucha gracia. —No dirá ni una sola palabra. —Brenda jadeó indignada y Odalyn reprimió la risa. —¡Más hidromiel para mis invitados!

—Pero…—protestó su madre, pero el jarl no le hizo caso.

—Se hará como Didrik ha dicho —dijo perdiendo la sonrisa de golpe—. Y más te vale que cumpla con su encargo, esposa. O te

consideraré responsable de no haberle dado la educación que deberías.

Erika enderezó la espalda. —No dirá ni una sola palabra.

—Bien —dijeron los dos jarls satisfechos.

—Querido hijo… ¿Puedo llamarte hijo?

—Es un honor, jarl —dijo Didrik antes de beber.

—Mañana iremos a cazar un oso. Nos vendrá bien su carne para el invierno.

—Soy un hombre de acción.

Ivar se echó a reír y le golpeó en el hombro. —Eso se nota. Tranquilo, que tenemos muchos entretenimientos para estos días.

—Hay mucho de lo que debemos hablar, jarl.

Perdió algo la sonrisa. —Por supuesto que sí, también habrá tiempo para eso. Ya está todo preparado.

¿Qué querrían decir? Intrigada miró a Didrik que tenía una expresión dura en su rostro como si su respuesta no le hubiera gustado nada. Era evidente que quería hablar de ese tema cuanto antes. —Eso espero.

El jarl asintió antes de gritar —¡Hijo, mueve el trasero y saca tu puñal! ¡Demuéstrales a nuestros invitados tus habilidades!

Neils se levantó con una sonrisa en el rostro porque ese era su momento. Ya había visto en otras ocasiones como lanzaba su puñal y en una de esas ocasiones uno de los esclavos recibió una cuchillada en su rostro que le envió con su creador. Más le valía que en ese momento no fallara. Cuando sacó su puñal de la bota la miró poniéndole los pelos de punta, demostrando que o era suya o no era de nadie. —Odalyn, ven a ayudarme.

Sin poder evitarlo dio un paso hacia Didrik que tensó la espalda. —Elige a otra. Creo que ya habíamos hablado de esto.

—Hijo, elige a otro esclavo —dijo Ivar entre dientes. Señaló a uno que pasaba en ese momento y Odalyn palideció al ver que era Ermin —. ¡Tú! ¡Ayuda a mi hijo!

Ermin la miró a los ojos antes de asentir y dio un paso hacia ellos. —¿Qué debo hacer?

Neils sonrió como si estuviera satisfecho con el cambio. Cogió de la mesa una manzana. —Ponte en el poste central.

Se le cortó el aliento porque estaba a más de veinte pasos y nunca había visto a Neils tirar desde esa distancia. Su hermano estaba muerto. Muchos de los suyos jalearon a Neils mientras los esclavos muy tensos estaban dispuestos a la lucha por salvarle como habían jurado. Cuando Ivar se levantó para animar a su hijo, ella se agachó y susurró —Le va a matar, va a matar a mi hermano. Lo hará solo por hacerme daño.

—Aléjate —dijo fríamente.

Se enderezó diciéndose que era una tonta por pensar que la ayudaría. Era una esclava y que la hubiera elegido para llevarla al catre no suponía que fuera a dar la cara por ella. Asustada por su hermano miró hacia allí donde Ermin ya daba la espalda al poste con la manzana en su mano. Todos los que antes estaban detrás se habían apartado porque conocían bien la puntería de Neils y si tenía un mal día se jugaban el cuello. Miró hacia Idun que angustiada se apretaba las manos. Oswald a su lado con unas jarras en la mano las dejó sobre una mesa y se llevó la mano a la espalda donde guardaba su cuchillo bajo la chaqueta. Aquello iba a ser una lucha a muerte y tensa se agachó sacando con agilidad su cuchillo de la bota. Pero antes de darse cuenta se lo habían arrebatado de las manos y sorprendida miró a Didrik que tenso hizo que se levantaba mientras susurraba —Guarda esto, déjame a mí.

Se enderezó cogiendo el cuchillo de su mano y lo guardó entre los pliegues de su viejo vestido. No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero él no esperó su respuesta volviéndose y diciendo —¿Es bueno?

—El mejor de mis hombres —dijo el jarl orgulloso.

Didrik se acercó a Neils. —Veo muy seguro a tu padre.

—Lo estoy.

—Entonces no te importará hacer una apuesta. —Tiró una saca sobre una mesa y los ojos de Ivar brillaron de avaricia. —Si falla me darás el doble de lo que hay ahí.

—Es el oro más fácil de ganar que he tenido nunca. Hijo, no me falles.

Más le valía no perder porque si era así le despellejaría vivo. Neils perdió algo la sonrisa antes de asentir. —No te fallaré, padre.

Entendía lo que quería hacer Didrik, evitar que fallara, pero dadas sus habilidades no las tenía todas consigo y preocupada se acercó a ellos quedándose al lado de Didrik. Miró a su hermano a los ojos y este sonrió débilmente.

—Póntela sobre la cabeza —ordenó Neils.

Su hermano lo hizo demostrando lo valiente que era. —Hay al menos veinte pasos —dijo el jarl satisfecho—. ¿O queréis que sea desde más lejos? —preguntó fanfarrón.

—Está bien así. —Sonrió divertido cruzándose de brazos. —Si le matas vas a quedar muy mal, Neils.

—Eso no pasará. —Neils tiró el cuchillo al aire para cogerlo por la hoja antes de mirar a Ermin fijamente. Sabía que no podía fallar o quedaría mal ante todos. Su orgullo y el de su padre estaba en juego y todos lo sabían.

El corazón de Odalyn se aceleró muerta de miedo y cuando lanzó el cuchillo quiso gritar para suspirar del alivio al ver que había quedado justo encima de la manzana clavado al poste.

La cara de Ivar lo decía todo y se hizo el silencio mientras Neils se sonrojaba con fuerza antes de gritarle a Ermin —¡Te has agachado!

—Hijo, cierra la boca —siseó Ivar furioso.

Didrik sonrió con malicia. —Apuesto que el esclavo lo hace mucho mejor que tú. De hecho, apuesto diez como esas a que él sí da en el blanco.

Asombrada miró su perfil y varios rieron. —¡Silencio! —gritó el jarl antes de volverse hacia él—. ¿Un esclavo? Os sobra el oro —

preguntó frotándose las manos porque pensaba que recuperaría lo perdido.

Varios se rieron. —Deja que me divierta. —Se volvió hacia Ermin. —Seguro que nos sorprende.

Ermin sonrió. —Haré lo que pueda, mi jarl.

—Estoy seguro. ¡Dadle un cuchillo!

Su hermano arrancó el que tenía encima suyo sabiendo que eso ofendería a Neils que adoraba su cuchillo con empuñadura de oro. Se acercó a Neils y dijo —¿Te colocas?

—¿Yo? —preguntó como si hubiera dicho un disparate.

—Es lo justo —dijo Didrik—. Ahora te toca a ti.

—Jarl, no pienso poner la vida de mi hijo en manos de este inútil.

—Me colocaré yo —dijo Odalyn en un impulso.

Didrik miró hacia ella levantando una ceja y vio en sus preciosos ojos que no sentía ningún temor. —Al parecer una esclava tiene más valor que tú, Neils.

Este le miró ofendido y caminó hacia el poste colocándose la manzana que le tendieron sobre la cabeza. Ermin lanzó el cuchillo cogiéndolo por el filo y lo tiró sin pensarlo dando justo en el centro de la manzana dejando al jarl con la boca abierta mientras los demás no salían de su asombro. Didrik sonrió. —Vaya, jarl. Me debes una pequeña fortuna.

El jarl farfulló sin saber muy bien qué decir mientras Didrik iba hacia la mesa cogiendo la saca de oro para tendérsela a Ermin que le miró sorprendido. —¿Para mí?

—Son tu parte de las ganancias.

Asustada porque el jarl se lo quitara dio un paso hacia ellos. —No es libre para coger ese oro —dijo Neils furioso.

—Oh… es cierto. —Miró hacia el jarl y sonrió malicioso. —Es un esclavo. —Caminó alrededor de Ermin mirándole bien. —Un esclavo muy fuerte… Me vendría bien en mis tierras. ¿Hacemos un trueque?

—¿Qué se te está ocurriendo? —preguntó el jarl.

—Tu deuda conmigo por estos dos esclavos. —Se acercó a ella mirándola a los ojos. —Es bella, me vendrá bien para calentar mi cama cuando mi futura esposa esté en estado.

Hubo susurros a su alrededor, pero Odalyn no podía dejar de mirar esos ojos negros sintiendo que su corazón saltaba de su pecho. La quería para él, quería llevársela y en su mirada veía que haría lo que fuera por obtenerla, lo que casi le hizo chillar de la alegría.

—Son valiosos.

—¿Más que diez sacas de oro? Lo dudo, jarl. Piensa que tus arcas sufrirían mucho —dijo sin dejar de mirarla.

—¡Muy bien! —gritó molesto por tener que ceder—. ¡Son tuyos! De todas maneras pensaba venderlos en primavera. —Miró a su hijo como si quisiera matarle. —¿Ves lo que has hecho?

—Lo siento, padre.

Fascinada no podía dejar de mirar a Didrik que había demostrado su inteligencia no solo salvando a su hermano sino consiguiendo liberarla del jarl y del yugo al que la sometían sus familiares. Ahora era suya.

—No seas duro con él, jarl —dijo divertido—. Apenas es un hombre.

—Tiene la misma edad que Ermin —siseó.

—Es interesante que sepas la edad de un esclavo.

—Es hijo mío.

Didrik no pudo disimular su sorpresa. —¿No me digas?

—Su madre era anglosajona. Odalyn también es mi hija. Bastardos, pero hijos de mi semilla.

Él se volvió hacia ella y levantó una ceja. —No lo hubiera imaginado jamás. Así que es tan hija tuya como Brenda…

—¡Ella es bastarda! —gritó Erika molesta.

—Sí, por supuesto, pero como ha dicho el jarl hija de su semilla. —Erika tuvo que cerrar la boca ante eso. —¿Y tienes más hijos, jarl?

—Nunca se sabe. Estos sé que son míos porque Judith era solo para mí.

Que más quisieras cerdo, pensó. Didrik sonrió de medio lado. —Alguna vez la ofrecerías.

—Sí, pero nunca preñó. Solo conmigo y este es el resultado. —Ivar se acercó a ella y la cogió por la barbilla. —¿Has visto alguna vez ojos más hermosos?

—No.

—Si no hubiera sido esclava no habría hombre que no supiera de su hermosura. Lo mío me ha costado que no le levantaran las faldas. Varios han pedido su mano. —Sorprendida miró al que todos consideraban su padre que sonrió. —Y han intentado comprármela antes. La primera vez con diez años. Pero su madre…—Apretó los labios.

—¿Le debíais algo a esa mujer?

—Salvó a mi primogénito y me hizo jurar que no la vendería. ¡Pero ahora está muerta! —dijo como si al fin hubiera sido liberado de su promesa. De repente sonrió con malicia apretando su barbilla —. Seguro que te hace feliz saber que vas a cuidar de Brenda en su nuevo hogar.

La aludida furiosa empezó a subir las escaleras y su madre jadeó corriendo tras ella. Era evidente que no le gustaba nada que su futuro marido la hubiera comprado. El jarl gruñendo siseó —Mujeres…

—Cierto jarl, solo dan problemas. —Didrik le pasó la mano por los hombros. —Bebamos para olvidarlas.

Mientras se alejaban su hermano se puso a su lado y observaron como se sentaban. —Me gusta —dijo Ermin.

—Y a mí.

—No te olvides de nuestros planes, hermana. Además, con él seguirías siendo esclava.

—Lo sé. —Le miró a los ojos. —Pero si esto hubiera pasado hace días, este hubiera sido el momento más feliz de mi vida.

Capítulo 3

Ya era bien entrada la noche cuando los hombres empezaron a retirarse. Ella seguía tras Didrik que no le había dado permiso para irse y tampoco podía ayudar a las demás a recoger por si se molestaba. Durante una hora más o menos pensó que se había olvidado de que estaba allí, pero cuando le hizo un gesto para que llenara su jarra se dio cuenta de que estaba equivocada, simplemente no quería que se fuera. Escuchaba la conversación que tenía sobre otros pueblos y cierto conflicto que había con los Sveinnsen.

—Esos cabrones… —dijo Ivar—. La última vez que los vieron en Heirst mataron a tres de los míos en la cantina porque decían que las mujeres eran suyas.

Didrik entrecerró los ojos asintiendo. —¿Y lo eran?

—¡Eran putas! —exclamó indignado—. Buscan conflictos donde no los hay para sembrar el terror. Vamos a tener problemas con ellos, te lo digo yo.

Neils asintió. —No te preocupes, padre. Sabremos controlarles.

—¡Y sino los liquidamos a todos! —dijo el jarl satisfecho haciendo que Didrik riera por lo bajo—. Hay que cortar por lo sano. ¿Me apoyarás?

Su nuevo amo se tensó dejando la jarra sobre la mesa. —¿Quieres que te apoye en liquidar a un pueblo sin una buena razón?

—¡Han matado a tres de los míos! ¿Acaso a ti no te han ofendido? Porque serás el único de todos los fiordos.

—No, no me han ofendido. Ake Sveinnsen es un buen amigo y aliado —dijo dejando de piedra a Ivar—. Si quieres intentaré mediar, pero no pienso ponerme de tu lado por una riña en una cantina cuando seguramente los hombres estaban borrachos y se excedieron.

—Han ofendido a otros jarls, lo sé muy bien.

—Qué puedo decir, Ake no es de los que se quedan de brazos cruzados cuando algo le molesta. Es rudo e impulsivo, se lo he dicho mil veces, pero de todos los conflictos que conozco no ha habido ni una sola vez en el que Ake estuviera herrado en su juicio. Si sus hombres se extralimitaron él mismo les dará su merecido, si no es así, no hay causa en la que yo deba mediar porque estoy convencido que habrá tomado la decisión adecuada.

—Al parecer aprecias más a ese hombre que a tu futura familia —dijo Neils con rabia.

Didrik le miró fríamente. —Ake me ha salvado la vida en dos ocasiones y ha demostrado su lealtad con creces. No pienso matar a quien considero un hermano por quedar bien con mi suegro. ¡Soy jarl! ¡Tengo una responsabilidad con los míos y conmigo mismo! —Se levantó apoyando las manos sobre la mesa haciendo que Neils palideciera. —¿O crees que soy un cobarde?

—No, claro que no.

Didrik se enderezó mirándole con desprecio. —Creo que es mejor que olvidemos esta conversación.

Ivar forzó una sonrisa. —Sí, claro que sí. Seguro que lo ocurrido con esos hombres fue un malentendido como lo está siendo esta conversación. Será mejor que descansemos, hay demasiado hidromiel en nuestras venas.

Su amo asintió y la cogió de la mano tirando de ella hacia las escaleras. En silencio le siguió. Al llegar arriba se detuvo y fue ella la que tiró de su mano hasta el final del pasillo. Cuando entró, Odalyn soltando su mano cerró la puerta y al volverse le miró a los ojos sin sentir ningún temor. Había huido de ese momento toda su vida, pero

con él sabía que era lo correcto. Se quedaron en silencio mirándose el uno al otro y Didrik la cogió por la cintura pegándola a él. Sintió su masculinidad a través de su fino vestido y sin aliento separó los labios. —¿Me serás fiel? —preguntó en apenas un susurro con la voz ronca.

—Hasta la muerte.

La agarró por su melena tirando de su cabeza hacia atrás. —¿Te han tomado? —Ella se sonrojó. —Sé lo que piensan ellos, pero eres esclava, es imposible que no te hayan forzado. Incluso puede que hayas regalado tus favores para vengarte.

Le miró sorprendida porque muchas veces lo había pensado con tal de que Neils no sintiera esa satisfacción. —No tuve el valor, sabía que me mataría.

Él sonrió. —Sí tenías el valor. La mujer que empuñaba ese cuchillo hubiera matado a su jarl sin ningún remordimiento.

—Ahora las cosas son distintas.

—Sí, ahora eres mía —dijo malinterpretándola y mirándola con una intensidad que revolucionó su sangre—. Y lo serás siempre. —Atrapó su boca y Odalyn sintió como su lengua la invadía haciéndola gemir de la sorpresa hasta que acarició la suya provocando que cerrara los ojos por el estremecimiento que la recorrió. Su sabor era tan embriagador que bebió de él y Didrik gruñó cogiéndola por el trasero para elevarla. Ella le abrazó por el cuello pegándose a su pecho sin dejar de maravillarse por lo que su boca le hacía sentir. Ansiosa saboreó cada uno de sus besos y ni se dio cuenta de que la tumbaba sobre las suaves pieles. Didrik tiró de su escote con fuerza rompiendo el cordón que cerraba el vestido y liberó uno de sus pechos. Apartó su boca con la respiración agitada y se metió su pezón en la boca para chupar con fuerza. Odalyn se arqueó de placer y él mordisqueó su sensible pecho antes de lamer el pezón endurecido mientras tiraba de sus faldas hacia arriba para pasar la mano por su sexo humedecido. —Estás lista, preciosa.

—¿Lista? —preguntó confundida antes de sentir su duro miembro entre sus piernas—. Oh…

Él sonrió antes de besar suavemente su labio inferior. —No grites. —Entró en ella de un solo empellón y Odalyn gimió por la cuchillada que la traspasó. —Tienes que acostumbrarte —dijo él antes de besar su cuello hasta el lóbulo de la oreja—. ¿Me sientes?

—Jarl…

—¿Si? —preguntó distraído mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Gimió de gusto. —Creo que me has clavado el cuchillo.

—Si quieres llamarlo así…

—No me refiero a ese. Al de mi muslo.

Él levantó la cabeza de golpe para mirarla. Odalyn forzó una sonrisa. —Se debió caer cuando me tumbaste y al empujar…

Didrik se apartó de golpe e impresionada al ver su duro sexo manchado de sangre se le secó la boca, pero él la volvió de repente antes de jurar por lo bajo. Eso la hizo reaccionar. —¿Es mucho?

—Solo es la punta. —Se la sacó del pliegue de la nalga con el muslo y pasó su dedo por la herida antes de agacharse y lamerla haciendo que Odalyn gimiera de placer agarrando las pieles con ambas manos. —Pero te quedará cicatriz —dijo antes de pasar la lengua por la herida de nuevo. Su aliento en su piel humedecida la volvió loca y sin darse cuenta elevó su trasero queriendo más. Didrik susurró —Cierra las piernas. —Ella lo hizo de inmediato y él se subió a la cama colocando cada una de sus rodillas a ambos lados de su cuerpo mientras acariciaba sus nalgas. A Odalyn casi se le sale el corazón al sentir como su masculinidad se deslizaba en su interior hasta llenarla totalmente. —Perfecta. —Salió suavemente antes de entrar de nuevo y ella arqueó su cuello hacia atrás sin poder creerse que su cuerpo pudiera sentir tales maravillas. Didrik la cogió por el hombro. —¿Mejor? —Como no contestaba él rio por lo bajo. —Eso es que sí. —Entró en su ser con fuerza y Odalyn gritó sin poder evitarlo. Aquellas sensaciones no podían ser reales, pero él le demostró invadiéndola de nuevo que solo acababa de empezar

porque cada vez que empujaba su placer aumentaba y necesitaba más. Didrik debía tener la misma necesidad porque sus envites cada vez eran más rápidos y contundentes. La elevó por el hombro para abrazarla a su torso hasta ponerla de rodillas. Desesperada sentía que todo su cuerpo se tensaba hasta casi quebrarse y gritó exigiendo más hasta que una última invasión hizo que su ser explotara con tal fuerza que dejó de oír el latido de su corazón. Su aliento en su oído la estremeció y Didrik la abrazó más a él. Su mano bajó por su vientre hasta llegar entre sus piernas y rozó su sexo con la yema de los dedos provocando que lloriqueara cuando se estremeció de nuevo. —¿Eres real?

Odalyn emocionada acarició sus antebrazos y miró hacia atrás. —¿Lo eres tú?

Besó suavemente su labio inferior. —Sí, lo soy.

Ella sollozó volviéndose para abrazarle con fuerza. Didrik cerró los ojos pegándola a él. —Ya nada te hará daño.

Se apartó para mirar sus ojos sin saber si creerle. Los amos podían ser impredecibles y se encaprichaban pronto para después abandonar a sus amantes sin ningún remordimiento. Además, se iba a casar con Brenda, algo que le parecía inconcebible y no pudo evitar decir —¿Qué estás haciendo? ¿Con ella? ¿Vas a casarte con ella? Es una zorra sin sentimientos.

Didrik apretó los labios apartándose. —Ese no es problema tuyo.

—Soy una esclava, pero no estoy ciega.

Sus ojos se endurecieron. —Jamás vuelvas a decir que eres una esclava.

Se le cortó el aliento. —He nacido esclava.

—¡Eso se acabó! —La agarró por la nuca. —Cuando regresemos a mis tierras ya no lo serás.

No se lo podía creer, le estaba dando su libertad y eso la hizo desconfiar. —¿Qué te propones? —Didrik apretó los labios y empezó a desvestirse. —¿Acaso me quieres por esposa? —Al ver que no le

hacía caso le agarró por la muñeca haciendo que la mirara. —¿Y Brenda?

—No quiero casarme con ella.

Su corazón dio un vuelco por su respuesta, aunque ya se lo imaginaba. —Lo sabía. No te comportas como debes con ella. Solo le has mostrado desprecio y has estado toda la noche buscando conflictos con el jarl. ¿Quieres la guerra?

—Te lo repito, no es asunto tuyo. No metas la nariz donde no te llama nadie —siseó sentándose a su lado para quitarse las botas.

Ella bajó de la cama con agilidad y se agachó ante él para desatar los cordones de cuero. —Como sigas dejando tan claras tus intenciones el jarl se dará cuenta de que no deseas esta boda. Si me permitieras ayudarte…

Didrik se la quedó mirando. —No necesito tu ayuda.

Sorprendida levantó la vista hacia él tirando la bota a un lado. —¿Entonces por qué has dicho que no quieres casarte con ella? Si yo hablara…

—¿Crees que creerán a una esclava antes que a mí?

Levantó la barbilla. —A ver si te aclaras, guerrero. ¿Soy una esclava o no?

—Odalyn desvístete y métete en la cama.

Sin hacerle caso se incorporó y empezó a andar de un lado a otro. Estaba claro que él no iba a casarse con Brenda y que estaba buscando un conflicto con el jarl para evitar la boda. Y también era obvio que el jarl tenía algo que Didrik quería y que era con eso con lo que había conseguido aquel descabellado compromiso. Tenía que averiguar qué era, pero él no se lo diría así como así. Era lógico, acababa de conocerla y no confiaba en ella. Tenía que demostrarle su entrega y solo había una manera. Se volvió hacia él que la observaba y ella elevó la barbilla. —No soy hija del jarl.

Didrik se echó a reír y Odalyn le miró pasmada. —¿De qué te ríes?

—Me lo imaginaba.

—¿De veras? Pues los suyos no saben nada. —Dio un paso hacia él—. Bueno, su esposa algo se huele y acusó a mi madre de engañar al jarl, pero todos los demás lo dan por hecho. —Se sentó a su lado. —¿Qué me ha delatado?

La miró fijamente. —Su odio. Su odio hacia ti. —Separó los labios sin entender. —Preciosa, he conocido a muchos bastardos y puede que no tengan el mismo rango que los nacidos dentro del matrimonio, pero no son tratados como simples esclavos.

—¿Me estás mintiendo? —preguntó sorprendida.

—De hecho, algunos han llegado a ser jarl. Como yo. —Ella se llevó la mano al pecho de la impresión y él rio por lo bajo. —Está claro que no te lo esperabas. Mi madre no era esclava, pero tampoco era su esposa.

—Entiendo. Pero dijiste que tu padre no era jarl.

—Y no lo era. Lo era mi tío. Fui tratado como cualquiera de sus sobrinos y desde muy joven me gané mi puesto. Ninguno de mis primos y hermanos lo pone en duda. Conociste a uno hoy…

—El hombre rubio que me hiciste llamar…

—Jensen. Es el sexto de catorce entre hermanos y hermanastros, pero todos nos llamamos hermanos. Y es como si lo fueran, padre nos crio igual a todos.

—¿Catorce? ¿Tienes trece hermanos?

—Y doce primos. —Se levantó para bajarse los pantalones y a Odalyn se le secó la boca al ver que tenía el miembro erecto de nuevo. Él gruñó. —Mujer o te desvistes o… —Como ella no se movía se acercó y le cogió el bajo del vestido tirando de él hacia arriba. Odalyn rio por su impaciencia y desnuda se dejó caer hacia atrás elevando una pierna para que le quitara su bota. Se las quitó en un visto y no visto antes de tumbarse sobre ella. Fascinada por su piel acarició sus hombros. —¿Me darás hijos, mujer?

Se le cortó el aliento mirando esos ojos negros. —Nada me gustaría más. —Didrik sonrió. —Dijiste que tu padre no hubiera ofendido a tu madre tomando a una esclava ante ella.

—Antes se hubiera cortado el miembro que hacerle daño.

—¿De veras? ¿Y por qué no se casó con ella?

Hizo una mueca. —No he dicho que no estuviera casado ya.

—¿Qué?

—Preciosa, le fue infiel a su esposa y desde entonces no volvió a cohabitar con ella. En el lecho quiero decir. Mi padre trasladó a mi madre a casa del jarl que era donde vivía y convivimos todos juntos. Mis padres se amaron hasta que Odín se lo llevó. Nunca se casó con ella porque ya estaba casado y no podía abandonar a su mujer porque había sido una buena esposa y no quería avergonzarla. Se hubiera sentido repudiada y no era justo.

Asintió entendiendo la situación. —¿Fueron felices?

Didrik gruñó. —Tuvieron sus momentos y con cada reconciliación venía un hijo.

—Eran apasionados.

—Mucho. —Sonrió acariciando su mejilla con el pulgar. —Tenían caracteres muy parecidos y chocaban mucho, pero jamás nadie ha dudado de que se amaran.

—¿Crees que yo te amaré igual?

Se le cortó el aliento y la miró como si fuera suya antes de que su miembro entrara en su interior. —¿Acaso no harías ya lo que fuera por mí?

Gimió de placer acariciando su nuca. —Sí que lo haría.

—Entonces ya me amas, preciosa.

Al amanecer acarició su musculoso pecho. Se mordió el labio inferior por una herida bastante reciente que tenía en el hombro. Unos centímetros más y hubiera traspasado su corazón. Cualquier otro estaría aún quejándose, pero él no había mostrado ningún signo de que le doliera siquiera. Fascinada con él recorrió el ligero vello que descendía desde sus pectorales hasta su miembro. Acarició cada una de sus cicatrices recorriéndolas con el dedo índice y se

entretuvo especialmente en una cerca de la ingle. Cuando su miembro se puso en guardia él suspiró con los ojos cerrados. —Preciosa, no me has dejado dormir.

—Que mentira, mi jarl. Ha sido todo culpa tuya.

Él rio por lo bajo abriendo los ojos. —Eres insaciable, mujer. —Acarició su nalga y ella dio un respingo cuando rozó la herida. —¿Te duele?

—No es nada.

Didrik elevó la mano por su espalda haciéndola suspirar con la mejilla apoyada sobre su pecho. —¿Sabes, preciosa? Hay algo que me tiene intrigado.

—¿Sobre quién es mi padre?

—No, no es eso porque supongo que ha sido un esclavo.

—Que listo eres.

—Lo que me intriga es porque los esclavos vais armados.

Se tensó entre sus brazos. —¿Qué?

—Al menos dos de ellos llevaban un puñal bajo los ropajes y tú también llevabas uno. El cuchillo que llevabas era muy rudimentario, como hecho con prisa, porque lo que haría de mango solo llevaba un pedazo de rafia. ¿Me vas a explicar lo que está pasando aquí?

Jadeó indignada sentándose de golpe. —¡Tú no me has explicado nada de tus planes!

—Así que tenéis planes.

Entrecerró los ojos. —Yo no he dicho eso.

—Claro que sí.

—Pero no es lo que quería decir.

Se la quedó mirando fijamente durante varios segundos. —Cuéntamelo.

—Ni hablar, ya te he contado mucho.

—Te refieres a lo de tu padre.

—Solo por eso me juego el cuello.

—Así que hay más —dijo divertido.

—Arrg…

Didrik se echó a reír. —Preciosa, no puedes ocultarme nada.

Le rogó con la mirada. —Si te lo digo nos matarán a todos.

—Solo hay algo porque matarían a todos los esclavos y es por una revuelta. Queréis escapar.

—Basta Didrik —dijo como un tomate.

—Así que queréis escapar. Tú ya no tienes que preocuparte por eso, ¿no crees? —Se quedó en silencio y él perdió la sonrisa de golpe. —Odalyn…

—Lo prometí sobre la tumba de mi madre, van a morir. Además…

—¿Además qué?

Gimió por dentro. ¿Qué tenía ese hombre que se lo sacaba todo? Con lo lista que había sido siempre. Levantó la barbilla. —Es tu turno, o cantas o no digo nada más. Lo que te he dicho me expone mil veces más que a ti. —Como no decía nada ella entrecerró los ojos. —Me lo vas a decir.

—Ah, ¿sí? —preguntó divertido.

De repente apareció el cuchillo bajo su barbilla y Didrik sonrió aún más. —Preciosa no vas a matarme.

—Es que me he dado cuenta de que muriendo en este lecho tus hombres arrasarían estas tierras, lo que a mí y a los míos nos sería muy beneficioso.

Él acarició un mechón de su pelo. —Así que queréis provocar una guerra entre ambos pueblos.

—¡Didrik basta!

—Muy inteligente, preciosa. —Ella refunfuñó algo por lo bajo y él se echó a reír a carcajadas lo que provocó que le cortara ligeramente en el cuello. Asustada apartó el cuchillo y antes de darse cuenta estaba de espaldas con él agarrándola de ambas manos. Al ver la preocupación en su rostro dijo —No es nada.

—Déjame ver. —Una gota de sangre cayó sobre su pecho y eso la puso frenética. —¡Déjame ver!

Atrapó sus labios besándola apasionadamente y giraron unidos sobre la cama hasta que ella se colocó a horcajadas encima de él.

Odalyn apartó sus labios y besó su cuello. —Tienes que decírmelo —dijo ella angustiada—. ¿Cómo consiguió que te comprometieras con Brenda? ¿Qué tiene que te interese?

—Sabe quién mató a mi padre. Hace un año fue encontrado en el puerto de Heirst con la garganta rajada. Le arrojaron al mar para encubrir el asesinato. Él vino a traer su cadáver. Pero se calló que sabía quien era el asesino, eso lo reservó para unos meses después que me hizo otra visita. Ahí dijo que tenía una prueba irrefutable de quien le había matado, pero a cambio de esa prueba quería una alianza.

Se le cortó el aliento elevando su rostro hasta él. —Es un mentiroso compulsivo. ¿Estás seguro de que lo sabe, de que esa prueba existe?

—Más le vale que la tenga porque sino sí que está muerto y lo sabe muy bien.

Se mordió el labio inferior porque el jarl no era tan estúpido como para decirle algo así si era mentira. —¿Te lo dirá antes de la boda?

—Confía en mi palabra.

—Pero tú no vas a casarte, ¿no?

—He dado mi palabra, Odalyn. Que no quiera casarme con Brenda no significa que no lo vaya a hacer.

Pasmada gritó —¿Qué has dicho? —Él se echó a reír. —¡No tiene gracia!

Se tumbó sobre ella. —¿Celosa?

—Púdrete. —Entonces lo entendió. —Quieres darme la libertad para que ella no me mate cuando lleguemos a tus tierras y tus hombres no puedan levantarme las faldas cuando les plazca, ¿no? ¡No eres tan listo como piensas, Brenda me matará igualmente!

—La advertiré adecuadamente. —Furiosa se levantó. —Odalyn…

—Quieres que sea como tu madre —siseó agarrando su vestido del suelo.

—¡No tuvo mala vida!

—Claro, y teniendo en cuenta que yo soy una esclava no puedo quejarme, ¿no?

—Pues no. —Le fulminó con sus preciosos ojos violetas antes de ponerse el vestido. —¿Qué quieres que te diga? ¡Has llegado en muy mal momento!

—Claro, porque si ya estuvieras casado no habría marcha atrás.

—Y ahora tampoco, preciosa —dijo empezando a enfadarse—. ¡Mi palabra es ley!

—Te aseguro que la mía también y pienso vengar a los míos.

—No vas a provocar una guerra entre nosotros. —Ella se calzó sus viejas botas. —Sin nuestra ayuda es un suicidio.

—Vístete, jarl. Tienes que cazar un oso —dijo antes de salir de la habitación dejándole con la palabra en la boca.

Durante todo el día estuvo preocupada por él. Por si se iba de la lengua o por si el oso le daba un zarpazo, que eso también podía ser. Además, por si eso fuera poco tenía que ir esquivando los interrogatorios de los suyos que entre susurros no dejaban de acosarla y de felicitarla por haber seducido al jarl tan rápido. Para lo que le serviría… Era evidente que Didrik pensaba seguir con sus planes, lo que la sacaba de quicio. Era obra suya desviarle del camino y solo había dos maneras, averiguar quién había matado a su padre antes de esa puñetera boda o matar a Brenda. Entrecerró los ojos, matando a la novia puede que también consiguiera una guerra. Miró a la aludida que estaba sentada a la mesa con su madre sin decir una sola palabra como se esperaba de ella, mientras Erika no dejaba de parlotear encantada con el novio que le había encontrado su padre. ¿Y si consiguiera que quebrantara la orden de Didrik? Si hablara puede que no se casara con ella. Bah, debía haberlo dicho solo para no escuchar su irritante voz. ¡Pues iba a tener que soportarla de por vida como esa boda se celebrara! Ah, no. No podía consentirlo. Tenía que averiguar quién había matado a

su padre cuanto antes. Puede que los suyos hubieran escuchado algo en un descuido del jarl Einarsen. Se mordió el labio inferior porque para averiguarlo tendría que reunirles, ¿pero cómo? Ella ya no dormía en la casa de los esclavos. Necesitaba un emisario que preguntara lo que quería saber. Se acercó a Idun y le hizo un gesto con la cabeza para que saliera por la parte de atrás. Odalyn lo hizo primero y su amiga miró a su alrededor antes de seguirla. Corrieron hasta los árboles escondiéndose tras un tronco enorme. —¿Qué pasa?

—Ya sé por qué Didrik se siente obligado a casarse con ella.

—¿Se siente obligado? —preguntó pasmada—. ¿Y por qué?

—Ivar sabe quién mató a su padre el año pasado.

Su amiga separó los labios comprendiendo. —Así que se lo dirá si se casa con ella.

—Exacto.

—¿Y si le ha mentido?

—Eso mismo pensé yo, pero al parecer Ivar fue el que llevó el cuerpo a las tierras de Didrik y tiene pruebas.

—Pruebas. ¿Pruebas de quién es su asesino? —Asintió. Idun pensó en ello. —He limpiado el dormitorio del jarl en muchas ocasiones en este último año y aparte de sus ganancias en las incursiones no hay nada nuevo. ¿Qué tipo de prueba?

—No lo sé.

—Si no me das una pista es como dar palos de ciego.

—¿Qué considerarías tú una prueba?

—No lo sé. ¿El cuchillo del asesino? Cada hombre tiene un cuchillo que le distingue, ¿no?

Se llevó las manos a las sienes apartando su cabello. —Algo que les distinga… También puede ser una joya, ¿verdad?

—Algo que se le cayera al asesino en ese momento y que con las prisas no se percatara de que le faltaba. Algo que le identificara para que no tuviera ninguna duda.

—Es algo muy valioso y no puede encontrarlo nadie, ¿no?

—¿Una prueba así? Ha conseguido casar a Brenda y subir varios escalafones en sus relaciones con los demás. Ahora nadie se subirá a las barbas de Ivar Einarsen si no quieren tener que vérselas con su yerno. Y por lo que he oído a los hombres nadie quiere vérselas con él.

—Si no quieren morir…

Chillaron volviéndose para ver a Ermin tras ellas. —Que susto. ¿Quieres matarme?

—No estabas atenta. Si hubiera sido otro…

Juró por lo bajo porque sabía que tenía razón y ser descuidada no era un lujo que pudiera permitirse y más después de la conversación con Didrik que ya la había expuesto bastante. Se sintió culpable por ser tan estúpida pues había puesto la vida de todos en sus manos. La vida de esas dos personas que eran lo que más le importaba hasta que había conocido a ese jarl de ojos negros que al parecer la había vuelto lo suficientemente loca como para cometer esa estupidez. Asintió por las palabras de su hermano antes de mirarle a los ojos. —¿Qué has oído?

—Lo suficiente. ¿Será bastante para impedir la boda y que Ivar se ofenda?

—No lo sé. Pero si lo descubrimos nosotros antes que se lo diga el jarl, Ivar no habrá cumplido su palabra y no tendrá que casarse con ella.

—Sí, puede ser suficiente para provocar una guerra. —Su hermano pensativo se pasó la mano por la barba. —Una prueba.

—Será casi imposible de averiguar antes de la boda. Seguro que el jarl guarda ese secreto como oro en paño. Es su oportunidad para ser realmente importante.

Su hermano pensando en ello de repente sonrió. —Como oro en paño…

Ambas levantaron sus cejas. —¿Qué?

—Antes de que llegara el verano Erika me encargó arreglar la pata de su cama. ¿Lo recordáis? Se había roto bajo el peso del jarl

cuando cayó sobre ella borracho. Erika puso el grito en el cielo porque esa cama había sido de su madre.

—Lo recuerdo. ¿Y? —preguntó ella impaciente.

—Para poner la cama de costado tuvimos que quitar el colchón de lana. Entonces vimos un agujero en él. Me pareció extraño porque no era un agujero de ratón sino más bien hecho con un cuchillo.

A Odalyn le dio un vuelco al corazón. —Dime que no cosiste el colchón.

Su hermano sonrió. —No. Cuando terminamos el arreglo de la cama y Erika se dio por satisfecha, simplemente lo puse en su sitio porque me apuraron para cargar unos barriles hasta el salón.

—¿Y qué más da que lo hubiera cosido o no? —preguntó Idun sin entender nada.

—Porque si el jarl escondió algo ahí, al ver el cosido se hubiera dado cuenta de que habían descubierto su escondite y hubiera cambiado de sitio lo que fuera que quería esconder.

—Ah… ¿Creéis que realmente es un escondite?

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo su hermano.

—Pues solo podrá ser durante la cena. Están a punto de llegar. Dime dónde estaba el roto en el colchón.

—En la cabecera. En el lado del jarl pegado a la mesilla de noche.

Asintió mientras Idun decía —Muy a mano.

—Eso mismo pienso yo —dijo ella.

—¿Entonces seguimos con nuestros planes? —Los hermanos la miraron como si hubiera dicho un disparate. —¿Qué? ¡Ahora le pertenecéis a Hovensen!

—¿Estás insinuando que hemos cambiado nuestra lealtad por una vida mejor? —preguntó su hermano empezando a enfadarse.

—¡Yo qué sé! —Furiosa fue hasta la cocina y los hermanos la observaron.

—Está celosa —dijo él—. Últimamente tiene un comportamiento extraño.

—Lo que está es harta, como todos —dijo intentando no inquietarle, aunque ella también se había dado cuenta—. Tenemos que sacarla de aquí o se volverá loca. Me he enterado de que ayer dos de los nuestros la… Ya me entiendes.

Su hermano apretó los puños. —Bastardos. Malditos bastardos…

—Centrémonos en lo que pueda sacarnos de aquí. Durante la cena me escabulliré para meter la mano en ese colchón.

—Se darán cuenta ahora que tienes que servir a Didrik. Es mejor que vaya yo.

—No, porque si hay que ocultar lo que sea puedo hacerlo en la habitación de Didrik. Si te pillan en su habitación se dará la voz de alarma y sus hombres son muy listos, no nos quitan ojo protegiendo a su jarl.

—Cuidado con el moreno que le acompaña. No te pierde de vista. Igual te sigue.

—No lo creo, eso llamaría mucho la atención.

Se escucharon flautas y griterío como dando la bienvenida. —Ya están de vuelta.

—Y por cómo gritan con el oso —dijo su hermano—. Apuesto a que lo ha matado tu Didrik.

Se sonrojó de gusto. —Eso espero. Sería otra manera de dejarles en evidencia.

—Sí, después de ayer Neils aún está lamiéndose las heridas.

—No sabes cómo deseo que antes de esa boda las heridas sean tan profundas que no haya manera de cerrarlas.

Capítulo 4

Entró en la casa del jarl a toda prisa y cogió la jarra grande empezando a servir mirando de reojo a los hombres que entraban en ese momento. Estaban tan contentos que era evidente que habían conseguido su objetivo. Erika se acercó a su marido. —¿Habéis cazado al oso?

—Ahí fuera lo tienes, esposa. Encárgate de que se aproveche. Hay que despiezarlo de inmediato.

Erika dio dos palmadas. —Idun, Odalyn…

Sentándose en su sitio Didrik se tensó. —Odalyn tiene que atenderme a mí.

La esposa del jarl se sonrojó. —Oh, sí… Lo siento, no me acordaba.

Él bebió de su jarra sediento y en cuanto terminó se la tendió para que se la llenara de nuevo mientras Erika le ordenaba de malas maneras a otra de las esclavas que se encargaran de quitarle la piel al oso antes de que los hombres le despiezaran.

—Cuánto me he divertido —dijo el jarl—. Ha sido emocionante para mis viejos huesos.

—No tan viejos —dijo Didrik haciendo reír al jarl que no podía estar más contento.

Odalyn entrecerró los ojos porque por como hablaban parecía que había una camaradería que antes no existía.

—¡Neils! ¡Ven hijo, siéntate!

Vio como a Neils le felicitaban los suyos, lo que la hizo gruñir porque eso significaba que él había matado el oso. Se sentó ante

ellos y bebió impaciente. —¡Más hidromiel para mi hijo! ¡Qué no le falte de nada!

Ella iba a dar un paso hacia él con la jarra en la mano, pero otra esclava llegó en ese momento para servirle. Miró hacia Didrik que sonreía a Brenda que le miraba embobada. —¿Has hablado?

—No —dijo para asombro de todos. Al darse cuenta de lo que había hecho, chilló tapándose la boca antes de mirar con temor a su padre que tenso bajó la jarra de la que bebía para dejarla en la mesa.

Didrik se echó a reír a carcajadas para alivio de Ivar y los demás. —Es evidente que las mujeres no pueden mantener la boca cerrada. Qué se le va a hacer…

¿Qué estaba pasando allí? Esa no es la actitud altiva que había tenido con ellos el día anterior. Algo había pasado para que su relación hubiera cambiado. Y eso la preocupó, la preocupó muchísimo. Asustada miró hacia el otro extremo del salón donde su hermano no perdía detalle. Este apretó los labios dándose cuenta de sus temores. Y eso que no lo sabía todo. Ahora sí que sus vidas pendían de un hilo. Si él hablaba con el jarl morirían, morirían todos.

—Hijo… —dijo Ivar antes de coger un pedazo de lechón. Impresionada vio que se dirigía a Didrik—. Mañana te contaré eso que tanto anhelas saber.

¿Mañana? ¡No, No!

Esas palabras hicieron que Didrik perdiera la sonrisa de golpe y dijo —Sabes lo impaciente que estoy por descubrir la verdad, dímelo ahora.

Él sonrió malicioso. —Mañana, y entenderás la razón cuando te lo cuente. Esta noche divirtámonos y dejemos esa preocupación a un lado.

Didrik entrecerró los ojos. —¿Entenderé la razón? ¿Qué razón puede ser esa para esperar un día? A no ser… ¿Vendrá para la boda?

—Es mi regalo para ti.

Mierda. Exasperada bufó haciendo que los dos la miraran. Puso cara de niña buena y parpadeó. —Mi jarl, tengo que ir a aliviarme.

Él levantó una ceja observándola como si no se creyera una palabra, pero aun así dijo —Ve.

Sonrió alejándose a toda prisa y de la que pasaba por el hogar dejó la jarra. Salió por la puerta de atrás y juró por lo bajo llevándose las manos a la cabeza. —¡Mierda, mierda!

Entonces se le cortó el aliento. Si cuando llegara el asesino del padre de Didrik, Ivar no tenía esa prueba, sí que habría una guerra. Morirían ya fuera a manos de Didrik, que perdiera la paciencia, o a manos de ese hombre que se sentiría insultado. Sus ojos brillaron, tenía que conseguirla cuanto antes. Miró a su alrededor, pero no podía subir por las escaleras ahora, la verían y se preguntarían a dónde iba. Entonces pensó en las palabras de James, necesitaba una distracción. Rodeó la casa y vio como Idun y Cora pasaban el cuchillo entre la piel y la carne para despellejar a aquel bicho. Era una labor dura y lo sintió por su amiga. Pero algo llamó su atención tras ella y era que una de las mujeres de la aldea salía de su casa con su bebé en brazos. Al ver el hogar encendido entrecerró los ojos porque ante él había una silla con un mantón de lana en el respaldo. Se le cortó el aliento y corrió a toda velocidad hacia la caseta de armas para coger un arco con una sola flecha. Afortunadamente ya estaba oscureciendo. Desde la esquina de la casa del jarl apuntó hacia la choza. Eran muchos metros, pero podía hacerlo. Hizo una mueca porque como no fuera así la mujer daría la voz de alarma cuando regresara y viera la flecha. La flecha pasó por encima de Idun que al escuchar el silbido miró hacia arriba asombrada. Odalyn sonrió cuando vio como la flecha se insertaba en el respaldo con tal fuerza que la silla cayó hacia atrás provocando que el mantón cayera sobre el hogar. El fuego se extendió rápidamente y cuando su amiga miró hacia atrás iba a dar la voz de alarma, pero Odalyn silbó con fuerza deteniéndola en seco. Como si nada su amiga se agachó para seguir con su tarea y ella asintió satisfecha antes de esconder el

arco entre unas zarzas para regresar a la casa corriendo. Cuando llegó al salón se acercó a toda prisa a Didrik que la miró de reojo antes de gruñir. ¿No estaba contento? Pues ella tampoco.

—Y dime, futuro esposo, ¿dónde viviremos?

Él miró a Brenda —En la casa del jarl —respondió como si fuera tonta haciendo que Odalyn sonriera sin poder evitarlo.

—¿Y es bonita?

—¿Bonita? No está mal.

Brenda crispó los labios y en ese momento escucharon —¡Fuego! ¡Hay fuego en la casa de Urge!

Todos se levantaron para salir corriendo, Ivar incluido que gritó —¡Traed cubos de agua!

Didrik giró la cabeza hacia ella que se encogió de hombros forzando una sonrisa. —¿Tú no vas?

—¿Acaso debo ir?

¡No podía perder más tiempo! Para asombro de Didrik salió corriendo en dirección contraria a todos los demás y subió los escalones de dos en dos. Entró en la habitación del jarl como una exhalación y llegó a la cama para meter la mano en el colchón. No encontraba el maldito agujero, pero como no había ventanas era lógico pues estaba a oscuras. Escuchó pasos y se le cortó el aliento cuando la puerta se abrió y una vela iluminó el rostro de Didrik. —¿Qué haces?

—Cierra la puerta —susurró antes de apartar la almohada para mirar mejor.

Él después de cerrar se acercó y cuando iluminó mejor casi chilla de la alegría al ver el roto. Metió la mano para comprobar si había algo. —¿Qué buscas?

—La prueba y que así no tengas que casarte.

—Mujer...

—Oh… —Sintió algo duro tras algo de lana y la apartó para cogerlo. —Lo tengo.

—¿De veras? —preguntó como si fuera imposible.

—Debes tener fe.

—Hablas como los cristianos del sur. —Como ella no dijo nada la miró espantado. —¿Eres cristiana?

—Oye, no me juzgues. Mis padres lo eran. —Sacó la mano mostrando algo envuelto en un paño azul. Se le cortó el aliento y Didrik se lo cogió de la mano tendiéndole la vela. —Ábrelo.

Él apartó el paño para mostrar lo que parecía un medallón con un grabado circular con una gran piedra verde en medio. Didrik entrecerró los ojos. —¿Qué es? —preguntó ella impaciente.

—El medallón de mi tío.

Se le cortó el aliento. —¿Tu tío mató a tu padre?

—Lo heredó su hijo mayor cuando murió hace cuatro años.

—¿Tu primo? —Se llevó la mano al pecho. —Lo siento mucho.

Negó con la cabeza. —No puede ser, Viggo le quería como a un padre.

—Igual no llevaba tan bien que tú fueras el jarl.

—Viggo siempre me ha apoyado en todo.

Se le cortó el aliento. —¿Él sabe por qué estás aquí?

La miró a los ojos antes de negar con la cabeza. —No quise decir nada a nadie hasta saber la verdad. Pero me ha acompañado como siempre en mis viajes y con más razón en una ocasión así.

—Esa herida que tienes en el hombro… ¿Cómo te la hiciste?

—¿Insinúas que él ha intentado matarme?

—Eres listo, eso ya lo sabes.

Juró por lo bajo. —No puede ser, me niego a pensarlo siquiera.

—¡Pues piénsalo porque puedes conocer a Odín antes de lo que crees! Trae.

Él dio un paso atrás. —¡No pienso dártelo!

—Debemos dejarlo en el mismo sitio mientras pensamos qué hacemos, Didrik. Trae.

—¿Qué hacemos? ¡Voy a bajar ahora mismo a resolver esto!

—Te estás dejando llevar por la furia, pero hay algo que no tomas en cuenta.

—¿El qué?

—Que se supone que mañana llega el asesino y si Viggo ya está aquí, ¿quién es?

Didrik entrecerró los ojos. —Entiendo. Al parecer el jarl está jugando conmigo.

—No dejes que la furia nuble tu mente, nos jugamos mucho. Todos.

Cogió el medallón de su mano y volvió a esconderlo en el colchón antes de colocar las almohadas. —Vamos.

—Será hijo de puta —dijo él por lo bajo.

—¿Quién?

—¡Los dos!

—Veo que eso de disimular te va a costar un poco, cielo. —Acercó el oído a la puerta y la abrió lentamente para echar un ojo. —Despejado. —Salió a toda prisa y le instó a que saliera, pero se tomó su tiempo. Cómo se notaba que él no le temía a nada. Tiró de su brazo. —¿Quieres darte prisa? —Empezaron a bajar los escalones, pero de repente ella se detuvo en seco. —Espera, que si nos ve alguien tiene que pensar… —Y se tiró a sus labios. Él la agarró por el trasero emocionándose y Odalyn se apartó indignada. —¿Se te ha endurecido?

—¿Qué quieres que te diga? Eres muy seductora.

—¿Yo? —Sonrió cogiéndola en brazos tomándola por sorpresa y al ver que subía ella preguntó —¿Y la cena?

Comiéndosela con los ojos susurró —¿Acaso no tenían que pensar que me has satisfecho? Pues vamos a hacerlo bien.

Cuando bajaron Odalyn sin poder evitarlo se puso como un tomate porque todos les observaban. Él como si nada se sentó en su sitio. Brenda la miró como si quisiera despellejarla mientras el jarl reía por lo bajo. —¿Tenías prisa, hijo?

—¿Qué puedo decir? La caza siempre me altera la sangre.

El jarl se echó a reír a carcajadas y le dio un manotazo a su hijo en la espalda que por poco lo tira del banco. —¡Aprende hijo! ¡Así es un hombre!

—Mi hermana va a estar de lo más ocupada, padre —dijo con ironía.

Brenda sonrió de oreja a oreja. —Lo que quiera mi marido.

—Así se habla. Antes de un año quiero un nieto y todos los que Odín os mande.

—No adelantemos los acontecimientos, aún falta la boda.

Odalyn le dio una patada en la pierna y él la fulminó con la mirada mientras el jarl confundido perdía parte de la sonrisa. —Claro que habrá boda.

—Solo si consigo lo que quiero, ya lo sabes.

El jarl sonrió más tranquilo. —Mañana, tienes mi palabra.

La cara de Didrik demostraba que su palabra valía muy poco y ella disimulando llenó su jarra de nuevo. Este hombre… —Jarl, ¿quiere hidromiel?

—Sí, niña —dijo confundido.

Sirvió a Ivar mientras Brenda decía —¿Hoy habrá juegos?

—¿No crees que tu padre ayer perdió suficiente?

—Las cosas pueden cambiar en un segundo —dijo mirándola maliciosa.

Uy, uy... Que esta antes de la boda quería quitarla del medio… Ojito Odalyn, no la pierdas de vista. Diablos, ya no le quedaban ojos porque ahora también tenía que controlar la mesa de los hombres de Didrik. ¿Quién sería su primo?

—¿Y qué juego propones, hija? —preguntó su madre.

—Quien quiera esta cruz de oro, debe cogerla del fuego. —Al ver que ponía sobre la mesa la cruz que portaba su madre el día en que fue raptada se le cortó el aliento. Sería zorra. Durante años se la había puesto exclusivamente para torturarla y ahora se la ofrecía solo para que se quemara.

Didrik vio como apretaba la jarra entre sus manos sin dejar de mirar la cruz con emoción.

—Que juego más divertido —dijo su madre maliciosa—. ¡Qué traigan el fuego!

No tardó en aparecer una olla llameante que pusieron en medio del salón, lo que demostraba que lo tenían todo preparado. Apretó los labios al ver las llamas y todos rieron. —Es imposible sacarla de ahí sin abrasarse —dijo uno de los suyos.

—¿Acaso la recompensa no lo merece? —preguntó Brenda con burla antes de mirarla—. Veamos quién es el valiente que la saca de ahí.

Angustiada miró hacia su hermano, que al fondo del salón apretaba los puños con fuerza viendo como Brenda se acercaba a la olla y extendía la mano para dejarla caer entre las llamas. —No se puede apagar el fuego, como es evidente —dijo haciendo reír a los que allí había—. ¿Quién va a recuperar la cruz de entre las llamas? Vamos, vamos, valientes.

Uno de sus guerreros se acercó y miró el interior de la olla antes de negar con la cabeza. —Es imposible.

Entonces Didrik se levantó y asustada le cogió por el brazo. —No.

—No pasa nada.

Soltó su brazo y vio cómo se acercaba a la gran olla. —¿No puedo apagar las llamas?

Todos se echaron a reír y su futura esposa dijo —Por supuesto que no. Como he dicho debes sacarla de entre las llamas.

Entrecerró los ojos pasándose la mano por la barbilla. —Debo sacarla de entre las llamas. —Hizo una mueca. —Se hará como digas. —Con el pie empujó la olla haciendo que cayera al suelo y que rodara, lo que provocó que las brasas se desparramaran por el adoquinado de piedra. Todos gritaron levantándose para verle apartar con el pie unas brasas mostrando la cruz candente. Sacó su daga del cinturón y se agachó para elevar la cadena mostrando la cruz a todos.

—¿Eso no es trampa? —dijo Brenda molesta.

Su padre se echó a reír. —La ha sacado de entre las llamas, hija. Te ha ganado.

Didrik la miró de manera heladora. —No las he apagado, esa era la única regla.

Brenda se sonrojó. —Sí, por supuesto.

El jarl se echó a reír. —Mi hija tiene muy mal perder, tendrás que domarla.

—No sé si tendré paciencia. —Se acercó a Odalyn que sonreía radiante y el jarl tiró la cruz en la jarra que tenía en las manos haciendo que desprendiera vapor. —Cuida de ella.

Emocionada asintió. —Sí, jarl.

Se sentó y ella se alejó hacia el hogar volcando el hidromiel a toda prisa para ver su cruz. Idun se puso a su lado. —No la cojas todavía. Toma, envuélvela con esto. —Agarró el paño que le tendía y la cogió. Nunca la había tenido en sus manos y se emocionó sin poder evitarlo. Idun apretó su hombro. —Reponte, debes regresar a tu sitio.

—Voy a llevarla arriba, no me fio.

—Bien, pero date prisa. Al parecer Brenda tiene preparadas más sorpresas.

La miró a los ojos. —¿Cómo qué?

—No tengo ni idea. El juego de la cruz se les ocurrió con el incendio de la casa y mientras despellejaba el oso las oí decir que ese sería otro juego genial, así que…

—Hay más.

—Date prisa. Ahora que puede hablar es peligrosa y te la tiene jurada.

Corrió escaleras arriba con la cruz envuelta en la mano. Pensó en dónde esconderla y vio la bolsa que Didrik había llevado con las mudas limpias. La metió allí escondida entre unas camisas. Iba a salir de la habitación cuando se detuvo en seco al ver a Neils ante la

puerta mirándola con una sonrisa maliciosa en la cara. —Al parecer tu vida ha cambiado mucho en unos días…

—Tengo que bajar. Mi jarl me espera.

—¿Tan impaciente estás por verle? —Apoyó la mano en el marco de la puerta. —Tú y yo tenemos una cuenta pendiente. Y como ha dicho tu nuevo señor no estaría bien negarme a mí lo que quiere para él. Ahora ya te ha tomado, no le importará compartirte conmigo. Al fin y al cabo somos familia.

—Sabes de sobra que no le gustaría compartirme ni contigo ni con nadie.

La agarró por el cabello acercándola. —Ahora te debes creer muy importante, zorra. Creo que ya es hora de que alguien te baje los humos.

Sonrió maliciosa. —¿Por qué no le preguntas a él? Está detrás de ti.

Sorprendido se volvió para encontrárselo tras él de brazos cruzados. Su rostro decía que estaba realmente furioso y Neils intentó dar un paso atrás, pero Didrik le agarró por el cuello elevándolo. —¿Te atreves a desafiarme? Fui muy claro, perro... No la toques.

Sintiéndose maravillosamente porque la defendiera Odalyn se acercó a él y le acarició el pecho. —Si le matas crearás un conflicto entre ambos pueblos, amor.

—Es una rata, seguro que le hago un favor a su padre.

—Se está poniendo morado.

Didrik le dejó caer al suelo y Neils se llevó la mano al cuello intentando respirar. —Vuelve a tocar lo que es mío y será lo último que hagas.

—Esa zorra…—Le escupió a los pies. —Logrará que te maten.

—Puede, pero no será de tu mano. —Le dio una patada en el rostro que le dejó inconsciente y ella hizo una mueca antes de fulminarle con la mirada. —¿Qué? ¡Le había advertido!

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues hablar con el jarl. ¡Me gusta ir al grano!

—Mira que todavía no ha llegado ese que espera… ¿No te intriga la prueba que dará para demostrar que ha sido él? A ver si hemos cogido la que no es.

—¿Y cómo ha acabado el medallón de mi tío en su colchón?

—Vale que esa prueba dice mucho.

—Voy a matar a Viggo —siseó furioso yendo hacia las escaleras.

—¿Y si se lo robó a tu primo en un descuido?

Se detuvo en seco.

—¿Acaso estás seguro de que tu primo estaba en Heirst ese día? ¿Por qué no te dio la prueba y te comprometió a este matrimonio el mismo día en que te llevó el cuerpo de tu padre? Hay muchas preguntas que necesitan respuesta.

—A eso voy, a que me las resuelvan.

—No seas impaciente, debemos saber quién llega mañana y qué se propone el jarl. Y si te digo la verdad Ivar es sibilino. ¿Y si mató él a tu padre para organizar todo esto y de paso quitarse del medio a un enemigo cuando tú clamaras venganza? —Dio un paso hacia él. —Jamás le he oído una sola palabra sobre el cuerpo de tu padre. ¿No es extraño? Si lo había encontrado él y te lo llevó, lo lógico es que al llegar a su casa hablara del asunto y ni una palabra. No he escuchado un solo comentario de él o de sus hijos. Ni de ninguno de sus hombres.

—Les ordenó que no dijeran nada.

—Eso creo yo. ¿Y eso no es extraño? Si no había hecho nada por qué no comentar algo tan importante. Además, pocos meses después anunció el compromiso de su hija después de otro viaje y aunque hablaron mil veces de ti ni una sola palabra de tu padre. A mí todo esto cada vez me huele peor.

Él asintió y Odalyn sonrió. —Ahora dime cómo te hiciste esa herida en el hombro.

—Me tiró mi caballo y me caí sobre una estaca.

—Auch… Así que tu primo no tuvo nada que ver.

—Pues no.

—¡Eso es estupendo! La teoría de la conspiración cada vez me parece más acertada. Mañana en la cena se descubrirá todo.

—No quiero que te separes de mí.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos negros. —Didrik, debo vengar la muerte de los míos y llevar a mi gente hasta sus tierras para que estén a salvo, lo he jurado.

Él apretó los labios como si eso no le gustara nada. —Te recuerdo que eres mi esclava.

—Te recuerdo que me diste la libertad.

La cogió por el brazo pegándola a él. —¿Eres libre, preciosa?

Su corazón dio un vuelco de la alegría. —Soy tuya.

—Que no se te olvide. —Atrapó sus labios besándola de una manera que la mareó y de repente la soltó para empezar a bajar los escalones. —¿A qué esperas, preciosa? Esa zorra está deseando hincarte el diente con esos malditos juegos.

Sonrió siguiéndole. —¿Le dejamos ahí?

—No se atreverá a decir nada.

Cuando llegaron abajo él fue directamente hasta su sitio. Ivar reía por algo que hablaba con uno de sus hombres. —¿Qué es tan divertido?

—Al parecer la vieja curandera quiere vernos para felicitarnos por los esponsales y me acaban de decir que lleva un vestido rojo y flores en el cabello. Que pase, que pase.

—Jarl, creo que ha perdido la cabeza —dijo el hombre preocupado.

—Como si alguna vez la hubiera tenido bien. Veamos qué hace, nos divertirá.

El hombre salió de la casa del jarl a toda prisa y la anciana no tardó en aparecer. Odalyn dejó caer la mandíbula del asombro al ver que efectivamente llevaba un vestido rojo, pero su tela era tan fina que se veía todo su cuerpo y la verdad no era agradable de ver. Su cabello encanecido caía suelto hasta sus pies desnudos y llevaba una

corona de flores marchitas, pero lo que ponía los pelos de punta era su rostro totalmente ido. Miró al jarl que parecía tan atónito como ella. La anciana se acercó a toda prisa arrodillándose ante él y cogiendo su mano para besársela como si fuera un dios. —Gracias por recibirme.

—Mujer, ¿qué llevas puesto? —dijo escandalizado.

—Mis mejores galas para los novios. —Rio de una manera que impresionada le hizo dar un paso atrás. Parecía poseída. —De rojo, como el rojo que debería teñir la cama de los novios en su noche de bodas. —Rio de nuevo. —¡Pero eso no pasará porque la novia no es pura! ¡Una vergüenza!

—¡Padre échala! —gritó Brenda—. ¿Qué locuras dice?

—¿Has perdido el juicio del todo, mujer? ¡Fuera de mi vista!

De repente empezó a tararear y girar sobre sí misma como si bailara. —Tampoco era pura su madre, mi jarl. Bien lo sabes. De tal palo, tal astilla.

El rostro del jarl se puso rojo de furia mientras Erika jadeaba de la indignación. —¿Quieres morir, mujer?

—Sí —dijo para asombro de todos antes de reír acercándose a la mesa de los hombres de Didrik que se levantaron de golpe apartándose—. ¿No me queréis? —preguntó como una niña antes de pasar su mano por su cadera hasta llegar a sus caídos pechos—. ¿No queréis mamar de ellos?

—¡Sacadla de aquí! —gritó el jarl poniéndose en pie.

Se volvió sonriendo. —¿Quieres tú, mi jarl? Es leche rica como la de tu Judith. ¿Te acuerdas lo que te gustaba mamar de ellos?

Odalyn palideció dejando caer la jarra al suelo. —¿Recuerdas cómo te la beneficiabas? —Se echó a reír a carcajadas. —Podías haber mamado mucho más, pero seis hijos mató antes de alumbrarlos.

El jarl perdió todo el color de la cara. —¿Qué has dicho?

—Me rogó que la ayudara. Más bien me lo ordenó porque la noche en que Neils se puso enfermo yo no estaba recogiendo

hierbas lejos de aquí, sino estaba encamada con tu tío. —Rio bailando de un lado al otro.

—¿Qué has dicho? —gritó más fuerte.

—Oh… —Se volvió para mirarle con los ojos como platos. —¿No lo sabías? Que pena que se muriera, me hacía gozar.

—¡Qué has dicho de los hijos de Judith!

—¿Eso? —Sonrió maliciosa. —No quería parir hijos tuyos. Parió los de James, pero jamás dejaría que uno tuyo sobreviviera. Era su venganza por haber matado a su familia.

—¿Cómo que no son hijos míos? —siseó mientras Didrik se levantaba.

La vieja rio. —Solo sangre anglosajona corre por sus venas.

—¡Te lo dije! —gritó Erika.

—¿Acaso creéis a esta loca? —preguntó Didrik divertido—. Entonces tu hija no es pura.

Erika se sonrojó al igual que su hija. —Claro que lo es.

Ivar se volvió de golpe y cogió a Odalyn por el cuello. —¿Eres hija mía? ¡Dímelo! —gritó escupiéndole en la cara.

—Suéltala —dijo Didrik fríamente—. No te lo digo más, es mía.

—¿Eres mi hija? —gritó fuera de sí.

Odalyn sonrió con satisfacción y él gritó tirándola a un lado. Se golpeó con fuerza contra la pared y Didrik rugió haciendo que sus hombres se levantaran con las espadas en la mano mientras Ivar gritaba —¡Esa puta!

La vieja Arna parpadeó. —¿Por qué habéis hecho eso?

Se volvieron hacia ella que sonreía angelicalmente. —¿Acaso me has mentido, vieja?

—¿En qué, mi jarl? Tus hijos comparten cama.

—¿Qué?

De repente un cuchillo atravesó su pecho y la vieja cayó de rodillas. Todos miraron a Neils que pálido estaba en las escaleras. —Está loca, padre. Solo dice disparates. Ha perdido totalmente la cabeza.

Ivar miró a unos y a otros mientras la vieja tosía sangre. —Se teñirá de rojo… Todo se teñirá de sangre y será tu fin, jarl. —Cayó a un lado y se hizo el silencio en el salón.

El jarl dio un paso hacia atrás. —Sacadla de aquí. —Al volverse y encontrarse a Didrik tan furioso se tensó. —Está loca.

—Pues si está loca discúlpate con ella.

El jarl se quedó sin aliento y miró a Odalyn que aún sentada en el suelo le observaba con odio. —¿Con ella?

—Discúlpate —siseó.

—¡Es una esclava! ¡No pienso disculparme con la hija de esa perra de Judith!

—Ya no es una esclava.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Brenda asombrada.

Odalyn soltó una risita sin poder evitarlo y todos volvieron la vista hacia ella asombrados. —Uy, perdón.

—¿Algo te hace gracia, Odalyn? —preguntó Brenda entre dientes.

—Por supuesto que sí, la cara del jarl es de lo más cómica —dijo con burla.

Brenda gritó —¿Cómo te atreves?

Ivar la fulminó con la mirada. —Discúlpate ante mí.

—Oh, lo siento. ¿Acaso he dicho algo que te ha ofendido, jarl?

Se hizo el silencio en la sala. —¡Marido haz algo, se está burlando de ti! —gritó histérica la esposa del jarl—. ¡No puedes consentirlo!

—¡Discúlpate!

Le miró aparentando extrañeza. —¿Que me disculpe por qué? ¿Por existir? Tendrás que vivir con ello.

—¿Eres mi hija? —gritó.

—¿Acaso eso es importante?

—¡Serás zorra! —gritó Erika levantándose—. ¡Marido no le hagas caso, solo quiere provocarte! ¡Es una bastarda! Da igual de quien sea hija. ¡Ha sido parida por una esclava, no es nadie!

—¿No es nadie? —preguntó Didrik con voz lacerante—. ¡Es mi mujer! —gritó mientras los hombres de Hovensen desenvainaban

sus espadas.

—Mi jarl…—dijo Jensen furioso—. Jamás me he sentido más insultado. ¡Estos perros no te respetan! ¡Y estoy por apostar que esa zorra se acuesta con su hermano! ¡No es digna de ti!

—Lo sé, hermano. Pero aún tengo ciertos temas que resolver.

—¿De qué hablas? —preguntó Neils sin salir de su asombro.

Dio un paso hacia Ivar. —Tu padre lo sabe bien.

—Mañana…

—¡Ahora! —gritó con tal cara de furia que cualquiera que le viera sabría que no había que jugar con él—. Ahora, si no quieres que pierda la paciencia.

—Pero… ¿Mi hija? ¿Y la boda? No hay mujer más hermosa y dulce…

—¿Dulce esta arpía? —gritó fuera de sí—. ¡Jamás le presentaría esta mujer a mi madre! ¡Dañaría su sensibilidad! Nunca estuvo de acuerdo con este matrimonio por eso no está aquí, pero como se entere de esto…

Sus hombres asintieron dando un paso hacia ellos de manera amenazante e Ivar se tensó. —¿Acaso pensáis romper el compromiso?

—Por supuesto que sí. De hecho, en cuanto me cuentes lo que me interesa me voy de aquí. ¿Tienes algo que decir?

Rojo de la rabia siseó —Tenemos un pacto. ¡Habéis aceptado regalos por estos esponsales!

—¡Regalos que servirán para reparar la ofensa que me habéis causado con tu falta de respeto hacia mí y hacia mi mujer! Yo no tengo la culpa de que no hayáis sabido retener vuestra lengua y no sepáis lo que son los modales, así que no pienso toleraros ni un minuto más. ¿O queréis que lo solucionemos de otra manera?

Los hombres de su jarl de inmediato sacaron sus espadas y Odalyn asombrada miró a su alrededor porque todos estaban dispuestos a la lucha. Era evidente que los hombres de Ivar perderían. Al fin lo había conseguido. Al fin ella y los suyos serían

libres. Pero algo en su interior le hizo decir —Yo he sido la agraviada. —Todos miraron hacia ella y Didrik levantó una ceja. —Yo he sido la humillada y vilipendiada por ellos durante todos estos años como lo fue mi madre hasta morir. Yo soy la que ahora es tuya y a la que han agredido. Soy yo quien debe tomar venganza.

—Odalyn, no —dijo su amiga desde la cocina.

Sin hacerle caso continuó —El jarl considera que yo he creado el conflicto con mi nacimiento, ¿no es así? —Ivar apretó los puños haciéndola reír. —Mírale, me mataría a golpes si pudiera simplemente porque considera que mi madre le ha humillado, así que si alguien va a retarse aquí esa seré yo.

Didrik sonrió de medio lado. —Yo también he sido el ofendido.

—No, he sido yo. Pero cuando gane en el enfrentamiento habré reparado también su falta hacia ti, mi jarl. —Se miraron a los ojos y sin poder evitarlo se sintió más unida a él que nunca desde que le había conocido.

Ivar vio una salida. —Exacto, ha sido ella quien ha provocado esto y es ella quien tiene que retarse. ¡Es un conflicto que debe resolverse entre nosotros! Neils prepárate, como mi hijo…

—¿Qué has dicho, viejo? —preguntó Didrik con ganas de insertar la espada en su garganta—. ¿No hablarás en serio?

—Sí que lo hace —dijo Odalyn sonriendo con cinismo.

—¡Debería luchar contra tu otra hija para que estén en igualdad de condiciones!

Odalyn volvió la vista hacia ella y se echó a reír porque estaba pálida como la cera.

—¿Yo? —Cuando Didrik asintió Brenda negó con la cabeza. —No, yo no sé luchar.

—Y ella tampoco —dijo Neils con burla—. Es evidente que quiere morir. Será porque sabe que la muerte la acecha.

—Sí, la muerte acecha. Pero será a ti a quien consumirán las llamas —dijo ella sin intimidarse—. Acepto el reto.

—¡Mátala, hermano! —gritó Brenda.

Sintió como Ermin se colocaba tras ella y preguntaba con burla —¿Seguro que es tu hermano? Porque no se parece en nada al jarl y que compartas su cama es muy significativo.

La esposa del jarl jadeó mientras Ivar golpeaba la mesa. —¡Silencio! Mátala de una vez, hijo.

—Puesto que ellos han podido elegir a mi oponente, yo elegiré las armas —dijo Odalyn sin que las palabras de su supuesto padre la afectaran.

—No tengo inconveniente —dijo Neils.

Alargó la mano y su hermano posó un largo cuchillo en su palma. Neils sonrió. —¿Vas a matarme con eso?

—Te aseguro que lo pienso intentar.

Su hermano susurró tras ella —No sé lo que te propones, pero no falles.

—Salgamos… —Se volvió y caminó hacia la puerta mientras los presentes hacían un pasillo para dejarla pasar.

Oswald negó con la cabeza, pero ella siguió caminando y pasó ante él. Idun corrió tras ella y se quitó el pañuelo de la cabeza. —No sé lo que estás haciendo, pero es una locura.

Cogió su pañuelo y se inclinó hacia delante envolviendo su cabellera en él con agilidad. Se incorporó atándose el pañuelo a la nuca y sus ojos se encontraron con los de Didrik que estaba muy tenso. La gente les rodeó. Los hombres Hovensen estaban a un lado y los Einarsen al otro. Neils sonreía mientras los suyos le palmeaban el hombro. Cuando su oponente mostró su minúsculo cuchillo todos se rieron.

—Preciosa, puedo acabar con esto.

—Ni se te ocurra, es mi guerra no la tuya. Tengo derecho a que corra la sangre. Tranquilo, que sé lo que hago. Has visto a mi hermano con el cuchillo. —Él asintió. — Pues no me quedo atrás.

Él apretó los labios antes de decir —Ataca sus piernas. No dejes que te agarre. Es fuerte, un solo golpe y te vencerá —dijo antes de cogerla por la nuca y besarla apasionadamente. Cuando se apartó

susurró —No te confíes. —Se le cortó el aliento porque parecía desesperado. Besó su labio inferior antes de volverse a su oponente.

—¿Estás preparada? —preguntó Neils divertido.

—Uy, no. Espera. —Se cogió el bajo del vestido y se lo metió por el cinturón mostrando sus piernas hasta la rodilla. —Ahora, puedes empezar cuando quieras.

—¡Ataca! —gritó su padre furioso—. ¡Mátala sin piedad! ¡Mata a esa zorra! ¡Nadie nos humilla!

Neils entrecerró los ojos y ella chasqueó la lengua. —¿Ya no quieres meterme en tu cama? —Él se sonrojó de la furia. —Vamos hermanito... —dijo sin moverse con el cuchillo en la mano—. ¿O no tienes valor para pegar a una mujer? ¡Claro que sí, eres su hijo! ¡Ataca de una maldita vez, cobarde!

Él gritó alargando el brazo para agarrarla. Se giró a toda prisa esquivándole y el cuchillo cortó el brazo a la altura del codo antes de clavarse en su muslo bajo el glúteo. Se apartó poniéndose frente a él que gritó de la rabia mientras Didrik sonreía cruzándose de brazos al igual que su hermano que a su lado la observaba. —El jarl se va a enfadar —dijo ella como si fuera una niña caminando a su alrededor —. Le estás fallando, Neils… Su heredero, su orgullo… ¿Qué futuro tendrás ahora cuando no puedes ganar a una mujer? A una bastarda, una esclava… Tú no mereces ser jarl.

Él se tiró sobre ella y riendo giró esquivándole de nuevo. Este cayó sobre su padre y el jarl le empujó gritando —¡Mátala, inútil!

Cuando se volvió lo hizo con un cuchillo mucho más grande y Didrik se tensó dejando caer los brazos.

Ella chasqueó la lengua. —Antes de que termine contigo sacarás el hacha.

Varios de los suyos se echaron a reír. —¡Puta! —Fue hasta ella pero la pierna le falló cayendo de rodillas.

Ella le rodeó. —¿Sabes lo que te ocurre? Que estás perdiendo mucha sangre por la herida del muslo. Te estás muriendo. —Él la miró asustado mientras su padre palidecía. Neils gritó intentando

apuñalarla, pero dejando caer el cuchillo ella agarró su brazo y elevó la rodilla golpeando su codo con tal fuerza que se escuchó un chasquido antes de arrebatarle su propio cuchillo y pasárselo por su garganta. Su expresión de sorpresa la hizo sonreír. —¿Quién es el perro ahora? —Se volvió dándole una patada en la cara que le tiró al suelo ante su padre y escupió sobre él antes de decir con odio —Aquí tienes a tu heredero.

Los suyos gritaron levantando los brazos. El jarl atónito miraba a su hijo como si no pudiera creérselo. —¿Crees que irá al Valhalla al morir a manos de una esclava? —preguntó mientras caminaba hacia su hermano que sonreía orgulloso.

Se volvió entre Ermin y Didrik que dijo —Ahora vas a decirme quién mató a mi padre.

Jensen le miró con sorpresa. —¿Qué dices, hermano? ¿Este perro lo sabe?

—Eso me ha dicho. ¿Por qué crees que me iba a casar con esa estúpida?

Su hermano dio un paso hacia el jarl. —¡Habla de una vez!

—¡Muérete cabrón! —gritó por orgullo—. ¡Ahora no lo sabrás jamás!

Didrik sonrió malicioso. —¿Quieres morir? Te aseguro que no sentiré ningún arrepentimiento. Sé un hombre y di lo que ocultas antes de que mueran los tuyos.

—Van a morir —dijo ella por lo bajo.

—Preciosa, déjame a mí.

—Que hable, pero luego van a morir, lo he jurado.

Didrik puso los ojos en blanco antes de mirar a Ivar. —Estoy esperando.

—¡Fue ese que dices que es tan amigo tuyo! —gritó furioso—. ¡Fue Sveinnsen!

—Miente —dijo un hombre moreno de su grupo con rabia—. Quiere que liquides sus conflictos por él. Te está mintiendo.

—Lo sé, Viggo. —A Odalyn se le cortó el aliento porque ese hombre moreno era quien se suponía que había matado a su padre. Pues por su cara no parecía muy desleal, todo lo contrario—. ¿Dónde está esa prueba de la que hablabas? —Dio un paso hacia él. —¡Quiero la prueba! —gritó empezando a perder la paciencia.

Ivar entrecerró los ojos y le dijo a su esposa —Tráela. —Esta salió corriendo mientras los dos grupos se miraban con rencor sin decir una sola palabra y cuando regresó lo hizo con una espada en la mano que Ivar le arrebató mientras los Hovensen la miraban asombrados. Ivar tiró la espada al lado del cuerpo de su hijo.

Odalyn escuchó como a Jensen se le cortaba el aliento. —La espada de padre. —Rugió furioso. —¡Le mataste tú!

—No digas locuras. ¿Ves que le falta una piedra? ¿La central? ¿Adivina quién la lleva en el cuello como trofeo? ¡Por eso quería que esperaras a mañana! ¡Porque la prueba la porta él!

Didrik muy tenso siseó —Esperaremos. —Ivar pareció aliviado. —Ahora vas a explicarme por qué tienes el medallón de mi tío escondido en tu colchón.

El jarl perdió todo el color de la cara. —¿Cómo…?

—¿Cómo lo sé? Mi mujer es muy lista.

—En realidad el listo fue mi hermano. —Sonrió a Ermin que le guiñó un ojo. —Él lo encontró.

Viggo miró a Didrik. —¿Qué dices? ¿El medallón de mi padre lo tiene esta rata?

—Dijiste que lo habías perdido, primo.

Asombrado dijo —No entiendo a dónde quieres llegar. —Dio un paso atrás como si lo hubiera golpeado. —¿Dudas de mí?

Didrik apretó los labios y ella dijo a toda prisa —Es obvio que el jarl necesitaba algo, una prueba para acusar a alguien y que Didrik se casara con su hija. De alguna manera lo consiguió, pero luego se dio cuenta de que acusando a uno de sus enemigos ganaba más, ¿no es cierto, padre? —preguntó con burla.

—¡Eres una zorra mentirosa!

—¿Miento? ¿Entonces por qué tenías el medallón escondido? Viggo di a todos cómo lo perdiste.

Viggo se sonrojó y todo el pueblo lo miró. —¿Primo? —le apremió Jensen—. Dijiste que se te debía haber caído cuando estabas de caza.

—¡Lo perdí a los dados!

Jensen le miró asombrado. —¿Apostaste el medallón de tu padre a los dados?

—¡Cierra la boca! ¡Por tu reacción, por la reacción de todos no podía decir que había perdido algo tan preciado para la familia en un juego!

Ella sonrió. —Y eso fue en Heirst, supongo.

—Sí.

—¿Estaba alguno de los que hay aquí presentes ese día?

Viggo señaló a uno de los hombres del jarl. —Él me lo ganó.

Asustado negó con la cabeza. —Miente.

—¡No miento! ¡Y te juro por Odín que lo perdí cuando fui a Heirst a averiguar quién había matado a tu padre, Didrik! Entré en una cantina y me tomé unas cervezas. ¡Les vi jugar y me acerqué!

Uno de los hombres de Didrik dio un paso al frente. —No miente, jarl. El mismo día que este cabrón trajo el cuerpo de nuestro padre vi el medallón en el pecho de Viggo. Después de ese infructuoso viaje no lo vi más.

—¿Estás seguro, hermano?

El moreno asintió. —Totalmente seguro. Aquel horrible día yo le di la noticia en cuanto llegó de caza. Recuerdo que el sol hizo brillar el oro y me deslumbró.

Didrik sonrió malicioso. —¿Entonces si solo había sido un juego por qué guardabas el medallón con tanto empeño, jarl?

Ivar miró a unos y a otros que dieron un paso hacia él. —Cuando lo vi sobre el pecho de mi hombre lo reconocí y no quería conflictos con vosotros, así que se lo compré y lo escondí.

El tipo asombrado dijo —No me lo compró, jarl.

—¡Cierra la boca!

Didrik le hizo un gesto al hombre. —Eh tú, ven aquí. —El guerrero asustado dio un paso hacia él. —¿Tu nombre?

—Thorgerd.

—¿Desde que le diste el medallón hasta que el jarl fue a visitarme de nuevo cuánto tiempo transcurrió?

El tipo tragó saliva. —¿Qué?

—¿Cuánto? —gritó furioso.

—Una semana. Yo ya tenía el medallón de antes, pero no me lo puse ante todos hasta dos meses después que celebramos la llegada de uno de nuestros barcos. Las ganancias eran cuantiosas y la celebración estuvo a la altura. Una semana después partimos.

Los Hovensen le fulminaron con la mirada. —Así que en cuanto tuviste el medallón me visitaste.

—No lo recuerdo bien, yo… —Dio un paso atrás.

—¡Pensabas inculpar a mi primo!

Viggo gruñó con rabia. —Déjame matarle.

—No, espera… Debemos averiguar si Ake está metido en esto.

—¡Te digo que sí! —gritó Ivar.

—¡Cómo conseguiste su espada! —Jensen rabioso elevó la suya. —¿Dónde la encontraste?

—Me la dio Sveinnsen como pago cuando le reclamé la muerte de los míos en aquel conflicto que os comenté.

Entonces los Hovensen sonrieron poniéndole los pelos de punta. —Me da que acabas de meter la pata hasta el sobaco —dijo Odalyn —. ¿No es cierto, cielo?

—Muy cierto. ¿Y sabes por qué has errado tu respuesta? Porque mi amigo jamás ofrece riquezas y esa espada es muy valiosa. ¡Como siempre dice, él es el responsable de lo que hagan sus hombres y él se enfrenta a la muerte por ellos si es necesario! ¡Te hubiera retado si consideraba que no tenías razón y si la tuvieras les habría matado! ¡Esa es la justicia que imparte Ake y todos los que le conocen lo

saben! ¡Por eso tu relato sobre él y sus hombres no me convencía, no hay hombre en estos fiordos más cabal que Ake Sveinnsen!

—En cuanto llegue te convencerás de lo confundido que estás con él. Lleva la piedra al cuello.

—¿Le has tendido una trampa? —preguntó ella divertida—. Jarl, ¿es que esa cabecita tuya no para?

—Cállate.

—Hace unos meses el jarl me ordenó hacer un colgante con una piedra verde tan grande como mi pulgar —dijo el herrero—. ¿Será esa?

Todos miraron hacia Ivar que rugió agachándose por la espada y se puso en guardia mientras los suyos le rodeaban. Los Hovensen y los esclavos mostrando sus cuchillos sonrieron maliciosos mientras las mujeres gritaban corriendo hacia sus casas.

—Has cavado tu propia tumba —dijo Didrik con voz heladora.

—Eso ya lo veremos —siseó.

—Es mío —dijo ella.

—¿Estás loca, mujer? ¡Ha matado a mi padre! ¡Es mío!

—¡Lo he jurado!

—Me importa poco.

Entrecerró los ojos. —Pues veamos quien lo pilla primero.

—Como te hagas daño —dijo entre dientes.

Ella gritó como una valkiria levantando su cuchillo y corriendo hacia ellos con todos los esclavos detrás. Didrik bufó. —Esta mujer…

Jensen le guiñó un ojo antes de gritar corriendo hacia la lucha. Al ver que un hombre intentaba apuñalar a Ermin, Didrik insertó la espada en su estómago acercándose a su mujer que lo único que quería era llegar a su objetivo. Odalyn rajó la mejilla de uno que protegía a Ivar y Didrik no pudo menos que admirar su forma de luchar. Jensen arrancó la espada del estómago de uno de sus enemigos y rio. —Es una valkiria, sabrá proteger tu espalda, hermano.

Sonrió orgulloso, pero al ver que uno se tiraba sobre ella lanzándola al suelo perdió la sonrisa de golpe antes de gruñir agarrándole por la camisa para lanzarle lejos. —¡Te dije que no te hicieran daño!

—¡Es mío!

—¡Es mío, mujer!

Ella jadeó al ver que se volvía sin ayudarla a levantarse y que empujaba a uno de los pocos que quedaban protegiendo al jarl para llegar a él. —¡No!

Luchando con Ivar dijo —¡Mató a mi padre!

—¡Es mío! —Golpeó el interior de su rodilla haciéndole caer al suelo y pisó su espalda para llegar hasta Ivar sonriendo maliciosa. —Prepárate para morir.

—¡Puta!

—¡Me estoy cansando de oírte decir eso! —gritó desquiciada antes de esquivar su espada. Se giró sobre sí misma atravesando su garganta con su puñal y agarrándole de su sucio cabello siseó a su oído —Dale recuerdos a mi auténtico padre, cabrón. Seguro que te está esperando para darte tu merecido. —Arrancó el cuchillo de su garganta y gritando clavó su puñal en su pecho tantas veces que su rostro se salpicó con su sangre.

Cuando cayó al suelo se le quedó mirando. No sentía nada. Ni satisfacción siquiera. Pero algo en su ser le hizo gritar elevando los brazos y los esclavos hicieron lo mismo mientras los Hovensen mirando a su alrededor buscaban atacantes. Didrik gruñó y Viggo se puso a su lado algo sorprendido. —¿Le ha matado ella?

Giró la cabeza hacia él mirándole como si quisiera fulminarle de la faz de la tierra. Viggo carraspeó. —Voy a por mi medallón.

—Y como vuelva a desaparecer prepárate, primo.

—Eso no pasará, te lo juro por Odín.

—Más te vale.

Ermin abrazó a su hermana. —¡Lo conseguimos!

—Bueno, Didrik algo ha hecho.

Didrik levantó una ceja y ella se apartó de su hermano sonriendo radiante. —No te enfades.

—Me has derribado, a mí.

Se tiró sobre él y Didrik sonrió. —¿Contenta?

—Al fin les he vengado. Todo el dolor y el sufrimiento… —Acarició su mejilla. —Gracias por tu ayuda.

—Ha sido un placer.

—Ahora tenemos que irnos. —Él parpadeó mirándola como si no comprendiera sus palabras y Odalyn forzó una sonrisa. —Lo juré.

—¡Deja de jurar, mujer!

—¡Lo sabías! Sabías que… —La dejó caer al suelo y cayó de culo. —¡Auch! ¡Didrik!

Vio como apretaba los labios disgustado por lo que debía hacer. Pero ambos tenían responsabilidades. Él era el jarl de su pueblo y no podía abandonar a los suyos. Odalyn tampoco podía abandonar a los esclavos. En las tierras del sur tendrían un futuro, se reencontrarían con sus familias. Debía protegerles. —Acabemos con esto. —Sintiéndose dividida se levantó, pero él se interpuso en su camino cortándole el paso. Cerró los ojos respirando hondo para intentar contener la emoción porque era evidente que no quería que se fuera y susurró —Debo irme, debo ponerles a salvo en las tierras de mis padres. —Elevó los párpados mirando sus ojos negros. —Pienso reclamar mi herencia y averiguar si realmente llevo la sangre de James.

—Eso no se puede saber —dijo fríamente.

—Dicen que soy igual que mi abuela. Si es cierto lo daré por bueno. —Dio un paso hacia su hermano, pero Didrik la cogió por el antebrazo para detenerla y no tuvo más remedio que mirarle a los ojos. —Tengo que hacerlo, es mi deber.

—Y no pienso impedir que vayas rompiendo así tu juramento, pero volverás a mí.

Le dio un vuelco al corazón. —¿Qué has dicho?

—En cuanto pase el invierno que viene regresarás o iré a buscarte, esposa. —Sin más se volvió y gritó —¡Nos vamos! ¡Los esclavos y hombres libres que quieran venir conmigo y que me juren fidelidad que suban al barco!

Impresionada miró a los esclavos y los que eran de por esas tierras esperaron su decisión. Eso la hizo reaccionar. —Si queréis iros con él, hacedlo. Sois libres. Ya sois libres y nadie decidirá por vosotros.

Muchos sonrieron antes de gritar de la alegría corriendo hacia el barco donde Didrik ya estaba embarcando. Inga loca de la felicidad cogió la mano de uno de los hombres de Didrik para que la ayudaran a subir. Esperaba que todo le fuera bien, esperaba que les fuera bien a todos. Didrik se volvió mirándola fijamente y sintió que se le desgarraba el alma. Por primera vez era libre, pero sus obligaciones la ataban a seguir otro rumbo que no era el suyo. Y dolía, ni todos los golpes del mundo dolían tanto como separarse de él. Emocionada se quedó allí de pie viendo como sus hombres remaban haciendo que el barco se alejara mientras él seguía en cubierta sin dejar de mirarla.

—¿Esposa? —preguntó su hermano a su lado.

—¿Crees que en una semana me habrá olvidado? —dijo con pena por tener que renunciar a él.

—No parece un hombre que se olvide de nada. —Se miraron a los ojos. —Y tú tendrás otra vida allá donde vayamos.

—Si pudieras elegir, ¿tú qué harías?

—¿Como hombre libre? Irme con él. Su pueblo es rico y tendré trabajo. —Ermin acarició su mejilla. —Pero te tengo a ti y ni por todo el oro del mundo te abandonaría.

—Bien dicho —dijo Idun a su lado—. Si quieres puedes tenerlo todo, amiga. Pero primero debes reclamar lo que es tuyo. Serás rica para luego decidir.

—Seremos ricos —dijo ella antes de volverse a los anglosajones con Oswald al frente—. ¿No, primo?

—Puedes estar segura. Casi tan rica como el rey de Wessex sino más.

—Pues vayamos a reclamar todo ese oro, pero antes… —Sacaron los cuchillos y la mirada de Odalyn fue a parar al numeroso grupo que aún estaba de rodillas. Sonrió al ver a Brenda al lado de su madre. —¿No has tenido las agallas de empuñar un arma para salvar a tu jarl? Eres una vergüenza. —La agarró por el cabello levantando su rostro. —Pero no te voy a matar.

—Ah, ¿no? —preguntó su hermano asombrado.

—Esta no tiene valor para quitarse la vida. —Sonrió maliciosa. —A ver cómo se desenvuelve pobre, sin nada a su alcance. —Con rencor siseó a la esposa del jarl que temblaba de miedo —Ahora ya no tenéis ningún poder sobre nadie. Y esos que creíais vuestros vasallos no darán nada por vosotras. Espero que se os dé bien cazar y curtir pieles porque se acerca el invierno. —Soltó el cabello de Brenda con desprecio y gritó —¡Coged las riquezas! ¡Son la compensación por nuestro trabajo durante todos estos años!

Los anglosajones gritaron corriendo hacia la casa mientras ella arreaba un tortazo a Brenda que la hizo sollozar muerta de miedo. —¿Recuerdas esa cruz? Era de mi madre, puta. Ni sabes lo que significa. Ruega a esos dioses paganos para que te maten este invierno. —Se volvió y le dijo a su hermano —Vigílalas, vengo ahora.

Ermin asintió y observó cómo iba hacia la casa. Subió los escalones mientras los suyos saqueaban las habitaciones. Al llegar a la de Didrik vio como dos mujeres cogían las pieles de la cama mientras otra agarraba la bolsa de cuero de su marido. —Deja eso.

—Oh, sí… Por supuesto.

Sonrió. —No pasa nada, pero…

—Entiendo, es tuya. Da igual, hay mucho que coger.

Al llegar a la bolsa sonrió con tristeza porque ni se había molestado en recogerla antes de irse. Metió la mano para acariciar sus camisas y agarró la cruz ahora fría. —Ayúdame señor a llevar a cabo la tarea que tengo por delante. —Sus ojos se llenaron de

lágrimas. —Ayúdame a regresar a él porque sin tu ayuda puede que ni siquiera lleguemos vivos a las tierras de mis padres. —Se llevó la cruz al pecho. —Y me he dado cuenta de que necesito estar a su lado, necesito volver a verle, volver a sentirle… Guía mis pasos, guía mi corazón. Guía ese drakkar a… —Sus ojos se entrecerraron recordando algo. —Mierda.

Capítulo 5

Cuando llegó al patio con la bolsa puesta en bandolera le tendió la cruz a su hermano.

—¿Para mí? —preguntó sorprendido sin cogerla.

—A pesar de lo que ha dicho la vieja, los que nos acompañan no creen que tú seas hijo de James.

—No lo soy. Nunca me trató como a ti, aunque sé que me quería.

Oswald que debió escucharlo dijo —Lo siento hijo, pero eso no podemos demostrarlo. Lo que sí podemos llevar hasta el rey es a tu hermana, que gracias a su rostro puede demostrar su estirpe.

—La vieja tenía desvaríos desde hace tiempo, puede que fuera una locura de las suyas. ¿Por qué diría esas cosas?

Su primo apretó los labios. —No lo sé, aunque la relación de los hijos del jarl la sospeché hace tiempo.

—¿De veras? —preguntó asombrada.

—Una vez vi cómo le daba un beso en la mejilla y no fue un beso de hermanos era un beso de amantes.

—¿Entonces lo de mi madre era cierto? ¿Se quitó los embarazos?

—No sé qué decirte. Me mantenía alejado de ellos como James me pidió y no es que hablara mucho con ella, pero si lo hizo jamás se lo dijo a nadie, puede que ni a James para no hacerle daño. Lo que sí sé es que hasta el embarazo de Ermin compartía cada noche el lecho con el jarl y que después de tenerte a ti nunca le vi un vientre. Supongo que si lo hizo no se le notaba para que el jarl no se diera cuenta. —Miró a Ermin. —No estoy seguro de las circunstancias de tu nacimiento, pero por el comportamiento de

James en aquella época y por como lloraba ella cuando él se enteró puedo imaginármelo. Lo que me confunde es que a ti te quería muchísimo, así que hacer eso con los posibles hijos que podía tener… No sé, estoy confuso. Supongo que nunca lo sabremos. —Oswald apretó los labios antes de mirarla. —Solo se puede demostrar que tú eres la hija de James y de eso no tengo ninguna duda.

Odalyn asintió sintiéndolo muchísimo por su hermano. Si realmente era hijo de James tenía derecho a la herencia como hermano mayor, pero al parecer tendrían que seguir sus planes originales por el bien de todos. —Todo lo mío es tuyo, lo sabes, ¿no?

—Lo sé. —Acarició su mejilla. —No te apenes, no es responsabilidad tuya.

Le puso la cruz en la palma de la mano y se la cerró sintiéndolo por él. Aunque mintieran a los anglosajones asegurando que era hijo de James y que tenía derecho a la herencia, puede que alguno de los suyos delatara las circunstancias de su nacimiento y dudarían de ellos, lo que les pondría en peligro a todos. Ya lograría darle su sitio como hermano suyo. Lo lograría. —Póntela, no te la quites nunca. Para ellos tú serás un vikingo. Necesito que sepan que eres cristiano para que te acepten.

Su hermano asintió colgándose la cruz del pecho. Idun salió corriendo de la casa con varios vestidos y Odalyn incrédula se detuvo en seco. —¿Puedes coger lo que quieras y coges eso?

—Debes llegar como una de esas damas.

—Bien pensado, cielo —dijo Ermin sonriendo.

Ella le guiñó un ojo. —Oswald, ¿me ayudas con unos sacos que hay en el salón?

—Por supuesto —dijo como todo un caballero.

Idun sonrió a su hermano. —Ahora podremos casarnos.

—Tú y yo ya estamos casados ante los ojos de Dios.

—Espero que los anglosajones piensen lo mismo sobre el matrimonio de James y madre porque sino estaremos en problemas.

Para ellos seguiré siendo una bastarda.

—Ya hemos hablado de eso, los nuestros te apoyarán.

Sintiéndose insegura por esas palabras fueron hasta el barco que habían elegido para su travesía y entonces volvió a su memoria lo que había recordado en la habitación minutos antes. —Mierda, mierda. Los que sabían navegar se han ido con Didrik.

Ermin la miró con los ojos como platos. —¡No!

—Tranquilidad, lo llevaré yo —dijo Idun. Incrédulos miraron hacia ella—. ¿Qué? Lo he visto mil veces.

—¡Desde la orilla como nosotros!

Oswald se acercó con dos sacos cargados de cosas y de repente se detuvo en seco mirando el barco. —Mierda. —La fulminó con la mirada. —Hay que pensar mejor las cosas, prima.

—¡No me di cuenta cuando les dejé ir! Además, no era justo para ellos que tuvieran que acompañarnos.

—¡Les liberamos! ¡Algo debían aportar!

—Ahora no hay remedio. —Gimió por dentro antes de volverse hacia los arrodillados. Con grandes zancadas se acercó. —No tenemos nada contra vosotros. —Suspiraron del alivio. —¿Quién quiere navegar hasta Wessex, ganarse algo de oro y quedarse el barco para regresar?

—¿Estás loca? Nos quedaremos sin barco —dijo su hermano por lo bajo—. ¿Y si tenemos que huir?

Carraspeó antes de decir bien alto —Pero para regresar habrá que esperar hasta la primavera que viene.

—Piensa antes de actuar —dijo Oswald por lo bajo ganándose una mirada que helaría el desierto—. Muy bien, me callo, aunque este no era el plan y has hecho lo que te ha dado la gana, me callo.

Miró a los presentes que parecían indecisos. —Si no nos dañáis no os dañaremos. Tendréis lo que os prometo.

Dos chavales rubios de unos quince años se levantaron. Eran pescadores que vivían a las afueras de la aldea y seguramente habían ido para celebrar los esponsales. —Tú te llamas Aren y tú

Axe, ¿no es cierto? —Ambos asintieron. —¿Sabéis navegar en un barco tan grande?

—Sí —contestaron a la vez los gemelos.

—Pero hijos… —dijo una mujer que aún estaba sentada.

—Madre, tendremos el barco. Es nuestra oportunidad de prosperar.

—¡Ese barco es mío! —gritó Brenda—. ¡Y si regresa seguirá siendo mío!

—Al final voy a tener que matarla porque no se le bajan los humos —dijo Odalyn exasperada.

—Es tan estúpida que todavía no se ha dado cuenta de su situación. —Ermin la agarró por la melena levantándola. —¡Mira, zorra! ¡Tú aquí ya no tienes nada! ¡Esos barcos son del pueblo, que mientras tú te cepillabas el cabello se dejaban la piel trabajando para ti! —Muchos murmuraron asintiendo. —¡Así que cierra la boca antes de que te la cierren ellos! —La tiró al suelo y varias mujeres le dieron de patadas para alejarla haciendo sonreír a Ermin. —Veo que lo vas entendiendo. Bien, nos vamos.

—¿Puedo ir con ellos? —preguntó su madre angustiada—. Solo les tengo a ellos no puedo perderlos.

Odalyn sonrió. —¿Cómo te llamas? No recuerdo tu nombre.

—Soy Lena, hija de Zio.

—El antiguo herrero.

Esta asintió.

—¿Y tu esposo?

Señaló con el dedo el suelo al lado del jarl y Odalyn gimió al volverse para ver el cadáver. Preocupada echó una mirada a su hermano antes de preguntarle a la mujer —¿Eso será un problema?

Sonrió irónica demostrando que quedarse viuda no le molestaba en absoluto. —Le aseguro que no, milady.

Se le cortó el aliento. —¿Cómo sabes…?

—Hace años conocí a su madre. Mi abuela era anglosajona y me enseñó su idioma. Y yo se lo he enseñado a mis hijos.

Sonrió. —Nos serás muy útil, Lena. ¡Nos vamos! ¡Quien no esté en el barco en cinco minutos se queda en tierra!

—¿Impaciente? —preguntó su hermano siguiendo su paso hacia el fiordo.

—Por supuesto que sí, ¿acaso no has oído a mi marido? —Le guiñó un ojo haciéndole reír. Subió al barco y se agarró a una soga para mirar las aguas del fiordo.

—Así que regresaremos —dijo su hermano ilusionado.

—Como dice Idun puedo tenerlo todo.

En aquella oscura mazmorra se abrazó las piernas pensando en ello. Qué estúpida, qué estúpida había sido. Había tenido un futuro prometedor al alcance de la mano con un hombre que alteraba su corazón y lo había perdido todo. Recordó a Didrik en su barco cuando se alejaba. Cómo deseaba volver a verle. Una lágrima rodó por su mejilla y recordó las palabras de su madre diciendo que llorar no servía de nada. ¿Pero qué otra cosa le quedaba? Su hermano había muerto y seguramente Idun también porque no sabía que había sido de ella como de todos los demás. Se mordió su labio inferior con fuerza intentando reprimir las lágrimas mientras recordaba cómo les costó llegar a la costa de Wessex. Varias semanas, porque el tiempo no ayudó y se refugiaron en la costa de las tierras altas varios días hasta que el temporal mejorara. Todos estaban muy ilusionados por volver a casa y cuando avistaron los acantilados de las tierras de su madre gritaron de la alegría levantando los brazos. Agradeció muchísimo posar un pie en suelo firme porque si algo había descubierto es que ella no valía como marinero, así que encantada de llegar a la tierra que había visto nacer a su madre caminó por la playa como los demás dejándose guiar por ellos, mientras mostraban una de las sábanas donde Oswald había escrito que eran anglosajones lo bastante grande para

que se viera bien. Pero era casi de noche y los vigías dieron la voz de alarma. En cuanto subieron el acantilado les tendieron una emboscada donde vio caer a Ermin, pero no pudo acercarse intentando salvar su vida. Oswald gritó quien era y de repente la lucha se detuvo. Asustada se acercó a su hermano arrodillándose a su lado y abrazándole. Desesperada vio que tenía una mala herida en el torso. —Ermin, te pondrás bien.

Él susurró —Cuida tus espaldas, hermana. Me he dado cuenta demasiado tarde…

—¿De qué?

Su cabeza cayó hacia atrás y gritó de dolor. Su hermano, su querido hermano había muerto entre sus brazos. Apretó las piernas con fuerza sollozando al recordar ese momento y como un caballero con una armadura que protegía su cuerpo se acercaba a Oswald sobre un caballo negro. —¿Quién has dicho que eres?

—Lord Oswald de Decksheimer. Hijo del barón de Decksheimer. ¡Hace veinticinco años que los salvajes del norte me secuestraron como a muchos de los míos!

El hombre levantó la parte delantera de su casco y le miró a los ojos. —¿Cómo se llama tu esposa?

Se le cortó el aliento porque no sabía que estaba casado y Oswald sonrió. —Meredith.

El caballero les miró a todos y dijo —Tirad las armas y venid con nosotros.

—¡Yo no voy a ningún sitio! —gritó ella con rabia.

Oswald se acercó. —Lo siento Odalyn, lo siento muchísimo pero ya no puedes hacer nada por él.

Gritó de dolor abrazándole. —No teníamos que haber venido…

Idun sollozó arrodillándose a su lado. —Déjame a mí, ve tú. Yo me quedaré a su lado. Ya no hay nada para mí sin él.

Asustada por perderla también dijo —Tú te vienes conmigo o sino aquí no se mueve nadie.

—¿Quién es esa mujer para dar órdenes?

Oswald sonrió. —La dueña de las tierras que pisas. La hija de Lord James de Edevane y Lady Judith de Edevane, de soltera Judith de Fernsby.

—No me hagas reír, viejo. Aquí no hay más dueño que Lord Richard Sallow.

Su primo separó los labios de la impresión. —¿Qué dices?

—¡El rey le otorgó estas tierras hace veinte años! —Tiró de las riendas de su caballo y gritó —¡Llevadles al castillo!

Al ver que Oswald palidecía ella preguntó —¿Qué ocurre?

Mirándoles de reojo se agachó a su lado. —Tendríamos que haber ido directamente a hablar con el rey para explicarle la situación. Nos hemos equivocado de parte a parte.

—Explícate. Dijiste que…

—Sé lo que dije, pero… —Apretó los labios. —El primo de tu madre ha debido morir sin descendencia. Conozco al nuevo dueño. Es sanguinario. No dejará testigos de una legítima heredera. —Apretó la empuñadura de su espada antes de gritar —¡Huid, nos matarán a todos!

Oswald levantó su espada contra los soldados y luchó mientras Idun gritaba horrorizada viendo como los suyos caían a su alrededor sin ninguna oportunidad. Dos de los caballos se separaron y su amiga echó a correr mientras ella seguía abrazando el cuerpo sin vida de su hermano. Lo apretó con fuerza contra su pecho y sollozó. —A esto te referías, ¿no? No querrían testigos de quien soy. ¿Por qué iban a recibirnos con los brazos abiertos si iba a arrebatarles todo lo que poseían?

Una espada apareció bajo su cuello y cerró los ojos esperando la muerte. —¡Levanta! Te vienes con nosotros.

Ella no se movió y cuando la cogieron de los brazos gritó desgarrada porque no quería separarse de su hermano. —¡Calladla!

El golpe en la cabeza provocó que se tambaleara antes de caer sobre el cuerpo de su hermano.

Despertó en aquel mismo sitio. Era pleno día, tenía las manos y los pies engrilletados y notaba la sangre seca sobre su rostro. Unos guardias que la vigilaban desde el pasillo la levantaron de inmediato. Recordaba la empinada escalera redonda y el daño que se hizo en los tobillos al tirar de las cadenas intentando subir. Cuando llegaron arriba recorrieron un largo pasillo. Asombrada miraba las paredes de piedra y la luz que entraba por las hermosas ventanas de colores. ¿Aquella había sido la casa de su madre? La empujaron hacia una gran puerta y la abrieron para que pasara. Un hombre de barba blanca estaba comiendo tras una mesa repleta de ricos manjares y este arrancando con la boca la carne del muslo de un pavo la miró. Esa fue la primera vez que vio a lord Richard. —Acércate —dijo de malos modos sin dejar de masticar.

La empujaron ante la mesa y le miró con todo el odio del que era capaz. Este sonrió tirando el hueso a un perro que tenía al lado. —¿Tu nombre?

Dijo lo que tenía ensayado con Oswald —Lady Odalyn de Edevane.

Él se echó a reír mostrando que le faltaban varios dientes. —Eres una impostora. James de Edevane murió hace mucho tiempo.

—Es cierto que ha muerto, pero no hace tanto. Quiero ver al rey.

Él se echó a reír con grandes carcajadas. —¿Quieres hablar con el rey Alfred? Yo también. Pero está muy ocupado encargándose de los vikingos que no dejan de invadir sus costas. Esos que conoces tan bien. No creo que le interese lo que tengas que decirle. —Rio de nuevo antes de coger su copa de oro y darle un buen trago de vino manchándose la barba.

Apretó los labios. —Entonces esperaré la muerte.

—Oh, sí que la esperarás, aunque puede que tarde un poco en llegar. Hasta que no esté convencido que no hay más de los tuyos por mis tierras seguirás con vida. Igual me sirves de algo en el futuro. —La miró pensativo. —Algunos de los que llegaron contigo han huido y no sé si han ido a buscar ayuda. Si vuelven a por ti

necesito que te vean viva para negociar. —Señaló a los guardias con el cuchillo que tenía en la mano. —Como muera serás tú y tus hombres quienes perderéis la vida.

El vasallo inclinó la cabeza antes de volverse para cogerla del brazo y tirar de ella. Quiso gritarle, pero elevó la barbilla saliendo de allí como toda una dama. Eso es lo que querría su madre.

En ese momento llegó un hombre. Caminaba hacia ella con grandes zancadas vestido de una manera que la dejó con la boca abierta. Llevaba una cota de malla por encima de sus ropajes que cubría su pecho y su cabeza. Entonces reconoció que era el hombre del bosque que les había tendido la emboscada y estaba furioso. Entró en el salón como una exhalación sin fijarse en ella siquiera. —Han escapado, barón. ¡No hay ni rastro!

—¡Encuéntrales! —gritó furibundo.

Se le cortó el aliento porque al menos alguien había conseguido escapar y sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción deseando que Idun fuera una de ellas.

Sintiendo de nuevo el dolor en el vientre volvió al presente y apretó los párpados con fuerza apoyando la frente sobre las rodillas. Hacía días que no comía y solo le daban una jarra de agua al día. Para querer mantenerla con vida no es que la cuidaran demasiado. Al levantar la cabeza llegó hasta ella el olor de sus propias evacuaciones y las ratas campaban a sus anchas por la mazmorra. El sonido de unos pasos en la escalera hizo que se pusiera en pie y se alejara a la puerta. Esta se abrió y sorprendida vio que era el hombre del bosque que hizo un gesto de asco al entrar. Miró hacia atrás y dijo —Sacadla de aquí, que se asee y darle de comer. Trasladarla a la torre norte y que una sirvienta la atienda.

—Sí, señor.

Eso sí que no se lo esperaba y separó los labios de la impresión. —¿Por qué hace esto por mí?

La miró fijamente y sus ojos castaños recorrieron su rostro antes de salir de allí diciendo —No lo hago por usted.

Entonces a Odalyn se le cortó el aliento. Si ese hombre la deseaba y por su mirada sabía que sí, puede que fuera de nuevo a visitarla y aún tuviera una oportunidad de escapar. Los ojos negros de Didrik la hicieron sonreír antes de levantar la vista hacia el hueco de ventilación que había en la parte superior de la pared. En la torre lo conseguiría. Solo necesitaba un arma.

Dos semanas después, sentada ante la ventana observó exasperada el mar embravecido. El invierno había llegado. Seguramente en la que siempre había sido su casa ya nevaría con fuerza. Vestida como una reina cepillaba su largo cabello buscando el barco de los gemelos, pero no estaba a la vista. ¿Lo habrían escondido? Prometieron no irse hasta la primavera, pero entendería perfectamente que hubieran salido huyendo cuando esos perros les buscaban. Chasqueó la lengua porque todavía no había tenido la oportunidad de escapar para ir en su encuentro. De hecho, ese hombre no había ido a visitarla ni una sola vez desde que estaba allí. Se preguntaba qué pensaban hacer con ella. ¿Tenerla allí para siempre?

—Milady, ¿puede cerrar la ventana? Hace frío —dijo la mujer que la vigilaba, aunque sabía que la vigilaban más que estaban en las escaleras. No le hizo ni caso y la mujer gruñó cubriéndose con un chal de lana. ¿Frío? Esa estúpida no sabía lo que era el frío. Deseó ver las intensas nieves que cubrían sus tierras y recordó las carreras con su hermano e Idun hacia la casa cuando empezaba a nevar. Una lágrima recorrió su mejilla.

La puerta se abrió de golpe y se levantó en el acto limpiándose el rostro. Orgullosa miró hacia el hombre del bosque. Estaba allí, era su oportunidad. Él entró en la habitación y le hizo un gesto a la mujer que la atendía. Esta salió a toda prisa cerrando la puerta. —¿Cuántos vinieron en ese barco con usted?

¿Quería información? Pues con ella no iba a obtener mucha. Levantó la barbilla y sorprendentemente él sonrió. —Milady, no tengo tiempo para esto.

—Pues es una pena…. ¿Cómo se llama?

—Althestad.

—Pues es una pena Althestad, aunque gracias por el cambio de aposento. Este lo aprecio mucho más.

Eso pareció hacerle gracia. —Tiene un ligero acento muy divertido, milady.

—Hablo su idioma perfectamente. Me lo enseñaron mis padres. Solo hablaban conmigo en esa lengua.

—Una historia muy interesante.

—También le interesaría mucho al rey. Tengo entendido que él conocía bien a mi padre pues era su primo.

—Eso tengo entendido yo también. —Caminó por la habitación. Le llamó la atención el pantalón de piel y la casaca negra que llevaba. Eran de calidad, pero no estaban adornados con hilos de plata como los de su lord. —Lord James era muy apreciado por su señor.

—¿Le recuerda? —preguntó dando un paso hacia él sin poder evitarlo.

—Estaba aquí cuando… —Se le cortó el aliento al entender lo que quería decir. —Mi padre me acababa de enviar aquí para ser vasallo del padre de lady Judith. Tenía siete años.

Sus ojos brillaron. —Conoció a mi madre.

—Una mujer muy bella. —Él carraspeó como si estuviera incómodo. —Aunque usted lo es más.

Se sonrojó sin poder evitarlo. —Gracias.

—Milady, ¿cuántos eran?

Rio divertida. —No pretenderá que se lo cuente.

—Pues sí, la verdad —dijo molesto.

—Le daré una pista. Ni mil ni una docena.

—Eso me ayuda mucho.

Rio de nuevo. —Lo sé. —Graciosamente se sentó ante la ventana.

Él entrecerró los ojos y dio un paso hacia ella. —No juegue conmigo, milady.

—Pues máteme. No le temo a la muerte —dijo metiendo la mano entre los pliegues de su vestido y cogiendo el mango del cuchillo que había fabricado con el latón de su orinal—. Soy vikinga nos gusta luchar hasta nuestro último aliento.

—Su padre se avergonzaría si la escuchara —dijo con desprecio.

Tensó la espalda. —Mi padre se avergonzaría de usted por traicionar su memoria. Conocía a su familia, estuvo a sus órdenes y ahora obedece a ese perro.

—¡Por órdenes del rey!

—¡Hay órdenes que no merecen ser seguidas por mucho que lo diga un rey! —gritó levantándose—. ¡Si fuera un hombre se pondría en contacto con Alfred y le diría lo que ocurre!

—¿Qué gano yo con ello? —siseó.

—Oh, hemos llegado al meollo del asunto. —No pudo evitar mirarle con desprecio. —¡Honor! ¡Que es lo que honra a un caballero!

—El honor no sirve de nada cuando se pasa hambre.

—¡He sido esclava, no me diga lo que es pasar hambre y penurias! ¡Recibir golpes o humillaciones, pero como decía mi madre siempre con la cabeza alta!

Él se tensó mirando la falda de su vestido. —Deme el cuchillo, milady.

Levantó una de sus cejas rubias porque no era tonto en absoluto y al parecer no le había distraído lo suficiente. Como había llegado el momento de dejar de disimular mostró su arma. —Venga a por él.

—¿Quiere volver a la mazmorra?

—Para llevarme a la mazmorra tendrá que llegar a mí primero.

Eso pareció hacerle gracia. —Oh, llegaré.

—Si cree que no le mataré está muy equivocado. Tengo muy presente la muerte de mi hermano y le considero responsable. —Él en guardia llevó la mano a su espalda sacando un cuchillo de dobles

dimensiones que el suyo y Odalyn se echó a reír. —Al parecer no me menosprecia.

—He oído historias sobre algunas mujeres de esa tierra de salvajes.

—¿Con la sangre que corre por mis venas cree que soy como ellas?

—Es mucho más hermosa, eso seguro. —Tiró la mesa a un lado y pasó el cuchillo a la otra mano. —Pero esa manera de coger el cuchillo se la enseñó su padre, así que creo que es peor que ellas.

—Muy listo.

—A mí no va a sorprenderme.

—Oh, sí que voy a sorprenderle. —Lanzó el cuchillo dándole al hombre que entraba en ese momento justo entre los ojos y Althestad sorprendido miró hacia él mientras Odalyn se deslizaba entre sus piernas abiertas golpeando con el puño sus partes antes de arrebatarle el cuchillo de la mano. Se levantó de un salto para ponérselo en el cuello mientras agarraba su cabello y este cayó de rodillas gimiendo de dolor con las manos en la entrepierna. —¡Soltad las armas! —gritó a los otros dos soldados que estaban en la puerta.

—Ni se os ocurra.

Apretó el cuchillo en su cuello. —Mi hermano, que era lo que más quería, murió por su culpa no creáis que no le rajaré el cuello. ¡Soltad las armas!

Los soldados dejaron caer sus espadas. —Las de la espalda también.

—Veo que tu padre te ha enseñado bien —dijo él con desprecio.

Los hombres tiraron los puñales. —Me enseñó mucho mejor de lo que le enseñaron a usted. ¡Y háblame con respeto! ¡Soy Lady! —Tiró de su cabello. —Levanta… —dijo entre dientes.

—No puedo.

—Pues haz un poder. —Le pegó un rodillazo en la espalda que le hizo gemir. —¡Arriba!

Althestad se levantó con esfuerzo. —No saldrás del castillo.

—¿Y quién ha dicho que quiero salir? ¡Apartaos de la puerta! —Los soldados se apartaron. Tirando de su cabello le guió hasta las escaleras. —¡Más deprisa!

—¡Esto lo vas a pagar!

—¿No me digas? —Le pegó una patada en el interior de la rodilla y perdió el equilibrio cayendo escaleras abajo. —Primero lo pagarás tú. —Bajó los escalones a toda prisa y le encontró sin sentido. —Estos hombres no tienen sangre —dijo exasperada—. Un vikingo se habría levantado, inútil. —Le pegó una patada en el costado y al escuchar que los soldados bajaban levantó su cabeza poniendo el cuchillo en su cuello. —¡Subid!

Lo hicieron a toda prisa y ella jadeó asombrada. —Encima estúpidos. —Puso los ojos en blanco e iba a soltar su cabeza cuando escuchó un crujido. Movió su cabeza de un lado a otro y el crujido se repitió varias veces. Hizo una mueca. —Upss… —Bufó soltando la cabeza. —Caballero —dijo con desprecio—. Que ganas de volver a casa para ver hombres de verdad. —Bajó las escaleras corriendo y cuando llegó abajo había un largo pasillo. Echó a correr, pero al dar la vuelta a la esquina se encontró con dos soldados que la miraron con los ojos como platos. Se detuvo en seco y sonrió. —¿Señores?

Ambos hicieron una reverencia y ella puso los ojos en blanco antes de pasar de largo. —Sigan con sus obligaciones. —Caminó como toda una dama, pero en ese momento se escucharon los gritos de alarma y salió corriendo. Una puerta se abrió dando paso a lord Richard y gritó como una guerrera saltando sobre él. Sorprendido intentó cubrirse con los brazos, pero le tiró al suelo clavando el cuchillo en su cuello de parte a parte. —¡Saludos de mis padres! —le gritó a la cara antes de levantarse y salir corriendo hacia la puerta principal que estaba abierta.

—¡Ha matado al barón!

Salió saltando los escalones de golpe y un soldado sobre su caballo no la vio venir. Se subió por los cuartos traseros de un salto agarrándole por el cuello para tirarle del caballo antes de lanzarse a

galope. Asombrada vio que el tipo aún tenía el pie en el estribo mientras pegaba botes sobre el empedrado.

—¡Cerrad las puertas!

Una flecha pasó a su lado. —Malditos…

Un soldado se interpuso en su camino y ella alargó la mano agarrando la lanza que iba a tirar otro antes de lanzársela traspasándolo de parte a parte. Se agachó cuando las flechas volaron ignorando el dolor que sintió en el muslo y gritó pasando por la puerta antes de que un enrejado descendiera de golpe. Al ver la cantidad de hombres a caballo que iban hacia el castillo gimió. Eso sería difícil de esquivar. Miró hacia abajo para ver que el hombre seguía allí dando botes. —¡Quieres irte, me estás retrasando! —Le pegó una patada a la pierna y nada, que no se soltaba. —Será posible. Ni montar a caballo saben. —Se agachó para soltar su bota y este salió rodando. Al enderezarse juró por lo bajo porque debían ser al menos cien. Forzó una sonrisa antes de decir para sí —Disimula…

Entonces se escuchó un cuerno y sin aliento miró hacia el mar. Detuvo su caballo por los seis barcos vikingos. No podía ser. No podía tener tanta suerte de que otro pueblo vikingo atacara justo allí.

—¡Milady vuelva al castillo! —gritó un hombre acercándose a caballo—. ¡Nos atacan!

Parpadeó mirando los barcos y al ver uno de ellos entrecerró los ojos. ¿Ese era su barco? No, no podía ser, solo se parecía. El hombre se puso a su lado. —No se preocupe, hombre. Siga con sus obligaciones. —Forzó una sonrisa.

—¿No está asustada?

—Claro que sí… —Tembló con evidencia. —Son terribles esos vikingos.

El soldado entrecerró los ojos. —¿La conozco?

—Igual conocía a mi madre…

—Su madre. ¿Y quién era su madre?

—Lady Judith de Fernsby.

El hombre entrecerró los ojos. —Eso no puede ser. Fue…

—Raptada, sí. —Tiró de las riendas. —Si me disculpa… Voy a recoger flores.

—¡Si está lloviendo y vienen esos salvajes! —gritó como si estuviera loca.

—Oh, pero si esto no es llover lord…

—Rey, rey de Wessex.

Se le cortó el aliento antes de mirar el castillo y morderse el labio inferior. Volvió a mirar sus ojos castaños y gimió. —No se enfade.

—¿Qué?

Los soldados de Richard salieron a caballo y ella gimió antes de mirar hacia el mar. ¿Y ahora qué hacía? Su padre quería que reclamara lo que era suyo.

—Soy hija de lord James de Edevane —dijo a toda prisa.

—¿Qué?

—¡Les raptaron juntos! —Señaló el castillo. —¡Ese hombre me tenía encerrada en la torre para que no hablara con usted!

—¡Majestad! —gritó uno de los soldados deteniendo el caballo ante él—. ¡Ha matado a lord Richard!

El rey la miró como si tuviera dos cabezas y Odalyn suspiró antes de forzar una sonrisa. —¡Apresadla!

—Hablemos de ello…

—¡Ahora! —gritó furioso.

Intentó pensar rápidamente y movió el brazo de sitio para señalar el mar. —Puedo hablar con ellos. —El rey entrecerró los ojos. —Con los del barco. Y puedo conseguir que se vayan.

Él tiró de las riendas de su caballo acercándose. —¿Crees que no soy capaz de proteger mi reino?

Exasperada dejó caer el brazo. —Son seis barcos, más de ochenta hombres. Con los que hay aquí no tendrían ni para empezar. —Levantó la barbilla orgullosa. —Yo he matado a dos en unos minutos.

¿Cuántos hombres cree que matarán ellos? ¡Esos vikingos arrasarán con todo lo que se encuentren a su paso, majestad!

Sus inteligentes ojos no dejaban de observarla. —Te irás con ellos.

—¡Mis padres querían que recuperara lo que les pertenece y es lo que pienso hacer! ¡Esos perros mataron a mi hermano y a los míos apenas pusimos un pie en mis tierras! ¡Merecían morir! ¿O usted no hubiera hecho lo mismo? ¡No pienso huir sin lo que es mío!

Entonces el rey sonrió sorprendiéndola. —Si consigues que se vayan recuperarás tu herencia.

—Júremelo por Dios.

—¡No tengo que jurar nada! ¡Soy el rey!

—Y yo soy la hija de mi padre.

Alfred apretó los labios antes de mirar los barcos y a sus hombres que ya estaban temblando. —Está bien, lo juro por Dios.

Ella sonrió radiante. —¿Por qué no pasa y toma un poco de vino mientras termino?

—Yo no me muevo de aquí —dijo demostrando que no se fiaba un pelo de ella—. ¡Arqueros! ¡En posición!

Bueno, no podía pedir más. Los hombres se acercaron al acantilado mientras ella se alejaba a caballo hasta el sendero que bajaba a la playa. Al ver el sitio donde había caído su hermano apretó los labios. Los cuerpos ya no estaban allí. —Te he vengado, hermano. —Se bajó del caballo y entonces vio algo que brilló bajo la luz del sol. Entrecerró los ojos agachándose para ver la cruz de su madre que su hermano llevaba colgada al pecho la última vez que le vio. Se le cortó el aliento porque la cadena estaba intacta. ¿Cómo era posible que se hubiera caído de su cuerpo? Entonces tuvo un presentimiento. Miró a su alrededor y susurró —¿Idun?

Su amiga tenía que estar viva para hacer algo así. Se incorporó mirando entre los árboles, pero al no ver a nadie gruñó. Entonces vio la flecha grabada en el tronco del árbol. Estaba algo alta por eso no se veía a simple vista. Señalaba el mar. Se había ido. Sintió una

inmensa alegría porque su amiga aún estuviera con vida. Esperaba que el regreso a las tierras del norte fuera bien. Entonces miró los barcos. Esos vikingos llevaban por allí un tiempo porque en invierno el viaje era muy peligroso hasta los fiordos. El mar del norte era impredecible en esa época del año. Era evidente que no pensaban regresar hasta la primavera. Vio cómo se acercaban a la costa. Eran muchos barcos para una incursión. Parecía más lo que su padre llamaba una invasión. No entendía mucho de lo que hacían los hombres por allí cuando iban, pero su jarl siempre iba de incursión para robar todo lo que podía y solo con un barco. Y tenían que ser sigilosos para sorprender al enemigo. Pero esos hombres no eran sigilosos en absoluto. Se habían acercado a la costa de día y eran muchos. Pues si era una invasión no se quedarían con sus tierras.

Decidida bajó por el sendero y al llegar a la playa se puso en el centro sin acercarse a la orilla. Varias barcas se acercaban, pero ella solo miró a la que iba delante. Un hombre con barba rojiza de pie en la proa la miraba fijamente. Ese era el jefe y con quien tenía que hablar. Tomó aire uniendo sus manos ante ella y aparentando tranquilidad esperó. El hombre que debía tener unos cuarenta años saltó de la barca mostrando su gran barriga pues no llevaba camisa. Con el hacha en la mano dio dos pasos hacia ella sin quitarle la vista de encima. Como no decía nada lo hizo ella. —¿Quién eres? —preguntó en su idioma.

—Olav Sirgunsen. ¿Tan poco valientes son los de estas tierras que envían a sus mujeres para solucionar sus asuntos?

Los hombres se echaron a reír y ella sonrió de medio lado. —Yo no soy una de sus mujeres.

—¡Es evidente por tu hermosura que eres una de las nuestras! —gritó otro.

—He nacido en vuestras tierras y pertenezco a uno de los vuestros.

—¿Y su nombre es? —preguntó el jarl dando dos pasos más hacia ella.

—Didrik Hovensen. —Eso le hizo perder la sonrisa de golpe. —Veo que le conocéis.

—Señora, no hay nadie que no le conozca.

Sonrió orgullosa. —Por eso me he visto en la obligación de advertiros de que estas tierras son mías. Si no os molesta ir un poco más al norte…

Los hombres se miraron y el jarl carraspeó. —Hovensen es un jarl muy poderoso. —Frunció el ceño. —No sabía que estaba casado.

Al parecer desconfiaba de su palabra y tensa dio un paso hacia él. —¿Acaso ponéis en duda mi palabra?

—No, por supuesto que no.

—Mi esposo se disgustaría mucho de que un aliado dudara de su esposa. Mi familia ha sido dueña de estas tierras durante años y su deber como esposo es protegerlas, pues al estar casado conmigo le pertenecen.

—Sí, por supuesto. Entiendo la situación.

Y también entendía el conflicto que tendría con su marido si atacaba esas tierras. El problema es que no terminaba de creerla. —¿Y ustedes cómo se conocieron? Usted con tierras aquí y él allí…

—Fui esclava del jarl Einarsen desde mi nacimiento y nos conocimos allí. Él me liberó y me reclamó. —Mejor no contar todo lo demás que entonces se eternizaría mucho. Los ojos del hombre brillaron por su hermosura y supo que no dudaba que hubiera encandilado a Didrik. Sonrió haciéndole bizquear. —Regresé con su consentimiento a reclamar lo que es nuestro y el rey me las ha devuelto.

El hombre asintió antes de sonreír. —Ha sido un placer conocerla. Salude a Didrik de mi parte cuando le vea. —Se echó a reír. —Que listo es, ¿para qué guerrear cuando puedes casarte?

—La pena es que solo puede casarse una vez.

—Bueno, podría…

Le fulminó con la mirada. —¡Se ha casado una vez y así se quedará!

Olav se echó a reír. —No se casó con usted solo por sus tierras, señora. Tiene muchos más atributos.

Soltó una risita. —Eso debe pensar él. Buen viaje.

—Nos veremos en casa. —Se volvió y gritó —¡A las barcas!

Entonces se le ocurrió una idea. —¡Si le ve antes que yo, dígale que le estoy esperando impaciente! —El jarl ya en su barca sonrió. —¡Buen viaje!

El rey desde arriba miró atónito a su segundo al mando mientras ella se despedía con la mano. —¡Necesitamos a esa mujer!

Capítulo 6

Sentada al lado del rey bebió de su vino mientras él devoraba la comida. —Majestad, ¿qué tal si firma un papelito de esos que escriben los eruditos donde dice que mis tierras vuelven a ser mías?

—¿Acaso sabes leer?

—Pues sí.

Le miró asombrado. —¿De veras?

—Me enseñó las letras mi padre y un sacerdote que pasó por allí. —Hizo una mueca. —El sacerdote no duró mucho, pero enseñaba muy bien.

Apoyó la espalda en el respaldo de la enorme silla. —Increíble, nunca había conocido a una mujer que supiera leer.

Chasqueó la lengua. —Sí, ya me he dado cuenta de que aquí no sabe leer nadie, porque la sábana que llevábamos al llegar lo ponía bien claro. Somos de los vuestros.

El rey se echó a reír. —¿De quién fue esa idea?

Sonrió con tristeza. —De lord Oswald.

Perdió la sonrisa poco a poco. —Era un buen hombre.

—Sí que lo era. Sobre mis tierras…

—Tendrás ese papel, pero antes deberás hacer eso que has hecho por mí hoy, unas cuantas veces más para comprobar tu lealtad. No voy a darle tierras a alguien que pueda traicionarme en el futuro. ¿Y si asientas a vikingos en mis dominios?

Entendía su posición, pero había que reconocer que la victoria de ese día puede que no se diera en el futuro. Los guerreros eran imprevisibles y puede que uno de ellos se llevara mal con su marido

y le rebanaran el pescuezo. Se mordió el labio inferior pensando en ello. En realidad, ella solo quería volver a casa, ¿para qué quería esas tierras? Sin embargo, eran de sus padres y darían buenos rendimientos. Rendimientos… Si conseguía que se las comprara alguien sería igualmente rica y podría volver a casa.

—Milady… —dijo él sacándola de sus pensamientos—. ¿Te he dicho que conocí a tu padre?

—Sí, majestad. —Sonrió. —Eran primos y se trataron desde niños, aunque a edad muy temprana les enviaron a otros castillos para su vasallaje y eso les separó. Ya me lo ha dicho.

—Ese primo mío era un hombre muy valiente —dijo como si nada cogiendo su copa de oro—. Y muy listo.

—Eso decía todo el mundo. —Orgullosa sonrió antes de coger una uva.

—¿Sabes que una vez para proteger sus riquezas de los vikingos escondió todo el oro de su familia? O eso dice la que ya es una leyenda.

A punto de meterse la uva en la boca se detuvo para mirarle. —¿No me diga?

—Algunos dicen que lo enterró, otros que lo escondió en una cueva. Nadie lo sabe con certeza porque su barón le mandó llamar y a los dos meses fue raptado.

La historia del tesoro era cierta. —No sabía nada de eso. ¿No será un cuento?

—No, milady. De hecho, su padre tuvo que pedirme ayuda porque no lo encontraba y no podía hacer frente a los impuestos. Una fortuna perdida en algún sitio.

—Qué fascinante. Desgraciadamente padre nunca me habló de eso. —La miró como si no se creyera una palabra y ella metió la uva en la boca. —Sobre mi papel...

El rey se echó a reír disimulando su interés por ese tesoro que tenía que ser cuantioso para que un hombre como él quisiera

conseguirlo. Y quería, solo había que ver sus ojos. —Un poco más adelante, muchacha.

Sonrió haciendo que no tenía importancia. —Me gustaría conocer las tierras en las que nació mi padre.

—Nos iremos mañana mismo —dijo a toda prisa demostrando que tenía razón en lo que pensaba.

Ya en la cama no dejaba de darle vueltas a todo lo que había ocurrido. Oswald estaba convencido de que ella, una hija nacida fuera del matrimonio conseguiría recuperar la herencia de sus padres. Y lo creía hasta tal punto de arriesgar la vida por ello. ¿Y todo porque su padre le pidió que la protegiera? ¿Que la llevara a sus tierras? Cuando hizo esa promesa Oswald no podía estar seguro de que era hija de James. Él dijo que hicieron esa promesa en su nacimiento. Al menos hasta que creció no se demostró que se parecía a su abuela. Es más, cuando James murió tampoco podía estar seguro de que no era hija del jarl. Es imposible que lo supiera porque ese cerdo tomaba a su madre cuando le venía en gana. Entonces recordó su sonrisa y como la cogía de la mano para llevarla al bosque a realizar sus juegos, como él los llamaba. Recordó como James les contaba lo del tesoro cuando eran niños. Sentados en el bosque les decía a ella y a su hermano en secreto —Muchos quieren poseerlo, si conseguís llegar hasta él no debéis decírselo a nadie. Debéis regresar al barco y huir lo más aprisa que podáis. No deben veros, no deben saber ni que estáis allí, ¿me habéis entendido?

Sin aliento se sentó de golpe en la cama. —¡Él no quería que regresaras por sus tierras, estúpida! —Entrecerró los ojos. —Quería que Oswald te ayudara a llegar a Wessex para encontrar el tesoro. Él no podía estar seguro de que fueras su hija, pero nos quería como si tuviéramos su sangre. Si ellos ya no estaban entre nosotros querían asegurarse de que llegáramos aquí para que consiguiéramos el oro. —Impresionada se llevó la mano al pecho. —Claro… —Se dejó caer

en las almohadas. —Además aquí no encajarías y él lo sabía. Los de estas tierras siempre te mirarían con desconfianza por nacer en los fiordos. Demasiado rencor acumulado a lo largo de los años. Por eso dijo que nos subiéramos al barco de inmediato. Quería que fuéramos libres y ricos. —Entrecerró los ojos pensando en el rey. Era evidente que quería conseguir su tesoro, por eso la llevaba a las tierras de su padre. Tenía que ser más lista que él. Más lista que todos.

Sentada sobre su caballo lista para irse observaba como los hombres del rey se preparaban, aunque hacía media hora que su segundo había dado la orden de ponerse en marcha. Al ver como cargaban en el carro la gran cantidad de cosas que llevaba el rey gruñó. Cualquiera de sus jarls iba con lo puesto lo que demostraban lo flojos que eran esos del sur que hasta viajaban con tiendas de campaña como las llamaban ellos. Qué tontería. Metidos en esas cosas cómo iban a ver llegar al enemigo. Los suyos les aniquilarían. Sin darse cuenta sonrió orgullosa. El ulular de un búho la tensó y miró hacia la muralla del castillo. No, no podía ser. El bosque quedaba muy lejos de esos muros. A más de cien pasos. ¿Cómo iba a oír ningún sonido que llegara desde allí? El sonido volvió a repetirse y asombrada miró hacia una de las ventanas. Una larga melena negra le cortó el aliento y a toda prisa bajó del caballo.

—¿A dónde vas, niña? —preguntó el rey que en ese momento bajaba los escalones.

—¡Me he dejado algo en mi habitación! —gritó entrando en el castillo lo más aprisa que podía.

El rey levantó una ceja antes de mirar a su segundo. —Es algo inquieta.

—Y poderosa, majestad. Recuerde lo que hablamos ayer…

Miró a su hombre. —Lo he tenido muy en cuenta, Andrew. Montemos. Con la prisa que se está dando no tardará en llegar.

Corrió escaleras arriba y vio una puerta abierta en mitad del pasillo. Fue hasta allí y una mano la cogió metiéndola de golpe y cerrando la puerta. Se volvió para encontrarse a su amiga del alma y se abrazaron emocionadas. —Estás viva —dijo intentando contener las lágrimas.

Idun la apartó por los hombros para mirarla. —¿Estás bien?

—Sí, sí. ¿Y tú?

—No me cogieron. —Cogió la cadena que ahora colgaba de su cuello. —Veo que la encontraste.

—Sí. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Entendí lo que me querías decir, pero no esperaba encontrarte aquí.

—No me ha costado nada entrar. Me hice pasar por aldeana y entré con un soldado. Por la mañana me escondí, pero no sabía dónde estabas. ¿A dónde vais?

—A las tierras de mi padre —dijo angustiada por ella—. No puedo dejarte aquí.

—Tienes que dejarme. Tengo que decir a los que lleguen donde estás.

Entrecerró los ojos. —¿A los que lleguen?

Idun sollozó. —Cuando recogí a Ermin…

—¿A Ermin? ¿Le enterraste tú?

—¡No! Va camino a las tierras de tu esposo.

Se le cortó el aliento. —¿Está vivo?

—No lo sé, estaba malherido. Pero les dije a los gemelos que le llevaran al norte. Tu marido es el único que puede ayudarnos, no conocemos a nadie más. Les dije que te habían apresado.

Su corazón chilló de la alegría. —No está muerto. Si Dios le ha mantenido con vida es por algo.

—Se despertó en cuanto los soldados se fueron. No dejaba de repetir que habíamos sido unos ingenuos al entrar así en sus tierras. Que nunca nos aceptarían. Tuvimos que retenerle, quería ir a buscarte. Ya le conoces.

Sonrió mientras lloraba. —Sí. —Pensando en ello negó con la cabeza. —Si superan el viaje no llegarán aquí hasta la primavera.

—Eso me temo. —Su amiga se apretó las manos. —Este sitio no me gusta.

—Lo sé. El rey me lleva a buscar el tesoro.

A su amiga se le cortó el aliento. —¿El tesoro de James? ¿El tesoro del que me hablaste en el barco?

—Sí, estoy segura de que eso es lo que quiere. Me ha dicho que las tierras de mis padres ya son mías, pero no me lo ha dado por escrito.

—Quiere utilizarte. Vi como ayer alejabas a los nuestros.

—Sí, si le soy de utilidad puede que no me mate.

—No te matará. Ayer escuché hablar al hombre que va con él.

—¿Lord Andrew?

Su amiga asintió. —Sí, creo que se llama así. El de la barba castaña con un mechón blanco. —Odalyn asintió. —Dice que eres poderosa. Que tus influencias con los nuestros significan que eres importante. Que les has engañado con eso de que fuiste esclava. —Odalyn separó los labios de la impresión. —Le decía al rey que debe tener cuidado contigo y tenerte contenta hasta que consiga una alianza. Porque si te mata puede que los del norte se tiren sobre ellos como los perros que son. Que quien es capaz de hacer volver seis barcos dispuestos a la lucha, es alguien que de la misma manera puede hacer que sus hordas nos arrasen. Que debe hacer que te sientas en casa y darte el gusto con las tierras. El rey le dio la razón, pero luego dijo que puede que después te fueras.

—¿Y qué dijo lord Andrew?

—Que nada mejor que casarte con uno de los suyos para que te sintieras ligada a estas tierras. Y si te deja preñada mejor.

Incrédula dijo —¿Quiere que me case?

—Quiere que te enamores de uno de los suyos. Hablaron sobre organizar una justa cuando llegue el buen tiempo. Una justa en tu honor para que uno de esos blandos intente conquistar tu corazón.

Hizo una mueca. —No sé qué dirá mi marido de eso. Aunque tampoco sé lo que dirá al haber amenazado a los de ayer con su enfado como atacaran mis tierras.

—¿Dijiste eso? —Idun reprimió una risita. —No cambiarás nunca.

Se escucharon unos gritos en el patio que les cortaron el aliento. —Debo apurarme. —Cogió sus manos. —Ven conmigo, se me ha ocurrido algo.

—Pero, ¿y tu hermano?

—No pienso dejarte aquí tanto tiempo. Además, puede que regresemos antes de que aparezcan si es que aparecen. Ahora tenemos que cuidar nuestro cuello.

—Aunque lo entiendo, no hablo su idioma como tú, se darán cuenta de donde provengo.

—¿Cómo entraste en el castillo?

—Simulé que era muda.

—¡Qué buena idea! Pues seguirás muda.

—Pero…

Tiró de ella. —¡Tenemos que irnos! No quiero que el rey se impaciente. A un rey no se le hace esperar.

—No, claro que no.

—No hables.

Su amiga apretó los labios y la miró asombrada. —¿Te estás mordiendo la lengua?

—Es que es difícil no hablar. Es algo que llevo haciendo desde pequeñita, ¿sabes? No tienes ni idea lo que me costó contenerme con el soldado. —Se puso como un tomate.

La miró atónita. —¿Disfrutaste?

—Es que fue tan delicado que no pude evitarlo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —He traicionado a Ermin.

—¡No! Estabas disgustada por todo lo que había pasado, seguro que fue eso. Tenías el cuerpo alterado.

Se le cortó el aliento. —¿Crees que fue eso?

—Claro que sí. Tú quieres muchísimo a mi hermano.

Idun no dijo nada y se detuvo en seco mirándola con los ojos como platos. —¿No le quieres?

—Sí, claro que sí. Pero es que me he dado cuenta de que le quiero como a un hermano.

—¿Ves cómo estás alterada? Antes no hubieras pensado eso.

—Sí que lo había pensado.

La miró asombrada. —¿De veras?

—Mejor no hablemos de esto y menos ahora.

Entrecerró los ojos. —Sí, porque me parece que tendremos que hablar largo y tendido. Disimula.

Bajaron los escalones a toda prisa y pasaron ante unos lacayos que miraron a Idun con el ceño fruncido antes de inclinar la cabeza hacia su señora. Idun la miró impresionada y ella susurró —Ahora soy el jarl de aquí, aunque no tengo nada que lo demuestre. Ya lo conseguiré.

Su amiga asintió y salieron al exterior. El rey parpadeó. —¿Eso es lo que te habías olvidado?

—Necesito doncella, majestad.

—Oh, por supuesto.

—Ella me ha atendido aquí y vendrá conmigo. Al carro —dijo a su amiga imitando a Brenda cuando hablaba con el servicio. Idun con la cabeza agachada fue hasta el carro donde uno de los soldados la ayudó a subir. Se montó en su caballo y cogió las riendas. —¿Nos vamos?

—¡Adelante! —gritó lord Andrew haciendo que todos aquellos soldados empezaran a desfilar mientras un hombre soplaba por una corneta. Estaba claro que iban a tardar una eternidad en llegar al paso que iban.

Forzó una sonrisa al rey. —¿Están muy lejos las tierras de mi padre?

—A unos cinco días, milady.

—Madre mía… —dijo por lo bajo.

—¿Qué?

—Parece que va a llover.

Ambos miraron hacia arriba con el cielo totalmente despejado. —No lo creo.

—Entonces si el rey dice que no va a llover no lloverá —dijo ella tan contenta.

Este sonrió satisfecho. —Por supuesto, niña.

Una hora después estaban totalmente empapados. —¡Debemos resguardarnos! —gritó lord Andrew.

Giró la cabeza hacia ellos como un resorte. —Pero si acabamos de salir.

—Llueve, milady.

—¿Y? ¡Así no llegaremos nunca!

Lord Andrew no le hizo ni caso y le gritó a uno de los soldados —¡Busca cobijo para nuestro señor!

Este salió a galope y Odalyn gruñó por lo bajo. Si casi no llovía y ni siquiera hacía frío. El rey estornudó y ella le miró asombrada. Ese no resistía un invierno en el norte.

—Dichoso tiempo —dijo molesto.

Miró hacia atrás para ver que Idun ponía los ojos en blanco. El soldado no tardó en llegar lo que le dio una rabia horrible porque eso significaba que ya había encontrado donde quedarse. Se acercó al rey a galope y cuando se detuvo a su lado dijo —Hay una casa de un campesino muy cerca de aquí. No puede acogernos a todos, pero…

—Vamos, vamos.

Asombrada miró a aquel hombre. Le importaban muy poco sus soldados, personas que darían la vida por él. Seguramente su jarl hubiera hecho lo mismo porque solo se preocupaba de sí mismo, pero había oído historias de otros jarls que siempre anteponían a sus hombres a sí mismos y estaba segura de que Didrik era igual. Orgullosa de su marido pensó en que si apareciera por allí arrasaría

a esos idiotas. Podría ser rey perfectamente solo había que ver cómo le habían apoyado sus hombres cuando le habían insultado. Los soldados que estaban allí parecían aburridos, cansados y sin ninguna motivación. No eran guerreros. Por Dios, si algunos estaban delgados como flautas. No le extrañaba nada que les costara repeler tanto los ataques del norte, es que no había color. Y por la cara de Idun su amiga pensaba lo mismo. Al mirar hacia ella vio como el cochero le tocaba la rodilla. Se llevó un codazo en toda la cara que le hizo poner los ojos en blanco antes de caer hacia atrás sobre la carga. Idun como si nada cogió las riendas. Impresionada porque jamás la había visto reaccionar así con un hombre miró al frente. Sí que tenía el cuerpo alterado, sí. Era evidente que tenía que hablar con ella largo y tendido del asunto de su hermano. Estaba confusa, la pobre. Al mirar sobre su hombro vio como pensativa murmuraba algo por lo bajo antes de negar con la cabeza. Que hubiera disfrutado con otro hombre cuando se suponía que quería a Ermin era extraño, ¿no? Ella no sabía mucho de eso, igual era normal. Y su amiga llevaba mucho tiempo compartiendo lecho con hombres, a su pesar sí, pero lo había hecho. Una vez le había preguntado qué se sentía y ella le había dicho que aparte de dolor nada. Que al principio y algunas veces dolía porque los hombres eran muy impacientes e iban a lo que iban. Ella no lo había entendido muy bien, pero no preguntó más porque parecía avergonzada. Pero con el soldado había disfrutado. Eso tenía que significar algo. Sorprendida parpadeó, ¿es que acaso con su hermano no disfrutaba? Porque sabía que habían compartido lecho. Uy, uy… Eso no podía ser. Su hermano tenía que hacerla disfrutar, ¿no? Pero cuando ella le había preguntado, su amiga le había dicho que no. Madre mía, qué problema. Si su hermano se mantenía con vida y se enteraba de eso, se iba a poner hecho una furia. Vio una casita de piedra sobre una colina y observó el humo que salía de la chimenea sin dejar de darle vueltas al asunto. Sin poder evitarlo recordó como era compartir lecho con Didrik y como disfrutaba a su lado. Le

subieron unos calores que la sonrojaron y el rey la miró. —No te resfríes, niña.

Ese hombre era tonto. Como si eso pudiera evitarse con desearlo con fuerza. —Haré lo que pueda.

—Enseguida nos resguardaremos y tomaremos vino caliente.

Por el estado de la casa dudaba que ese hombre tuviera vino caliente, pero quién era ella para llevarle la contraria a un rey. La puerta se abrió mostrando un hombre muy sucio de unos treinta años cuya ropa prácticamente estaba hecha jirones, pero lo más sorprendente es que sus ojos brillaban de la alegría como si estuviera encantado de tenerles allí. —Majestad —dijo inclinando la cabeza—. Es un honor recibirle en mi casa.

El rey se bajó del caballo a toda prisa entrando en su casa sin decir una sola palabra y ella jadeó por su mala educación. Idun se puso a su lado y le indicó con la mirada que bajara. —Será posible…

Lord Andrew daba órdenes a gritos a los soldados para que sacaran las tiendas de campaña y prepararan la del rey porque allí no podía quedarse. Lo que le faltaba por oír y más cuando el hombre se sonrojó avergonzado.

—Cierra el pico —susurró su amiga.

—Serán groseros…

—Me parece que se ha olvidado muy pronto a cerrar la boca en el momento oportuno, milady.

—A la buena vida se acostumbra uno enseguida. —Bajó del caballo y sonrió al hombre que la miró como si fuera una aparición. —Gracias por acogernos —dijo como toda una dama.

—Milady, es un honor.

—Es muy amable.

—Por favor, pasen…

Entró en la casa y era evidente que ese hombre no tenía mucho de nada, pero había puesto sobre la mesa media hogaza de pan y algo de queso que seguramente él no comería por dárselo a ellos. —No tenía que haberse molestado.

—Seguro que tienen hambre. Acérquense al fuego y…—Ella se acercó de inmediato por darle el gusto y este corrió hacia una banqueta y se la puso delante. —¿Está cómoda?

—Mucho. ¿Cuál es su nombre?

—Valiant, milady.

—Oh, que nombre más bonito.

—Me lo puso mi madre. Decía que tenía que ser muy valiente para vivir en este mundo.

Rio divertida. —Sí que hay que serlo.

Él sonrió de gusto y miró al rey que sentado a la mesa no hacía más que gruñir. —¿Agua, mi rey?

—No es necesario. ¿Vives aquí solo?

Suspiró con pesar. —Perdí a mi mujer y a mi hija el año pasado.

Idun de pie a su lado apretó los labios. —Se pusieron enfermas y murieron en tres días.

—Lo siento mucho —dijo Odalyn con sinceridad—. ¿No hay curandera por aquí?

—Estaba en el castillo porque los soldados estaban repeliendo a esos cerdos del norte que entraban por nuestras costas. No quiso venir porque había muchos heridos a los que tratar —dijo con rencor.

Ella miró de reojo a Idun mientras su amiga se tensaba. —Es una pena —dijo incómoda. No sabía cómo sentirse. Por un lado le comprendía, pero por su crianza quería decir bien alto que no todos eran unos cerdos. Que había buenos y malos como allí mismo. Lord Richard era buena prueba de ello, pero tuvo que morderse la lengua por no crear un conflicto con su anfitrión. Mejor cambiar de tema. —Y dígame, ¿es campesino?

—Sí. —Sonrió. —Tengo arrendadas unas tierras a mi señor. Planto nabos. Los mejores del contorno.

Ella miró a su alrededor. —No veo nabos por aquí.

—Oh, es que hace una semana vinieron por todo para los soldados, milady. Tienen que comer.

Separó los labios de la impresión teniendo un mal presentimiento. —¿Y te los pagaron?

—Me lo descuentan de los impuestos y la renta. Lord Richard es muy amable.

¿Entonces de qué se mantenía ese hombre? Del aire al parecer. No le extrañaba que tuviera ese aspecto. Era peor que un esclavo porque ni siquiera le daban de comer. —¿Los impuestos son muy altos?

El rey carraspeó. —Niña, las contiendas son caras. Tengo que mantener a muchos hombres.

—Los mantienen sus súbditos, majestad —dijo forzando una sonrisa—. Como bien ha dicho él.

—Hay que proteger nuestras tierras.

—¿Y por qué tiene que mantenerlas él?

Ambos parpadearon como si no entendieran la pregunta. —Él renta estas tierras, el dueño es otro, ¿por qué tiene que pagar él impuestos? Debería ser que el que posee las tierras los pagara.

—También los paga.

—¿Cobráis dos veces por las mismas tierras?

El rey se puso rojo como un tomate. —Bueno, el clero también cobra.

—¿La Iglesia cobra? —preguntó pasmada.

—Claro que sí, se lleva el diez por ciento de mi cosecha.

No salía de su asombro. A los del norte como ellos les llamaban no les costaba nada su religión. Bueno, hacían ofrendas y sacrificios, pero cada uno daba lo que consideraba. Aquello era de locos. —¿Y por qué más se cobra en sus dominios, majestad?

Él carraspeó incómodo, pero fue Valiant quien queriendo agradarla contestó —Por el uso de las aguas, por los animales, por casarnos…

—¿Por casaros? —preguntó pasmada.

—Eso se hace desde hace muchos años, niña —dijo Alfred molesto—. Desde antes de que yo llegara, te lo aseguro. Y se lo

pagan a su señor.

—A su señor…

—Eso si no quiere tomarla —dijo Valiant tan contento.

—¿Tomarla?

—Sí, antes que su marido en la noche de bodas. Algunos lo hacen, ¿saben?

—¿Con mujeres libres? —No salía de su asombro.

—No te pasará eso, niña —dijo el rey—. Tú eres una dama.

—Ah… —Entonces frunció el ceño. —Lo dice como si fuera a casarme.

—Una mujer tan bonita como tú debe casarse.

—¿Si fuera fea no tendría que hacerlo?

—¡Si fueras fea también tendrías que casarte!

—Oh… —Miró a Idun que se encogió de hombros.

—Lo que su majestad quiere decir es que usted como mujer debe casarse con un hombre, su función es tener hijos que hagan grande a nuestro rey.

—¿No me diga, buen hombre?

Idun reprimió la risa y el rey entrecerró los ojos. —¿Acaso no opinas lo mismo?

—Opino que yo solo me casaría por amor. ¿Por qué voy a casarme sino si ya soy rica? —Se adelantó. —Porque lo soy, ¿no es cierto? Esas tierras son mías.

El rey levantó una ceja. —Por supuesto que sí, niña. Te di mi palabra.

Sonrió. —¿Entonces por qué habría de casarme? ¿Para qué me mande un hombre?

—¡Porque lo digo yo! —El rey dio un puñetazo sobre la mesa.

—Ah, que me mandará usted.

—¡Claro que sí! —exclamó pasmado—. ¡Soy tu rey!

—Y tengo que casarme —dijo como si fuera tonta.

—¡Por supuesto que sí! ¡Y con uno de mis hombres no vaya a ser que me traiciones!

—¿Cree que voy a traicionarle? ¿Por qué iba a hacer eso?

—¡No lo sé! ¡Pero tú te casas porque lo digo yo! ¡Sino olvídate de tus tierras!

Odalyn tensó la espalda. —¿Cómo ha dicho? —Se levantó lentamente simulando que se enteraba en ese momento de sus planes. —Habíamos llegado a un acuerdo. ¡Lo prometió!

Valiant pasmado porque le hablara así a su rey dio un paso atrás mientras su soberano carraspeaba. —Bueno, niña… Debes entender que si te vas a quedar aquí tienes que casarte. Estas tierras son muy valiosas estratégicamente, no pueden caer en malas manos. Esa es mi condición.

—¡Dijo que si espantaba a los del norte unas cuantas veces confiaría en mí!

—He cambiado de opinión. Así confiaré plenamente.

—Porque confiará en que mi marido me controle, ¿no es cierto?

—Has dado en el clavo.

Gruñó apretando los puños de la rabia porque era un perro traidor como todos los que allí había. Sabiendo que no podía gritarle que ya estaba casada, porque entonces le cortaría el cuello de parte a parte, disimuló lo que pudo. —Le va a costar encontrar a alguien que me agrade, majestad. ¡Porque sino no me caso!

Alfred sonrió jactancioso. —Algo encontraré. Mis caballeros son los más apuestos y fuertes de todos los reinos de esta gran tierra.

—Más le vale —dijo irónica antes de sentarse de nuevo.

—Si busca marido… —dijo Valiant antes de guiñarle un ojo. Todos miraron hacia él que se sonrojó—. ¿Agua?

Entonces la puerta se abrió de golpe. —Las tiendas están listas, majestad.

—¡Por fin! —Molesto se levantó mientras su segundo miraba con asco el queso que había sobre la mesa.

Cuando el rey salió de la casa ella suspiró por su mala educación. —¿Yo tengo tienda?

—Por supuesto, milady. Puede usar la mía.

—Gracias por su hospitalidad, Valiant.

—Ha sido un honor y si quiere reconsiderar mi oferta…

—Amigo, no hay hombre en estas tierras que pueda conquistar mi corazón.

—Es una pena, milady. —Confundido pensó en sus palabras mientras salía de su casa. —¿Entonces cómo va a casarse?

Lord Andrew entrecerró los ojos. —¿Exactamente de qué habéis hablado?

Sentada en un jergón en el suelo miraba al exterior. Pues tampoco hacía mal tiempo, esos anglosajones eran unos flojos. Bufó volviéndose de rodillas hacia su amiga que debía estar agotada porque dormía a pierna suelta. —Eh… ¡Eh!

Idun se sentó de golpe con los ojos como platos. —¡Ahora lavo la ropa! —dijo en su idioma natal.

Soltó una risita. —¿Sueñas con lavar ropa? Qué sueños más raros tienes.

—¿Qué pasa?

—Me aburro.

—Ah, muy bonito. ¿Me has despertado porque te aburres? —preguntó indignada—. Llevo días sin pegar ojo en ese maldito bosque, ¿sabes?

La miró arrepentida. —Lo siento. —Se sentó en su jergón. —Shusss… habla más bajo. Se supone que eres muda.

Gruñó tumbándose de nuevo y poniéndose de espaldas. Odalyn estiró el cuello. —¿Estás enfadada conmigo?

Su amiga suspiró. —No, estoy preocupada, eso es todo.

—¿Por lo de Ermin?

Se puso de espaldas y se miraron a los ojos. —No lo entiendes.

—Pues la verdad es que no. Os habéis querido desde niños. —Sonrió con tristeza. —Y él te ama.

—No, no me ama. —Se sentó mientras que ella no disimulaba su sorpresa. —Nunca me ha amado. Me ha tenido cariño, sí, pero es porque hemos compartido muchas cosas juntos, muchas dificultades y secretos como lo que nos enseñaba tu padre en el bosque. Eso creó un vínculo entre nosotros, pero no me ama.

—¿Por qué piensas eso?

Los ojos de su amiga se llenaron de lágrimas. —Solo le preocupabais tu madre y tú.

—No es cierto —dijo con pena.

—No hizo nada por mí… Ni con uno solo después de lo del jarl.

Odalyn separó los labios comprendiendo que se refería a como abusaban de ella otros hombres. —Si se enfrentaba a ellos moriría, lo sabes.

—Si uno de ellos te hubiera hecho una mínima parte de lo que me hicieron a mí le hubiera matado y lo sabes. Yo no era importante para él, no tanto como vosotras.

Entendía que pensara así porque desde que Didrik la había conocido había defendido su postura. Puede que fuera la suya también, pero lo había hecho y en la batalla la había protegido, había estado ahí cuando le había necesitado. Agachó la mirada sin saber que decirle porque la situación de Ermin no era la de Didrik. —Yo tampoco hice nada.

—Eh… —Cogió su barbilla levantándosela. —Entiendo que no se enfrentara a ellos y que tú tampoco lo hicieras. Luchábamos por sobrevivir. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Pero que el hombre que amaba nunca me diera un abrazo después, es lo que me ha hecho darme cuenta de que él no me quería como debe ser.

Sorprendida susurró —¿Jamás te dio…? —Su amiga sonriendo con tristeza negó con la cabeza. —Lo siento.

—De hecho cuando pasaba no me miraba a la cara.

—Se sentía culpable.

—Y a mí me hacía sentir como una puta.

—Por Dios, ¿por qué no me dijiste nada?

—¿Para qué? Hasta hace unos meses no pensaba que saldríamos de allí. No tenía futuro. Teneros a Ermin y a ti era a todo lo que aspiraba. Ni me daba cuenta de que no me amaba, ¿no lo entiendes? Pero el soldado de ayer me abrió los ojos. Fue gentil conmigo, cariñoso... Me necesitaba, necesitaba alguien a quien mimar y durante esas horas me sentí especial. Más especial que en toda mi vida.

—¿Ermin no era gentil contigo?

Se miró las manos. —No tiene mucha experiencia, solo ha estado conmigo y yo cerraba los ojos como hago siempre porque no quería que me doliera. Él lo hacía rápido y ya está.

—No sabe hacerte feliz como el soldado.

—Yo no sabía cómo podía hacerme feliz. Había oído hablar mil veces a las mujeres de la casa del jarl sobre gritar de felicidad en ese momento y nunca lo había sentido hasta ayer. Y fue… Maravilloso.

Impresionada ni sabía qué decir. No solo no la hacía sentirse especial, sino que no le daba el placer que Didrik le había dado a ella. Puede que su hermano no fuera la persona adecuada para su amiga que había sufrido tanto. Necesitaba cariño, sentirse amada y su hermano no le daba eso, igual porque se había criado como ella, como un esclavo y tenía que reprimir lo que sentía continuamente.
—¿Lo vas a hablar con él?

—¿Para qué? —Levantó la vista hacia ella. —Cuando creíste que se moría… —Odalyn asintió. —No me miró ni una sola vez. Y cuando le salvé la vida arrastrándole hasta el barco solo me dijo que te cuidara. Ni un beso, ni una caricia… Nada.

Sin poder evitarlo se sintió muy decepcionada con su hermano y susurró —Lo siento muchísimo.

Idun sollozó. —Puede que sea una esclava, pero mi corazón late como el de cualquiera y no quiero sentirme mal por lo que hice nunca más.

La abrazó con fuerza. —Claro que no. Tienes derecho a ser feliz y te apoyaré con lo que decidas.

Se abrazó a ella. —¿Me lo juras?

Su amiga estaba muerta de miedo por quedarse sola y la besó en la sien. —Te lo juro y también te juro que conseguiré una vida mucho mejor para nosotras.

—¿Me lo juras por Odín?

—Te lo juro por… ¡Eh…!

Su amiga se echó a reír. —Casi lo dices.

Sonrió. —Después de lo de los impuestos de la Iglesia si te digo la verdad yo también estoy confusa.

—Ya no hace falta que disimules conmigo. Crees en Odín tanto como yo. Solo crees en ese Dios de tu madre porque ella y James eran muy devotos. —Odalyn se mordió el labio inferior. —Vamos, recuerdas perfectamente al monje que raptaron. No hacía más que lloriquear y rogar por él cuando no le ayudó nunca. Nuestros dioses son fuertes y nos ayudaron a sobrevivir, lo sé.

—Eso es una blasfemia. Madre te tiraría de las orejas con fuerza.

—Cuando Ermin cayó herido rogué a Odín para que le salvara. ¿A quién rogaste tú?

Se le cortó el aliento. —A nadie. Solo sentí dolor.

—¿Ves? Yo le supliqué a Odín que no nos lo quitara.

—Eso demuestra que le quieres.

Su amiga sonrió con tristeza. —Jamás dejaré de quererle, amiga. Pero eso no significa que mi corazón ya no brinque cuando está a mi lado.

Se llevó la mano al pecho. —Yo sentí eso por Didrik.

—Es que menudo hombre.

Ambas soltaron una risita y ella suspiró. —Es hermoso, ¿verdad?

—Sí que lo es. Y has tenido mucha suerte, es evidente que Odín ese día estaba de tu lado.

—¿Por qué dices eso?

—¿Quién iba a decir que se iba a enamorar de ti nada más llegar y que pasaría todo lo que sucedió después? Buscábamos un conflicto que nos liberara y el jarl había matado a su padre. Sí amiga, Odín está a favor de este matrimonio.

Se sonrojó con fuerza. —¿Crees que me ama?

—Después de la relación con tu hermano lo único que sé es que daría la vida por un hombre que me protege y me cuida como Didrik hace contigo. ¿Te ama? Puede que no, pero le importas lo suficiente como para enfrentarse a quien sea por ti. Te defiende, te apoya… Durante la lucha cuidó tus espaldas, no se separó de ti en ningún momento. Y comprendió lo que querías hacer y por qué tenías que irte. ¿Entiendes mi dilema? Ermin nunca se ha comportado así conmigo. Durante la lucha estaba a tu lado en lugar del mío cuando me defiendo mucho peor que tú.

Lo entendía perfectamente y lo sintió mucho por ella. —Mereces alguien que te ame por encima de todo.

—Y tú. —Se miraron a los ojos y sonrieron, pero su amiga perdió su sonrisa poco a poco. —Si no vienen hasta la primavera…

—Lo sé, es mucho tiempo.

—Te obligará a casarte.

—No lo hará hasta que mejore el tiempo para hacer el torneo, tú le oíste.

—No me fío de él ni del otro. Ese sí que es peligroso. Me mira como si desconfiara de mí.

—Tenemos que pensar en otro plan por si los nuestros no vienen o no nos encuentran. O por si tenemos que huir antes. Será difícil que los gemelos hayan conseguido llevar el barco hasta las tierras de Didrik, pero si lo han hecho y han explicado lo que ocurre a mi marido, no podrá preparar el viaje y partir para llegar hasta nosotras. Y eso que son marineros experimentados. ¿Crees que nosotras podríamos llevar un barco hasta allí con ese oleaje? Sería imposible. Tenemos que esperar. Además, les necesitaremos.

—¿Para qué?

—El tesoro. Tenemos que llevárnoslo. Y debe ser muy cuantioso para que un rey se interese tanto por él.

—Necesitan dinero, la mayoría de sus soldados son mercenarios.

La miró sorprendida. —¿De veras?

—Escuché hablar a varios de ellos. Algunos en la lengua de mi abuela.

Su abuela que fue la mujer que la había criado desde la muerte de su hija en su alumbramiento era de una región más al norte de Wessex que llamaban tierras altas. —¿Y qué decían?

—Que no habían cobrado y que estaban hartos. Te lo digo yo, el rey no tiene dinero, sus soldados no están muy contentos.

—Según James las familias enviaban a sus hijos a los caballeros para que les instruyeran para la guerra.

—Y si eran llamados a acudir al rey debían enviar a sus hombres. Pero esos soldados no son de por aquí. Según he oído los hombres de Alfred llevan años guerreando con los nuestros, pero ese no es su único problema. Hay guerras entre los reyes anglosajones por dominar todo el territorio y convertirse en el único rey. —Odalyn levantó una ceja. —De hecho, hace unos años un tal Egberto se proclamó rey de los anglosajones. Aunque no debieron hacerle mucho caso porque siguen guerreando por algo que llaman corona. Bueno, el caso es que están perdiendo muchos territorios por el norte porque los nuestros se los han arrebatado. —Odalyn separó los labios de la impresión. —El rey de Wessex no solo tiene que pelear con nosotros, también tiene que mantener su trono y no perder terreno frente a sus enemigos de aquí.

—Demasiadas guerras.

—Demasiadas. Ya viste a Valiant, su pueblo está en las últimas. No tiene a quien enviar a la guerra y tiene que pagar para que luchen por él sino quiere enviar a campesinos. Entonces se quedaría sin nada.

—Sin quien trabaje los campos sería el fin.

—No podría dar de comer a su ejército. Sus arcas están vacías, amiga. Te lo digo yo.

Hizo una mueca decepcionada.

—¿Qué? —preguntó Idun.

—Esperaba que él me pagara por mis tierras.

—¿Quieres que te las dé para luego vendérselas?

—Eran de mis padres. Tengo derecho a que me las pague.

Su amiga se echó a reír. —Date con un canto en los dientes si salimos vivas de aquí.

—Pues yo no me quedo con esta espina clavada. —La miró a los ojos con resolución. —Solo tenemos que ser más listas que ellos. Tú mantén los ojos abiertos y ya se me ocurrirá algo.

Capítulo 7

Llevaban días cabalgando a lo largo de la costa lo que implicó hacer otra parada en una playa para mentir como una bellaca sobre lo que opinaría su marido si invadían esas tierras. Esperaba que si algún día se enteraba no se lo tomara demasiado mal.

Hastiada y dolorida porque jamás había montado tanto a caballo se estaba preguntando cuándo llegarían cuando vieron una aldea. Se le cayó el alma a los pies al ver a un niño de no más de un año sentado sobre el barro mientras su madre obviamente desnutrida y enferma les miraba desde la puerta de una casa casi en ruinas. Algunos vitorearon al rey mientras otros intimidados solo observaban. Ella nunca había vivido así, puede que no fuera libre, pero los golpes de Brenda no eran nada comparados con la vida que llevaban esas gentes y después de esos días se dio cuenta de que tampoco eran libres. Las mujeres la observaban como si fuera una virgen pues deseando causar buena impresión al llegar a las tierras de su padre se había puesto el mejor vestido que había conseguido en la casa de Lord Richard. Ahora se arrepentía porque ese vestido debía ser más caro de lo que ellos comían en todo un mes.

—Ya hemos llegado —dijo lord Andrew sorprendiéndola antes de gritar a los soldados que fueran al castillo.

Continuaron camino subiendo una colina y al ver el enorme castillo que tenía ante ella se le hizo un nudo en la garganta por lo que era evidente. Antes eran unas tierras prósperas y ricas para tener un castillo de esas dimensiones, pues era tres veces más grande que el de su madre. Se mordió el labio inferior porque esas

eran las gentes de James. Quienes le habían visto nacer y crecer. Antes eran responsabilidad suya y su secuestro había traído todo lo que estaba viendo. Una niñita rubia corrió al lado de su caballo con una flor tardía en la mano y Odalyn se detuvo con una sonrisa. —Es muy bonita, gracias.

—De nada, milady.

—¿Cómo te llamas?

—Gertru.

—¿Tu mamá está por aquí?

Los ojos de la niña se entristecieron y negó con la cabeza antes de correr hasta un hombre que la cogió por los hombros poniéndola tras él como si quisiera protegerla. Odalyn forzó una sonrisa y entonces hubo murmullos. Escuchó decir a uno de los hombres —Es igual que lady Loretta.

Al oír el nombre de su abuela se le cortó el aliento. Era cierto. Era hija de James. Una inmensa alegría la recorrió y miró hacia su rey que asintió satisfecho antes de detenerse y volver su caballo. —Os presento a lady Odalyn de Edevane. ¡Hija de lord James de Edevane y su esposa! ¡Y dueña de estas tierras por orden del rey!

Varios gritaron de la alegría y muchos se arrodillaron santiguándose dando gracias al señor. Una anciana se acercó. —Cuanto me alegro. ¿Qué fue de su padre, milady? Un buen muchacho…

Emocionada susurró —Murió. Le mataron los hombres que le raptaron.

—Mala gente. —Escupió en el suelo. —Que el diablo se lleve a esos cerdos vikingos. —Quiso tocar su pierna, pero se arrepintió como si temiera manchar su vestido. Odalyn se agachó y cogió su mano cuarteada de trabajar. —Gracias a Dios que está aquí y que ha podido sobrevivir. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Doy gracias a Dios por ver este día.

—Me alegro de estar aquí. A vuestro lado. —Se enderezó mirándoles a todos y vio a un anciano que la observaba con ojos

vidriosos. —Usted.

—¿Yo, milady?

—Suba al castillo y usted también —le dijo a la mujer—. Tenemos mucho que hablar.

—Pero… —dijo el rey confundido—. Aún tengo que hablar con el barón. Lord Princeton querrá saber lo que ha ocurrido.

—Como ha dicho, majestad... Lo que ha ocurrido es que he vuelto y soy la dueña. ¡Qué se vaya de mis tierras!

Los aldeanos gritaron de la alegría y supo que ese hombre tenía mucho que ver en el estado de esas gentes. La rabia la recorrió.

Unos hombres a caballo bajaban la colina y los gritos se detuvieron. Tensó la espalda mirando al hombre que iba delante. Debía tener unos cincuenta años y su gran barriga indicaba que él sí que se la llenaba. Sería cerdo. Apretó los labios mientras se dirigía al rey con una gran sonrisa en el rostro. No se iba a alegrar tanto en unos minutos.

—Majestad, que honor me hace al venir a mis tierras.

El rey incómodo carraspeó. —He venido a comunicarle que su posición ha cambiado, milord.

—¿Mi posición?

—Subamos al castillo.

—Háblelo aquí, mi rey —dijo ella provocando que la miraran—. Al fin y al cabo, mi gente merece ver su rostro cuando le diga lo que ocurre. Creo que será una satisfacción para ellos.

—Niña… —la advirtió el rey.

—¿Se lo digo yo? —Arrimó su caballo. —Déjeme a mí, majestad. —Miró a los ojos de ese hombre con todo el odio del que era capaz. —¡Soy lady Odalyn de Edevane, hija del legítimo dueño de estas tierras y le ordeno que las abandone de inmediato!

Este parpadeó antes de mirar al rey. —¿Qué dice esta mujer?

—¡Qué se largue antes de que le raje el cuello de parte a parte por maltratar a mis gentes! ¡Eso he dicho!

—¿Está loca?

Jadeó indignada. —¿Qué me ha llamado? —Le pegó una patada que le tiró de su montura haciéndole caer en un charco. Cubierto de barro ni podía levantarse mientras los suyos reían. —¡Discúlpate perro!

—¡Majestad! —gritó sentándose con esfuerzo—. ¿A qué viene esta humillación?

—Ah, que no lo sabe. —Se bajó del caballo mientras los hombres del barón no sabían que hacer. —Pues espere, que se lo explico. —Sacó el puñal que tenía en la bota y se acercó a él que intentó apartarse, pero consiguió agarrarle del cabello para que se arrastrara hasta los aldeanos mientras lord Princeton no dejaba de gritar. —¡Mírales! ¡Eran tu pueblo! ¡Dependían de ti! —gritó con rabia—. ¡No les has cuidado, no les has protegido! ¡Solo mereces morir!

—¡Majestad!

—¡Defiéndete como un hombre! —Le puso la punta del cuchillo bajo la barbilla. —Pero es que tú no eres un hombre —siseó—. ¡Un hombre tiene honor y palabra! ¡Cómo mi padre! ¡No le llegas ni a la suela de las botas! —Le escupió en la cara. —¡Discúlpate con ellos!

—Válgame Dios… —dijo el rey por lo bajo—. Esta mujer no tiene ningún tacto.

—¿Tacto? —gritó ella—. ¡Si no tuviera tacto ya le habría destripado por ser un cabrón sin sentimientos! —Señaló a la mujer enferma. —¡Mírala! ¿Acaso no es evidente que necesita ayuda? ¡De qué les sirves tú!

—Sí que me sirve, milady —dijo la mujer con rencor—. Para hacerme hijos cuando le viene en gana.

Se tensó con fuerza y siseó —¿Te tomó a la fuerza?

—Desde que era una niña.

El cuchillo traspasó la papada del barón atravesando su boca. La miraron con los ojos como platos mientras arrancaba el cuchillo y le tiraba a un lado antes de volverse hacia ellos. —¡Escuchadme bien y esto va para todos! He nacido en esclavitud y he visto mil maneras

diferentes de abusar del prójimo. ¡Y no pienso consentirlo en mis tierras! ¡El que tome a una mujer sin su consentimiento morirá!

Varias mujeres se echaron a llorar y una le gritó a un hombre que tenía al lado —¡Púdrete cabrón!

El rey estaba atónito. —¡La mitad de las mujeres no querrán compartir cama con sus esposos y es su obligación!

—Si no quieren compartir su lecho por algo será… Y como las peguen para que se plieguen a sus deseos perderán la mano. ¡Y si repiten perderán la otra! ¡Así como al que robe o dañe a otra persona! ¡Aquí soy yo la que resuelvo los conflictos y yo decidiré! ¿Me habéis entendido?

Todos asintieron encantados y entonces sonrió. —Qué alegría estar entre vosotros. Mi padre me habló de estas tierras muchas veces. —Entonces escucharon un cuerno y se tensó. —Vikingos. —Corrió hacia su caballo y subió de un salto antes de salir a galope hacia la costa.

La anciana levantó las manos dando gracias al cielo mientras ella gritaba —¿Qué hace ahí, rey? ¡Mueva el trasero que hay que defender a mi gente!

Alfred miró a Andrew que puso los ojos en blanco. —Si la deja conseguirá su trono.

—Pues la verdad, no sé si se lo merece.

—¡Aprisa! —gritó ella.

Escondidos tras un árbol observaron la costa. —Solo es un barco —susurró su amiga a su lado que acababa de llegar después de quitarle las riendas del carro al cochero para ir tras ella.

—Es extraño, cuando vienen de incursión suelen hacerlo de noche y no avisan —dijo el rey a su otro lado. De repente abrió los ojos como platos mirando a Idun—. ¿Ha hablado?

—Un milagro de esos —dijo sin darle importancia mientas él se santiguaba—. No han desembarcado. Esperan algo, puede que

vayan de avanzadilla para saber cuáles son nuestras defensas.

—Veo que tu padre te enseñó bien.

—Hizo lo que pudo cuando no le mataban a trabajar. —Entrecerró los ojos mirando la vela. —Qué curioso.

—¿El qué? —preguntó el rey.

—Tienen la vela extendida cuando han tirado el ancla.

Su amiga entrecerró los ojos. —Sí. Se supone que tienen que recogerla para que el viento no les impulse. Da más estabilidad al barco.

Cuando la vela se hinchó de nuevo vieron que tenía en su tela a Gungnir, la lanza de Odín representada por un rombo con una cruz en medio. Según sus creencias la lanza fue dada a Odín por Loki. Esta no fallaba nunca y siempre que era lanzada volvía a él. Los suyos utilizaban ese símbolo como protección en las batallas representando que ellos no fallaban jamás y que tenían la protección de su dios de dioses. Entrecerró los ojos antes de mirar a su amiga. —Es alguien poderoso para atreverse a poner eso en su vela.

Idun asintió. —Un jarl. En un barco donde solo van guerreros no se atreverían. Con ese símbolo quiere decir que es un elegido de Odín y que tiene su fuerza y su poder. No necesita más que ese barco. Ahí tenemos un auténtico guerrero.

—Habláis de él como si fuera temible.

Ambas miraron al rey. —Majestad, si ha puesto eso en su vela es que lo es.

Él miró el barco. —¿Y no habéis oído hablar de él?

Solo conocían a un hombre al que todos temían y admiraban de esa forma. Se le cortó el aliento mirando a su amiga. —No puede ser, no ha dado tiempo.

—Hace semanas y si ha tenido el viento a su favor…

Se levantó de un salto y el rey la miró asombrado. —¿Vas a negociar con ellos?

—Claro que sí. ¿No es lo que quiere de mí? —Sin esperar respuesta salió corriendo.

—Qué mujer más valiente —dijo admirado—. Si estuviera soltero me casaba con ella.

Idun gruñó mirando hacia el barco mientras Odalyn bajaba entre las rocas. Esperaba que fuera bien por allí, pero no, se equivocó y abajo había una roca enorme que le impedía el paso. —Rayos. ¡No te vayas! —gritó saltando a ver si veía el barco, pero la roca se lo impedía. Tendría que escalar, no podía dar la vuelta. Se agarró a los salientes y colocó uno de los pies. Gruñó tirando de su cuerpo. —Tienes que dejar de comer tanto venado. Te estás volviendo tan floja como ellos. —Su pie resbaló haciéndose daño en la rodilla, pero consiguió sujetarse para no caer. Su otro pie palpó hasta encontrar un saliente y se apoyó en ambos pies elevándose. Sonrió porque aún estaban allí. Consiguió trepar la roca y al llegar arriba gimió porque era una buena altura. Si se dejaba caer igual se rompía una pierna. Piensa Odalyn… Miró a su alrededor hacia una roca un poco más baja y sonrió corriendo hacia allí. Bajó de roca en roca hasta saltar sobre la arena. Casi sin respiración corrió y se quedó en la orilla mirando el barco. Vio a varios hombres en cubierta y movió los brazos de un lado a otro. ¿La verían desde allí? No estaban demasiado cerca. ¿Cómo podía hacerles una seña a ver si la reconocían? Porque si no era así estaba en un lío de primera. Como fuera otro vikingo y no Didrik, se estaba jugando el cuello. Ansiosa entrecerró los ojos intentando ver a su marido. Entonces colocaron un escudo en la borda. Se le cortó el aliento porque ese escudo rojo y blanco lo había visto en su barco cuando se alejaban de las tierras del jarl Einarsen. —Didrik. —Su marido apareció encima del escudo y Odalyn sonrió. Él no lo hizo, lo que indicaba que estaba furioso y no sería fácil tratar con él. Gritó algo a sus hombres y estos empezaron a recoger la vela. En apenas un minuto empezaron a remar hacia ella. El barco era enorme desde allí e impresionada vio como bajaban una barca. Había oído hablar de esos barcos hechos especialmente para las incursiones. Solo tenían que llevar uno y sin que tuviera que acercarse demasiado a la costa podía transportar a

gran número de guerreros. Al ver que su marido se subía a la barca con otros dos hombres su corazón casi chilla de la alegría y se apretó las manos impaciente. Los hombres remaron hacia allí. Muy nerviosa se acercó al agua mojándose los pies, pero ni se dio cuenta deseando hablar con él. Cuando estuvo lo suficientemente cerca preguntó —¿Mi hermano?

—Cuando partí aún vivía.

Sonrió del alivio y se apartó para que la barca llegara a la arena. Didrik bajó de un salto. —Sube a la barca, mujer. Tenemos que irnos antes de que el invierno nos bloquee.

Gimió porque lo que le iba a decir seguramente no se lo esperaba. —No puedo irme ahora.

Didrik se tensó. —¿Cómo has dicho? ¡He venido a buscarte!

—Yo no… —Respiró hondo intentando encontrar las palabras correctas. —Tengo cosas que hacer aquí.

—Ni hablar. ¡Sube antes de que te maten como a los demás!

—El rey ya me ha dado las tierras de mis padres.

—¿Y para qué te sirven las tierras aquí? —vociferó. Entonces entrecerró los ojos. —¿Acaso piensas quedarte? ¡Venías para darles un hogar a esos anglosajones, fue lo que me dijiste! ¡Y mira lo que ha sucedido! ¡Solo han sobrevivido cinco!

—En aquel momento pensaba repartir mi riqueza con ellos, pero…

—¿Pero qué?

—Bueno, ahora están muertos —dijo como si fuera obvio.

—Exacto. ¡Así que sube!

—No puedo.

La miró pasmado. —¿Te estás oyendo, mujer?

Gimió por dentro. —¡No pienso dejar el legado de mis padres aquí abandonado!

—¡Están en tierras anglosajonas, no puedes cargártelas al hombro y llevártelas! —gritó furioso.

—Menos mal que no te entienden.

—¡Ah, que están ahí arriba! ¡Eso demuestra lo valientes que son!

—Eras tú.

—No lo sabías, reconócelo.

Se puso como un tomate. —Segura, segura no estaba, pero algo me imaginaba.

—Mujer, sube a la barca o te subo yo. ¡Estoy a punto de perder la paciencia!

Le rogó con la mirada. —No pienso dejar que se lo queden ellos.

Asombrado miró a sus hombres y Jensen se encogió de hombros. —Jarl, tu mujer es algo tozuda.

—¿No me digas…?

Sonrió radiante. —¿Este matrimonio sigue en pie?

—¿Qué has dicho? —preguntó dando un paso hacia ella.

—Oh, nada… marido. Me preguntaba si te habrías arrepentido.

—¡Si fuera así no estaría aquí!

—Ya. Sobre la herencia de mis padres… —Agarró su antebrazo tirando de él, pero no se movió ni un milímetro. —Tengo que decirte algo muy importante —susurró.

—Puedes hablar ante mis hombres, no saldrá de aquí.

Gruñó mirándoles de reojo y ambos sonrieron divertidos. —Como digáis algo…

—Odalyn…

Miró a su marido y susurró —Estos son mis planes. Déjame terminar de hablar y luego decides.

Su gruñido debía ser que sí, así que dijo —Me quedaré un tiempo hasta que mis vasallos estén bien atendidos, intentaré vender las tierras de mis padres y conseguiré el tesoro. —Sonrió radiante. —¡Seremos ricos!

Atónito miró a los suyos. —Me he casado con una loca.

—Mi jarl, te dije que te precipitabas —dijo Viggo a punto de reírse.

—¡Muy bonito, decirle eso a un recién casado! —protestó ella.

—Mujer… —dijo llamando su atención—. Sube a la barca. —Entonces frunció el ceño. —¿Tesoro?

—Sabía que eso te interesaría. Pero es mío y de mi hermano. Y de Idun que también merece su parte.

—Habla claro.

—Mi padre lo escondió para protegerlo de gente como nosotros antes de que le raptaran en las tierras de mi madre. Y es cuantioso. El rey de Wessex ha intentado sonsacarme donde está.

Los tres se tensaron. —¿El rey de Wessex está ahí arriba?

—Sí, llegó al castillo después de que me prendieran y... Por cierto, ¿cómo sabíais que estaba aquí?

—Porque Oswald está en el barco.

Se llevó la mano al pecho. —¿Aún está vivo?

Asintió. —Cuando llegamos a las tierras de tu madre secuestramos a un soldado que nos dijo que os habíais ido y a donde. Oswald nos trajo hasta aquí. —Se pasó la mano por la barba que estaba más larga que la última vez que le había visto. —Así que el rey está arriba. Si le matamos, los nuestros no tardarán en conquistar estas tierras.

—¡No! —dijo ella dando un paso atrás.

—¿Qué dices?

—¡A mi padre eso no le gustaría! ¡Protegía a su patria! ¡A su gente! ¡Me ha dejado ese legado y sería como traicionar su memoria!

Su marido juró por lo bajo antes de mirar a los suyos. Viggo dijo —Te lo advertí. Esta mujer es aún más complicada que la otra.

—Oh, cállate. —Odalyn cogió su brazo para que la mirara. —Esta noche os llevaréis el tesoro y lo sacaréis de aquí para que esté seguro y en un año…

—¿Un año?

Ella lo pensó. —Anda es cierto que no puede ser en un año porque el rey quiere casarme en primavera.

—¿Que quiere qué? —vociferó.

Se sonrojó. —Es que no se fía de mí.

—¡Lo que me faltaba por oír! —Señaló la barca. —¡Sube! ¡Ahora!

—No puedo. Además, Idun está ahí arriba y no pienso dejarla. —Juntó las manos rogándole con la mirada. —Por favor, esa gente me necesita. He matado a su lord y… —Los hombres de Didrik se echaron a reír. —¿Qué pasa? —preguntó mosqueada. Puso los brazos en jarras—. ¡Ya me gustaría veros a vosotros en mi posición!

—¿Saben que eres de los nuestros? —preguntó su marido llamando su atención.

—Saben que he nacido en la esclavitud.

—Pero no saben que regresarás, ¿verdad? —preguntó cada vez más furioso.

—No soy tonta, no quiero que me maten.

Los hombres cada vez se reían más fuerte y ella les miró con inquina. —Mujer, a ver si lo he entendido… —Ella sonrió dando un paso hacia Didrik. —¿Quieres quedarte, ayudar a los vasallos de tu padre, vender tus tierras después dejándoles otra vez en manos de otro y llevarte el dinero al norte para que los que les atacan continuamente tengan más dinero para hacerlo? ¿Crees de veras que dejarán que lo hagas? —gritó sobresaltándola—. ¡Nunca te darán dinero por esas tierras! ¡Están manipulándote y mintiéndote, jamás serás la dueña de nada!

—Y me pregunto la razón para que le mientan dándole esas absurdas esperanzas de que todo es suyo —dijo el rubio—. Cuando matándola asunto arreglado.

Su marido entrecerró los ojos. —Es cierto… ¿Por qué la mantienen con vida?

Se puso como un tomate y Didrik gruñó. —Mujer, ¿qué has hecho?

—Bueno…

—¿Odalyn?

—Puede…

—¡No tenemos todo el día!

—Tranquilo jarl que esos cobardes no se mueven de su escondite —dijo Viggo divertido—. Al parecer confían en ella totalmente para

estar aquí.

Más roja aún su marido entrecerró los ojos. —Puede que les dijera a algunos de tus conocidos que estas tierras son mías y que debían irse o… —Forzó una sonrisa. —Te enfadarías.

—¿Qué has dicho? —gritó fuera de sí.

—Algo tenía que hacer para que no atacaran a mis vasallos. —Hizo una mueca. —Y para salvar el pellejo. Maté a lord Richard y el rey no se lo tomó muy bien.

—¡Deja de matar a lo tonto!

—No me puedo creer que hayas dicho eso —dijo su hermano Jensen antes de reír a carcajadas.

—¡Jensen cierra la boca!

—Perdona hermano, pero es que tu mujer es de lo más interesante. Lucha como una guerrera y ha sabido camelarse a todo un rey. ¿Cómo ha durado en la esclavitud tanto tiempo?

—Pues verás, creía que mi padre era el jarl y hasta que murió mi madre…

—¡Odalyn!

—¿Quieres dejar de gritarme? ¡Oigo perfectamente! —Puso los brazos en jarras. —¿Qué hacemos?

—¿Ahora me preguntas? Si hubiera sido por mí ni hubieras venido.

Soltó una risita. —Yo también me lo pensé. —Le guiñó un ojo. —Eché en falta la noche de bodas.

Su marido gruñó. —No me lo recuerdes. —Miró hacia el acantilado. —Así que creen que soy otro de los invasores y que estás convenciéndome. Por eso has venido hasta la playa con ellos y están ahí apostados.

—Que bien me entiendes. —Le miró fascinada. Dios, qué guapo era y era todo suyo. Además, era listo. Claro, si le habían elegido jarl de su pueblo era por algo. Estaba deseando conocer a su gente. Esperaba vivir lo suficiente para que eso sucediera. Y para catarle de nuevo, claro. No podía morirse sin catarle de nuevo.

Su marido distraído miró hacia ella y gruñó antes de decir —Volverás con el rey y harás que no pasa nada, que nos has convencido. —Ella asintió. —Nosotros buscaremos el tesoro y lo cargaremos. Mañana después de anochecer te recogeremos aquí.

—Y mis t…

—¡Cómo digas tierras o vasallos te dejo aquí y vuelvo a casa! —le gritó a la cara.

Gimió. —Didrik, me necesitan.

—Esos que dices que te necesitan tanto no dudarían en matarte si conocieran con quien estás casada. No debes decírselo a nadie porque es seguro que todos ellos han perdido a alguien por las incursiones o las invasiones de los del norte.

Sabía que tenía razón. —Ya sabía que tenía que ocultarlo. Deben creer que soy una de ellos, que solo nací en el lado equivocado del mar por culpa de esos salvajes como nos llaman.

—Has dicho nos llaman.

Separó los labios entendiendo lo que quería decir. —Es extraño, hasta que conseguí mi libertad me consideraba uno de esos anglosajones, pero ahora que estoy aquí siento que mi corazón es vikingo. Me siento dividida.

—Pues no debes sentirte así porque eres mi esposa y volverás a casa. Esos tendrán que arreglársela solos y las tierras de tu padre deberás darlas por perdidas.

Apretó los labios disgustada, pero pensándolo bien James sabía que no podía tenerlas y solo pretendía que consiguiera el tesoro. Pero le daba rabia que se quedaran con algo suyo. Igual era que nunca había tenido nada y ahora que lo poseía no quería perderlo. Miró a los ojos a su marido y como no replicó él asintió. —¿Dónde está el tesoro?

—¿Puedo confiar en ti?

—¡Mujer! —exclamó ofendido.

—Bueno, es que casi no nos conocemos.

—Jamás vuelvas a preguntar eso.

Puso los ojos en blanco antes de decir —Mi padre me dijo que saliendo del castillo hay que seguir la costa hacia el norte, hasta un acantilado que tiene un único árbol que es enorme al borde del precipicio. Abajo en el mar hay una roca que sobresale en forma de estrella. Justo con el sol del mediodía la punta más elevada da su sombra en la pared del acantilado donde hay una pequeña cueva que tiene un túnel que lleva al castillo. —Su marido entrecerró los ojos. —Cuando entres camina cien pasos y gira a la derecha. A cien pasos más encontrarás una puerta. Allí está el tesoro.

—¿Dices que ese túnel da al castillo?

—James decía que sí.

—Debe ser una vía de escape en caso de asedio —dijo Jensen—. ¿Qué opinas Viggo?

El moreno asintió. —Es evidente. Lo que me sorprende es que ese tesoro no haya sido encontrado si es tan valioso.

—El padre de James intentó buscarlo, pero no dio con él. Eso me ha dicho el rey. Según me dijo James los túneles son un laberinto que hay que conocer muy bien para no perderse en ellos. Por eso nos dijo que entráramos por la pared del acantilado, porque era más fácil llegar hasta él desde allí y saldríamos directamente al barco sin que nos viera nadie cuando la marea fuera alta.

—¿Algún detalle más que recuerdes?

—Nos dijo que en cuanto lo encontráramos nos fuéramos tan aprisa como podíamos porque es algo que desea todo el mundo.

—Otra razón para que estés aquí mañana a la noche. ¿O vas a contradecir los deseos de tu padre?

Apretó los labios. —Mi padre desearía que su gente estuviera bien.

—No a costa de poner tu vida en riesgo. Mañana por la noche, esposa. Si no estás aquí volveremos a casa sin ti y no regresaré. —La cogió por la cintura pegándola a él y atrapó su boca para saborearla de una manera que le robó la respiración. Sus lenguas se acariciaron y su sangre ardió en sus venas por lo que le hacía sentir.

Didrik se separó lo suficiente para ver que aún tenía los ojos cerrados, todavía impresionada por el momento que le había regalado.

Sus amigos rieron. —Tu esposa estará aquí mañana, jarl.

—Nada, que no se callan. —Abrió los ojos y sonrió a su marido. —A ver cómo justifico esto.

Didrik sonrió provocando un brinco en su corazón. —Mañana por la noche, esposa. —La soltó y se subió a la barca con agilidad. —Cuida tus espaldas.

Asintió mientras Jensen y Viggo remaban alejándose. —Ten cuidado en la cueva.

Él le guiñó un ojo antes de sentarse como si ya no le diera importancia a su presencia y Odalyn entendió que no debía quedarse mirándole como una boba. Al darse la vuelta vio el sendero que subía y corrió hacia allí. Cuando llegó arriba casi sin aliento miró hacia el barco que ya se alejaba sintiendo unas ganas terribles de irse con él.

El rey no tardó en aparecer ante ella con todos detrás y a toda prisa se acercó. —¿Estás bien?

—Oh, sí. El muy canalla me ha robado un beso. ¿Lo ha visto?

Todos asintieron con los ojos como platos. —¡Un descarado! —gritó aparentando indignación.

—¿Y qué le ha dicho para que se fuera? —preguntó lord Andrew mirándola con desconfianza.

—Como le dije la otra vez, si se lo dijera ya sabría tanto como yo y no me necesitaría, ¿no es cierto?

Este gruñó mientras el rey suspiraba del alivio. —Menos mal que no se te han llevado, niña. Temí por ti.

—Oh, que amable pero no se preocupe que sé cuidarme sola. —Pasó al lado de lord Andrew y dijo —Sé reconocer a las alimañas cuando las tengo delante. ¡Idun! ¡Vamos al castillo que hay mucho que hacer!

Sentada al lado del rey a la mesa escuchaba atentamente lo que los ancianos le decían mientras varias mujeres lloriqueaban en una esquina. Chasqueó la lengua exasperada mirando a su rey que puso los ojos en blanco. Al parecer también tenía que encargarse ella. —¡Eh, vosotras!

Las cuatro mujeres la miraron con los ojos como platos. —¡Ya os he dicho que no os mataré! ¡Mejor vais haciendo vuestro equipaje para salir de estas tierras cuanto antes!

—Pero no tenemos a donde ir —dijo la más anciana.

—Diablos… —Miró al rey. —¿Alguna sugerencia?

—¿Casarlas cuanto antes?

—¿Todo lo arregláis con matrimonios?

—Es una opción rápida, te lo aseguro. Y a veces muy rentable.

—Ah, ¿sí?

—Las familias suelen dar una dote.

—Ellas dan hijos al matrimonio y tienen que pagar por encontrar marido. Al parecer en eso no somos tan distintos —dijo entre dientes.

—¿Qué? —preguntó una de las mujeres.

—¡Qué ya pensaré en algo! ¡Ahora silencio! —Miró al anciano. —Continúe…

—No hay mucho más que contar, milady. Como ha visto estábamos totalmente desatendidos. Desde que los Edevane se fueron, no hay mucha comida y se ha ido matando el ganado.

Entrecerró los ojos. —¿A qué se refiere cuando dice que se fueron? Murieron, ¿no?

—Mi tío sí que falleció, pero tía está viva, milady —dijo el rey dejándola de piedra—. Está viviendo en casa de una hermana.

Estaba viva… Y ella que pensaba que había fallecido porque el rey jamás la mencionaba. Impresionada miró a su amiga y esta gimió golpeándose la frente porque sabía lo que pensaba.

—Tengo que conocerla —dijo haciendo sonreír a los más ancianos —. ¡Qué la traigan cuanto antes! —Miró al rey. —¿A quién se lo ordeno? —El rey iba a decir algo, pero ella se levantó impaciente. —¡Lacayo!

Un chico de unos doce años llegó corriendo. —Que envíen a por mi abuela de inmediato.

—Sí, milady.

—Rápido, rápido… —Se volvió sonriendo de la ilusión. —Puedo conocerla.

El rey asintió. —Prepárate niña, porque lady Loretta no es de trato fácil

—Oh… —Se encogió de hombros. —Qué tontería, si aquí la adoran. —Los ancianos sonrieron aún más. —¿Ve?

El rey gruñó. —Hablaba de mí. Siempre que nos hemos encontrado hay algún desacuerdo.

Intrigada dio un paso hacia él. —¿Qué le hizo usted para que le trate así?

—Una tontería de nada. La desterré.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Por qué?

—Me maldijo cuando la echaron del castillo.

—¿La echó de su hogar? —gritó furibunda haciendo que el hombre se sonrojara.

—Bueno, milady… Había un nuevo lord y…

—¡Ella era la dueña!

—No, porque no había descendientes varones.

Se le cortó el aliento. —Pero yo soy la dueña ahora.

—De las tierras, pero del castillo no. Como no lo eres del castillo de tu madre porque va ligado al título.

Recordaba que eso se lo había dicho Oswald y entrecerró los ojos. —¿Tengo que hacerme otra casa en mis tierras y otro lord vivirá aquí cuando los aldeanos están en mi propiedad? ¿Ese lord de qué va a vivir y cómo va a conservar todo esto? —gritó sin entender nada.

El rey suspiró e hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Puedes quedarte también con los castillos.

—Eso pensaba… Cuando quiera me hace el papelito, majestad. ¡Papel y pluma! —gritó haciendo que los lacayos se pusieran en marcha.

—¿Ahora?

—No hay que demorarlo más. —Se volvió hacia los ancianos. —Entiendo la situación. Hace falta oro para comprar semillas y ganado. Y cuanto antes.

Ambos asintieron. Ella se volvió y miró a su rey levantando una ceja. Este sorprendido preguntó —¿Qué?

—Cien monedas de oro, majestad.

—¿Qué has dicho? —preguntó atónito—. ¡No pienso darte ese oro!

—Piense que le he ahorrado mucho más impidiendo que los del norte asaltaran sus costas. —Él entrecerró los ojos. —Cien monedas por mis intervenciones no es tanto.

—Te has ganado las tierras.

—¡Las tierras eran mías!

—¡Te he dado los castillos! ¡Niña no pidas tanto! ¡Y no hay papel hasta que no te cases, ya te lo he dicho! —Gruñó porque ya no sacaría nada de él. —Pero si encuentras el tesoro tendrás el oro —dijo el rey cortándole el aliento.

Los ancianos suspiraron apesadumbrados. —Ese día entró la ruina a esta casa, milady —dijo la mujer—. Su padre lo hizo de buena fe, pero al día siguiente le mandaron acudir a su señor y ya no regresó. Se llevó su secreto consigo. Aunque lord Edevane intentó encontrarlo fue imposible. Eso y la desaparición de su único hijo le llevó a la muerte. Pobrecito, era muy buena persona y no merecía sufrir tanto.

Odalyn pensó en ello. Era evidente que si el tesoro volvía al castillo esas gentes vivirían mucho mejor, pero también era posible que el rey se lo arrebatara para seguir financiando sus batallas y de

paso la llevara a conocer a su creador porque habría conseguido lo que buscaba. Además, su padre quería que ella y su hermano lo tuvieran. Ese tesoro era suyo, debía conseguir oro de otra manera. —¿No hay nada que podamos vender?

Los ancianos se miraron y cuando él iba a decir algo ella protestó —¡No!

—Yo decidiré. ¿Adam?

El hombre susurró —En la capilla hay una cruz de oro que su padre no se atrevió a coger para que protegiera a su pueblo.

—Oh… —Sonrió contenta. —Pues no les ha protegido mucho, ¿no? Mejor venderla para llenar barrigas —dijo dejándoles pasmados mientras caminaba hacia la puerta—. Espero que sea grande. ¿Idun? —Su amiga corrió tras ella y cuando se puso a su lado susurró —Cada vez estoy más del lado de Odín.

—Te lo dije, amiga.

—¿Dónde estará la capilla? —Se detuvo en un salón y abrió los ojos como platos por todas las armaduras que allí había. Volvió la cabeza hacia su amiga. —¿Para qué quieren eso? Si solo impide movimientos y debe pesar muchísimo.

Su amiga se encogió de hombros. —No saben pelear. ¿No te has dado cuenta?

—¿Se podrán vender?

—Seguro que sí.

Pensó en ello. Igual sacaban un buen dinero. En ese momento pasó un lacayo. —Eh tú, ven aquí.

Se acercó de inmediato. —¿Hay algún lugar donde se pueda ir a vender cosas?

—Claro que sí, milady. A unas millas de aquí está Pringley.

—Que cojan todas estas armaduras y que las carguen para vender.

El muchacho abrió los ojos como platos. —¿Qué ha dicho? —preguntó como si fuera un sacrilegio—. Son las armaduras de la

familia, milady. —Señaló una. —Aquella era de su abuelo y aquella de su bisabuelo. Y aquella…

Chasqueó la lengua. —Ellos ya no las necesitan. ¿Dónde está la capilla?

El chico que ya sabía hacia donde llevaba esa conversación negó con la cabeza. —No, la cruz no.

—Mira, tengo un montón de gente con ganas de comer allí abajo y muchas cosas que comprar. Necesito oro y la cruz no se va a quedar. Me lo digas tú o no, la voy a encontrar, así que rapidito que tengo mil cosas que hacer.

El chico gimió y señaló un pasillo que había tras él. —Por ahí, milady.

Decididas caminaron hacia allí mientras el chico las seguía. —Puede vender los libros. Hay algunos en la biblioteca.

Chasqueó la lengua. —Si nadie sabe leer por aquí.

—Eso es cierto. ¿Y los muebles? Hay muchas habitaciones que hace años que no se usan.

Se detuvo para mirarle. —Buena idea, que los carguen también.

—Pero no puede llevarse la cruz —dijo a toda prisa.

—Claro que sí.

—Nos protege.

—¿De qué? —preguntó sin dejar de caminar.

—De los ataques de los del norte.

Las amigas gruñeron y el chico se sonrojó, pero siguió diciendo —Nunca han entrado al castillo gracias a ella, milady. ¡No puede llevársela! —Abrió los ojos como platos. —¡Los caballos! Hay al menos cincuenta en la caballeriza.

—¿Pero no son de los soldados?

Él hizo una mueca. —Que vayan andando como los demás.

—Pues también tienes razón. Nos los llevamos.

—¿Y la cruz? —preguntó esperanzado.

—También.

—Milady, por favor.

Suspiró volviéndose. —¿Cómo te llamas?

—John, milady.

Sonrió. —Es solo una cruz, John.

—Su padre no se la llevó y es por algo.

—Lo que no querría es que los suyos pasaran hambre y penurias. Además, tú no le conociste, si eres más joven que yo.

—Pero me lo han contado —dijo elevando la barbilla—. ¡Y no se la llevó!

—En eso tiene razón. A ver si vamos a meter la pata…

—¿Pero tú no crees en Odín?

—Bueno, mejor ampliar miras por si acaso. No nos neguemos a nada.

Decidida siguió caminando e Idun mirando de reojo al chico que también la seguía dijo en su idioma —Mañana por la noche te vas. Nos vamos. ¿Qué estás haciendo?

Gimió deteniéndose y miró sus ojos. —Dejarme llevar por lo que dicta mi corazón.

—Tu corazón te dice que te vayas con tu marido.

—También me dice que no puedo dejar las cosas así. Aún no. Ahora soy el jarl de aquí y debo protegerles. Mi marido haría lo mismo. Además, quiero conocer a mi abuela. —Empujó una puerta que tenía una gran cruz grabada y se le cortó el aliento al ver la enorme cruz colgada al fondo. Era impresionante llena de piedras preciosas. No se podía creer que eso estuviera allí y ni se quería imaginar cómo era el tesoro si su padre había dejado eso en ese lugar.

Atónita miró a su amiga que tenía la boca abierta y era lógico porque jamás habían visto tanto oro junto. —Vas a necesitar a cuatro hombres para bajarla. Cuatro hombres muy fuertes —dijo acercándose.

—Nadie te comprará eso, niña —dijo el rey sorprendiéndola. Se volvió para ver que estaba detrás—. ¿Crees que alguien de por aquí

tiene el suficiente oro como para comprarla? En este momento ni yo podría.

En eso tenía razón y entrecerró los ojos mirando la cruz de nuevo. —John que venga el herrero.

—¿Para qué? —preguntó el chico con desconfianza.

Exasperada gritó —¡Ahora!

El chico salió corriendo y su amiga susurró divertida —Te estás volviendo una tirana.

Se sonrojó ligeramente. —¿Eso crees?

Soltó una risita. —Un poquito.

—¿Qué piensas hacer, prima?

Se le cortó el aliento porque era la primera vez que el rey la llamaba así y eso significaba que le estaba cogiendo aprecio. —¿Prima? —preguntó sin poder evitarlo.

—Niña, somos familia —dijo acercándose a la cruz—. No la recordaba tan grande…

—Habrá que fundirla.

El rey la miró como si hubiera dicho un sacrilegio y frustrada gritó —¡Es solo una cruz!

—¡Es un símbolo!

—¡Sí, un símbolo de que mi gente pasa hambre! ¡Esa cruz no les ha ayudado en nada!

El hombre se santiguó como si hubiera dicho un pecado gordísimo. —¡Cómo te oiga el obispo te excomulga!

—¡Si no estoy bautizada! Como para bautizarme entre vikingos. ¡A mis padres les hubieran cortado el cuello!

Él jadeó. —¡Hay que bautizarte! ¡Tu alma está en peligro! ¡En este momento estás fuera de la iglesia! ¡Si mueres no irás al cielo! ¡Dios te da la espalda!

—¿Ves? Lo que yo decía, te protegía Odín —susurró su amiga en su idioma—. Tanto bautismo y tantas pamplinas para nada. Odín es el que manda. Pero disimula que tiene cara de pegar cuatro gritos.

Impresionada porque parecía que al rey iba a darle algo dijo —¿Me está diciendo que por no estar bautizada el Señor no querrá saber nada de mí?

—¡Sí! —gritó asintiendo con la cabeza vehemente.

—¿Aunque crea en él?

—Bueno, no tanto —dijo su amiga por lo bajo en su idioma.

Le dio un codazo mientras el rey respondía —¡Es un sacramento sagrado, niña!

Para su pasmo sonrió. —Entonces no pueden excomulgarme.

—¡Soy tu rey y te ordeno que te bautices! ¡A saber lo que dirá tu abuela cuando se entere con lo piadosa que ha sido siempre! ¡Y a ver cómo le dices que fundiste su cruz!

—¿Su cruz?

—¡La encargó ella!

—Rayos.

—Al parecer te importa más lo que diga tu abuela que lo que diga el de arriba —dijo su amiga intentando no reírse.

—No tiene gracia, amiga —dijo por lo bajo.

—A ver cómo le dices a tu marido que te has bautizado. El que tiene bien grande el símbolo de Odín en su vela. —Soltó una risita.

—¿De qué se ríe? —preguntó el rey ofendido—. ¿Y por qué habla esa lengua de paganos en mi presencia?

—Es que hay cosas que no sabe decir bien en tu idioma, mi rey —dijo intentando aplacarle antes de advertirle a su amiga con la mirada.

—Ah… Pues que lo intente, niña, o los de aquí no van a confiar en ella.

—Estás advertida, Idun.

—Sí, milady —dijo como toda una sirvienta.

El rey asintió dándole el visto bueno. —¿Entonces qué vas a hacer para ganar dinero?

Bufó mirando la cruz y pensó en ello antes de decir —¿Dónde estará el herrero? Se volvió y gritó —¡John! ¿Todavía no has llegado?

Asombrado miró a Idun. —¿Va a seguir con sus planes?

—Es algo cabezota. Tranquilo, majestad. Los caminos del señor son inescrutables.

Le dejó con la boca abierta y el rey entrecerró los ojos mientras salía de la capilla siguiendo a su señora. El rey se pasó la mano por la barba. —Pues parece que habla muy bien mi idioma. Y conoce las escrituras… Es obvio que son cristianas. Además, lleva la cruz en el pecho. Tendré que hablar con el obispo de esto. Pobrecita, nacer donde nació. Ella no tiene la culpa.

—¡Eh, tú! —le escuchó gritar—. ¡Todas esas telas que están colgadas en las paredes recogedlas para vender!

—Son los tapices, milady —dijo alguien.

—Pues eso.

—Han sido hechos por las mujeres de la familia durante generaciones. ¿Ve? Esta escena de caza la hizo su bisabuela.

—Mi bisabuela ya no come. ¿Usted quiere comer?

—Sí, milady.

—¡Pues bájelos!

El rey puso los ojos en blanco antes de salir de la capilla. —Cuando llegue mi tía...

Capítulo 8

Esa noche en sus aposentos ya en camisón miró por su ventana hacia el mar. Se preguntó si ya habrían encontrado el tesoro y ya lo estaban cargando en el barco. ¿La cruz y los enseres del castillo serían suficientes para salvar a esas gentes de la pobreza? No lo sabía y tenía remordimientos por quitarles el tesoro. Aunque era suyo y de su hermano, James se lo había dado. Pero después de ver el hambre que pasaban no podía evitar sentirse mal. Se mordió el labio inferior e Idun se puso a su lado en silencio. —¿Y si no hago lo correcto?

—Como dijiste sigues tu corazón. No hay nada de malo en eso.

—Didrik se va a enfadar.

—Sí, y no tiene precisamente buen carácter. La última vez que se enfadó mató a medio pueblo.

—Se lo merecían.

—Sí, que mataran a su padre también ayudó lo suyo. Pero incluso antes de saber eso quiso ayudarte y tenerte a su lado.

Se le cortó el aliento. —¿Eso crees?

—Fue evidente que desde que puso los ojos en ti te quería para él, amiga. Y hará lo que sea para que vuelvas a su lado. Solo tienes que ver lo rápido que vino en tu ayuda. —Su corazón se calentó y se llevó la mano al pecho. —No se tomará bien una mujer rebelde que no quiere regresar.

—Sí que quiero.

—Pero no lo harás.

—Tengo obligaciones.

—Si tu hermano hubiera mostrado por mí la mitad del interés que Didrik tiene en ti, nada, ni el mismísimo Odín me separaría de su lado —dijo antes de darse la vuelta para salir de sus aposentos—. Voy a por algo de comer que me he quedado con hambre.

—Tráeme un poco.

Su amiga sonrió guiñándole el ojo.

Suspiró volviéndose hacia su cama. Había sido de su abuelo y tenía grabado el escudo de la familia. ¿Se merecía dormir allí cuando pensaba abandonarles? ¿Qué estaba haciendo? Angustiada se llevó las manos a las sienes apartando su cabello. Aquel legado no solo eran tierras y el posible oro que pudiera conseguir. Sus gentes, sus vidas estaban en sus manos y se sentía en la obligación de ayudarles en lo que pudiera. Miró por la ventana hacia el cielo. —Madre ayúdame. ¿Qué debo hacer? —Entonces una estrella brilló. —¿Debo quedarme? Querríais que ayudara a los vuestros, ¿no? —De repente la estrella desapareció. —¿Qué significa, que sí o que no? Madre, no eres muy clara. —La estrella volvió a aparecer. —Vale, si te apagas es que debo quedarme. ¡A la de tres! ¡Uno, doooss y tres! —La estrella allí se quedó. —¿Debo irme? —De repente la estrella desapareció y se la quedó mirando con los ojos como platos. Un rayo traspasó el horizonte y un estruendo la estremeció. —¿Estoy en peligro? ¿Debo irme ya?

—¿Con quién habla, milady? —Sorprendida se volvió para ver en la puerta a lord Andrew. —¿Irse a dónde?

—¿Cómo se atreve a entrar en mi habitación sin llamar?

—He llamado. Igual no lo ha escuchado por el trueno —dijo cerrando la puerta.

—¡Salga de aquí! —ordenó.

—A mí no me hable en ese tono. Puede que el rey se haya dejado manejar por usted, pero a mí no me engaña y no pienso dejar que me trate como a un pelele. —Odalyn tensó la espalda mientras él se acercaba. —¿Irse a dónde, milady? —preguntó con una suavidad que le puso los pelos de punta.

—No sé de qué me habla. Rezaba.

—¿Rezaba? ¿Y qué pedía? ¿Irse?

—Acabó de llegar, ¿a dónde querría irme?

—Igual querría abandonarnos por ese hombre que la besó en la playa. No parecía que le disgustara lo que estaba haciendo.

Ese no era tonto en absoluto. —Se propasó. ¡Cómo se está propasando usted entrando en mis aposentos! ¡Fuera de mi vista!

La agarró por el cabello tirando de ella hacia su rostro y Odalyn gimió de dolor. —Escúchame bien, puta… A mí no me engañas. No sé qué te propones, pero como traiciones al rey, como nos traiciones, yo mismo te traspasaré con mi espada. —Sonrió con malicia. —¿Sabes que el joven John habla vuestro idioma? —Palideció al escucharle. —Oh, sí. Esa amiga tuya tiene la lengua muy larga y habló esta tarde ante él pensando que no la entendía. Así es como me he enterado de que estás casada. ¿Qué crees que pasaría si se lo dijera al rey?

Intentó buscar una excusa rápidamente. —Nunca nos hemos casado, le llamo así porque lo hubiera sido en el futuro sino hubiera venido aquí. Y si te ha contado la conversación sabrás que voy a quedarme. ¡Se lo debo a mis padres!

La miró como si estuviera evaluándola. —Pero tu esposo quiere que te vayas con él, ¿no? —siseó con rabia.

—Sí.

—¿Te espera mañana por la noche?

Temió por Didrik. —Le dije que no.

—No te creo.

—Me importa poco —dijo con rabia antes de recibir un tortazo que la tiró al suelo. Sintió la herida en el interior de su boca y escupió la sangre al suelo antes de mirarle con odio—. A ver cómo explica esto al rey.

—Solo tengo que ponerle al chico delante diciéndole que nos has traicionado. —Al caer su camisón se había levantado mostrando sus

piernas desnudas y él se agachó a su lado alargando la mano para acariciar su pantorrilla.

—¡Cerdo! —gritó arrastrándose hacia atrás fuera de su alcance.

Él sonrió de una manera que le puso los pelos de punta. —Dicen que las zorras del norte hacen maravillas en el lecho. Si te muestras dispuesta puede que te perdone la vida. —La miró a los ojos. —Abre las piernas, quiero verte.

—¡Púdrete, cabrón!

Él rio por lo bajo. —Cuando acabe contigo serás tú misma la que le confiese al rey esos planes que ocultas. —Le agarró con fuerza del tobillo. —Y pienso hacer que confieses. —Ella gimió por su agarre. —¡Qué busca tu marido en estas tierras! —Tiró de su pierna con fuerza y Odalyn intentó golpearle en la cara con la otra, pero la esquivó ágilmente agarrándola por el interior de ambas rodillas antes de tirar de su cuerpo para pegar su pelvis a la suya. —A mí no vas a tomarme desprevenido como a todos esos que te has quitado del medio, puta. —Le dio un puñetazo en el estómago que la hizo gemir de dolor y cerró los ojos con fuerza. Su respiración agitada demostraba que estaba excitado y llegó hasta ella el sonido de su cinturón al abrirse. —Voy a demostrarte como son los hombres de verdad.

Gritó como una valkiria e incorporó su cuerpo agarrándole de los cabellos haciendo que ambos cayeran de costado. Consiguió que soltara sus caderas, pero ella no dejó de tirar con saña mientras él gritaba. Sintió como la golpeaba en el costado y furiosa se acercó a su rostro mordiéndole en la mejilla. Sus aullidos de dolor mientras sus dientes traspasaban la carne le dieron una satisfacción enorme y cuando se apartó le escupió su carne a la boca abierta antes de soltarle levantándose con agilidad para darle una patada en la cara que destrozó su tabique nasal. Gritaba como un cerdo mientras la sangre manchaba su rostro. —Así es como somos las del norte, cabrón. —Se agachó sacando la espada de su vaina antes de que pudiera evitarlo y se enderezó poniéndole la punta de su acero bajo

la barbilla. —Pídele a tu Dios piedad por todo el daño que habéis causado a tu gente.

—Puta… Moriréis todos. El rey acabará con vosotros.

Sujetando la empuñadura con ambas manos la elevó y sus ojos demostraban que no sentía ningún temor. La puerta se abrió de golpe y el rey dio un paso al frente con sus soldados detrás. —¡Odalyn!

—Iba a violarme, primo —dijo con rencor.

—Válgame Dios.

—¡Miente, majestad! ¡Es una traidora!

—¡No pienso permitir que envenenes a tu rey con tus mentiras para excusarte!

—Odalyn baja la espada —dijo el rey—. ¡Te lo ordeno!

Ella miró a su primo. —¿Va a creerle?

—¡Su marido es el que la besó en la playa! —gritó antes de que pudiera evitarlo—. ¡El niño John lo oyó!

Alfred dio un paso al frente. —Niña, baja el arma.

Sintiéndose impotente le miró a los ojos. —Me ha golpeado.

—Eso ya lo veo.

—Quiero justicia.

El rey hizo un gesto y los soldados la rodearon. —Y la habrá para quien haya cometido el delito. Baja el arma, no te lo digo más.

—Estás muerta, puta —dijo Andrew con odio intentando levantarse—. ¡Qué traigan a John! —Apoyó la mano en el suelo y ella clavó la espada en ella traspasándosela. Aulló de dolor.

—¡Niña!

Miró al rey. —Dijo que la bajara.

—¡Será posible…! ¡Sujetadla antes de que le mate, inútiles! —Dos soldados la cogieron por los brazos. —¡Llevadlos al salón!

Se dejó llevar mirando hacia Andrew con una sonrisa maliciosa en la cara. —¡Ríete, zorra! ¡No conservarás esa sonrisa mucho tiempo!

—¡Cierra la boca! —gritó el rey furioso—. ¡Si sospechabas de ella deberías habérmelo dicho!

—¡Se lo dije desde el principio, majestad! —dijo asombrado—. ¡Pero no me hizo caso! Se ha dejado embaucar por esa mujer y…

—¿Qué has dicho? —Se volvió furioso. —¡Llevadle al salón!

Los soldados que se habían detenido en el pasillo dejaron que el rey pasara antes de tirar de ella siguiéndole. Mejor no enfadarle como había hecho Andrew. Si quería librarse de la muerte tenía que ser más lista que ellos. Además, tenía que proteger a los suyos. Asustada miró a su alrededor, pero no vio a Idun por ningún sitio. ¿Seguiría en las cocinas? Su corazón se sobresaltó por si había oído el alboroto. —No, no —susurró. Si la conocía bien y la conocía mejor que nadie había ido a pedir ayuda. Como no hiciera algo y pronto habría un derramamiento de sangre porque no dudaba ni por un momento que su marido aniquilaría a todo el que se cruzara en su camino para llegar hasta ella. No porque la amara sino simplemente porque la consideraba suya y que hubiera ido hasta allí lo demostraba.

Bajaron las escaleras y llegaron al gran salón. El rey gritó —¡Daos prisa!

Un gemido la hizo mirar a su derecha mientras los soldados la colocaban ante el rey que se sentaba en la gran silla que debería pertenecer a su padre. Los hombres bajaban a Andrew casi en volandas. Chasqueó la lengua y miró al rey exasperada. Este levantó una ceja. —Majestad, es un quejica. A mí me ha pegado lo suyo y no me quejo tanto.

El rey gruñó antes de volver la vista hacia su hombre. —¿Le falta un pedazo de carne de la mejilla? —preguntó con horror.

Satisfecha se pasó la mano por la boca para limpiarse. —¿Tenía que dejarme violar? Ya sabe lo que opino de eso. Solo estaba impartiendo la ley en mis tierras.

—¡Miente! —gritó Andrew ya a su lado.

—¿Entonces qué hacías en mi habitación?

—Fui a hacerle unas preguntas, mi rey. ¿Dónde está el niño? ¡Él le dirá la verdad!

Un soldado se acercó y dijo —El niño no aparece, mi rey. No está en el castillo.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso no duerme aquí en el castillo? ¿Está en la aldea?

Un sirviente dio un paso al frente. —Duerme aquí, en la cocina, majestad. Pero no está. No sé qué ha podido ocurrir.

—Él le habrá hecho algo —dijo ella a toda prisa—. Por eso le puso de excusa.

Andrew la miró con odio. —¡Ha sido ella!

—¡Basta!

—¡Majestad, su marido la espera mañana por la noche para huir!

Alfred la miró directamente. —¿Tu marido? ¿Me has engañado?

Hora de mentir. —No, majestad. No estoy casada. Soy pura como se espera de mí.

—Qué estupidez. ¡Si has sido esclava eso es imposible! —gritó Andrew—. ¡Sabemos muy bien lo que les hacen a los esclavos por los que han conseguido escapar del norte!

—Eso es fácil de comprobar —dijo el rey.

—¡Solo quiere entretenerle para tener la oportunidad de escapar! ¡Y si es pura nos ha mentido desde el principio!

—¡El jarl me protegía porque me quería para su hijo!

—No has sido muy clara sobre tu vida anterior.

Sabía que si decía que la consideraban hija del jarl crearía la duda sobre su nacimiento y no pensaba manchar la memoria de su madre allí. —He contado la verdad. Conseguimos escapar y al llegar aquí nos atacaron.

El rey entrecerró los ojos y supo que no le satisfacía su respuesta. —¿Has sido esclava o no?

—Sí, desde mi nacimiento.

—Está mintiendo. ¡Venía vestida como una princesa! ¡Los demás no vestían así, me lo dijeron los soldados en las tierras de su madre!

—Le robé el vestido a la hija del jarl. Los míos consideraban…

—¡Deja de mentir!

—No miente.

Se le cortó el aliento volviéndose como los demás para ver a Oswald en la puerta. Él sonrió a Odalyn. —Temí no haber cumplido la promesa que le hice a tu padre.

Emocionada por ver que estaba bien se echó a llorar y corrió hacia él para abrazarle. —Estás aquí.

Acarició su espalda. —Lo mío me ha costado, niña.

—¿Cómo está mi hermano?

—Cuando le dejé estaba muy mal. No sé si sobrevivió.

—Y has vuelto.

—Tenía que asegurarme de que seguías con vida.

—Gracias.

El rey se levantó. —Primo esto sí que es una sorpresa.

Oswald sonrió mientras ella se apartaba. —Te veo bien. —Se acercó a él y se abrazaron. El rey se emocionó, aunque intentó disimularlo. —Ya estoy en casa, primo.

—Mi tío se alegrará mucho. —Se apartó y le dio una palmada en la mejilla. —Tu madre y tu hermano fallecieron hace unos años, lo siento.

Oswald apretó los labios. —¿Y mi esposa?

—Se casó de nuevo. Me pidió permiso y se lo concedí. Debes entenderlo, no tenía hijos y tenía derecho a seguir con su vida. Han pasado muchos años.

Sollozó por el dolor que expresaba su rostro. Se lo habían quitado todo. —Al menos me queda mi padre.

—Y estará dichoso de verte de nuevo.

Oswald asintió intentando reponerse antes de volverse hacia ella. —¿Qué opinas de la hija de James, primo?

—Es todo lo que él querría y más —dijo cortándole el aliento—. Bella, inteligente y valiente.

—Sí que lo es.

—¿Cómo ha llegado este hombre aquí? —preguntó Andrew furioso.

—Caminando. —Odalyn separó los labios de la impresión por su mentira. —La prendieron y tenía que asegurarme de que estaba bien.

—¿Por qué no te presentaste ante mí, primo? —preguntó el rey asombrado.

—No entendía muy bien lo que estaba ocurriendo. Fue esta mañana cuando la vi en la playa cuando me di cuenta de que era libre y que la traíais a las tierras de su padre.

—¡Si hubiera hablado con el rey en su momento hubiera disipado sus dudas! —gritó Andrew—. No me creo nada.

—¡Silencio! —El rey dio un paso hacia su primo. —Él tiene razón.

—Le juré que salvaguardaría su vida.

Le miró sorprendido. —¿Frente a mí también?

—Un juramento es un juramento. Tú hubieras hecho lo mismo.

El rey apretó los labios demostrando su disgusto antes de sentarse enderezando la espalda para mirarla y se dio cuenta de que si antes consideraba que era peligrosa ahora lo era mucho más y se preguntó la razón. —Mi segundo dice que está casada.

Asustada miró a Oswald que sonrió. —Y lo está, majestad. Pero no es un matrimonio consumado. Es pura. Así que ese matrimonio no tiene validez. Pero no deberíamos ignorar que su marido es un hombre muy peligroso.

Palideció al escucharle. —Oswald…

Él hizo un gesto para que callara. —Déjame terminar, niña. —Miró a su primo. —Podría ser una mujer muy poderosa en las tierras del norte. Podría haber traído oleadas de guerreros a reclamar sus tierras, pero en lugar de eso ha intentado reclamar lo que es suyo con las manos desnudas, ha intentado traer a los esclavos a sus tierras para que fueran libres, ha querido cuidarles y protegerles. Desgraciadamente no lo ha conseguido.

El rey la miró. —Por eso esos hombres se fueron. Les decías con quien se suponía que estabas casada.

Levantó la barbilla con orgullo. —Mi marido es un hombre temido por muchos y admirado por todos.

Alfred jadeó de la indignación. —¡Estás orgullosa de él!

—Ha demostrado que es un buen líder, un buen hombre y un extraordinario guerrero.

—Yo no lo hubiera expresado mejor, majestad.

Asombrado ni sabía qué decir hasta que reaccionó furioso. —¡Es un enemigo de nuestro pueblo!

—No debes verlo así, Alfred. Piensa que es una aliada poderosa. —Él entrecerró los ojos. —Muy poderosa, primo.

El rey la miró a los ojos. —Me has mentido.

—Si hubiera dicho quién era mi marido me hubierais matado. Creeríais que os traicionaba.

—¡Es que me estabas traicionando! —gritó furioso—. ¡Qué pretendes hacer con estas tierras! ¿Traer a los del norte?

—Esa no es mi intención. Solo quiero lo que es mío. —Dio un paso hacia él. —No entendéis lo que es nacer sin nada, sin el derecho a tu propia libertad. Que cada cosa que te den lo hagan con desprecio como si tu trabajo no fuera suficiente. Que tu vida no valga nada por el capricho de otros o que no sepas si ese día comerás. No poder amar por proteger tu corazón, no poder soñar porque no tendrás futuro. Vivir con dolor y sin esperanzas. Mi padre me dio algo con lo que soñar, algo por lo que vivir y pienso protegerlo hasta mi último aliento. Y si mi marido me ayuda mejor.

—¿Me estás amenazando?

—Le estoy advirtiendo, mi rey. Como advertí a los otros. Ellos supieron tomar la decisión adecuada. ¿Qué hará usted?

Oswald sonrió orgulloso y supo que había hecho lo correcto. Eso era lo que el pretendía, hacer que Alfred se lo pensara dos veces antes de tomar una decisión irremediable. Y ahora se lo pensaría porque no sabría si su marido aparecería por allí en cualquier momento. Y seguramente sería antes de lo que pensaba si Idun daba con ellos. Tenía que detenerlos si no quería un derramamiento

de sangre. Carraspeó. —Por cierto, ¿puedo ir a buscar a mi sirvienta? Es que seguramente ha pensado que queríais matarme y ha ido a avisar a los míos.

Alfred palideció mientras varios chillaban de miedo. —¿Están aquí?

—¡Le dije que se iría con él mañana por la noche! —gritó Andrew —. ¡Claro que están aquí! ¡Acechando!

—¡Oh, cállate! Majestad, ¿le mata usted, le mato yo o le mata mi marido cuando me vea la cara?

Andrew chilló como una niña y echó a correr hacia la puerta, pero le agarraron los soldados haciéndole caer al suelo. Odalyn levantó una ceja. —Muy valiente. —Se acercó a él y le agarró por el cabello levantando su rostro. —¡Hay que morir con honor! Aunque tú no tienes mucho honor y eso lo has demostrado.

—¡Solo quería proteger a mi rey! ¡Y no eres la más apropiada para hablar de honor cuando has mentido desde el principio! ¡Si hubieran sido los tuyos los que atraparan a un mentiroso, le hubieran destripado sin preguntar!

Hizo una mueca porque en eso tenía razón. Suspiró dejando caer su cabeza y miró a su rey con los brazos en jarras. —Bueno, para ser justa puede que sus sospechas tuvieran algo de fundamento.

Andrew la miró asombrado. —¡Tenía razón en todo!

—No, en todo no. ¡No quería traicionar a tu rey como tú pensabas!

Alfred se pasó la mano por la cara como si estuviera muy nervioso. —Vamos a ver que no lo entiendo del todo. ¡Qué quieres hacer con tus tierras!

—Oh, pues si me las compra… —Frunció el ceño. —Jurándome que va a cuidar a mis vasallos de veras… Que va a labrar los campos y que no habrá guerras que les hagan daño y…

—¡Esto es el colmo! —gritó levantándose.

—Vaya, ¿se ha enfadado, primo? Estamos negociando.

—¡Tú no negocias, tú extorsionas!

—¿Eso que es? —Miró a Oswald. —Esa palabra no me la enseñaron.

—Que le estás obligando a cambio de algo.

—Oh… —Soltó una risita. —Que listo es el rey.

—Muy graciosa —dijo Alfred entre dientes.

—Vamos, no se ponga así. Usted me quería utilizar a mí y yo no he puesto tantas pegas. He colaborado, ¿o no?

—¡A cambio de tus tierras!

—¡Cuando ya eran mías!

El rey gruñó mirando a Oswald. —¿Qué opinas?

Este suspiró. —Está claro que quiere volver al norte. —Esta se sonrojó, pero no dijo ni pío. —Y no lo veo mal del todo. Tendremos aliados entre los vikingos que nos vendrán muy bien para negociar. Hace mucho tiempo que no estoy aquí, pero me imagino que es peor que cuando me marché.

—Ni te lo imaginas, nos atacan todos los días. Es un esfuerzo enorme intentar salvar nuestro territorio.

—Si Didrik Hovensen está de nuestra parte, si los suyos piensan que se ofenderá al invadir sus tierras no aparecerán por aquí. Lo que ha hecho la niña ya les pondrá sobre aviso. En primavera vendrá algún despistado, pero si cuando se acerca a las playas alguien hace lo mismo que ha hecho ella…

—A no ser que sea un enemigo de ese Didrik.

—Eso también puede ser, pero has de tener en cuenta que nos hubieran atacado igual.

El rey asintió antes de mirarla. —¿Es cierto eso de que es tu marido a medias?

Oswald carraspeó y el rey puso los ojos en blanco. —¿Me has mentido? ¿Acabas de llegar y me has mentido?

—Mi deber es protegerla como te he dicho. Y parecía que el tema de su pureza era importante en el momento en que he llegado. ¿Lo es?

Chasqueó la lengua. —Me importa poco con quien comparta lecho. —La miró a los ojos. —Pero si quieres conservar tus tierras y a ese marido tuyo, deberás bautizarte y casarte como Dios manda. Debe ser un matrimonio reconocido por mí y debéis jurarme fidelidad.

Uy… Como se quedó callada el rey jadeó. —¿Ahora qué pasa?

—Mi marido no es cristiano.

—¡Pues tendrás que conseguir que lo sea, niña! —dijo alterado.

—No creo que ceda —dijo negando con la cabeza como si fuera una pena—. ¿Negar a Odín? No, no lo va a hacer. Y lo de la fidelidad…

—Será posible.

—¿Tan importante es que se case por la iglesia, Alfred?

—¡Claro que sí! ¡Si no todos los barones se me echarán encima y el trono me durará bien poco! ¡A saber lo que dice la iglesia de que un vikingo se case con la mujer que posee más tierras en mis dominios! ¡Se me tirarán al cuello! Al menos si fuera cristiano…

—Cristiana soy yo. ¿No es suficiente? ¡Y que no protesten tanto que vamos a salvarles el trasero! ¡Deberían besar el suelo que pisa mi marido!

—Niña que aún no has hablado con él —dijo Oswald por lo bajo.

Hizo una mueca y el rey se adelantó. —¿Será difícil de convencer para que nos ayude a cambio de que conserves tus tierras?

—Bueno… —Miró a Oswald de reojo que la advirtió con la mirada. —Puedo intentarlo.

—Y debe jurarme fidelidad.

—Anda, que no pides tú nada —dijo por lo bajo.

—¿Qué?

—Que sí, que hablaré con él.

El rey sonrió. —Sería maravilloso que los vikingos no pisen mis tierras. Estarás haciendo una gran labor para la corona. Ahora el resto de los reinos caerán en mis manos —dijo ilusionado—. Convéncele, niña. Convéncele.

—Lo intentaré, primo. —Miró a Andrew. —¿Y este?

El rey agachó la vista hacia él. —¿Le matará? Es un buen soldado y consejero. Intenta que no le mate, ¿de acuerdo?

—Cien monedas de oro.

El rey gruñó. —Niña eres una sanguijuela.

Soltó una risita. —Tengo tierras que cuidar, majestad.

—Las pagará Andrew de su bolsillo.

—¿Yo? —dijo asombrado.

—Encima que te salva la vida.

—¿Me salva la vida? ¡Es una traidora, una mentirosa y os sigue manipulando! ¡Ahora resulta que está casada con un vikingo poderoso y se va a quedar con todo! —dijo escandalizado—. ¿Qué será lo siguiente, eh?

—Pues lo siguiente es que me pagues si quieres conservar tu cuello. —Chasqueó los dedos. —Vamos, vamos, rapidito que mi amiga seguro que ya le ha encontrado y antes de que nos demos cuenta se me presenta en la puerta.

En ese momento pasó Idun con un pedazo de pastel en la mano comiendo a dos carrillos y se detuvo en seco al verles. —¿Qué ocurre? —Jadeó acercándose. —¿Te han pegado? —chilló furiosa—. ¿Quién ha sido? —Miró uno por uno a los que estaban allí tirando el pastel al suelo antes de sacar el puñal de su bota. —¿Quién tiene que morir? —Entonces su vista fue a parar a Oswald y parpadeó. —¿Qué haces tú aquí?

Este se echó a reír. —Niña, que alegría verte.

Dio un paso hacia él con desconfianza. —¿Quién ha sido? El del mordisco en la cara, ¿verdad?

—Idun deja el cuchillo que estamos negociando.

—¿A golpes? —Se arremangó poniéndose ante el rey que levantó una ceja. —Yo te ayudo.

Ella miró divertida a Andrew. —Si ella se comporta así, ¿qué crees que hará mi marido?

—Pero no lo sabe porque ella está aquí.

Entrecerró los ojos pensando rápidamente. —Mañana va a verme y cuando vea este rostro estás muerto. ¡El oro!

—No lo tengo aquí.

—Uy, pues estás muerto.

—Pero tengo dos cálices de oro.

El rey le miró asombrado. —¿Has robado a la Iglesia?

—Pensaba donarlos, majestad.

—La Iglesia debe ser más rica que usted, primo.

Alfred gruñó. —No lo sabes bien.

Entrecerró los ojos. —Eso les da demasiado poder y nadie debería tener más poder que el rey.

Oswald sonrió. —Yo no lo hubiera dicho mejor, niña. Además, si quieres negociar con Didrik debes darle algo a cambio.

—Le doy las tierras —dijo el rey.

—El considera que ya son suyas. Pero si les das riquezas, si les das vía libre para entrar en las iglesias para llenar sus bolsillos, a ti te haría un favor porque ya no se te subirían tanto a las barbas.

—Quieres que use al marido de la niña para debilitar a la Iglesia antes de decir que me he aliado con él para proteger mis tierras, ¿no? —Alfred sonrió. —Entonces ya no podrían rechazarle, ya que le temerán por si sigue sangrándoles. Es un plan brillante.

—Uy, uy… De mucho tengo que convencer yo a mi marido. ¡Y no nos conocemos tanto!

—Niña, si consigue oro de todo esto…

—Ni por todo el oro del mundo renunciará a sus dioses.

Idun con los ojos como platos negó con la cabeza. —¿Pero de qué hablan? Quieren que Didrik se convierta. —De repente se echó a reír a carcajadas y el rey gruñó. Intentó ponerse seria, pero se echó a reír de nuevo.

—Idun —dijo Odalyn entre dientes—. Tampoco es tan gracioso.

—No, por supuesto…—Soltó una risita y se tapó la boca. —Estará encantado.

—Puede que después de vaciar las arcas de la Iglesia no sea necesario que se convierta —dijo Oswald—. En ese momento la Iglesia con tal de no perder más oro dirá que sí a cualquier cosa. Pero lo de la fidelidad al rey no hay quien se lo quite si queremos que haya paz con los barones. Pueden pensar que eres un rey debilitado y eso sería catastrófico.

Odalyn se mordió el labio inferior mientras todos la observaban. —Lo intentaré.

—Niña, estoy poniendo el destino de mi reino en tus manos. Ahora demostrarás la sangre que corre por tus venas. Lucha por ello como luchó tu padre y lo conseguirás.

—A él le mataron.

—Esta niña siempre tiene que tener la última palabra —dijo por lo bajo.

—¿Qué?

—¿Quieres que estas tierras las hereden tus hijos? ¿Quieres paz para tus vasallos y prosperidad? ¡Pues convence a tu marido! —gritó antes de irse.

Jadeó mirando a sus amigos. —¿Ahora resulta que el futuro del reino está en mis manos? ¿Cómo ha pasado esto? Mi marido va a poner el grito en el cielo.

Capítulo 9

Tumbada en la cama con su amiga a su lado se miraron a los ojos. —Tu marido se va a poner como loco cuando se entere de esto.

—Al menos no tiene que convertirse al cristianismo.

—Mañana te va a subir al barco a rastras.

Gimió por dentro. —Intentaré convencerle, lo de asaltar iglesias puede que le haga ilusión.

—¿Ilusión? —preguntó incrédula—. No querrá ayudar al rey, amiga. Es su enemigo. Si me dijiste que pensó en matarle.

Suspiró volviéndose y mirando al techo. La suave luz de la chimenea encendida le permitió ver los grabados que había en los travesaños del techo. Escuchó un ruido y frunció el ceño mirando hacia la puerta que para su seguridad estaba atrancada. Dejó caer la cabeza en la almohada y entonces vio una sombra en el techo que parecía una silueta. Retuvo el aliento agarrando la mano de Idun que miró hacia allí mientras la silueta inclinaba la cabeza a un lado como si las estuviera observando.

—¿Qué es eso? —preguntó su amiga.

—¿Un fantasma?

—Por Odín no digas eso. A ver si es uno de tus antepasados para tirarte de las orejas.

La sombra en el techo puso los brazos en jarras y ambas chillaron abrazándose. —¡Mujer, deja de gritar, van a saber que estoy aquí!

Al ver a Didrik a su lado chilló del susto y él se agachó. —Soy yo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó pasmada sentándose de golpe.

En ese momento dieron un golpe a la puerta. —¿Está bien, milady? —dijo uno de los soldados.

—¡Oh, sí! He visto un ratón.

—¿Quiere que entre?

—No, mi doncella ya le ha matado.

—Que descanse, mi señora.

Didrik levantó una ceja y ella susurró —¿Cómo has entrado en el castillo?

—¿Tú que crees? Por el túnel.

—¿Te has adentrado? Te dije que no lo hicieras, es peligroso, puedes perderte.

—Dudo que pueda perderme porque solo hay un camino.

Frunció el ceño. —Eso es imposible.

—Preciosa aprendí a seguir caminos hace mucho tiempo —dijo entre dientes—. Y solo hay uno.

Se mordió el labio inferior sin entenderlo antes de mirar a Idun que se encogió de hombros. —Esa historia era demasiado buena para ser verdad.

—Lo juró sobre las sagradas escrituras. James nunca hubiera mentido sobre eso. —Miró a su marido de nuevo. —¿Seguro que era la gruta correcta?

Él gruñó y Odalyn chasqueó la lengua. —No lo entiendo. El tesoro existe, todo el mundo lo sabe. ¿Por qué iba a hacer que viniéramos hasta aquí si no íbamos a encontrarlo? Te has equivocado.

Él se acercó más y de repente la cogió por la barbilla. —¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Qué?

—Mujer…

—No puedes matarle va a darme dos cálices de oro en reparación.

—¿Quién ha sido? —siseó.

—Didrik, estoy en una situación muy delicada.

—¡Eso ya lo sé!

—Shusss… baja la voz.

Su amiga corrió hacia la puerta y pegó la oreja. —Mejor se lo cuentas ahora ya que está aquí.

Didrik frunció el ceño. —¿Qué ha pasado?

Gimió. —Nuestra situación ha mejorado mucho, ¿sabes?

—¿De veras? Mejorará cuando te subas a ese barco.

Entonces sus ojos brillaron. —Ah no, sin el tesoro ni hablar.

—Odalyn, nos quedaremos bloqueados todo el invierno —dijo entre dientes—. Tengo responsabilidades.

—Bah, en el invierno ahí arriba no hay nada que hacer y tienes hermanos de sobra que asuman el mando.

—¡Pensarán que he muerto! ¡Le voy a dar un disgusto a mi madre!

Jadeó indignada. —Soy tu mujer, ¿vas a anteponer a tu madre?

—Preciosa, ¿quieres discutir?

Se sonrojó intensamente. —No.

—Cuéntaselo —susurró su amiga.

—Si se lo cuento ahora sí que vamos a discutir.

—Estupendo, ¿qué has hecho ahora?

Gimió mirándole a los ojos. —No te enfades.

—Empiezas bien. ¡Ya estoy enfadado!

—Shusss… —Cogió su brazo sentándole a su lado. —El rey quiere que me quede estas tierras, ¿sabes?

—No me extraña si espantas a todos los vikingos que pasan por aquí. —Entrecerró los ojos. —¿Pero eso significa que debes quedarte?

—No —dijo contenta—. Porque sabe que estamos casados y que debo regresar.

—¿Se lo has dicho? ¿De veras?

—Bueno, se lo han dicho por mí. Oswald me ha ayudado mucho.

—Ah, que ya le habéis visto.

—Son primos y se llevan muy bien. Me ha ayudado en una situación algo delicada de la que he conseguido dos cálices de oro.

—Ni por todo el oro del mundo voy a perdonar eso que tienes en la cara. Ese hombre está muerto.

—Ahora no podemos enturbiar las relaciones con el rey. Hemos negociado y ahora todo lo que nos rodea es nuestro. He hecho un buen trato.

—¿A cambio de qué? —preguntó con desconfianza.

Hizo una mueca. —De que tu fama de venganza espante a los vikingos. —Parpadeó como si no la hubiera entendido. —¿A que es una buena noticia?

—Me quiere de aliado.

—Siempre he dicho que eres muy listo, esposo.

—¿Y qué saco yo de esto?

—Ahí voy… Tienes vía libre este invierno para que ataques las iglesias. Puedes desvalijarlas y cuando el clero te tema no se opondrán a que seas el dueño de mis tierras tanto como yo. Es más, lo estarán deseando para vivir tranquilos.

Didrik entrecerró los ojos. —Debo regresar.

—Marido, son buenas tierras y el rey te ofrece grandes riquezas. Mientras tanto tendremos tiempo a encontrar el tesoro y cuando nos vayamos serás el hombre más rico del norte. Es como una incursión un poco más larga y nos llevaremos muchas riquezas que le quitarán el disgusto a tu madre.

—No puedes estar segura de que ese tesoro existe.

—Sí que lo estoy. James nos lo aseguró. Algo has hecho mal.

—¿Yo he hecho algo mal? Seguí tus instrucciones —dijo indignado.

Pensó en ello. —No has podido seguirlas al pie de la letra porque llegaste a la playa al mediodía. No estabas ante la roca en forma de estrella a esa hora para ver la sombra que indica la entrada de la cueva.

—No hay más cuevas, preciosa —dijo como si estuviera agotado.

Acarició su mejilla y él cerró los ojos. —¿Por qué no duermes un rato? Seguro que llevas días sin dormir—dijo preocupada.

—Tengo que regresar, mis hombres me esperan y si no vuelvo se preocuparán. —Apretó los labios mirando a su alrededor e hizo una mueca. —Tu padre era rico.

—Muy rico. Y aquí ya no queda nada más que una cruz de oro tan grande como tú, así que imagínate cómo será el resto.

—¿Una cruz?

—Ni hablar, es mía. Mi gente se muere de hambre.

—No querrás el tesoro para darles de comer, ¿verdad?

—Claro que no. James quería que fuera nuestro y así será.

Didrik suspiró. —Debo hablar con tu rey. No puedo garantizar la seguridad de Wessex si no estoy aquí. Algunos de mis hombres tendrían que trasladarse.

Sus ojos brillaron. —Que buena idea, cielo.

—Tengo que hablarlo con el rey y con mis hermanos. Además, alguien debe administrar las fincas mientras no estamos y asegurarse de que el rey no nos traiciona cuando nos vayamos.

—Como digas —dijo como una buena esposa.

La advirtió con la mirada. —A partir de ahora no llegarás a ningún acuerdo con nadie sin mi consentimiento.

—No lo he hecho, dije que tendría que hablarlo contigo.

—¡Querrás decir que tendrías que convencerme! ¿Y qué hubiera pasado si hubiera dicho que no?

—Te temen demasiado como para hacer nada —dijo maliciosa—. Temen que tus hordas se lancen sobre ellos para aniquilarles y el rey quiere mandar sobre todos los anglosajones. Si consigue evitar las luchas con los vikingos se centrará en otras contiendas que le serán mucho más beneficiosas pues quiere ser el rey de todas las tierras de por aquí. —Didrik se la quedó mirando fijamente y confundida preguntó —¿Qué?

—¿Rey de todos los anglosajones? Nos sería muy beneficiosa una alianza así. Pero entonces ya no me temerá y eso puede ser peligroso, preciosa.

Supo que tenía razón y lo que menos quería era poner la vida de sus gentes en peligro porque el rey se deshiciera de ellos para satisfacer al clero o para sentirse más seguro pues así su aliado no se volvería contra él.

—¿Qué opinas? —preguntó Idun preocupada—. Eso puede ocurrir, ¿verdad?

—Sí. No podemos ignorar que el rey irá al sol que más caliente según le convenga. Ahora le convenimos nosotros, pero el día de mañana quién sabe. Y si trasladamos a nuestras gentes aquí para que supervisen nuestras tierras estarán en peligro.

Didrik asintió. —Debes renunciar a ellas. —Se miraron a los ojos. —No es nuestro país, no es nuestro entorno, no han hecho nada por ti, ¿por qué quieres protegerles?

—Porque es lo que haría mi padre y si estuvieras en mi lugar harías lo mismo por tus gentes, jarl.

Él sonrió. —En cuanto te vi supe que me ibas a dar muchos problemas.

Le abrazó por el cuello. —Te he echado de menos.

La pegó a él. —Pero no tanto como para subirte al barco y largarnos de aquí.

Besó su labio inferior. —No, no tanto.

Rio por lo bajo haciéndola sonreír. Entonces ella se apartó con los ojos brillantes de la alegría. —Voy a conocer a mi abuela. Dicen que me parezco mucho a ella.

Acarició su cabello fascinado por la ilusión que le hacía. —¿La convencerás para que se venga con nosotros?

—Por supuesto.

Rio por lo bajo. —Me lo imaginaba.

—Tiene que conocer a Ermin. —Sus ojos se entristecieron. —Espero que esté bien.

—Seguro que Odín le ha sacado de esta. Es fuerte y lo conseguirá.

Una sombra salió de al lado de la chimenea y Didrik se levantó sacando su espada. Uno de sus hombres entró también armado. Odalyn recordó que era hermano de Didrik. El que había avisado a Viggo de la muerte de su tío. —Jarl, temimos por ti —dijo mirando de reojo a Idun.

—Estoy bien. Odalyn este es mi hermano Hoenir.

Ella asintió sonriendo tímidamente y él hizo lo mismo antes de mirar de nuevo a Idun. —¿Qué hace en la puerta?

—Vigilar —dijo su amiga como si fuera tonto.

Su tono le tensó. —Aparta de ahí, mujer. Si una espada traspasara la puerta te partiría por la mitad.

—Antes le oiría llegar.

—A mí no me oíste.

Idun dio un paso a un lado alejándose de la puerta mirándole furiosa como si no le gustara darle la razón, pero Odalyn se centró en su esposo que envainó la espada. —Dile al rey que mañana al atardecer nos encontraremos en la playa él y yo solos.

—De acuerdo.

—¿Con el rey? —preguntó Hoenir asombrado.

—Te lo contaré ahora. —Se agachó y besó sus labios. —Cuida tus espaldas, preciosa. —Rozó con el pulgar el morado de su mejilla. —Y dile a ese cabrón que está muerto.

—¿Y si consigo otro cáliz?

Rio por lo bajo. —Eres imposible.

Se abrazó a él y le susurró al oído —Ten cuidado y no te confíes. Si de algo me he dado cuenta en este tiempo es que ya no puedo vivir sin ti.

Él besó su cuello antes de alejarse y adentrarse entre las sombras. Hoenir le dijo a Idun —¡Y ponte algo en los pies, mujer, vas a morir de un enfriamiento! —Salió tras su hermano y ambas se miraron con los ojos como platos.

—¿Se preocupa por mí? —preguntó asombrada.

Odalyn reprimió una sonrisa. —Eso parece.

—Oh. Oh… —De repente soltó una risita. —Es muy guapo.

—Sí que lo es. Seguro que es hermano de padre y madre de Didrik.

—Jensen no, ¿no es cierto?

—No lo sé. Lo averiguaremos cuando lleguemos a las tierras de mi marido.

Su amiga se subió a la cama. —¿Crees que le agrado?

—¿A Hoenir?

Su amiga asintió. —Si se parece en algo a su hermano creo que sí. Creo que le gustas mucho.

Idun se sonrojó de gusto, pero en apenas unos segundos perdió el brillo de sus ojos.

—¿Qué ocurre, amiga?

—Él sabe que era esclava. Seguro que sabe que…

—Shusss… Eso es pasado. Lo que importa es el futuro. Y si te quiere eso le dará igual.

—Sí, claro —dijo decepcionada antes de volverse y darle la espalda—. Hasta mañana.

Preocupada por ella susurró —Que descanses.

Al día siguiente todo el pueblo supervisaba el trabajo del herrero sin quitarle ojo. Algunos espantados y otros esperanzados. Dejó ante la herrería a cuatro soldados para proteger al hombre de los reticentes y subida a su caballo para dejar claro quien mandaba, daba órdenes mientras se quitaban las piedras preciosas con sumo cuidado. El pobre herrero sudaba y todo al tener algo tan valioso entre las manos. Cuando quitó la última piedra ella asintió cogiendo la saca donde las habían metido todas.

Andrew a su lado apretó los labios. —Eso es una fortuna, milady.

—La fortuna que necesita mi gente.

—Y también es un sacrilegio.

—¿Acaso la cruz no tiene que protegerles? Tranquilo —dijo con burla—, que les protegerá, de eso se encargará mi marido.

—La veo muy segura de que apoyará al rey.

—Si hay algo de lo que estoy segura en la vida es de mi esposo. Si dice que sí se dejará la piel por tu rey.

Adam llegó casi corriendo y ella sonrió. —¿Qué ocurre, amigo?

—Milady, he tenido una idea —dijo excitadísimo.

—Dime.

—Algunas de las casas no tienen ni techo, milady. Cuando llueve para evitar mojarse muchos tienen que dormir en el pequeño sótano que tienen bajo la casa. —Odalyn asintió. —El lord anterior nos prohibía talar árboles para repararlas. ¿Podemos?

Le miró horrorizada. —¿Por qué se negaba a ello?

—Decían que eran suyos, milady. Pero ya que es tan generosa…

—Por el amor de Dios, por supuesto que podéis. —Señaló a dos hombres jóvenes. —¡Eh, vosotros! ¡Coged un hacha para talar árboles!

Casi salieron corriendo. —¿Algo más que se pueda hacer sin gastar dinero porque de momento no tengo?

Los ojos de Adam brillaron. —Hay caballos salvajes en el monte, milady. Nos vendrían muy bien para vender.

Sonrió maliciosa. —Andrew vaya a por ellos.

—¿Yo?

—Mi marido no se sentirá satisfecho con dos cálices de oro que por cierto todavía no me ha dado. Pero si le digo que también ha conseguido veinte caballos para mí…

—¿Veinte?

—¿Para qué tiene tantos soldados? —replicó ella empezando a enfadarse—. ¡Mueva el trasero!

Idun se acercó con la primera muestra y se la enseñó. Con cuidado cogió la moneda que acababa de salir de la fragua y la movió entre sus dedos. Sonrió haciendo gritar a los suyos. —

¡Mañana haremos de estas tierras un lugar próspero! —Devolvió la moneda a su amiga y vio por el rabillo del ojo como Andrew iba hacia los soldados acampados ordenando a varios que le siguieran a caballo. Cogió a uno de los hombres más jóvenes del pueblo subiéndolo tras él y el chico les indicó por donde debían ir. Vaya, al parecer iba a ayudar. Increíble.

—No te fíes de él —susurró su amiga—. Disimula sus intenciones para no perder el favor del rey.

Siguiéndole con la mirada dijo —Lo sé, amiga. Por eso quería que se fuera mientras hablo con el rey. Espero que se haya levantado ya.

Una mujer salió de una de las casas y gritó desgañitada —¡Imbécil! ¡Se lo voy a decir!

—Ahí te viene un problema.

Suspiró enderezándose en su montura. La chica era preciosa con un largo pelo negro y unos bonitos ojos azules. —¡Milady!

—¿Si?

—¡Mi tío me ha pegado!

—Vaya, ¿alguna razón en especial?

Parpadeó como si eso no se lo esperara. —Le he pisado el dedo gordo del pie.

Varios se echaron a reír a su alrededor y Adam suspiró negando con la cabeza. —Niña, ya te he dicho mil veces que tengas más cuidado.

—¿Quién es, Adam?

—Mi nieta —dijo como si eso fuera una desgracia enorme—. Julianne. Su tío tiene una enfermedad en los pies y se le ponen muy rojos e hinchados —dijo apesadumbrado—. Le duelen mucho no puede levantarse. Además, le cuesta respirar. Mi pobre hijo no durará mucho con curandera o sin ella.

—Lo siento mucho, amigo. —Miró a Julianne. —¿Por qué vives con tu abuelo? Ya tienes edad de estar casada.

—Y quién iba a cuidarles, ¿eh? Me necesitan. —Puso los brazos en jarras. —Ninguno de los dos puede arar los campos.

—Lo haría tu marido.

Se sonrojó. —Bueno, pues no me caso porque no quiero. ¿O estoy obligada?

—No seré yo quien te obligue —dijo haciendo que suspirara de alivio—. Sobre tu tío no pienso castigarle. Debería castigarte a ti por haberle hecho daño sabiendo que está enfermo.

—Ha sido sin querer.

—Y él ha reaccionado a ese dolor. Lo que me sorprende es que vengas a denunciar su conducta. ¿Acaso no te llevas bien con él?

Gruñó mirando de reojo a su abuelo que suspiró. —Cuando era pequeña a mi hijo se le iba un poco la mano para enderezarla, milady.

—Entiendo. —Apretó los labios porque eso era muy distinto. La chica ahora tenía carácter y si se llevaban mal era Adam quien sufría dividido entre dos amores. Decidió separarles al menos unas horas al día. —Subirás a trabajar al castillo y vendrás a la aldea por las mañanas para atender a tu familia.

—¿De veras, milady? —preguntó ilusionada—. ¿Y dormiré allí?

Era evidente que en aquella casita con dos hombres y además uno de ellos enfermo que no salía de casa no debía tener mucha intimidad. Algo encontraría en el castillo para alojarla. —Por supuesto.

Una mujer empujó a una joven. —Milady, mi hija también es muy trabajadora. Se llama Rose.

Observó su frondosa melena pelirroja. —Rose.

Hizo una ligera reverencia. —A su servicio, milady —dijo tímidamente.

Se había dado cuenta de que no había suficientes mujeres en el castillo que supervisaran la limpieza. De hecho, había solo dos en la cocina y con tanta gente a la que dar de comer no podían hacer otra cosa. Entrecerró los ojos, de momento contrataría a esas dos para esas labores a ver si así era suficiente. —Muy bien, id al castillo y limpiad.

Ambas chillaron de la alegría antes de cogerse de la mano y correr colina arriba. Sonrió divertida. —¿Se llevan bien?

—Son amigas desde niñas, milady —dijo Adam contento.

Miró a Idun. —Entonces no hay que separarlas.

Su amiga le guiñó un ojo y se volvió hacia el herrero para observar su labor. Todavía quedaba mucho que fundir.

—Idun quedas al cargo —dijo bien alto.

—Muy bien, milady —dijo elevando la barbilla antes de acercarse al herrero para no quitarle ojo.

Odalyn le dijo a Adam —Si se te ocurre algo más no dudes en decírmelo.

—Entendido, milady.

—Encárgate de que la madera se reparta según las necesidades.

—Lo haré, milady.

Ella azuzó a su caballo subiendo colina arriba y cuando llegó a la muralla pasó sobre el puente levadizo haciendo sonar los cascos de su caballo mientras un soldado silbaba antes de gritar —¡Lady Edevane!

Al llegar ante la casa allí estaban sus chicas detenidas por dos soldados que sonreían con malicia impidiéndoles el paso. —¿Algún problema?

Se pusieron serios enderezando la espalda. —El rey está en el castillo, milady. No puede entrar cualquiera.

—Seguro que el rey agradecerá más limpieza y a eso vienen. —El soldado las dejó pasar. —Como alguno de los tuyos las toque, no habrá rey que me detenga —dijo fríamente—. Están bajo mi protección, ¿me habéis entendido?

—Sí, milady.

Sin quitarles ojo subió los escalones y las chicas estaban en el hall esperándola algo intimidadas. —¿A qué esperáis?

—Órdenes, milady —dijo Rose.

—Limpiad esa es vuestra obligación. —Entonces se le ocurrió algo. —Y si oís algo que pueda interesarme de los hombres del rey

me lo decís de inmediato.

Ambas asintieron. —Por supuesto, milady.

Sonrió antes de alejarse. Entonces le vio escondiéndose tras una armadura. —Ven aquí, John.

El chico bufó sacando la cabeza. —Él me obligó.

—Lo sé. Ven aquí. —Lo hizo a regañadientes. —¿Te escondiste?

—Estaba en la despensa con su amiga cuando me buscaron. Me dijo que no me moviera, milady. Los soldados parecían enfadados. Me dijo que me ahorraría una paliza.

Sonrió porque su amiga era experta en ahorrarse palizas. —Me dijo que pasara allí la noche.

—¿Llenaste la barriga?

El chico se sonrojó. —Algo.

Se echó a reír y se agachó para mirarle a los ojos. —Así que sabes mi idioma.

—Sí, milady. Un hombre que vino del norte hace unos años me lo enseñó de pequeñito. Era amigo de mi padre y decía que así entendería lo que dicen los enemigos.

—Entiendo. ¿Fue esclavo?

—Sí, se escapó. Decía que para vencer a Goliat hay que saber sus puntos débiles. Que los conocería si les entendía.

A Odalyn se le cortó el aliento. —¿Dónde está ese hombre? Quiero conocerle.

John frunció el ceño. —No sé dónde está. Mi padre murió y me trajeron aquí.

—¿Dónde vivías?

—A las afueras de la aldea, donde el río.

—¿Sabes ir desde aquí?

—Sí, milady.

—Vamos. —Entonces recordó al rey y juró por lo bajo. —Espérame aquí, vengo enseguida. —Corrió hacia las escaleras. —¡No te vayas!

Al llegar arriba corrió hacia la habitación del rey y abrió la puerta de golpe sobresaltándole. Este se estaba vistiendo con ayuda de otro hombre. —¿No sabe vestirse solo, primo?

—¡Niña, no puedes entrar así en mis aposentos!

—Desaparece —le dijo al otro.

Este lo hizo a toda prisa y Alfred suspiró. —¿Qué pasa ahora?

—Mi marido le esperará al atardecer en la playa. —Escuchó como se le cortaba el aliento. —Estará seguro, no se preocupe. El desembarcará solo y podrán hablar.

—¿Cuándo le has visto?

—¿Eso es importante?

Hizo una mueca. —Pues no.

—Majestad no desaproveche la oportunidad. Didrik no tiene precisamente buen carácter. Si escucha o ve algo que no le guste, si cree que le traiciona o que mi vida está en peligro se habrá acabado. No da segundas oportunidades, así que debe ir solo y no se lo diga a nadie.

Alfred sabiendo lo que se jugaban asintió y cuando vio que iba hacia la puerta preguntó asombrado —¿Ya está? ¿Irás conmigo?

—Claro que iré, quiero verle. —Le guiñó un ojo. —Ahora voy a hacer un recado. Estaré aquí antes del anochecer.

Corrió fuera de la habitación y Alfred suspiró. —Sí que es inquieta, sí.

John sentado tras ella en su caballo señaló un camino. —Por ahí se va al río. En cuanto pasemos el bosque lo encontraremos en el claro. —Impaciente azuzó a su caballo y recorrieron el camino entre los árboles. Al llegar al claro se le cortó el aliento por la casita que había cerca del río. —La casa de Thomas está más allá. Escondida entre aquel bosque.

Cruzaron el río con cuidado de no hacer daño al caballo y cuando llegaron al bosque su corazón se aceleró mientras pasaban entre los

árboles. El sol se filtraba entre las copas mostrando una casita en un pequeño claro. —Es ahí. Ahí vive Thomas.

Acercó el caballo mirando a su alrededor y la puerta de la casa se abrió lentamente mostrando a un hombre con una frondosa barba castaña llena de canas, pero esos ojos no los olvidaría jamás. Impresionada ni sabía que sentir y susurró —Eres tú.

—Sabía que llegarías —dijo emocionado.

Entonces la rabia la recorrió al darse cuenta de que su padre había estado vivo todo ese tiempo. —¡Eres tú! —gritó furiosa bajándose del caballo.

—Entiendo que estés enfadada, pero no podía hacer otra cosa.

Entonces Oswald salió de la casita dejándola sin palabras. —Estaba muerto para el jarl y si volvía le matarían, solo tenía la opción de intentar regresar a sus tierras y reunirse aquí con vosotros cuando consiguierais escapar. Pero la gente se echó atrás y esa oportunidad nunca se dio. —Palmeó el hombro de su primo. —Pero él lo consiguió a pesar de estar muy mal herido.

—¿Madre sabía esto?

James la miró intentando ocultar el dolor. —No. No quise que Oswald le diera esperanzas en vano. Sabía que en la situación en la que me encontraba lo más probable es que muriera de fiebres antes de poder siquiera emprender el viaje. Pasaron meses, esperaba encontrarla aquí, pero…

Una lágrima cayó por su mejilla y susurró —Sin ti no tuvieron el valor.

—Creí que todos estabais muertos —dijo dando un paso hacia ella como si temiera tocarla.

Se tiró a él y le abrazó con fuerza. —Estás vivo.

—Mi niña… Mi preciosa niña. Ni te imaginas las veces que he pensado en ti, en cómo serías.

—Como puedes ver es igualita a tu madre.

—Sí… —Se apartó para mirarla bien. —Es igual. —Rio encantado.

Entonces se dio cuenta de muchas cosas. —¿Por qué no te has puesto en contacto con ella? ¿Por qué no has pedido ayuda al rey?

James se apartó de ella y le dio la espalda entrando en la casa. Oswald apretó los labios. —Ten paciencia con él, niña. Ha sufrido mucho y no se creía digno.

—¿Digno?

—Al fin y al cabo nos dejó allí. Se ha torturado por ello todos estos años. Se avergonzaba de decir que él estaba vivo…

—Dios mío, ¿piensa que le creerían un cobarde? —preguntó incrédula. Entonces recordó lo que ella le había echado en cara nada más verle y se avergonzó de sí misma—. No quería…

—No es culpa tuya. No es culpa de nadie. Las cosas sucedieron así y no hay que recriminar nada a nadie.

—Él ya se recrimina bastante, ¿no? —preguntó sintiéndolo muchísimo por él—. ¿Sabías que estaba aquí?

—Seis meses después de dejarle bajo unos árboles, me acerqué y no encontré su cadáver. Supuse que había tenido fuerzas para refugiarse en algún sitio, pero sinceramente no pensaba que sobreviviría. Ha sido un milagro que consiguiera llegar hasta aquí y sé que solo lo consiguió por la fuerza que le dio pensar que nosotros habíamos escapado. Siento no haberlo intentado en esa ocasión.

—Como has dicho no es culpa de nadie. —Cogió su mano y la apretó. —¿Cómo te has enterado de que estaba aquí?

—Este es el lugar al que veníamos de niños. Pescábamos en el río. Ahí me lo encontré. No sé cómo explicarlo es como si algo me hubiera traído aquí. Cuando le vi no me lo podía creer. Después de seis años… —Apretó los labios. —Ha debido sentirse muy solo.

—Me salvó la vida —dijo el chico desde el caballo—. Mi padre murió sepultado en una cueva donde curtía las pieles. Él nos buscó y nos encontró. Me llevó al castillo.

—Y nadie le reconoció —dijo impresionada. Entró en la casa y le costó acostumbrarse a la falta de luz. Su padre estaba sentado en

una banqueta con los codos apoyados en las rodillas y las manos en la cabeza. —Padre… —Se arrodilló ante él. —Hiciste lo que pudiste.

—No fue suficiente. Os perdí. Perdí lo único que me importaba.

Odalyn cogió sus manos apartándolas con suavidad y vio sus ojos llenos de lágrimas. —No debí haberme ido.

—El jarl te hubiera matado. No podías liberarnos.

Él acarició su mejilla. —Tu madre…

—No te hagas esto.

—¿Cómo murió? —preguntó torturado.

—Una mañana no se despertó.

La miró sorprendido. —¿Qué?

—Sucedió durmiendo plácidamente, padre. No te tortures por ello. La enterramos cristianamente bajo el olmo.

—¿No me mientes? ¿No sufrió?

—No, padre.

Se echó a llorar como un niño y le abrazó con fuerza. —Shusss… Ahora está en paz y algún día volveremos a encontrarnos.

Él asintió y Odalyn se apartó para mirar su cara. —¿Por qué no me dijiste que era tu hija? No estabas seguro, ¿verdad?

—No podía estarlo, niña. Y no quería que algo delatara que existía la posibilidad de que no fueras la hija del jarl.

—Ermin…

Cerró los ojos. —No es hijo mío de sangre, pero si ha tenido algún padre ese he sido yo. —Apretó sus manos. —Ni te imaginas lo duro que es ver como el amor de tu vida sufre los abusos, las humillaciones que sufrió tu madre.

—Te sentías impotente.

—Fue una tortura. Cada día. Ella intentaba que no sufriera, me rogó que no hiciera nada porque no soportaría perderme y tuve que sentir ese veneno que recorría mis venas durante años. Muy consciente de lo que le hacían. Impotente por su sufrimiento. Cuando se quedó en estado de Ermin… —Negó con la cabeza— Siempre habíamos pensado en cuando tuviéramos hijos… En nuestro

heredero. Fue una tortura ver como su vientre crecía con el hijo de otro hombre en su interior. Pero cuando nació… Era parte de ella y fue imposible no quererle, no protegerle. —Sonrió con tristeza. —Después del primer año ya no estaba tan pendiente de ella y podíamos vernos a solas. Cuando se enteró de que estaba en estado quiso quitárselo. —A Odalyn se le cortó el aliento. —Pero le dije que era nuestro no suyo. —Sonrió con tristeza. —Por supuesto no estábamos seguros, pero nos decíamos que serías nuestro pequeño milagro. Y lo fuiste. Tu nacimiento nos llenó de alegría y esperanza. Esperanza de que algo bueno, algo nuestro saldría de todo aquello. —Sollozó por sus palabras. —Mírate, eres todo lo que siempre pensé que serías. —De repente frunció el ceño. —Y no me has hecho caso en nada. ¿No recuerdas mis palabras sobre nuestro secreto?

Agachó la mirada. —Creía que quedándome, que cuidando a tu gente…

—Que sería lo que yo haría. Protegerles como había intentado protegeros a vosotros.

—Sí. Y nos necesitan, padre. Tu gente te necesita. —Negó con la cabeza como si eso fuera imposible. —Yo te necesito.

—No, has demostrado que no necesitas a nadie.

—Eso es mentira. Os necesito a ti, a Ermin, a Idun…

—¿No te olvidas de nadie? —preguntó Oswald entrando en la casa.

Se mordió el labio inferior porque no sabía cómo iba a tomarse su matrimonio con un vikingo. —Eh… Padre, ¿te ha dicho tu primo cómo salimos de allí?

—Pues empezaba a contármelo cuando llegaste…

—Déjame que te explique todo lo que ha ocurrido en estos meses.

—¿Cómo has dicho? —gritó su padre minutos después casi haciendo que retumbara la casa.

Gimió mirando de reojo a Oswald que retenía la risa a duras penas. —No tiene gracia —siseó.

—A ver cómo lidias con esto.

—¿Te parece poco lidiar con un rey, con un marido que solo quiere subirme a un barco, con un pueblo hambriento, que ahora también tengo que lidiar con un padre que no acepta a mi marido?

—¡Ese matrimonio no es válido! —gritó James furioso.

—Padre que esto ya no hay quien lo cambie.

—¡Me niego! No tienes mi consentimiento.

—Es que no estabas para darme permiso. ¡Te creía muerto! —Levantó la barbilla orgullosa. —Y le quiero a él. ¡Es mi marido!

—Niña…

—¡Ya no soy una niña! ¡Y tengo el permiso del rey!

La miró con la boca abierta. —Eso no puede ser verdad.

—Lo tiene. Y espera que su marido le eche una mano con los ataques de los del norte.

—Increíble —dijo entre dientes—. Le traicionará.

Lo que le faltaba, tener a su padre de enemigo. —Padre te lo advierto, no interfieras.

—Que no… —Asombrado miró a Oswald. —¿No vas a decir nada? ¡Con un vikingo!

—Didrik Hovensen no se parece en nada al jarl, primo. Y lo ha demostrado. Gracias a él tu hijo puede que sobreviva y debemos reconocerlo, nos ha liberado. Y siente por tu hija una gran pasión y la protegerá con su vida. Lo demuestra que en cuanto ha sabido que está en peligro se ha subido a su barco y se ha adentrado en las costas anglosajonas para buscarla.

—Ese es mi hombre.

James apretó los labios. —No entiendo por qué te ha dejado venir. Algo busca ese hombre… No me gusta.

—¡Padre!

—¡Hablo en serio! —Dio un paso hacia ella. —¿Le has hablado del tesoro? —Se tensó. —¿Le has hablado?

—Se lo dije cuando vino a rescatarme. Mi situación era precaria y tenía que sacarlo de aquí.

Su padre se puso alerta. —¿Lo ha buscado? ¿Ha ido a por él?

—Sí, padre. Pero no lo encontró.

James se llevó las manos a la cabeza. —Dios mío.

—¿Qué?

—¡Qué se lo ha llevado!

—No. —Sonrió incrédula. —Didrik no haría eso. Te digo que no lo ha encontrado.

—¿Ha estado en los túneles?

—Sí, y no lo encontró. Ayer por la noche subió por el túnel y no estaba allí. Llegó hasta el castillo y hablamos del rey. Se encontrarán esta noche en la playa para hablar de sus planes.

—Dios mío… Hay que avisar a Alfred.

—Primo te estás equivocando.

—¡Esos salvajes son todos iguales! ¡Solo quieren hacer todo el daño posible! ¡Matarán a Alfred y después se irán con lo que es mío! —Empujó a su primo para salir y le gritó al chico —¡Baja de ahí!

—¡Padre, no! —Cuando John bajó del caballo se subió a él con agilidad. —¡Te estás equivocando!

Agarró las riendas mirándola a los ojos. —¡Después de todo lo sucedido, después de todo el daño que nos han hecho, has traicionado a tu sangre y a tu patria! —gritó furioso—. Tu madre se revolvería en su tumba.

Dio un paso atrás como si la hubiera golpeado y Oswald susurró —Mi primo ha perdido el juicio.

Viendo cómo se alejaba a galope se llevó las manos a la cabeza. —Dios, le van a matar.

—No, seguro que dice quién es antes de llegar al castillo.

—¡Hablo de Didrik! —Frenética susurró —Tengo que avisarle.

—Niña, no sabes dónde está.

—¡Si espero a que se ponga el sol será demasiado tarde! ¡Padre lo va a estropear todo! —Corrió y ambos le siguieron.

—¡Tiene que estar alejado de la costa para que no se vea su barco! —gritó John deteniéndola en seco.

Se volvió hacia él y el chico negó con la cabeza. —No está cerca para que pueda avisarle, milady.

Gritó de la frustración y él se acercó a ella. —¿Seguro que su padre no tiene razón?

—Didrik jamás me traicionaría —dijo fríamente.

Él apretó los labios mirando a su alrededor. —Recuerdo que hace unos años padre y yo nos lo encontramos en la cueva.

Frunció el ceño. —¿La cueva?

—Donde murió mi padre. Nos extrañó encontrarle allí porque esa gruta es peligrosa si te adentras. Mi padre se lo advirtió y dijo que solo había entrado para explorar, pero pocos días antes de morir mi padre, encontré esto. —Sacó de su viejo pantalón una bolita blanca y a ella se le cortó el aliento. —Mi padre me dijo que se llama perla y que es muy valiosa. Que la guardara bien.

—Lo es, chico —dijo su primo—. Muy valiosa. —Sin aliento le miró a los ojos. —¿Cambió ese tesoro del que te hablaba de sitio? Ha sido solo una excusa para atacar a Didrik, para que no vuelva a acercarse a ti.

Asintió apretando los labios devolviendo la perla al chico. —Me ha mentido. Y si hubiéramos venido solos a buscar el tesoro como él nos pidió a mi hermano y a mí, hubiera sido un viaje en balde. Y me pregunto la razón.

—Quizás si encontrabais el oro os iríais de estas tierras y él no sabría que habías pasado por aquí hasta que se diera cuenta de que el tesoro no estaba. Era una manera de asegurarse de que podía encontraros si buscabais por los alrededores.

—Jamás hubiéramos hecho eso. No eran las instrucciones que nos dio. Si no hubiéramos venido con vosotros y hubiéramos conseguido llegar, hubiéramos entrado en el túnel como nos indicó. ¿Adentrarnos solos en tierras anglosajonas? ¿Sin saber lo que nos íbamos a encontrar y con tantos enemigos a nuestro alrededor? —

Negó con la cabeza. —No estamos tan locos. En la época en que nos contó la historia del tesoro, mi hermano y yo creíamos a pies juntillas que éramos hijos del jarl. Para los de aquí éramos enemigos y no tendríamos ni una sola posibilidad.

Oswald entrecerró los ojos. —¿Entonces por qué cambió el tesoro de sitio?

—No lo sé, pero es algo que pienso averiguar. —Miró a John. —Enséñanos dónde está esa cueva.

Capítulo 10

Escondida tras la gran roca esperaba que se pusiera totalmente el sol desde hacía horas. Apretó la mano que sostenía la espada que había encontrado en la casa de su padre y volvió la vista hacia Oswald que miraba hacia el acantilado que tenía en frente. —Empiezan a colocarse.

Odalyn miró hacia allí y vio varios soldados escondiéndose entre los matorrales con sus arcos preparados.

—Empezarán a bajar en cualquier momento para esconderse por aquí y no dejar al rey totalmente solo. ¿Estás lista?

—Sí. —Miró de reojo a su primo. —Gracias.

—Solo hago lo que me dice el corazón. No solo he jurado protegerte, también soy un caballero y esto no está bien. Didrik tiene palabra. —Sonrió con tristeza porque puede que murieran esa noche. Puede que no estuviera a su lado nunca más. —Niña no te apenes, conseguiremos avisarle.

—Espero que Odín nos ayude. —Su primo levantó una ceja. —No me mires así, ¿en qué me ha ayudado tu Dios? ¿En qué te ha ayudado a ti que te has pasado tantos años en esclavitud?

Oswald suspiró mirando al frente. —Sí niña, que Odín nos ayude.

Sonrió y se acercó para darle un beso en la mejilla. Él la miró asombrado antes de sonreír. —Es el mejor regalo que me han hecho en años.

—No te emociones viejo, que estoy casada.

Él rio por lo bajo. —Eres increíble.

—¿Lo soy?

—Didrik es muy afortunado.

—La afortunada soy yo porque a su lado soy feliz. Jamás nada ni nadie me ha hecho más feliz que él.

Oswald sonrió con tristeza. —Bonita manera de verlo.

Por el tono de su voz susurró —Tu esposa…

—El amor es extraño, puede hacerte feliz y la persona más desdichada de esta miserable tierra. Pero cuando eres feliz no hay nada más, nada más importa y harías lo que fuera por ella.

—Siento que la hayas perdido.

—Me quedan los momentos maravillosos que hemos pasado juntos. Los mejores de mi vida.

—Eso es verdadero amor. A mí no me gustaría nada que mi Didrik se casara con otra —dijo sinceramente antes de entrecerrar los ojos —. La arrastraría por los pelos hasta despellejar su piel, le sacaría los ojos, la desmembraría y dejaría que la comieran los cuervos antes de poner su cabeza en una pica para dejar claro de quien es Didrik Hovensen.

Su primo rio por lo bajo. —Eres toda una vikinga.

Levantó la barbilla con orgullo. —Lo soy.

—Te irías con él si pudieras, ¿verdad?

—En este momento nada me importa más que él.

—Bien, niña. Tu marido debe ser lo primero.

Decidió preguntar eso que le rondaba por la cabeza desde que había visto a su amigo de nuevo. —El rey te teme, ¿no?

—¿Por qué piensas eso? —preguntó divertido.

—No lo sé, fue una sensación.

—Alfred y yo siempre hemos tenido una relación especial. Es el último de cinco hermanos y nunca quiso ser rey.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—Sí, es un erudito. Se muere por cualquier libro que caiga en sus manos y siempre fue algo enfermizo. Tenía hermanos mayores y nadie se preocupaba mucho por su educación militar. Cuando éramos niños yo le retaba. Sabe que soy mucho mejor soldado que

él, no es que me tema es que sabe que si quisiera ese trono que ostenta sería mío.

Le miró asombrada. —¿No me digas?

—Cuando dije que eras pariente del rey no me refería a Alfred ni siquiera sabía que había llegado al trono. Me refería a su hermano. Supongo que los barones consideraron que si tenía hijos no eran lo bastante mayores para enfrentarse a las contiendas con los vikingos, así que eligieron a Alfred como el último varón de la familia en edad de guerrear. Y si yo hubiera estado aquí no hubieran elegido a Alfred como rey sino a mí. Mi familia tiene muy buenos contactos. La corona hubiera caído en mis brazos y él sabe que aún puedo arrebatársela.

—¿Querrías?

—Si no se me hubieran llevado seguramente hubiera aceptado el trono. Pero después de lo que he perdido me he dado cuenta de lo que realmente es importante y la corona ya no significa nada. —Suspiró mirando a su alrededor. — Espero que John haya podido avisar a tu amiga y puedan cumplir lo encomendado. —Un ruido de una piedra al caer por el acantilado le tensó. —Atenta.

Vio como varios hombres a caballo se acercaban al borde del precipicio y se le cortó el aliento al ver a su padre vestido y afeitado al lado de su rey con Andrew al otro lado. —No se lo tomes en cuenta, ha sufrido mucho.

—En este momento no sé lo que siento, pero como a Didrik le pase algo no se lo perdonaré jamás.

—Intentaremos que eso no suceda. Empiezan a bajar. —Se escondieron tras la roca más cercana a la orilla mojándose los pies con el agua salada. Sabían que allí no llegarían los soldados porque sus enemigos no les vieran. Esperaba que Didrik se diera cuenta de que estaban allí antes de subirse al bote siquiera, pero del mar estaba surgiendo una espesa niebla. —No nos verán —susurró.

—Lo que temo es que no vean los soldados. —Entonces vieron a Alfred que solo y desarmado caminó por la arena hasta colocarse en

el centro de la playa. Únicamente llevaba en la mano una antorcha que le iluminaba. Escucharon como se colocaron los soldados que no temiendo ser oídos hacían bastante ruido con sus armas hablando en voz baja.

—Ponte ahí —dijo uno lo bastante cerca para ser peligroso.

—Me voy a mojar, aquí está bien.

—Pues tienes razón.

Temiendo que les vieran miró a Oswald que puso un dedo ante sus labios.

—Joder, va a ser noche cerrada y esta maldita niebla que sale del mar me pone los pelos de punta. No les veremos venir.

—Y cuando la niebla nos cubra, ellos no nos verán a nosotros. Cierra la boca.

—Si están muy lejos.

—Eso no lo sabes. No pierdas de vista la señal.

Sin poder evitarlo estiró el cuello para ver que miraban hacia arriba donde su padre y Andrew ya no estaban a la vista. Esperaba que todo fuera como tenían planeado. Entonces escucharon un cuerno y se le cortó el aliento mirando al mar. La proa del drakkar apareció entre la niebla y quiso gritar que se fueran, pero dudaba que desde allí la oyeran con el ruido del oleaje. El mar cada vez estaba más picado y sonrió porque les costaría llegar en la barca. Odín estaba de su lado. El barco se acercó todo lo que pudo y se le encogió el corazón viendo varias personas en cubierta. La barca empezó a descender. No, no... Miró hacia los acantilados y entonces aparecieron los fuegos que encendieron Idun y John intentando alertar a Didrik de que no estaban solos.

Jensen en cubierta gritó —¡Parad!

Miraron hacia la playa y Didrik entrecerró los ojos.

—Es una trampa, hermano.

—Aquellos son soldados —susurró Viggo—. Esto no me gusta.

—No podíamos esperar que viniera solo —dijo irónico—. Es un rey. —Varios se echaron a reír. —¡Bajad la barca!

Odalyn desde la playa juró por lo bajo viendo como la barca descendía. No podía consentir que Didrik se acercara a la orilla. Asustada miró a Oswald que dijo —¡Ahora!

Corrió por la playa empuñando la espada y varios soldados saliendo de sus escondites tras las rocas gritaron mostrando sus arcos. Didrik al verla correr acercándose al rey gritó —¡No, no! —Cuando una flecha atravesó su brazo corrió hacia la barca gritando —¡Bajadlas! —Sus hermanos le retuvieron. —¡Soltadme!

—Sería una muerte segura para los nuestros.

Didrik desesperado miró hacia la playa y vieron como a pesar de estar herida no dejó de correr hacia el rey que quiso salir huyendo. —Odalyn… —Se tiró sobre el rey y ambos cayeron cerca de la orilla empapándose. Gritó como una valkiria agarrándole del cabello para poner su espada en su cuello y miró hacia el barco. Pudo ver como decía algo que no llegaba a oír y sonreía antes de que su cara se desfigurara de dolor por la flecha que se hundió en su espalda. El grito de dolor de Didrik se escuchó hasta en la playa, pero ella no lo oyó mientras el rey la empujaba apartándose a toda prisa. Una ola la revolcó sobre la arena mostrando a todos que estaba muerta. —¡Odalyn! —gritó fuera de sí. Un rayo atravesó el cielo y él gritó con rabia —¡Moriréis, perros! ¡Eso os lo juro por mi vida!

Un grito de guerra se escuchó desde el mar y el rey se estremeció viendo el cuerpo inerte de Odalyn. —Dios mío, ¿qué hemos hecho?

Tumbada en la cama mirando el techo ni sintió como una lágrima descendía por su sien. Su amiga a su lado cogió su mano y susurró —No llores, no sirve de nada. —Volvió la cabeza hacia ella que forzó una sonrisa. —Tenía que ser así, Odín lo ha querido por alguna razón.

—¿Fui una inconsciente?

—Salvaste al hombre que amas, no hay nada más puro que eso. Fueron las heridas que te ocasionaron esos perros las que te

hicieron perder al bebé que esperabas. Ya oíste a la curandera. —Apretó su mano. —Odín estará orgulloso de ti.

—Padre se alegró.

—Tu padre ha perdido el juicio. Les odia tanto que no podría ver la verdad ni aunque la tuviera delante.

Sollozó sin poder evitarlo. —Dijo que me hubiera preferido muerta que viendo como un hijo de uno de esos salvajes crecía en mi vientre. Creía que me quería.

—Y yo, cielo. No te aflijas. Didrik volverá y les matará a todos. Empezando por ese perro del rey que no hace más que gastar el oro de la cruz para contratar mercenarios. Sabe que cuando llegue la primavera tu marido regresará y no lo hará solo. La muerte se acerca a sus tierras y se está preparando.

—¿De veras crees que regresará?

—Estoy segura. Tú no lo oíste, pero hasta mí llegó su juramento de venganza. Volverá y sembrará el terror por estos lares. —Sonrió maliciosa. —Lo pagarán, amiga. No dudo en absoluto que pagarán por haberte hecho daño. Así que debes ponerte bien pronto para que cuando os encontréis de nuevo puedas ayudarle en su lucha.

Se quedó en silencio mirando el techo y su amiga gruñó. —No sé si me gusta lo que estás pensando.

—Esto lo ha provocado mi padre.

—Sí, ¿y?

—Muchos no tienen la culpa de lo que ha hecho él.

—¿Pero qué dices? ¡Tú no lo viste, pero muchos te escupieron en la aldea cuando te trasladaban al castillo en el carro!

Apretó los labios. —Me creían una traidora. Lo entiendo.

—¡Solo has querido lo mejor para ellos desde que pusiste un pie en estas tierras! Son unas malditas sanguijuelas que te dieron la espalda cuando más lo necesitabas. Solo John sigue de nuestro lado.

Sonrió con tristeza. —Y las chicas. Te ayudaron a cuidarme. Rose me salvó la vida hasta que me vio la curandera.

—Que no quería atenderte, te lo recuerdo.

—Su hijo murió a manos de los vikingos, no puedo culparla.

—¡Tú nunca puedes culpar a nadie, pero eres la que está tendida en esta cama!

—Al menos estoy a gusto en una habitación en la torre y no como Oswald. —Miró hacia ella. —¿Le han visto hoy las chicas?

—No las han dejado entrar en la mazmorra —dijo molesta—. Les dijeron que con que comiera una vez cada dos días tenía suficiente.

—Pobre hombre. Con todo lo que ha pasado en su vida ahora esto, cuando debía estar cómodo en su casa con su familia.

Su amiga chasqueó la lengua. —Dice que no es para tanto, que la vida en el norte le ha ayudado a aprender a sobrellevarlo.

Se quedó en silencio varios minutos. —¿Cuándo acabará esto? ¿Cuándo dejaremos de hacernos daño? —Como su amiga no decía nada volvió la cara hacia ella para ver que apretaba los labios como cuando se retenía en decir algo. —¿Qué ocurre?

—Nada. Venga a dormir, que mañana intentaremos que te levantes de la cama.

—No me mientas. Pasa algo que no quieres contarme, te conozco muy bien.

Suspiró apoyándose en el codo para mirarla a los ojos. —Cuando dormías he escuchado al soldado de la puerta. Al parecer el rey está buscando oro para pagar y evitar la guerra.

Separó los labios de la impresión. —¿Y de dónde…? —Negó con la cabeza. —Padre no se lo dará. Ha mentido al rey diciendo que Didrik se lo ha llevado. Ahora no puede decir que lo tiene porque el rey se enfurecería.

—Pues de algún sitio tendrá que sacar el oro. Porque a este paso la cruz no le durará mucho.

—Didrik no aceptará ese oro —dijo con desprecio.

—Eso pienso yo también. Tenemos que buscar la manera de escapar y conseguir sacar el tesoro de la cueva sin que se den cuenta. Ese oro es tuyo.

—Sí que lo es —dijo con rabia. Entonces sus preciosos ojos brillaron—. Por los túneles.

—Querrás decir por el túnel.

—No, James me dijo que había varios que se entrecruzaban.

—Pues Didrik solo vio uno.

Entrecerró los ojos. —Sí…

—No pienses más en ello, ya lo hablaremos mañana. Duérmete, estás pálida de los dolores y agotada —dijo su amiga preocupada.

—Me repondré.

Idun se tumbó a su lado apoyando la mejilla en su hombro intentando no hacerle daño. —Eres lo único que me queda. Cuando te vi en esa playa…

—Lo sé y lo siento.

—No me dejes, no me dejes nunca.

—No lo haré —susurró con ternura.

Idun la tapó bien. —No cojas frío.

Se emocionó sin poder evitarlo —Te quiero.

—Y yo a ti. Eres como una hermana para mí. Más que una hermana.

—La sangre no importa.

—No, entre nosotras no y con Didrik tampoco. Él te ha aceptado como eres y tú a él a pesar del odio que podías tener en tu corazón. Por muy anglosajona que te crean, tu corazón es vikingo y tiene la fuerza de Thor. No dejes que puedan contigo, amiga. Venceremos, les venceremos a todos y saldrás victoriosa.

Cuando se despertó le dolía todo y como siempre Idun ya estaba levantada limpiando la habitación para que todo estuviera pulcro y ordenado. Sonrió porque no sabía lo que haría sin ella. De repente su amiga se detuvo mirando un escudo que había sobre la chimenea y se quedó con la mirada perdida. Gruñó entrecerrando los ojos y Odalyn no pudo evitar una risita. —¿Qué piensas?

Se volvió sobresaltada. —¿Ya te has despertado? Es muy temprano.

—Lo mismo te digo, amiga.

—No he dormido en toda la noche.

—¿Y eso? —preguntó intentando incorporarse, pero el dolor de espalda la hizo gemir apretando los dientes.

Se acercó a la cama. —¿Quieres aliviarte? Espera, que te ayudo. —Cuando volvió a la cama estaba pálida de dolor. —¿Estás bien?

—Se me pasa enseguida. Cuéntame qué es eso que no te ha dejado dormir.

—El túnel —susurró.

Odalyn entrecerró los ojos. —Continúa.

—¿Por qué cuando erais niños os cuenta esa historia sobre un tesoro magnífico que debíais venir a buscar?

—Por si se moría y no podía venir con nosotros.

—Le he dado muchas vueltas y creo que no fue por eso.

—No te entiendo.

—En aquel momento no sabía que eras hija suya.

—No, todo el mundo decía que me parecía a mi madre.

—Porque todavía no habías madurado para parecerte a tu abuela.

—Exacto.

—Entonces pensaban, como creían todos, que eras la hija del jarl. Todo el mundo sabía que la tomaba casi cada día y más al principio.

—Sí. Eso es lo que comenta todo el mundo.

—De hecho, los celos de la esposa del jarl eran de dominio público.

—Idun, ¿a dónde quieres llegar?

—Es cierto que me he desviado un poco, pero es para que entiendas algo. —Tomó aire por la nariz como si se pensara en decírselo. —Bueno, ahí va mi teoría.

—Estoy impaciente —dijo divertida.

—No os quería tanto como podíais pensar.

—¿Qué? ¿Hablas de James?

—Enamorado de Judith y a punto de casarse con ella les secuestraron. Crees que se tomó bien que la tomaran. ¿Ante todos como ocurrió la primera vez? Les odiaba, odiaba todo lo que provenía de ellos. Se lo habían arrebatado todo y solo le quedaba su amada que ahora estaba mancillada. ¿Crees de veras que os quería? En el fondo de su ser os odiaba porque representabais todo el sufrimiento que ambos pasaban allí. Pero como tu madre os quería tanto tenía que hacer la vista gorda y comportarse como un padre para vosotros. —Odalyn pálida asintió. —Por eso tu madre se deshizo de los siguientes embarazos porque sabía que él no soportaba esa situación y más hijos del jarl a su alrededor podían provocar en él algo irremediable. Y Judith no quería perderle, era su amante, su confidente, en quien se apoyaba. Haría lo que fuera por él. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y su amiga se acercó más. —Creo que os tendió una trampa, Odalyn. Creo y cada vez que le doy vueltas estoy más convencida de ello que James os contó lo del tesoro para que me lo contarais a mí o a cualquier otro que quisiera escucharlo. Erais unos niños, ¿quién le daría un secreto así a unos niños cuando pueden irse de la lengua en cualquier momento? No… Lo que quería es que pasara precisamente eso, que lo contarais y llegara a oídos…

—Del jarl —dijo sin aliento.

—¿Qué no haría el jarl por un tesoro así? Hubiera matado a su madre si hubiera sido necesario. Unos niños no suponían ningún problema para él, aunque todo el mundo pensara que eran hijos suyos. James conseguiría que el jarl le trajera a estas tierras con cualquier pretexto. Que él le enseñaría el lugar o lo que fuera y haría que Judith también viniera diciendo que en caso de problemas sería una buena moneda de cambio. Pensaba escapar, tenderles una trampa. Por eso no te dijo el lugar correcto donde estaba el tesoro que nunca fue trasladado. Siempre estuvo en la gruta que hay donde el río. Siempre estuvo allí por eso el padre de James jamás lo encontró. ¿No te parece raro que el padre de James no supiera la

existencia del túnel? Es el dueño y señor. ¿Y quién hizo ese túnel? ¿Los lugareños? ¿Y no se ha comentado nada de padres a hijos durante generaciones? ¿Crees que ante un sustancioso botín no ha buscado ese tesoro toda la aldea? El túnel sería el primer sitio donde mirarían. Simplemente te mintió. Te dijo que había muchos túneles y que deberías tener cuidado en no perderte para que su ayuda para llegar hasta él fuera necesaria y no le matara el jarl. Nunca fue su intención que tuvieras ese tesoro. Era otro de sus planes como lo de la boda y a saber cuántos más. Se hizo el muerto para salir de allí, amiga. Os abandonó. Y aunque era un hombre solo, era un hombre solo dado por muerto que para vengarse podía hacer mucho daño al jarl. Pero prefirió huir y dejaros allí sin saber si el plan se había llevado a cabo. Eso es otra, su maravilloso plan de la boda. Cuando se recuperó de sus heridas, podía haber averiguado perfectamente escondido en el bosque si habíais huido o no, ¿no es cierto? ¿O es que se recuperó e inició el viaje antes de una semana que era lo que faltaba para la boda?

—No. —Negó con la cabeza. —Jamás hubiera dejado a mi madre. Tenía que pensar que había huido.

—Yo lo hubiera comprobado primero. ¿Y tú? ¿Te hubieras ido sin saber si Didrik estaba a salvo? —Ambas sabían la respuesta a esa pregunta. —Huyó, amiga. Y sí que es un cobarde. No sé las razones por las que al llegar aquí no dijo su verdadera identidad cuando era el dueño de todo, pero cada vez estoy más convencida que os tendió una trampa a ti y a Ermin.

—¿Entonces por qué no me ha matado? Ha tenido la oportunidad.

—¿Es que no te das cuenta? Eres su hija. Ahora se ha demostrado y en su mente enferma es lo único que tiene de su amada. Te retendrá como está haciendo, te mantendrá encerrada porque te considera peligrosa, pero no te matará porque sería como traicionar de nuevo a su gran amor.

Pensó en ello. —¿Por qué enseñarnos a luchar?

—¿Qué nos decía siempre? —preguntó divertida—. Debéis proteger a Judith mientras yo venzo a Goliat. Su única obsesión, su único interés era que tu madre se mantuviera con vida incluso a costa de nuestras vidas… —Al darse cuenta de que perdía el poco color que tenía en la cara preguntó —¿Qué pasa?

—¿Recuerdas el día en que murió James?

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Fuimos a buscar flores para secar y casi nos pasamos todo el día fuera. Fue un día increíble.

—Al regresar…

A su amiga se le cortó el aliento. —Vimos a tus padres discutiendo cerca del fiordo.

—Ella le decía que ni hablar, que no pensaba arriesgar nuestras vidas de ese modo.

—Tu madre no quería irse.

—Debía pensar que no lo conseguiríamos.

—Recuerdo que James estaba furioso y se alejó.

—Ella gritó vas a conseguir que nos maten a todos.

—Sabía que ella no se iría —dijo su amiga impresionada—. Y él no podía volver porque el jarl le mataría.

—No le quedaba otra opción que regresar a estas tierras. ¿Pero por qué no reclamar lo que era suyo?

—Igual sí que es cierto que se sentía un cobarde. Podía haber hecho mil cosas para fastidiar al jarl. Por Odín, si le creían muerto, podía haber quemado el pueblo si hubiera querido y nadie hubiera sospechado de él. —Su amiga suspiró levantándose. —Al parecer he perdido una noche de sueño para nada, porque con estas conclusiones igual estoy errada en todo.

—No en una cosa, amiga. Solo hay un túnel y el tesoro no está donde él dijo. En eso nos mintió. —Idun asintió. —Y si nos mintió en eso, es que no quería que ese tesoro fuera mío. —Sonrió con malicia. —Y lo que es aún mejor. No sabe que conocemos donde lo esconde realmente.

—Recupérate pronto amiga, tenemos mucho que hacer antes de que regrese tu marido.

Dos semanas después, sentada ante su amiga en el suelo vio como Idun daba una puntada al vestido traspasándose la tela del suyo y uniendo las dos telas. Soltó una risita y su amiga levantó la vista. —¿Qué?

—Nunca había visto a nadie al que se le diera tan mal coser.

Levantó el vestido y al ver lo que había hecho gruñó. —Maldita sea.

Golpearon a la puerta y ambas miraron hacia allí con una sonrisa esperando a alguna de las chicas. —Adelante.

La puerta se abrió mostrando a su padre que como todos los días pasaba por allí para ver cómo se encontraba. —Al parecer estás completamente recuperada, hija —dijo quitándole la sonrisa de golpe.

—Todavía me duele —mintió quejumbrosa.

—Pobrecita. —Alargó la mano para que se la cogiera y como toda una dama se dejó ayudar quejándose de dolor. —No deberías sentarte en el suelo.

—Sí, padre —dijo como se esperaba de ella. Se sentó en una silla ante la chimenea apagada y él se sentó a su lado—. ¿Qué has hecho hoy?

—He montado a caballo para supervisar mis tierras.

Odalyn evitó rechinar los dientes porque hasta que ella había llegado sus tierras le habían importado bien poco.

—¿Su situación ha mejorado ahora que has regresado?

—No, mi niña. —Apretó los puños con rabia. —Esos ladrones nos lo han quitado todo y mis gentes pasan hambre.

Idun jadeó y ambos miraron hacia ella. Se sonrojó mostrando el vestido. —Lo he roto. Más de lo que estaba.

Odalyn rio. —Déjalo, que luego lo coso yo.

—Sí, es lo mejor porque hay ciertas cosas que me ponen de los nervios —dijo entre dientes.

James levantó una ceja y ella le hizo un gesto sin darle importancia. —La costura no entra entre sus múltiples atributos.

Su padre sonrió divertido. —¿No piensas casarte, Idun?

—Mal me voy a casar si no salgo de aquí —dijo con ironía. Odalyn la advirtió con la mirada—. Quiero decir, no conozco a nadie.

—Pero eso va a cambiar. El rey está organizando una justa y allí tendréis la oportunidad de conocer a muchos caballeros.

—¿Y cómo vas a justificar ante esos caballeros tu falta durante tantos años, padre? —preguntó aparentando preocupación a ver si así le contestaba de una maldita vez, porque en cada ocasión que hacía esa pregunta nunca obtenía respuesta. Respuesta que ya sabía, por cierto. Rose se había encargado de averiguarlo. Pero había que disimular y hablando de ciertos temas puede que le sacara la verdad, aunque fuera a trompicones.

—Tranquila, eso ya está arreglado.

—Es por si me preguntan para no meter la pata. Como no sé lo que le has dicho al rey… Supongo que no le has dicho lo que me comentaste a mí sobre que te creías un cobarde por habernos dejado allí y que no eras digno del título que ahora ostentas.

Su padre entrecerró los ojos. —Por supuesto que no le he dicho eso. ¿Acaso quieres humillarme hablando de ese tema ante Idun?

Se sonrojó. —No, por supuesto que no, padre. Por Dios es Idun, te quiere como una hija. Podemos hablar de cualquier cosa ante ella.

—Entiendo perfectamente que te sintieras así, James —dijo su amiga intentando calmarle—. Es muy lógico que la impotencia y la rabia te hicieran sentirte como un cobarde que no había hecho nada. Pero tú no podías hacer nada, ¿acaso ibas a dejarte morir a manos del jarl?

James apretó los labios y miró al frente. Odalyn susurró —¿Qué les has dicho a los aldeanos y al rey? Sospecharán de mí si creen

que no me lo has dicho. Eso significa que no confías en mí. ¿No confías, padre?

—Dije que no me acordaba de quien era.

Hizo que se quedaba sin aliento como si la sorpresa fuera mayúscula. —¿Qué?

—Que algo me trajo a estas tierras, pero no sabía quién era.

—¿Y se lo han creído? —Separó los labios de la impresión al ver la tortura en su rostro. —Dios mío, es cierto.

Apretó las manos con fuerza. —Tardé un año en llegar hasta aquí haciéndome pasar por vikingo que quería ir de incursión. En Heirst tuve la oportunidad de unirme a una tripulación.

—Creyeron que eras uno de ellos.

—Sí. Pero cuando llegamos a tierra nos atacaron. Me golpearon en la cabeza y perdí el sentido. —Sonrió con ironía. —Debieron darme por muerto porque me desperté en un carro lleno de cadáveres. Conseguí huir, pero cuando me puse a salvo me di cuenta de que no tenía a donde ir. No sabía a donde ir.

—¿Cuánto tiempo estuviste así?

—Tres años.

—Dios mío —dijo Idun impresionada.

—Fue cuando me bañé en ese río cuando lo recordé todo. Pero ya era tarde. Tarde para todos. —Negó con la cabeza. —Ahí me golpeé con la realidad y me di cuenta de todo lo que había perdido. —Mirando al vacío susurró —De todo el daño que había ocasionado.

—¿Daño? —preguntó alerta.

—Fue culpa mía que nos prendieran. Creyendo que lo sabía todo mandé llamar a Oswald para que se llevara a Judith a sus tierras. Que error —dijo con desprecio de sí mismo—. Ya les teníamos encima. —Negó con la cabeza sumergido en unos pensamientos que era evidente que le torturaban. —Hice cosas horribles para intentar sobrevivir.

—¿Qué cosas? —preguntó disimulando su impaciencia.

—Permití que la tomaran —dijo con la mirada ida—. Fui un cobarde que permitió que tomaran a mi bella Judith. —Se echó a llorar como un niño y de repente se levantó rabioso. —¡Y tú has dejado que ese cabrón me robara mi oro! —Le dio un tortazo que la tiró al suelo y empezó a patearla fuera de sí. —¡Puta! ¡Eres una puta!

Odalyn sollozó y entonces él se debió dar cuenta de lo que había hecho porque se detuvo en seco mirándola asombrado. —Hija, ¿qué haces ahí llorando?

Impresionada apartó los brazos que cubrían su cabeza y él miró a Idun sin entender. —¿Por qué me agarras? —Su amiga pálida dio un paso atrás y él se agachó como si nada. —No llores. —Apartó un mechón de su rubio cabello de su enrojecida mejilla. —Vaya, te has hecho daño. No pasa nada, vuelve a la cama. Enseguida te pondrás bien. —Se incorporó y fue hacia la puerta. —Nos veremos mañana, mi niña.

Asombradas se quedaron mirando la puerta sin saber ni qué decir. Idun fue la primera en reaccionar. —Está loco, totalmente loco. —Se acercó a ella a toda prisa ayudándola a levantarse y la sentó en la cama. —¿Estás bien?

—Piensa realmente que Didrik se ha llevado el oro —susurró. Sus ojos brillaron antes de sonreír—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que no recuerda que lo metió en la gruta. Su mente enferma piensa que estaba en el túnel.

—Ni tenemos que preocuparnos en cambiarlo de sitio porque no sabe dónde está.

—A no ser que lo recuerde. Tiene momentos de lucidez.

—Si no lo ha recordado hasta ahora no creo que lo haga.

—Tu padre es impredecible y ahora quiere casarte.

—Sí… Esperemos que Didrik llegue antes de esa locura, porque a ninguno pienso decirle que sí y entonces sí puede que me mate. —Negó con la cabeza. —Le tortura lo que les hicieron y lo que él mismo hizo para sobrevivir. ¿Por qué?

—Porque como dijeron Oswald y los demás otros perdieron la vida por intentar ayudarla, ¿y él no hizo nada? Él debía ser el primero que debía haber muerto si tanto la amaba. ¿O acaso crees que Didrik lo permitiría?

Recordaba como sus hermanos le agarraban en el barco y como gritaba justo antes de que la flecha la traspasara. —No, Didrik no. Puede que perdiera la vida, pero antes mataría a unos cuantos.

—Eso es lo que no hizo tu padre y es la tortura que le corroe. ¿No ves cómo se echa la culpa? En su mente enferma ya lo distorsiona todo. No sabe lo que es real y lo que no, no es capaz de pensar con coherencia, pero si algo me ha quedado claro es que tu no le importabas en absoluto y por cómo te ha pegado, sea un loco o no, lo hacía con una rabia dentro… Te odia Odalyn. Ese hombre te odia con todas sus fuerzas. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Sé que es horrible, pero debo decirte lo que pienso. Ten cuidado, amiga. No le importaba tu vida antes y ahora tampoco. Es evidente que eso de que te parezcas a él, que sepa que eres hija suya, no es tan importante como yo pensaba, porque verte le recuerda todo lo que hizo y no hizo para sobrevivir. Y puede que en uno de sus desvaríos te quite la vida para dejar de torturarse.

—No volveré a preguntarle por el pasado.

Su amiga asustada asintió. —Será lo mejor. —Le acarició la mejilla magullada. —¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Brenda pegaba más fuerte.

Idun sonrió con tristeza. —¿Por qué no te acuestas un rato?

Se tumbó con su ayuda disimulando el dolor en el costado y susurró —Esa justa…

—Es lo mismo que estaba pensando yo ahora mismo. ¿En serio el rey piensa que te vas a casar con alguno de esos inútiles?

—Es evidente que teme que Didrik vuelva y me quieren con vida para ser moneda de cambio, pero que quiera casarme como cuando me conoció es incomprensible. Por Odín, si estoy casada.

—Tu padre no reconoce ese matrimonio.

—Eso no significa que no exista.

—¿Por qué provocar a Didrik con eso? En este momento debe pensar que estás muerta pero cuando se entere de que aún sigues con vida, ¿por qué provocarle diciéndole que eres de otro hombre?

La miró sorprendida. —Para que el vikingo sufra lo mismo que sufrió mi padre.

—Ahí lo tienes. Todo forma parte de esa venganza que tiene en su mente. Ten cuidado, amiga. Cuida tus espaldas.

Capítulo 11

Julianne nerviosa dejó la bandeja con la comida sobre la mesa y se apretó las manos. —¿Desea algo más, milady?

Sentada ante el telar intentando meter aquel maldito hilo, levantó la vista hacia ella que disimulando se volvió hacia Rose para susurrar —Date prisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Idun antes de que pudiera hacerlo ella.

Ambas la miraron angustiadas y Odalyn se levantó. —¿Qué ocurre? —Era evidente que tenían miedo a hablar y se acercó. —Hoy ha habido mucha actividad en el patio, ¿no? Y vosotras estáis muy calladas, no habéis comentado nada del asunto. ¿Ha llegado mi marido?

—Hay más de cuarenta barcos en la costa —dijo Julianne robándole el aliento.

—¿Y por qué te callas algo así?

—¡El barón nos ha amenazado con que si contábamos algo nos rajarían el cuello de parte a parte! No soy tonta, ¿sabe?

Idun iba a decir algo, pero Odalyn levantó la mano impidiéndoselo. —¿Qué dicen en la aldea?

—¿Qué van a decir? Están muertos de miedo. Su padre ni les permite refugiarse en el castillo. Ha ordenado que defiendan a sus familias como es su obligación. —Julianne dio un paso hacia ella con los ojos llenos de lágrimas. —¡Mi familia va a morir y no puedo hacer nada!

—¿Qué dice el rey?

—¿El rey? Lleva desde el alba con sus soldados, le importa poco el pueblo. Lo único que quiere es ganar esta batalla y perderá porque son muchos más vikingos de los que pensaban.

Sonrió y las chicas se miraron. —¿De qué se ríe? —preguntó Julianne ofendida.

—Idun… —dijo ella ignorándola. Su amiga fue hasta la cama y apartó el colchón para sacar los dos cuchillos que tenían preparados desde hacía semanas.

—¿De dónde han sacado eso? —preguntó Rose con los ojos como platos.

—Del orinal. —Hizo una mueca. —Ya lo había hecho antes y tenía práctica.

—¿De veras? ¿Y dónde…?

Idun sacó la jarra de barro que había conseguido sisar de una de las bandejas sin que se dieran cuenta. —Lo sabía —dijo Julianne—. Sabía que me faltaba. —Odalyn le guiñó un ojo antes de ir hacia la puerta. —¿Qué hace?

—Irme de aquí e intentar impedir que mi marido arrase estas tierras. Tengo que llegar a la playa cuanto antes.

—Pero está lleno de soldados. El patio, la aldea... ¡La verán!

—Lo sé —dijo maliciosa—. A ver quién es el valiente que me pone la mano encima. ¿No lo has oído? Soy la hija del barón, esposa de Didrik Hovensen y en mi mano está que esos bárbaros no lleguen a tierra. No me pueden dañar porque me necesitan y este día más que nunca. No, ningún soldado me va a impedir el paso. Puede que mi padre lo haga, pero para eso tengo el cuchillo.

—Su abuela está aquí —dijo Rose cortándole el aliento.

Se volvió hacia ella sin poder creérselo. —¿Y por qué no ha subido a verme?

Rose contestó por su amiga. —Su padre no la ha dejado. Dice que está influida por esos salvajes y que debe darse cuenta de quien es realmente su familia. No se lo dijimos antes por no disgustarla. Todos sabíamos la ilusión que le hacía conocerla.

Idun puso los ojos en blanco. —Estupendo, te va a conocer en el mejor momento.

—Ahora no puedo preocuparme por eso. Tengo temas mucho más importantes que tratar. —Abrió la puerta y los soldados se pusieron en guardia.

—Vuelva a sus aposentos, milady —dijo uno de ellos intentando impedirle el paso.

—Si me matas perderás la vida por mano del rey, apártate de mi camino.

—Tenemos órdenes de que se quede en la habitación, milady.

Ella sorprendiéndole puso el filo de su cuchillo en su papada. —¿Quieres morir de mi mano o de mano de mi marido que como no me vea pronto destruirá este lugar hasta que no quede nada?

El soldado apretó los labios antes de apartarse. —¡Seguidme! —ordenó ella.

Los soldados se miraron sin saber que hacer. Julianne se detuvo ante uno y le arrebató el puñal que tenía en el cinturón antes de seguirla. Rose hizo lo mismo y dijo —Vuestra señora os necesita, moved el trasero.

Odalyn sin esperar a nadie bajó los escalones. Era primordial que llegara a la playa cuanto antes. Cuando llegó al salón todos los presentes se la quedaron mirando mientras iba hacia la puerta. Una mujer rubia que estaba sentada a la mesa separó los labios de la impresión viéndola pasar ante ella desenvainando la espada de un soldado mientras guardaba su cuchillo en el cinturón. Giró la espada con la muñeca comprobando su peso antes de gritar —¡Quién quiera salvar la vida que me siga!

No se lo pensaron mucho corriendo tras ella cogiendo cualquier arma que tuvieran a mano. Loretta fascinada caminó hacia la puerta para ver como el grupo se detenía ante un grupo de soldados que les apuntaron con sus ballestas.

—No me mataréis. ¡Apartaos!

—¡No podéis salir del castillo!

Ella iba a decir algo cuando escuchó —¿A dónde vas hija?

Levantó la vista hacia la muralla donde su padre la observaba con una sonrisa en el rostro, pero sus ojos indicaban que estaba furioso. —Vuelve dentro hija, no quiero que te pase nada.

—¿No quieres que me pase nada cuando casi me envías a la muerte? —preguntó con burla—. ¿Ahora quieres salvaguardar mi vida cuando estás a punto de matarles a todos? —gritó sin ningún temor—. No padre, no pienso dejar que lo hagas. ¡Hablaré con mi esposo y solucionaré esto como pensaba hacer meses atrás!

—¡Apresadla! —Ninguno de los soldados se movió. —¡Impedir que salga, es una orden!

Ella sonrió con desprecio. —¿Órdenes? ¿Ahora vas a dar órdenes? No eres un líder, no eres un caballero, no les has protegido cuando lo necesitaban, ¡no van a seguir tus órdenes! ¡Pero no es culpa tuya que seas así, no sabes amar, perdiste tu corazón hace mucho tiempo y puedo entenderlo, pero no pienso dejar que tu odio nos mate a todos! ¿Quieres venganza? ¡El jarl está muerto! ¡Yo le maté! ¡Esa es toda la venganza que obtendrás o sino haberte quedado a luchar en lugar de huir!

Impresionado negó con la cabeza. —Me hubiera matado.

—¡Te fuiste! ¡Dejaste que viera como morías y te fuiste!

—Hija, no lo entiendes.

—¡Entiendo que yo me hubiera dejado la vida porque mi esposo supiera que estaba a su lado y es lo que voy a hacer y ni tú ni nadie podrá impedírmelo! —Le señaló con su espada. —Te lo advierto padre, apártate de mi camino. —Se volvió y gritó —¡Bajad el puente! —Se acercó a uno de los soldados y ordenó —Bájate del caballo.

Él lo hizo de inmediato. En cuanto montó una flecha rozó su brazo y miró sobre su hombro para ver a su padre con un arco en la mano. Le miró con desprecio. —¿Por la espalda, padre? ¿Qué diría madre de eso?

Él gritó de la rabia antes de llevarse las manos a la cabeza mostrando ante todos cuán desquiciado estaba, pero antes de que

nadie pudiera impedirlo saltó de la muralla provocando que su alma temblara. Jamás hubiera pensado que después de todo lo sucedido se quitara la vida. Idun se acercó con su caballo hasta ponerse a su lado. —¿Estás bien?

Miró al frente. —Ese no era mi padre. El mío murió en el norte a manos del jarl y me quería.

Idun la miró con pena sabiendo que sus siguientes palabras serían la primera mentira que le diría a su amiga. —Sí que te quería. Nos cuidó y nos protegía. Le ordenó a Oswald que te cuidara.

—Ese era mi padre —dijo mientras una lágrima caía por su mejilla. Se le cortó el aliento pensando en lo que le decía—. Ordenó que me cuidara, que me trajera a estas tierras… Me quería.

Idun sonrió. —Sí amiga, te quería. Vamos, no podemos perder tiempo. —Azuzaron sus caballos y los soldados las siguieron camino a la aldea. Idun de cuando en cuando le lanzaba una mirada preocupada, pero Odalyn aún impresionada no se daba cuenta ni siquiera de que sus lágrimas corrían por sus mejillas. Estaban a punto de llegar cuando dijo —Reponte, no dejes que los hombres te vean así.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y al llegar a la aldea varios la rodearon angustiados. —¡Subid al castillo, rápido! ¡Rose, Julianne encargaros de que suban y atrancad la puerta!

—¡Sí, milady! —gritó Julianne mientras ella azuzaba su caballo.

—¡Todo el que tenga un arma que defienda el castillo!

Entonces se escucharon los gritos de guerra que procedían de la playa. —No, no… —Hincó los talones en su caballo lanzándose a galope con Idun a su lado. —Ya han empezado.

—Tranquila, si matan a alguien será a los soldados del rey —dijo como si eso no tuviera importancia haciéndola sonreír.

A medida que se acercaban al acantilado, más visible era el ejército que el rey había apostado allí para que no pudieran subir. Entrecerró los ojos porque era evidente que quería liquidarlos a todos, pero se iba a llevar una sorpresa. Pasó entre los soldados que

se apartaron gritando a su paso y cuando su caballo ya no pudo avanzar se bajó a toda prisa. Con la espada en la mano apartó de un empujón a un soldado que estaba en medio para llegar al rey, que montado en su caballo le daba la espalda observando la batalla. Cobardes, el jarl debe estar entre sus hombres y jugarse la vida como ellos. Debe dar ejemplo. No le extrañaba que el reino estuviera en peligro. Observó el perfil de Andrew que gritaba dando órdenes. Con curiosidad se acercó al acantilado por el lado del rey y miró abajo. La lucha era encarnizada. Los vikingos no tenían piedad y con hombres tan poco preparados tenían todas las de ganar. Buscó a Didrik con la mirada y al escuchar un grito de guerra sus ojos fueron a parar cerca de las rocas donde se habían escondido con Oswald. Didrik agarraba del cuello a uno levantándolo por encima de su cabeza antes de traspasar con su espada a otro y lanzar al muerto sobre un soldado que se aproximaba a Jensen. Sonrió orgullosa. Ese sí que era un auténtico guerrero. Y era su marido. Todo suyo. Sintió que su corazón se hinchaba de la alegría porque estaba allí por ella, para vengar su muerte. Fue en ese preciso instante cuando realmente sintió todo lo que le amaba. Por encima de todo y nada importaba más que él. Didrik se volvió sacando el hacha que tenía colgada a la espalda y cuando esos músculos se tensaron al levantarla suspiró exageradamente.

Alfred la miró distraído antes de volver a mirar a la playa, pero de repente volvió la cabeza hacia ella como un resorte con los ojos como platos. —¿Qué haces aquí?

—¿Detener esta locura? —preguntó como si nada.

—No puedes salir del castillo.

—Intenta retenerme.

—¡Odalyn!

—¡Se acabó! —gritó furiosa—. ¡Se acabó de una maldita vez! ¿Quieres que suban? ¿Que tomen tus tierras que por cierto son las mías? ¿Quieres perder el poco territorio que te queda? Si dejo que suban es lo que pasará. ¡Moriréis hoy y no quedará nada!

Andrew apretó los labios. —Majestad, no tenemos ninguna posibilidad. Debemos pactar o sino esto se acabará en apenas una hora.

Alfred gruñó mirándola a los ojos. —¿Y si te matan? Al menos si llegaran al castillo podríamos mostrarte. Sería una baza para negociar. ¡Pero si bajas ahí te pueden matar y si por un milagro llegas a tu marido puede subirte al barco y no me quedará nada!

Entendía su postura, pero no podía consentir que subieran el acantilado y que se desperdigaran provocando la muerte a su paso. Ahí ya casi sería imposible detenerles. Esos guerreros estaban allí para sacar algo a cambio y serían difíciles de contener. —No hay tiempo, debo bajar.

—Majestad, tiene razón. ¡Van a matarnos a todos! —gritó horrorizado—. ¡Ni las flechas les detienen! Uno tiene tres clavadas y sigue matando.

Sonrió radiante. —Así son los vikingos, duros como piedras. —Estiró el cuello viendo que el de las flechas era Hoenir. —Ese es hermano de mi marido —dijo orgullosa.

—¡Está bien! ¡Baja! ¡Ya no tengo nada que perder!

—La vida majestad, la vida. —Le miró fríamente. —Que dejen de disparar y como vuele una sola flecha más se habrá acabado el trato.

—¡No disparéis! —gritó Andrew—. ¡Deteneos!

—Que suenen los cuernos. ¡Ya!

Andrew dio la orden y tres cuernos empezaron a sonar. Entonces ella estiró su espada hasta el cuello del rey que la miró sorprendido. —¿No pensarías que yo sería la única que arriesgaría la vida? Me vas a acompañar.

—Me matarán.

—Pues no te separes de mí. Baja del caballo vas a pasear un poco que te va a venir muy bien.

—¡El rey! —gritó uno de los hombres—. ¡Proteged al rey!

—¡Quietos! —gritó Andrew—. ¡Qué no se mueva nadie!

Los hombres de la playa miraron hacia arriba pero solo veían el filo de la espada en el cuello del rey antes de alejarse y quedar ocultos por los matorrales.

—Date prisa, primo —dijo ella impaciente empezando a bajar por el sendero.

—Niña, voy lo más rápido que puedo. Ay, y ten cuidado que vas a desollarme el cuello.

—No haces más que quejarte. ¡Tus hombres me clavaron dos flechas y no protesté tanto!

—Casi me rebanas el cuello. ¡Cómo ahora!

—Intentaba evitar que cometieras una estupidez. Mira lo que has provocado.

—¿Yo? ¡Iba a matarme!

—¿Y te creíste a mi padre? ¿Un hombre que había perdido la cabeza?

—Niña, en aquel momento parecía muy coherente.

—Estoy muy enfadada.

—Eso ya lo veo.

—Y encima ni me visitaste.

—Es que no ibas a tomarte muy bien mi visita.

—Pues claro que no.

—¡Pues eso!

Llegaron a la gran roca que tenían que bajar. —¡Salta la roca!

—¿Quieres que me parta el cuello?

—¡Qué saltes te digo! —Le pegó un empujón que le tiró a la arena de morros mostrándose ante todos.

Didrik dejó caer el hacha de la impresión mientras gritaba desgañitada —¡Serás inútil! ¡En qué manos está este país! ¡No me extraña que tomen vuestras tierras, sois unos blandos!

Jensen se echó a reír a carcajadas y le dio una palmada en el hombro. —Toda una valkiria, sí señor.

La vieron saltar de la roca perdiéndola de vista y Didrik palideció al ver a todos los vikingos que la rodeaban y muchos de ellos habían

reanudado la lucha. Se escuchó un grito en toda la playa, pero no sirvió de mucho porque apenas unos pocos dejaron de matar mientras ella agarraba al rey de la casaca tirando de él para sacar su rostro de la arena gritándole algo que no llegó a oír. Didrik corrió hacia ella con sus hombres detrás y Odalyn levantó la cabeza hacia él sonriendo antes de correr a su encuentro para tirarse en sus brazos. Cerró los ojos cuando la abrazó con fuerza sintiéndose en casa. —Estás aquí —dijo emocionada.

—Preciosa… Mi preciosa, estás viva.

—Vivo para ti.

Didrik la besó en la sien antes de apartarla para mirarla bien. —Estás herida.

—No es nada. —Entonces vio un tajo en su costado. —¡Te han rajado! —gritó fuera de sí—. ¿Quién ha sido?

Él sonrió. —Ya está muerto.

—¿Seguro? —Iba a preguntarle por Ermin cuando escucharon un gemido y de repente el rey se pegó a la espalda de Odalyn muerto de miedo.

—Tú…—Didrik cogió por el cuello al rey elevándole. —Tú… Casi la matas.

—No fue culpa mía. Su padre me mintió.

—Bájale Didrik.

—¡Va a morir! —gritó en el rostro de su majestad haciendo que casi se desmayara.

—Niña…

—Está enfadado.

—¡Ayúdame!

—¿Le das órdenes, perro? ¿A mi mujer? —De repente frunció el ceño volviendo la vista hacia ella. —¿Tu padre?

—Es largo de contar. Tienes que detener la lucha.

—Ni hablar. ¿Estás loca? —Dejó caer al rey sobre la arena. —¡Han venido a conquistar!

Chasqueó la lengua. —¡Lo entiendo, pero yo he venido a impedirlo porque estas tierras son mías!

De repente su marido sonrió antes de echarse a reír cogiéndola por la cintura y elevándola. —¿Son tuyas?

—Sí. —Le acarició la mejilla. —Y tuyas. Te estás invadiendo a ti mismo.

—Una locura —dijo comiéndosela con los ojos.

—Una auténtica locura —dijo deseosa de sentir sus labios. Didrik atrapó su boca saboreándola y ella le abrazó por el cuello embriagada por tenerle de nuevo.

El rey puso los ojos en blanco antes de mirar a su alrededor y cuando Jensen sonrió malicioso se estremeció. —¡Niña!

Gruñó separando sus labios de los de su marido y miró sobre su hombro. —No te van a hacer nada. No son tan fieros como parecen.

Didrik sonriendo irónico la dejó en el suelo antes de mirar al rey y extender la espada. —Júrame fidelidad.

—¡Por Odín! ¡No puede hacer eso, marido!

—Mujer no te metas.

—Claro que me voy a meter. —Puso los brazos en jarras. —Estas tierras me pertenecen y por matrimonio te pertenecen a ti, pero forman parte del reino de Alfred y por tanto somos sus vasallos.

—Yo no lo hubiera explicado mejor.

—¿Tengo que luchar para él? Jamás —dijo su marido entre dientes—. ¡Jamás!

—Vaya —dijo el rey—, me vendría bien tu ayuda para vencer a los que han invadido el norte.

—¿A los míos? ¡Este hombre está loco! ¡Da esas tierras por perdidas!

Los ojos del rey brillaron. —¿Y estas? ¿Hacemos un trato?

—Yo no hago tratos. Yo mato.

—Tu marido no negocia, niña —dijo indignado.

—Didrik…

Gruñó antes de sisear —¿Qué propones?

—Os casaréis por la iglesia. —Ella dejó caer la mandíbula del asombro porque seguía con esas. —¡No me mires así, tengo que llevarme bien con el clero! Además, los jefes de las tribus del norte tienen que convertirse al catolicismo y se quedarán allí sin avanzar más. Tú negociarás por mí y seré el rey de todos los anglosajones.

Los Hovensen se echaron a reír a carcajadas y el rey gimió. —¿Eso es que no?

—¿Y qué gano yo con eso, viejo?

Los ojos del rey brillaron. —La iglesia tiene muchos tesoros escondidos. Tendréis libertad para meterles en vereda y que acepten lo que os acabo de decir, ya que serán los más reticentes. A los barones les convenceré yo.

—Como te dije la última vez que nos vimos en el castillo, esposo. Y además se le ha olvidado decirte que no pagaremos más impuestos de esos, nunca más. Ni a él ni a la iglesia.

—¿Qué? —gritó el rey espantado.

Didrik chasqueó la lengua como si eso fuera poco. —Ya pueden ser cuantiosos esos tesoros de los que hablas, rey —dijo molesto—. He traído a muchos jarls que no quieren irse con las manos vacías.

—Si alguien es rico en mis tierras esos son los pertenecientes al clero.

—Sí, amor. Los de aquí hasta les pagan por predicar, ¿no es increíble? Roban a su pueblo por hablar de su Dios.

—¿Acaso no eres católica? —preguntó el rey escandalizado.

Levantó la barbilla. —Como dijiste me dio la espalda porque no estoy bautizada, así que cuando me moría pedí ayuda al Dios de dioses y fue el gran Odín quien me salvó la vida.

—Te bautizarás también.

—Ah, no.

—¿Cómo que no?

—Yo me quedo con Odín y mi marido también. ¡Si quieres hacer esa pantomima de casarnos por la Iglesia será como diga!

Se pasó la mano por la barba. —Encontraré a un cura que lo acepte.

Sonrió encantada. —¿Marido?

Miró a su alrededor y vio a varios de los jarls rodeándole entre ellos dos a los que ella había echado de sus tierras. Odalyn se sonrojó mientras estos asentían. Didrik entrecerró los ojos. —Como señor de estas tierras y jarl de los Hovensen acepto este pacto. —El rey sonrió alargando la mano y Didrik le agarró por el antebrazo apretando con fuerza. El rey gimió de dolor. —Traicióname de nuevo y te destriparé para que los cuervos coman tus intestinos. —Le soltó volviéndose y gritó elevando los brazos.

Los suyos le imitaron y el rey se acercó a ella a toda prisa. —¿Qué hacen?

—¿Celebrar la victoria?

—Si hemos pactado.

Sonrió maliciosa. —Hemos ganado. ¿O no?

El rey la miró con los ojos como platos. —Oh, sí claro.

—Pues eso. Es hora de celebrarlo.

Sentada en el salón al lado de su marido, sonaba la música de la flauta y el laúd mientras su rey en la cabecera veía asombrado como los vikingos devoraban la comida que había sobre la mesa como si se la fueran a quitar de la boca. Andrew a la izquierda de su majestad casi chilla cuando un hueso pasó ante su nariz para caer ante un perro que se tiró a él hambriento. Jensen llegó en ese momento. —Hoenir se pondrá bien, jarl. Le está atendiendo la amiga de tu esposa. —Reprimió la risa. —Con un cuchillo en la mano no le quita ojo a la curandera.

Didrik asintió. —Entonces estará bien cuidado. —Acarició su muslo. —Te cuidó a ti.

—Esposo, ¿mi hermano ha muerto? —preguntó asustada porque no estaba allí y era evidente que su marido evitaba el tema porque

no le había mencionado ni una sola vez en la hora que llevaban allí.

Didrik perdió algo la sonrisa. —Se recuperó del todo de las heridas. —Sonrió aliviada. —Es evidente que estáis hechos de la misma pasta.

—¿Y dónde está? ¿En el barco? ¿No has dejado que luche? —Se llevó la mano al pecho. —No puede sostener la espada.

—No preciosa, no es eso. Se ha recuperado muy bien. Pero cuando se enteró de tu muerte se volvió huraño y quiso irse. Tuve que obligarle a quedarse pues no hubiera sobrevivido al invierno. —Se le cortó el aliento. —Hemos intentado que se sintiera a gusto entre los nuestros, pero creo que no confía en nosotros. —Cogió su copa de vino. —Creo que no confía en nadie. Cuando le comuniqué que vendríamos a arrasar estas tierras me deseó suerte, pero en ningún momento mostró interés por venir. Ojalá mueran todos, eso dijo.

Escuchó como a alguien se le cortaba el aliento y Odalyn sorprendida miró hacia atrás para ver a Idun tras ella y esta pálida apretó los labios.

—Idun…

—¿Ves lo que le importaba? —preguntó intentando contener el llanto—. ¡Solo le importas tú!

Salió corriendo y Odalyn corrió tras ella llamándola. Salió del castillo y vio como daba la vuelta a la esquina. Como si quisiera esconder el dolor que había provocado su hermano se pegó cara a la pared tapándose el rostro con las manos. Lo sintió muchísimo por ella y se acercó acariciando su hombro. —Lo lamento, no sabes cómo lamento que lo hayas oído.

—Da igual, ya lo sabía. —Reprimió un sollozo. —En realidad lo he sabido siempre. Nunca he sido tan importante para él como tú. Nunca lo sería. Eres su alma gemela y piensa que te ha perdido, lo demás no tiene importancia.

—Pero la tiene. Tú la tienes y mereces un hombre que te ame por encima de todo. —Sonrió con tristeza. —Y lo encontrarás. Sé que

estás dolida y que todo lo ocurrido en tu vida es un lastre enorme, pero tendrás que deshacerte de él porque cuando llegue el verdadero amor lo sabrás y el pasado no debe importar.

Idun la abrazó con fuerza y sollozó. —Si no te tuviera a ti.

—Pero me tienes y seguiré a tu lado. —La besó en la frente y la cogió por las mejillas para que la mirara. —Estoy segura de que cuando Ermin te vea sentirá mucho haberse comportado así.

—¿No te das cuenta? Le salvé la vida y ni siquiera ha pensado en mí. En si estaba viva o en que pudiera necesitar su ayuda.

Desgraciadamente ella pensaría lo mismo y su hermano la decepcionó enormemente. Pensaba que la amaba y saber que su amiga era tratada así por su propio hermano, era muy decepcionante.

—Lo…

—Disculpa.

Se volvió y sorprendida se vio a sí misma dentro de muchos años. Idun dejó caer la mandíbula del asombro mientras ella no podía dejar de mirar esos ojos violetas. Lady Loretta sonrió dulcemente. —Cuando te he visto… —Se llevó la mano al vientre.

—¿Eres mi abuela?

Los ojos de Loretta se llenaron de lágrimas. —Sí, eres mi nieta. De eso no tengo ninguna duda. —Apretó los labios. —Acabamos de enterrar a tu padre, pensé que te gustaría saberlo.

Se le cortó el aliento. —Lo siento, yo…

—Shusss, no ha sido culpa tuya. —Dio un paso hacia ella como si se sintiera insegura. —Me di cuenta cuando me reencontré con él que no era el mismo. Había algo en su interior que me asustaba. La manera en la que me hablaba… —Negó con la cabeza. —Ese no era mi hijo. Y lo que ha hecho hoy lo demuestra. —Alargó la mano y Odalyn extendió la suya hasta rozarse. Sintió que un lazo invisible las unía y sonrió tímidamente. Loretta susurró —Eres un regalo que me ha dado Dios y estoy muy orgullosa de lo que has hecho hoy.

Sin poder evitarlo la abrazó y Loretta sollozó correspondiendo a su abrazo. Ambas escucharon como alguien lloraba y miraron hacia Idun que sorbió por la nariz antes de decir —Serás guapísima de vieja. Seguro que yo estoy arrugada como una pasa.

Se echaron a reír mientras lloraban. Odalyn miró a su abuela a los ojos. —Me he casado.

La mujer aspiró fuertemente por la nariz. —Lo sé, he oído cosas en las semanas que llevo aquí. No es el nieto que habría esperado, pero me he dado cuenta de que la felicidad es lo que importa. ¿Te hace feliz?

—Mucho. Ven, quiero que le conozcas.

Tiró de ella hacia el castillo y cuando entraron en el salón todo el mundo fue quedándose en silencio hasta que no se oyó ni una sola mosca. Didrik impresionado se levantó para ver como su mujer se acercaba con su abuela de la mano. —Marido, quiero presentarte a mi abuela. Lady Loretta Edevane.

—No cabe ninguna duda de que es tu abuela —dijo él cogiendo su mano—. Es un honor, milady.

—¿Ves, abuela? Mi bárbaro tiene modales.

Loretta rio por lo bajo. —Ya lo veo, niña. Ya lo veo. El placer es mío, jarl. ¿Se dice así?

—Lo ha dicho perfectamente.

—En nada aprenderás el idioma, abuela. Rey, apártate que mi abuela quiere sentarse.

—¿Qué? —preguntó confundido con un muslo de pollo en la boca.

—¡Mueve el trasero sobrino antes de que me enfade!

Este casi se levantó de un salto y Didrik rio por lo bajo. —Igualitas.

Le guiñó uno ojo sentándose a su lado. —Niña, ¿crees que mi otro sobrino se quedará mucho tiempo en la mazmorra?

—Diablos, me había olvidado de él —dijo el rey antes de levantarse—. ¡Liberad a lord Oswald!

—No —dijo ella tensándose.

—¿No? —preguntó su abuela sorprendida.

—Creía que James me había mentido, niña —dijo el rey.

—Y lo hizo, puede que no conscientemente, pero lo hizo. Pero antes de liberarle quiero hablar con él. —Cogió la mano de su esposo. —¿Vienes conmigo?

—Por supuesto, preciosa —dijo muy serio al ver como había cambiado su rostro.

El rey miró a lord Andrew que se tensó, pero ninguno se movió mientras ellos eran guiados por un lacayo hacia una puerta. Bajaron los maltratados escalones de la escalera y el lacayo indicó otra puerta. Un soldado que estaba sentado cenando ante ella se levantó de inmediato. —Milady.

—Abra la puerta.

Lo hizo lo más aprisa que pudo. —Déjenos solos —dijo Didrik.

El soldado asintió yendo hacia la escalera. Odalyn empujó la puerta que rechinó a su pasó y Didrik cogió la antorcha que estaba en la pared para entrar tras ella iluminando a su primo que sentado sobre una manta en el suelo miraba hacia la ventana. —Siento no haber venido antes —dijo ella.

La miró sorprendido. —Te han liberado. —Sonrió antes de ver a Didrik. —Dios mío qué alegría verte, muchacho.

—Oswald… Siento encontrarte aquí.

—Cosas que pasan. La niña tenía que avisarte.

—Gracias, mis hombres y yo te damos las gracias.

—Habéis…

—Hemos hecho un pacto con el rey —dijo ella rápidamente. Vio una banqueta contra la pared y la cogió sentándose ante él—. Primo…

—¿Si?

—James ha muerto.

—Siento oír eso. Fue un buen hombre y un gran soldado.

Se miraron a los ojos y Oswald apretó los labios. —Lo sabes, ¿no?

—¿Qué sé, Oswald?

Suspiró como si estuviera agotado. —No sé qué decirte, tantas semanas aquí me hacen decir disparates. Ya ni sé lo que digo.

Asintió y sintió mucho verle en ese estado. Estaba pálido y mucho más delgado. Parecía débil. —Enseguida podrás salir de aquí, pero quería hablar contigo en privado. Tengo una duda que me corroe desde hace semanas y solo tú me la puedes resolver.

—Dime niña…

—¿La amabas?

Los ojos de Oswald se llenaron de lágrimas. —Más que a nada en la vida.

Emocionada susurró —¿Y ella a ti?

—Jamás dio muestra de ello. Solo tenía ojos para James. —Apretó los labios. —Aunque la traicionó, nos traicionó a todos, pero jamás se lo dije.

—Por no hacerle daño.

—No soportaba verla sufrir. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Cuando la conocí no me podía creer lo que sentí a su lado y cuando nos atacaron mi único pensamiento fue que…

—Continuara con vida. Tú evitaste que la mataran.

—Grité que era hija del barón y que era muy valiosa. Eso les retuvo de matarnos a todos. E incluso la salvó de que la violaran en el barco como a otras esclavas, pero en cuanto la vio el jarl… Jamás me he sentido tan desgarrado como en ese momento.

—Por eso te mantenías alejado.

Sorbió por la nariz apoyando la cabeza en la pared de piedra mirando al vacío. —No podía evitarlo. Sabía que su corazón era de James y su cuerpo del jarl. Yo no tenía nada. Pero a veces me sonreía y si estaba lavando en el fiordo hablábamos a escondidas. Era maravillosa y James era muy afortunado. —De repente su rostro se endureció. —James me buscaba como primo mío y a veces hacíamos trabajos juntos. Los celos le enfermaron hasta tal punto que casi ni le reconocía. Empezó a idear maneras de escapar y le disuadí de muchas. Cuando tú naciste temí porque os hiciera algo.

Estaba fuera de sí porque el jarl iba a reconocerte, así que le dijo a la esposa del jarl que eras hija suya en uno de los momentos en los que ella le reclamaba en el lecho. —Odalyn le miró asombrada. —Oh, sí. Hasta ese punto llegó y con eso casi te mata porque la esposa del jarl atrancó vuestra puerta y casi os quema vivos. Yo fui quien la aparté y os liberé, pero a quien vio primero Judith fue a James y pensó que él os había salvado. No dije nada. Me callé y empecé a hacer favores. A cambio solo pedía que salvaguardaran vuestras vidas y lo pedía en nombre de James, porque era sabido por todos la relación que tenían antes de llegar allí y era lógico que él pidiera algo así. Al que preguntaba decía que le debía un favor a James y esa era mi manera de devolvérselo. Nunca le dije a nadie mi parentesco y James tampoco porque me creía un confidente.

—Temía que te torturaran a ti para descubrir sus planes.

Asintió. —Nos convenía que nadie supiera nuestro parentesco y seguimos así. Pasaron algunos años y un día por casualidad estaba recogiendo leña cuando le oí hablar con vosotros del tesoro.

—¿Sabías algo de él?

—No, jamás me había hablado de eso. Al principio lo tomé como un cuento para niños y no le di importancia. Pero una mañana Ermin estaba recogiendo moras con otros niños y contó esa historia. —Impresionada se llevó la mano al pecho. —Les dije a los niños que se acercaran y les advertí que no debían inventar cosas así porque el jarl podría creérselo y todos sufriríamos las consecuencias si en su afán de oro nos torturaba para saber exactamente dónde estaba. Ahí me di cuenta de que era una táctica de James para llegar a estas tierras.

—Dios mío, Idun tenía razón.

—Es una chica lista.

—Continúa, por favor.

—Unos años después, llegó la boda de la hermana del jarl. James decía que era nuestra oportunidad y por primera vez vi una ocasión para escapar, pero… —Apretó los labios. —No quería llevaros. —

Odalyn intentó evitar que esas palabras no dolieran, pero era imposible. —Son suyos, que se los queden. Eso decía. Judith debió darse cuenta de sus intenciones y se negaba a irse. No quería seguir su plan y James estaba desesperado. Un día en el bosque vi como os entrenaba como si fuera un juego, pero durante un momento vi como empuñaba un cuchillo que había fabricado y miraba a Ermin de una manera que me puso los pelos de punta. Recuerdo que en ese momento llegó Judith y le cambió el rostro. Tenía que advertir a Judith y una mañana entré en su casa sin que me viera nadie. Vosotros estabais dormidos y le dije mis sospechas. Ella sonrió y me acarició la mejilla. —Cerró los ojos. —Aún recuerdo el tacto de las yemas de sus dedos y como decía lo sé. —Suspiró abriendo los ojos mirándola directamente. —Esa misma noche el jarl traspasó a James con su espada.

—Fue ella.

—Siempre lo creí. Eligió entre un amor y otro. Os eligió a vosotros. Jamás hagas elegir a una madre entre sus hijos y un hombre. Ya había perdido a dos hijos por su culpa y no pensaba perderos a vosotros.

—Él la obligó a quitárselos —dijo con dolor.

—James hubiera hecho cualquier cosa por ella, pero teneros en su vida era algo que no soportaba. Y tener más… Y lo siguió haciendo años después porque Judith no soportaba ver como sufríais vosotros.

Una lágrima cayó por la mejilla de Odalyn que susurró —Continúa.

—Me ordenaron que enterrara el cuerpo lejos de la aldea. Me lo cargué al hombro y fui a darle última sepultura. Pero mientras cavaba el hoyo le escuché gemir.

—Podrías haberle matado.

—Te juro que se me pasó por la cabeza, pero era mi primo, mi sangre. Despertó en ese momento y le apoyé en el tronco de un árbol. Le di agua y robé comida para él, incluso una piel que le llevé

hasta allí. No podía curarle, pero intenté ayudarle. Durante semanas no pude acercarme al bosque porque el jarl nos obligó a hacer dos casas más. Trabajábamos de la mañana a la noche y después a la casa a dormir. Pero un día escuché que necesitaban leña y me ofrecí. No había cadáver. Al principio pensé que se lo habían llevado los lobos, pero busqué algún rastro sin encontrar nada. Di por supuesto que no había sobrevivido, que a lo mejor se había refugiado y muerto allí.

—¿Cómo supiste que estaba en la casa del bosque?

Sonrió con tristeza. —¿Eso fue lo que me delató?

—Una casualidad enorme, primo.

—Así que nunca confiaste en mí realmente.

—No he dicho eso. Pero desde que empezó todo esto me dio la sensación de que tenías algo que ocultar. Es cierto que te mantuviste alejado de nosotros y aunque eras amable nunca nos dabas confianzas. Es más, en un par de ocasiones me reprendiste temiendo que el jarl nos castigara. Siempre creía que no te éramos agradables porque apenas hablaste con nosotros durante años, pero para mi sorpresa cuando sacamos el cuerpo de mi madre de su casa tú eras uno de los pocos que no te habías alejado por miedo a que el jarl te castigara por sentir su muerte. Recuerdo tu mirada de dolor mientras mi hermano la llevaba en brazos y en aquel momento pensé lo querida que era entre los nuestros y me sentí orgullosa de ella. Esa misma noche cuando nos contaste que te mantenías alejado para protegernos en la distancia, no me lo terminé de creer del todo, aunque es evidente que me equivocaba de parte a parte. —Sonrió con tristeza. —Pero durante el viaje me di cuenta de algo que me sorprendió porque si se hablaba de ella sonreías con tristeza como si la conocieras muy bien, aunque nunca tenías ninguna anécdota que contar como los demás. De repente te vuelves nuestro mayor protector y desde que hemos llegado aquí has demostrado tu entrega y lealtad mil veces. Un cambio de actitud muy sospechoso.

No me encajaba. Eso sin mencionar que sin esperármelo te encuentro con mi padre muerto.

Asintió. —Entiendo. Otra pieza que no te encajaba.

Didrik se cruzó de brazos. —¿Cómo le encontraste?

—Él me encontró a mí. Cuando tus hombres me dejaron en la playa subí el acantilado y allí estaba con una espada en la mano. No me lo podía creer, estaba vivo. Pero él ni me reconoció. Me atacó fuera de sí pensando que era vikingo. Solo cuando le llamé por su nombre se detuvo. Entonces le dije que tenía que hablar con Odalyn cuanto antes y fue cuando me dijo que él no vendría. No lo entendía y me dijo que me lo explicaría al día siguiente. Que le esperara en el río donde jugábamos de pequeños. Que no te dijera nada porque tú estabas de parte de ellos. No lo entendía, hablaba sin sentido y no quise alterarle más. Al ver donde vivía y como me hablaba, me di cuenta de que no estaba bien. Pero cuando te vio parecía tan emocionado…

—No se esperaba que fuera hija suya. Al verme de cerca se dio cuenta de su error.

—Sí, y creo que los remordimientos por lo que hizo terminaron por volverle loco. Una de las chicas me dijo las barbaridades que te dijo cuando perdiste a tu bebé y…

Didrik se tensó. —¿Qué?

Angustiada porque se enterara de esa manera se levantó. —Fue por las heridas, no es culpa de nadie.

Él juró por lo bajo y la cogió por el brazo pegándola a él para abrazarla con fuerza. —Nos vamos de aquí —dijo entre dientes.

—Didrik.

La cogió por los brazos para mirarla. —¡Nos vamos de aquí!

Apretó los labios sabiendo que no daría su brazo a torcer, pero se sintió obligada a decir —Te has comprometido.

—Dejaré a Jensen y a Viggo aquí como mis representantes. Pero tú vas a volver a casa de inmediato, ¿me oyes? ¡Te quiero a salvo! ¡Como si tengo que llevarte a rastras, mujer, pero irás!

Asintió antes de mirar a Oswald que intentaba levantarse. A toda prisa fue a ayudarle, pero Didrik se le adelantó. —Gracias por todo —dijo ella.

Sonrió con tristeza. —Solo siento no haber podido traerla. Le hubiera gustado morir aquí.

—Sí que le hubiera gustado. —Le abrazó. —Ojalá hubieras sido mi padre.

—Ojalá lo hubiera sido. Nada me hubiera hecho más feliz.

Sollozó apartándose y se limpió las lágrimas antes de mirar a su marido. —¿Listos para buscar el tesoro?

No disimularon su sorpresa. —Es un cuento para niños, Odalyn —dijeron a la vez.

Sonrió divertida. —Espero que tu barco sea lo bastante grande, jarl.

Capítulo 12

Después de convencerles de que el tesoro realmente existía, decidieron esperar a que fuera de madrugada para adentrarse en el bosque. Didrik discretamente les dijo a Jensen y a Viggo que estuvieran preparados y que sin que les viera nadie les esperaran a las afueras de la aldea. Ella deseaba pasar unos momentos a solas con su marido, pero el rey no se iba a la cama tramando estrategias para avanzar en las negociaciones con los que ocupaban tierras anglosajonas, así que sentada al lado de su marido a la mesa del salón escuchó cada palabra en silencio admirando una vez más lo inteligente que era Didrik en sus comentarios. Jamás decía a nada que sí y era tajante con argumentos sólidos sobre lo que no le gustaba. El rey que también era un hombre inteligente, se dio cuenta de inmediato de que con él llegaría muy lejos, así que dejó en sus manos la negociación de los tratados confiando plenamente en su criterio. Cuando el rey se fue a la cama, ella abrazó el torso de su marido y este dio un respingo. —Dios, tu herida.

—No es nada, preciosa.

—Pero hay que curarte.

Él sonrió. —Las he tenido mucho peores.

Se la quedó mirando como si aún no pudiera creerse que estuviera allí y Odalyn sonrió. —¿Qué piensa mi jarl?

—Que Odín ha vuelto a ser benévolo conmigo, casi te pierdo.

Rio por lo bajo. —No querido, lo ha sido conmigo porque he sobrevivido.

—Es lo mismo.

—No.

Él rio por lo bajo. —¿Te das cuenta de que para haber nacido esclava nunca me has dado la razón en nada?

Parpadeó sorprendida. —¿De veras? —Se pegó a él. —Si quisieras hacerme el amor estaría de acuerdo.

La miró como si quisiera comérsela entera provocándole un vuelco al corazón. —Nada me gustaría más, preciosa. Pero debemos irnos, nos esperan. —Besó suavemente sus labios. —Cuida tu espalda esposa, la última vez no lo hiciste y hoy tampoco.

—Lo siento. —Acarició su mejilla. —Tendré cuidado.

Él asintió levantándose y sintiendo que la miraban Odalyn se volvió de golpe. —¿Qué pasa? —preguntó Didrik tensándose.

Ella miró hacia las escaleras, pero no vio nada entre las sombras. Confundida miró hacia la zona de la cocina ahora vacía. —Nada —dijo cogiendo su mano—. No es nada.

—Vamos, si es cierto lo que dices, tenemos mucho que hacer antes de que amanezca.

Cuando los hombres de Didrik consiguieron apartar la enorme piedra que había sepultado la entrada aplastando al padre de John, que por cierto seguía allí, Odalyn y Didrik levantaron sus antorchas para mostrar el túnel y caminaron lentamente. —Tened cuidado —dijo su marido—. Aquí hay desprendimientos. —Giraron a la derecha y entonces algo brilló tras unas rocas. Fue como un reflejo y Didrik se acercó e iluminó dos grandes rocas que impedían el paso. —No se puede ir más allá, preciosa.

—Te digo que es aquí. John encontró la perla en la entrada. ¿Conoces algún aldeano que tenga una perla? Yo solo había visto una en la vida y fue en el cuello de Brenda. —Se acercó a ellas y levantó la antorcha. Entonces todos vieron como la llama se inclinaba hacia las rocas y Odalyn sonrió. —Si hay brisa, hay paso.

—Increíble —dijo su marido mirando a su alrededor antes de mirar las rocas—. Pues vamos allá.

Jensen le miró horrorizado. —Ni diez de nosotros podrían mover eso, hermano.

—Solo necesitamos sacarla un poco para pasar, no es para tanto.

—¿No es para tanto?

Oswald agotado se apoyó en la pared y de repente cayó haciendo que todos se volvieran para ver una entrada del tamaño de un hombre. —¿Estás bien? —preguntó preocupada acercándose.

—Creo que he encontrado la entrada. —Le guiñó un ojo.

Didrik negó con la cabeza. —Increíble. Entre las rocas de la pared está totalmente disimulada.

—James no podía ponerlo fácil para que lo encontrara cualquiera —dijo ella ayudando a Oswald a levantarse.

Odalyn dio un paso al frente, pero Didrik la cogió por el hombro. —Déjame a mí, puede haber un animal.

—¿Vas a protegerme tanto siempre? —preguntó divertida mientras entraba él primero.

—Al parecer te he protegido poco, pero es algo que voy a remediar —dijo entre dientes provocando una risa en Oswald.

—Niña, a partir de ahora no saldrás de casa.

—Eso ya lo veremos. —Didrik salió sobresaltándola y su rostro iluminado por la antorcha decía que como no le hiciera caso a partir de ahora iba a pegar cuatro gritos. —Recuerda que hay desprendimientos, amor.

Gruñó volviéndose y ella hizo una mueca a los chicos que rieron por lo bajo. La luz de la antorcha de Didrik se reflejó al otro lado de las rocas. —No os vais a creer esto.

Impaciente entró en el túnel que rodeaba las rocas por la pared y cuando entró en la gruta se le cortó el aliento por las enormes vasijas de oro, jarras, joyas y varios cofres cerrados. Dejó la antorcha en una argolla que había en la pared mientras Jensen

entrando tras ella dejaba caer la mandíbula del asombro antes de echarse a reír. —Me encanta tu mujer.

Didrik sin dejar de mirar el oro le pegó un puñetazo que le dejó sin sentido y Viggo dijo —Le ha salido sin querer, primo.

Gruñó dando un paso adelante y ella chasqueó la lengua. —Vaya.

—¿Qué ocurre, preciosa?

—Creí que era más. —Todos la miraron asombrados. —¿Qué? La cruz era enorme.

—Niña este es el tesoro de un rey. —Oswald se acercó a un arcón y lo abrió mostrando monedas de oro.

—Exacto —dijo Andrew tras ellos con varios soldados armados—. El tesoro de mi rey. El que le permitirá expulsaros a todos, malditos bastardos.

Odalyn palideció, estaban atrapados no sabían cuántos hombres había fuera y solo eran tres para luchar, porque Jensen estaba desmayado en el suelo y Oswald ni podría sostener una espada. Fulminó a su marido con la mirada. —¿Has visto lo que has hecho? Le necesitamos.

—Preciosa, no sabía que nos seguían. —Le dio un golpe a Jensen con el pie. —Despierta hermano, no es momento de dormir la siesta.

Andrew se echó a reír mirando aquel oro y dando un paso al frente. Entonces Odalyn se dio cuenta. No necesitaban matarles a todos, con matarle a él y amenazar a los soldados con que el rey se enfadaría era suficiente. Miró de reojo a su marido que debió pensar lo mismo porque sonrió malicioso. —Es mío —dijo ella.

—Ni hablar.

—¿Ves eso que tiene en la cara? Se lo hice yo —dijo satisfecha.

—Y por eso vas a morir, perra.

—¿Qué me ha llamado? —preguntó ofendida sacando el cuchillo de su cinto. Cuando vio la espada de Andrew dijo —Dame la espada, marido

Didrik la miró como si le hubieran salido dos cabezas. —Ni hablar, haber venido armada.

Gruñó agachándose y tirando de la espada de Jensen. —Uff, lo que pesa.

Didrik la miró exasperado mientras la dejaba caer y agarraba su cuchillo poniéndose en posición de lucha. —Pues la mía pesa más.

—¿De veras? —Sonrió enamorada. —Es que eres muy fuerte. —Maliciosa miró a Andrew. —Y un amante maravilloso.

—Hija de puta —dijo Andrew entre dientes.

—Oye, que si fuera eso que dices hubiera dejado que me violaras, pero no me dejé y por eso te llevaste ese regalo.

—¿No me digas, esposa?

—Oh, sí. No le maté porque el rey lo rogó, pero dije que tú le matarías.

—Eso pienso hacer.

—¡Callaos!

Entonces Viggo reprimió la risa. —¿De qué se ríe este idiota?

—¿Crees que vendríamos solos? Sabíamos lo que veníamos a recoger y me encargué de llamar a mis hombres para cargarlo en mi barco. Nos iríamos al alba y el rey jamás sabría nada de esto mientras Didrik se quedaba aquí con su esposa.

—Mientes —siseó.

—¿No los oyes?

Miró hacia atrás por instinto y Odalyn se tiró sobre él clavándole el cuchillo en el hombro. Didrik la miró exasperado cogiéndola por el brazo para apartarla. —¡Es mío!

—Vale. —Hizo pucheros mientras Andrew sorprendido se quitaba el puñal del hombro gritando como una niña. —Como digas.

—¡Matadles! —ordenó Andrew a sus soldados que gritaron sacando sus espadas y lanzándose a la batalla. Pero aquello era tan pequeño que uno de ellos sin querer le dio con la punta de su espada a Andrew en el trasero haciendo que saltara hacia adelante clavándose la espada de Didrik en el estómago.

Didrik miró hacia ella asombrado. —Sí, son un desastre, qué se le va a hacer.

—¡Esto no da ninguna satisfacción! —gritó Didrik indignado.

—Lo sé, amor —dijo cogiendo un collar hermosísimo y levantándolo para mostrar sus piedras verdes que eran del tamaño de su pulgar—. Es tan fácil que deprime un poco.

Oswald sentado en un cofre rio por lo bajo mientras los soldados veían asombrados como Andrew caía a un lado, así que bajaron sus espadas. —Hermano hay que matarles —dijo Viggo—. No podemos dejar testigos y que el rey se entere de que nos hemos llevado esto.

—Preciosa, espera aquí.

—Bien.

Los soldados gritaron antes de salir corriendo, pero los Hovensen les siguieron y por los gritos del exterior no fueron muy lejos. —Mira qué bonito, padre —dijo mostrándole a Oswald el collar.

Sorprendido levantó la cabeza hacia ella. —¿Padre?

Se sonrojó ligeramente. —Es que he pensado…

Oswald susurró —Dime.

—Que ya que he tenido tantos padres que no se merecían que les llamara así… Tú que sí lo mereces y si tú quieres…

Emocionado asintió. —Sí que quiero.

Ilusionada se arrodilló ante él. —¿De veras?

—De veras, mi niña. No hay ni habrá nada en esta vida que me haga tanta ilusión como ser tu padre.

Cogió sus manos. —¿Vendrás con nosotros?

—Hija, tengo que ir a ver a mi padre, tengo obligaciones…

Perdió algo la sonrisa, pero lo entendía. Hacía mucho tiempo que no veía a su familia.

—En cuanto lo solucione iré a verte.

—No quiero perderte.

—Si Odín me da vida estaré a tu lado, eso no lo dudes nunca. Tengo que cuidarte.

—La cuido yo, viejo —dijo su marido entrando en la gruta.

—Más te vale. —Oswald sonrió cuando Didrik gruñó. —Será una tarea dura, yerno.

—Y que lo digas. Es una inconsciente.

—¿Yo? Menuda… —La cueva tembló y se miraron con los ojos como platos. —¡Didrik!

—¡Sal, corre!

Cogió a Oswald del brazo mientras Didrik se cargaba a Jensen al hombro, pero el estruendo les estremeció. Didrik la abrazó con fuerza cubriéndola con su cuerpo mientras sobre ellos caía polvo y pequeñas rocas hasta que todo se detuvo. Su marido se apartó y cuando Odalyn abrió los ojos se dio cuenta de que estaban a oscuras.

—Ya pasó —dijo Oswald a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí, hija. No ha sido nada.

—¡Didrik! —gritó Viggo desesperado.

—¡Estamos bien!

—¡Rayos! ¡Ahora sí que necesitaré a los hombres!

—¡Ve a buscarles!

Jensen gimió sobre el hombro de Didrik. —¿Qué…?

—Hermano, tenemos un problema.

Sentados sobre los cofres escuchaban como los hombres sacaban las rocas lo más rápido que podían. Odalyn suspiró negando con la cabeza. —El rey nos va a pillar.

—Pues que se fastidie, es tu tesoro —dijo Oswald sentado a su lado.

—Lo considerará una traición.

—¿Por qué? Es tuyo para hacer con él lo que te venga en gana.

—Los de la aldea lo considerarán una traición —susurró—. Me llevo las riquezas del castillo. Les dije que les ayudaría.

—Y les has salvado el pellejo —dijo Jensen ante ella.

Su marido se mantenía en silencio. Le escuchaba caminar de un lado a otro. —¿No vas a decir nada?

—Lo que diga el rey me importa poco. Estaba de acuerdo en mantenerlo en silencio por no crear más conflictos, pero si los hay me enfrentaré a ello. Eso es tu herencia y nos pertenece, no voy a pedir perdón a nadie por llevarnos lo que es nuestro.

Sabía que tenía razón.

—Bastante has hecho con evitar que invadieran las tierras en las que viven. A partir de ahora ya no tendrán que guerrear y tendrán una vida más próspera, hija.

—¿Eso crees? Antes pensaba utilizar el oro de la cruz que estaba en la iglesia para comprar animales, pero el rey se lo gastó.

—Como se gastará lo que repartas con él que sé que es lo que estás pensando —dijo su marido molesto.

—Ah, no. Yo si reparto es con mis gentes. De mi parte, claro, porque mi hermano también tiene su parte. E Idun. Oh, y tú también padre, porque sin ti no hubiera llegado aquí y…

Jensen se echó a reír. —Cuando acabe no le quedará nada.

—Primero salgamos de aquí antes de repartir nada —dijo su marido como un oso enjaulado, lo que demostraba que aquella situación le estaba poniendo muy nervioso.

Odalyn se levantó y estiró el brazo palpando su espalda. Este se volvió dejando que le abrazara. —No va a pasarnos nada.

—Preciosa… —Odalyn se alarmó por su respiración agitada y le cogió por las mejillas. —Esto no me gusta.

—Lo sé —susurró—. Respira hondo. —Él lo hizo un par de veces y al apoyar su mejilla en su pecho sintió como su corazón se tranquilizaba. —Te amo.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Eres lo mejor que he tenido nunca. —Él acarició su espalda y cuando no respondió nada frunció el ceño. —¿Didrik?

—Espera preciosa, que estoy intentando respirar.

—Oh… Esperaré.

Escucharon como se movía una roca y entró algo de luz en la gruta. Escucharon como algo se arrastraba y de repente la cara de

Viggo apareció en la puerta. —¿Listos para irnos?

Cuando llegaron al castillo estaban agotados. Los hombres del jarl habían trasladado el tesoro a unas barcas que estaban lejos de la playa habitual para que el rey no se enterara, pero seguramente se enteraría porque entraron en el salón llenos de polvo y con claros signos de agotamiento. El rey sentado al lado de su abuela con un pedazo de pan en la boca les vio pasar hacia la escalera.

—¿De dónde venís? —preguntó su abuela.

—Oh… —Se sonrojó ligeramente. —Mi marido que tiene unas ideas peregrinas a la hora de hacer el amor.

Su abuela se puso como un tomate mientras el rey decía asombrado —¿Y ellos miraban?

—¡Claro que no! —exclamó indignada—. ¡Nos han sacado de la cueva! ¡Estaban fuera!

—¿Cueva?

Hizo un gesto con la mano. —Es largo de contar. Me voy a la cama.

—Lávate, niña. O lo pondrás todo perdido.

Idun bajó las escaleras en ese momento y al verles jadeó. —¿Has ido sin mí?

—¿Tú querías ir? —preguntó el rey atónito—. Niña, hay cosas que un matrimonio debe hacer solo.

—¿Qué?

Odalyn pasó a su lado. —Disimula.

—¿Qué?

Didrik pasó a su lado. —¿Y mi hermano?

Se sonrojó ligeramente. —Ya quiere levantarse.

—Impídeselo.

—Eso hago —farfulló.

Odalyn se detuvo en la escalera antes de volverse de golpe y mirarla fijamente a los ojos. —Ah, ¿sí?

—¿Qué?

Bajó un escalón. —¿Se lo impides? ¿Cómo?

—Cállate —dijo entre dientes.

—Ah, que… ¿Y?

—Estos jóvenes hablan de una manera que no me entero de nada —dijo el rey molesto.

Su amiga se sonrojó aún más. —El soldado no sabía lo que hacía.

Chilló de la alegría antes de bajar y abrazarla. —¿No me digas? Es una noticia maravillosa. —La miró a los ojos. —¿Tú crees que es…? —Levantó las cejas.

Asintió antes de soltar una risita. —Sí. —Pero de pronto perdió la sonrisa. —Pero no creo que él quiera…

—Claro que sí —dijo decidida.

—No habla mucho…

—¿Antes, durante o después?

—Están hablando de encamarse —dijo la abuela—. ¡Niña no se habla de esas cosas y menos en público!

—Calla abuela, que esto es muy importante. —Cogió las manos de su amiga.

—Ni antes ni durante ni después.

Fulminó a Didrik con la mirada. —A mí no me metas.

—¡Tienes que casarlos! ¡Eres el jarl!

—¿Casarnos? —preguntó Idun como si no se le hubiera pasado por la cabeza y miró ilusionada al jarl esperando su respuesta.

Este carraspeó incómodo mientras Jensen reía por lo bajo. —¿Problemas maritales, jarl?

—Cierra el pico. —Forzó una sonrisa hacia las mujeres que esperaban impacientes. —No suelo meterme en las relaciones de mis hermanos ni primos. Allá ellos con lo que hagan.

—¡Ahora es una mujer libre!

—Y libremente lo ha hecho, ¿o no? ¿Te ha forzado?

—No —dijo rápidamente—. Ha sido muy… ¡Será mejor que dejemos esto!

—Ah, no. No lo vamos a dejar. —Señaló a su marido. —¡Es mi mejor amiga y no voy a dejar que sufra por tu hermano! Y si está en estado, ¿eh? ¡Es su responsabilidad!

Gruñó volviéndose y subiendo los escalones.

Ella jadeó. —¡Marido! ¡Te estoy hablando!

—Niñas… —Ambas se volvieron hacia su abuela que estaba al final de las escaleras mirándolas con una dulce sonrisa en el rostro. —A los hombres no se les convence así.

Rose y Julianne que estaban en la cocina dieron un paso hacia ellas para poner la oreja.

—Un oso se caza con miel, queridas. No a zarpazos. Si das un zarpazo a un oso lo más probable es que te lo devuelva, pero si le das miel te seguirá a donde quieras.

—Que lista es mi abuela —dijo mientras se acercaban más—. Soy nueva en esto del matrimonio, ¿me darías unos consejos?

Sonrió maliciosa. —Claro que sí, cielo. Acercaos.

El rey gruñó viendo cómo se colocaban a su alrededor ante la gran chimenea y entonces frunció el ceño antes de mirar a un lado y a otro. —¿Alguien ha visto a lord Andrew?

Al llegar a su habitación en la torre parpadeó porque su marido no estaba allí y entonces juró por lo bajo porque él debía pensar que ocupaba la habitación donde dormía antes y que después fue la de James. Bufó cerrando la puerta y bajó los escalones. Al parecer su marido no tenía muchas ganas de seducirla, porque en cuanto abrió la puerta le vio durmiendo a pierna suelta casi atravesado en la cama desnudito como Dios le trajo al mundo. Cerró suavemente y se acercó al lecho quitándose el vestido a toda prisa para dejarlo caer al suelo. Menos mal que siguiendo los consejos de su abuela se había bañado antes de subir para que la viera hermosa. Se subió a la cama y él abrió un ojo antes de cogerla por la cintura para tumbarla casi sobre él. —¿Debo dormir así? —preguntó divertida.

—Mujer has tardado mucho.

Sonrió antes de besar su pecho. —Mi abuela me ha dado unos valiosos consejos.

—¿Qué consejos?

Bajó sus labios por su torso y pasó la lengua por su piel haciendo que se le cortara el aliento mientras su mano bajaba hasta su sexo endurecido y lo acariciaba de arriba abajo. Didrik gimió tensando su cuerpo. —Ah, ese tipo de consejos. Sí que son valiosos, sí.

—¿De veras? —Pasó la lengua rodeando su ombligo y Didrik se tensó aún más de anticipación. —¿Me has echado de menos, marido?

—Ni te imaginas cuanto —dijo entre dientes arqueando su cuello hacia atrás mientras su lengua descendía hasta su sexo. Cuando ella chupó la cabeza de su miembro gimió como si le doliera y Odalyn sonrió maliciosa sintiéndose más poderosa que en toda su vida por el placer que traspasaba su rostro—. ¿Te agrada?

—Tienes la boca más maravillosa del mundo…

Lamió su eje de arriba abajo. —Sabes bien, marido.

—¡Dios! —gritó agarrando las pieles con los puños.

—Te comería entero. —Se lo metió en la boca y chupó haciéndole gritar de placer, pero antes de darse cuenta estaba tumbada de espaldas con él encima. —No he acabado y… —Atrapó sus labios y se colocó entre sus piernas antes de entrar en ella de un solo empellón que le robó el aliento por el placer que la recorrió, y volvió a entrar en ella apenas un segundo después con un ímpetu que no le dejó recuperar la respiración. Asustada por el placer que la asaltaba, se agarró a sus hombros clavando las uñas en su piel, pero su marido apuró sus embestidas hasta que sintió que se desmayaría. Didrik apartó sus labios y agarró su cabello para elevar su rostro. —Dímelo de nuevo.

Abrió los ojos embriagada y mirando los suyos dijo —Te amo y te amaré hasta que Odín me lleve.

Se deslizó de nuevo en su interior llenándola por completo y la explosión liberó su alma, que se entregó a un placer interminable.

Ni sintió como su marido caía a su lado y la abrazaba a él como si no quisiera soltarla jamás. Pero el placer dio paso al sueño y se sintió tan a gusto que dejó que la venciera.

La puerta se abrió de golpe y Odalyn gritó tapándose como podía al ver que el rey entraba furioso. —¡Los barcos se han ido!

Asombrada miró a Didrik que como si nada suspiró levantándose. —Les he dicho que vayan de incursión a esas iglesias vuestras y de paso sigan hacia el norte para hablar con los jefes de las familias que ahora regentan esas tierras.

—Oh… ¡Espero que no haya matanzas de camino!

—No las habrá. Es lo pactado. —Le fulminó con la mirada. —¡Y nosotros cumplimos con lo requerido! ¡Lo que no entiendo es que haces todavía aquí cuando estas son mis tierras!

—¡No os habéis casado! ¡Y no encuentro a mi segundo! Además, debo esperar noticias de ellos, ¿no? ¿Cuándo van a regresar?

—No lo sé. ¿Seis meses? ¿Un año?

Le miró con los ojos como platos. —¿Un año?

—Nosotros nos vamos mañana.

—¿Qué?

—Mi hermano se quedará aquí para enviarme recado en cuanto se tengan noticias. Puede que incluso algunos jarl me visiten en mis tierras para hablar del tema.

—¿Qué? ¿Y qué hago yo un año?

Se subió los pantalones de cuero. —¿Lo que hagan los reyes?

—¿Y si otros me atacan de nuevo?

Ella puso los ojos en blanco tapándose el rostro con la almohada. —¡Niña, no puedes irte! Y tu abuela, ¿eh? ¡Esa arpía no hace más que meterse conmigo! —De repente sus ojos brillaron. —¿Te la llevas?

Apartó la almohada. —Claro que sí.

Suspiró del alivio. —¡Menos mal porque no hace más que repetir la maldición que me lanzó porque casi te mato!

—Primo, cálmate.

—Eso intento, pero que no esté Andrew me está poniendo un poco nervioso. —Se apretó las manos. —Esto no es normal. ¿No me habrá traicionado? —Entrecerró los ojos. —Nunca estuvo de acuerdo con el pacto, aunque en la batalla claudicó incluso antes que yo.

—Eso demuestra que es un cobarde. Primo búscate otro que te asesore.

—¿Eso crees?

—Totalmente.

—Oswald… Sí, sería un asesor excelente. —Salió de la habitación dejándola con la palabra en la boca.

Didrik rio por lo bajo. —¿Han salido mal tus planes, cielo?

—¡No quiero perderle y si le asesora no le soltará! —dijo indignada—. Prometió ir a vernos.

—E irá. Oswald es un hombre de palabra. —Cogió su espada y se agachó para besarla en la frente. —Duerme.

—Si es casi mediodía.

—Preciosa nos dormimos hace tres horas.

—Suficiente. ¿Mañana? —preguntó acariciando su barba—. ¿No es un poco pronto?

—Debo regresar. Muchos vendrán a verme para hablar del pacto, les preocupará que Alfred tenga demasiado poder sobre los suyos o que yo esté en el bando equivocado.

Esas palabras la preocuparon. —¿Puede haber guerra? ¿Os he puesto en peligro?

—Preciosa, no te preocupes. Los jarls presentes en la playa estuvieron de acuerdo. — Asintió y él sonrió besándola en los labios. —Voy a ver a Hoenir.

—Dile que tiene que casarse.

—No pienso presionarle con eso. Se hará como él quiera.

—Si se lo dices… —Sus preciosos ojos brillaron. —Te daré la mitad de mi tesoro.

Él se echó a reír. —Ya es mío por matrimonio.

—Mira que puedo arrepentirme —dijo seductora acariciando su cuello—. El rey dice que no estamos casados.

—¿Cómo has dicho?

Soltó una risita y él la besó en el cuello haciéndola reír. —Me rindo, me rindo, tu barba me hace cosquillas.

Él se apartó sonriendo. —¿Tan importante es para ti?

Acarició su pecho. —Quiero que sea feliz. Tan feliz como lo soy yo a tu lado.

—Hablaré con mi hermano a ver qué dice de ella, pero no te prometo nada. No voy a obligarle a un matrimonio que no desea para que ambos sean desdichados.

—Lo entiendo.

Él besó sus labios. —Duerme un poco más, estás agotada. Te quedaste dormida enseguida —dijo como si fuera un reproche.

—¿Estás protestando, marido? Porque ahora estoy muy despierta.

Sonriendo fue hasta la puerta, pero algo le detuvo cuando iba a salir y la miró a los ojos. —Preciosa, ¿te agrada todo de mí?

—Todo —dijo sin dudar.

—A veces tengo mal carácter.

Soltó una risita. —Eso también me gusta.

—Y puede que algunas veces tome decisiones equivocadas, ¿dejarás de amarme si eso sucede?

Al ver que se había puesto serio se arrodilló en la cama. —Cielo, no dejaría de amarte nunca. ¿Qué te preocupa? —Recordando todo lo que había pasado entre ellos se le cortó el aliento. —¿Es porque te fuiste cuando me creíste muerta? Lo entendí, tenías que salvar a los tuyos. Recuperar mi cuerpo hubiera sido un suicidio.

La miró como si intentara traspasar su alma para saber si hablaba de veras y preocupada susurró —Eres el jarl, tienes que tomar

decisiones, a veces muy duras. No te culpo por ello. Sé que querías salvarme.

—Sí, quería salvarte, pero no lo hice.

—Estoy bien. Estamos juntos y todo está bien. Y cualquier decisión que tomes en el futuro no afectará a nuestra relación porque te amo. —Él asintió antes de salir de la habitación, pero su expresión le dejó mal sabor de boca.

Capítulo 13

Bajó a la cena porque estaba muerta de hambre y se dijo que esa noche dormiría bien poco después de todo lo que había dormido durante el día. Con un vestido azul que enfatizaba el color de sus ojos bajó las escaleras y las conversaciones en el salón se detuvieron. Confundida miró tras ella haciendo sonreír a su marido y a Oswald. Ella mirando a su gente de reojo se acercó a la mesa y susurró —¿Qué ocurre? ¿Tengo algo en el rostro?

—Niña es que estás tan bonita que les has dejado lelos —dijo su abuela orgullosa—. Yo era así de joven. Cuando fui a la corte por primera vez ni te imaginas la cantidad de pretendientes que tuve.

—¿De veras, abuela? —preguntó sentándose al lado de su marido —. ¿Cuántos?

—Cientos.

El rey levantó una ceja y Loretta le fulminó con la mirada. —Tú no lo sabes porque no habías nacido.

—Ya. Pero mi padre sí lo recordaba y dijo que suerte tuvo de casarte con el mal carácter que tenías, tía.

Jadeó por su mentira y todos se echaron a reír incluido el rey que cuando se calmó dijo —De todas maneras la niña ya está emparejada y no tendré ese problema. Por cierto, la boda será mañana. Un soldado ha encontrado un clérigo que hará la vista gorda sobre que no estáis bautizados. Ha dicho que la mitad de los que casa no lo están, así que no tiene importancia.

Miró de reojo a Didrik que se encogió de hombros como si le diera igual. —Ya estamos casados, esto es una pantomima.

—¿Y cómo fue tu boda, querida? —preguntó su abuela ilusionada —. ¿Fue bonita?

—Mucho, acababa de matar al jarl.

Didrik sonrió. —No podía dejarla escapar.

La sonrisa de su abuela se congeló. —Ah… Muy… interesante.

Dos soldados del rey llegaron en ese momento e inclinaron la cabeza ante él. —Majestad, le hemos encontrado con los perros.

—¿De veras? ¿Y dónde está ese traidor?

—Está muerto, majestad. Estaba en una gruta con dos heridas, en el vientre y el hombro. —Dejó el cuchillo sobre la mesa y el rey al reconocerlo porque se lo había visto el día de la batalla volvió la cabeza hacia ella como un resorte.

Odalyn forzó una sonrisa. —Te dije que le mataría.

—¡Te dio dos cálices de oro como pago!

—No fue suficiente —dijo altanera.

—También había esto al lado del cuerpo, majestad —dijo el soldado dejando una moneda de oro al lado del cuchillo.

—¿Qué? —Cogió la moneda y la levantó. De repente la miró indignado. —¿Dice que estaba en una gruta cerca de aquí?

—Sí, majestad —respondió el soldado.

—Niña…

—¿Si? —preguntó haciéndose la tonta.

—¿Has encontrado las riquezas de tu padre?

Su abuela jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Mis joyas? —Se inclinó hacia adelante. —¿Dónde están?

—Camino a mis tierras —dijo Didrik como si nada.

—Acordamos que no diríamos nada.

—Ya están a salvo y nos necesitan, ¿qué importa que se ofenda?

El rey y la abuela jadearon de la indignación. —¡Son mías! —gritó la abuela.

—No, son de la niña —dijo Oswald apoyándola como siempre—. Su padre se las dio.

—Pero, pero…

—Te daré algo cuando lleguemos a casa —dijo como si fuera muy pesada.

—Cuando lleguemos a… —Su abuela la miró con horror. —Yo entre esos…

Didrik la fulminó con la mirada. —¿Esos qué?

—Haya paz.

—¡Salvajes! —gritó ella sin cortarse un pelo.

—Vaya, lo ha dicho.

—¿Qué me ha llamado? —Didrik se levantó.

La abuela también. —¿Crees que porque te has casado con mi nieta voy a olvidar todo lo que tu gente le hizo a la mía por pura avaricia? ¡Siempre queréis más! ¡Y que lo primero que hayas hecho nada más poner un pie en estas tierras sea arrebatar la fortuna de mi familia, deja claro lo avaros y rastreros que sois!

—¡Abuela! —exclamó Odalyn impresionada—. ¡Recuerda que yo me crie entre ellos!

—Abusaron de ti desde que naciste obligándote a trabajar como la esclava que eras. Te utilizaron y todavía te siguen utilizando, ¿no te das cuenta? ¡Este hombre te robará la vida!

—¿Pero estás loca?

—¿Loca?

—¡De momento se ha quedado con tus tierras por matrimonio y con tu fortuna! ¡No puedo creer que hayas sido tan estúpida!

—¿Cómo se atreve? —gritó Didrik furioso dando un paso hacia ella—. ¡Cómo se atreve a insultarme a mí y a los míos cuando si está viva es gracias a mí! —Loretta pálida dio un paso atrás. —He matado a gente por mucho menos, milady —dijo con desprecio—. No colme mi paciencia —dijo antes de irse furioso del salón.

—Abuela, ¿qué has hecho? —preguntó incrédula.

Loretta se echó a llorar y quiso ir tras ella, pero su marido también la necesitaba. —Ve con tu marido, hija —dijo Oswald—. Él es tu futuro.

—Pero…

—¿Quieres que suba a hablar con tu abuela? —preguntó Idun preocupada.

Asintió antes de correr hacia la puerta. Su marido ya se estaba acercando a la muralla y dio un puñetazo a uno de los maniquíes de paja que los soldados usaban de diana. Apretó los labios acercándose y vio cómo se tensaba al sentir sus pisadas sobre el suelo de gravilla. —Debes perdonarla.

—¿Debo? —preguntó con ironía.

—Ha sufrido mucho, cielo. Su hijo se acaba de matar por todo lo que vivió. —Se apretó las manos. —Han pasado muchas cosas y…

—¿Qué hacemos aquí, preciosa?

—¿Qué?

Se volvió para mirarla a los ojos. —Esta gente nunca confiará en nosotros, nos odian.

—Tienen que conocernos...

—¡No quieren, Odalyn! ¡Quieren que desaparezcamos lo antes posible!

—¡Cómo has dicho nos deben la vida! ¡Y lo saben! ¡En cuanto vean como prosperan las tierras que cultivan, todo cambiará!

—¡Decías que querías ayudarles porque es lo que tu padre haría! ¡Y tu padre no era nada ni hacía nada de lo que pensabas, mujer! —Odalyn palideció sabiendo que tenía razón. —Te lo vuelvo a preguntar, ¿qué hacemos aquí?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Puede que ellos no me quieran aquí, puede que me odien y me teman, pero pienso ayudarles porque es lo que hubiera querido que alguien hiciera conmigo! ¡Y te conocí, llegaste a mi vida y la cambiaste! ¡Pienso hacer lo mismo por ellos!

—No se lo merecen.

—Sí que lo merecen, cielo. Cuando llegué aquí vi sus miradas de desesperación y recordé como me sentía yo en las tierras del jarl. Era esclava, me maltrataban y no sabía si moriría. ¡Era evidente que ellos se sentían igual a pesar de ser hombres libres! ¡Y encima ni

tenían que llevarse a la boca porque su señor les sangraba quedándose con todo lo que tenían! ¡Puede que mi padre no cumpliera con su deber y no me quisiera, pero estas son mis tierras, me las he ganado dejando mi sangre en ellas y como jarl pienso cuidar de los que ahora son míos! Dijiste que lo comprendías cuando me permitiste venir, y me avisaste de los riesgos, riesgos que asumí incluso a costa de tener que luchar por mi vida. No sé por qué ahora que casi hemos rozado la paz con la yema de los dedos te pones así. ¿Por mi abuela? Creía que tenías la piel más dura, jarl.

Él apretó los labios. —Preciosa, deberías hablar tú con los jefes del norte. Sabes cómo dejar las cosas muy claras.

Ella sonrió y le abrazó por el cuello. —Lo que pasa es que estás dolido porque ha dicho que eres un avaro. —Gruñó abrazándola por la cintura. —Y no lo eres. Eres casi tan generoso como yo.

—Ah, ¿si? —preguntó divertido.

—Sí, cielo…Has ayudado a mi hermano, a mí, te preocupas por los tuyos y no te has quedado con una sola moneda de oro.

—Me he quedado con algo.

—Ah, ¿si? —preguntó sorprendida—. ¿Con qué?

En su mano apareció un anillo con una hermosa piedra azul. —Con la luz de la gruta parecía el color de tus ojos —susurró como si estuviera incómodo por dárselo. Ella ilusionada soltó una risita—. Me gustaría que lo llevaras. —Se lo puso en el dedo índice. —Ahora me arrepiento de haberlo cogido…

—Oh, mi amor… ¿Por eso te ha afectado tanto el comentario de mi abuela? Me encanta y no tiene importancia de dónde ha salido, sino que has pensado en mí para dármelo. —Le agarró por la cintura y él dio un respingo. —Oh, lo siento.

—No pasa nada. —La besó suavemente en los labios. —Volvamos dentro, tienes que cenar, estarás hambrienta.

—Debo ir a hablar con mi abuela.

—Haré que te guarden un plato.

—Ni en un millón de años encontraría a un hombre como tú. Te amo.

Él sonrió y ella frunció el ceño porque no le contestaba lo mismo. —¿Qué, preciosa?

—No, nada. —Forzó una sonrisa. —Intentaré bajar lo antes posible —dijo antes de alejarse.

Entró en el salón y pensando en ello fue hasta las escaleras. Al mirar hacia arriba vio a su abuela seguida de Idun que no dejaba de suplicarle mientras un par de lacayos con dos cofres las seguían. —Abuela, ¿te vas? —preguntó pasmada.

La miró con pena. —Creo que es lo mejor. —Se detuvo ante ella. —No quiero enturbiar tu relación.

Los lacayos pasaron a su lado. —¡Alto! —Estos se detuvieron en seco. —Súbanlos de nuevo.

—Pero niña… —dijo angustiada—. Lo que he dicho… Tu marido no me lo perdonará.

En ese momento entró Didrik y al ver los cofres chasqueó la lengua antes de ir hacia la mesa.

—Discúlpate abuela.

—¿Yo? —dijo como si eso fuera algo impensable.

Cogió su mano y se apartaron hasta la chimenea. —Sé que lo habéis pasado mal, pero sin Didrik sin sus influencias en nada de tiempo estas tierras serían de perfectos desconocidos venidos del norte. Bárbaros como les llamas y seguramente la mitad de las personas que conoces estarían muertas. No me importa lo que han hecho antes otros porque personas malas las hay en todos los sitios. Te aseguro que aquí me he encontrado unos cuantos.

—¡Nosotros no vamos a matar y a robar a otros países!

—¿No? ¡Despierta abuela! ¡Las riquezas siempre salen de algún lado! ¡El oro no cae del cielo! ¡Desde siempre se han invadido países y robado sus riquezas! ¡Nadie está libre de culpa!

El rey apretó los labios y Odalyn le señaló. —¡Pregúntale a él! ¡Guerreaba contra otros reyes por ser el rey de todos los

anglosajones!

—Niña, qué boca tienes.

Didrik sonrió divertido. —Eso mismo pienso yo.

Se puso como un tomate y Jensen se echó a reír a carcajadas. —Seréis idiotas.

Lady Loretta soltó una risita y la acarició en el hombro. —Tienes razón.

—Ah, ¿si? —preguntó sorprendida—. No pensaba que fuera tan fácil.

Su abuela se acercó a Didrik e hizo una inclinación. —Mis disculpas, jarl. He perdido los nervios. Supongo que mi ánimo no es el de siempre.

—Menuda mentira —dijo el rey por lo bajo.

Ella le fulminó con la mirada. —Ya hablaré con tu madre —siseó.

—Acepto sus disculpas, milady —dijo Didrik.

Loretta sonrió y se sentó en su sitio como toda una dama levantando su copa. —Más vino.

Rose la sirvió de inmediato y Odalyn le guiñó un ojo. La sirvienta sonrió ampliamente y cuando vio como Jensen volvía la cabeza mientras se alejaba Odalyn se le quedó mirando fijamente. Cuando el hermano de su marido se dio cuenta carraspeó. —Cuñada el conejo está delicioso.

—Lo ha hecho Rose.

—Ah, ¿si? —preguntó como si nada.

—Una chica muy hermosa y con talento —dijo Oswald—. Su color de cabello es único, chico. Yo no la dejaba escapar.

—Tendrá unos meses para conocerla bien —dijo el rey muy interesado en que se llevaran bien. Ella le miró exasperada—. ¿Qué? ¡Nada como un matrimonio para una alianza!

—Siempre pensando en lo mismo.

—El rey tiene razón, preciosa. ¿Acaso no lo hacemos nosotros? ¿Por qué crees que me iba a casar con Brenda?

—¿Porque querías saber quién había matado a tu padre? —preguntó con ironía.

Él gruñó. —Pero el jarl no lo sabía. Él quería hacer una alianza conmigo mediante ese matrimonio y se ha hecho así toda la vida.

—Menos mal que aparecí yo.

Su marido sonrió. —Sí, menos mal.

—Sobre Idun…

La aludida comiendo a dos carrillos volvió la vista hacia ellos. —¿Sobre mí qué?

—Niña no se habla con la boca llena —dijo su abuela—. Una dama debe cuidar sus modales.

—¿Una dama? ¿Ahora soy una dama?

—Por supuesto.

—Oh… —Estiró la espalda antes de pasarse el dorso de la mano por la boca y lady Loretta puso los ojos en blanco. —Entonces si soy una dama puedo casarme con quien quiera.

—Por supuesto —dijo Odalyn antes de darle un codazo a su marido que carraspeó incómodo. Ella le miró asombrada—. ¿Qué pasa?

—No quiere —dijo por lo bajo.

Jadeó indignada. —¿Cómo que no?

—Y no te digo a donde me ha mandado por proponerlo —susurró.

—Uy, este… —Se levantó furiosa. —Nada, que hoy no ceno.

—Preciosa vuelve a la mesa.

—Tengo que resolver esto.

Idun corrió tras ella. —¿Qué haces?

—Nada tú quédate aquí —dijo subiendo las escaleras agarrándose el bajo del vestido.

—Si no quiere no quiere.

—Claro que quiere.

—Ah, ¿sí?

—Lo que pasa es que no lo sabe.

—Y tú le vas a abrir los ojos.

—Por supuesto. ¿Dónde iba a encontrar una mujer tan hermosa y complaciente como tú?

—Igual es eso, que he complacido demasiado. —Odalyn se volvió hacia ella. —No tenía que haber dicho eso, ¿no?

—Pues no. Tu pasado es pasado y lo que hiciste fue por obligación.

—Bueno, lo del soldado…

—¡También! ¿O no querías entrar en el castillo?

—Uy, sí. Es cierto, fue un deber.

—Un deber hacia a mí para que estuviera a salvo y pudiera llegar hasta donde he llegado. Has cumplido una misión y por lo tanto hasta el rey debería besarte los pies por lo bien que has realizado tu cometido. Si a él su jarl le diera una orden tendría que acatarla y es lo que has hecho tú. Así que levanta la barbilla que no has hecho nada malo, ¿me entiendes?

—Lo he hecho por ti y por salvar las tierras de tu padre.

—Y para salvar la vida, no lo olvides. Eres una heroína.

—¿De veras? —preguntó con los ojos como platos antes de pensarlo bien—. Lo soy. Muchos de aquí deberían agradecerme que prácticamente te salvé la vida.

—No prácticamente, me la salvaste porque para lo que hizo la curandera…—Se volvió para seguir caminando y desaparecieron de su vista.

—Esta niña podría conquistar el mundo —dijo el rey fascinado—. Tiene una labia…

La abuela rio por lo bajo al igual que Oswald. —Ni os imagináis de los castigos que se libró por esa labia.

Jensen rio por lo bajo. —Hoenir ya puede darse por casado.

—Y tú también —dijo Didrik divertido.

—Oh, no. Yo no. —Rose dejó una jarra de vino a su lado y le guiñó un ojo dejándole pasmado. —¡Hermano haz algo!

—Lo siento, pero cuando a mi esposa se le mete algo en la cabeza no hay quien la detenga. —Apoyó los codos sobre la mesa

mirando a Oswald. —Dime amigo, ¿cómo es que no escapó antes?

Él apretó los labios. —Su madre llevaba un tiempo delicada, jamás se hubiera ido sin ella. Sé que ni se le pasó por la cabeza por eso. Judith no hubiera resistido el viaje.

—Entiendo.

—¡Claro que sí! —gritó su esposa desde arriba—. ¡Y será mañana antes de irnos para que llegue a tus tierras como una mujer casada y se la respete!

—¡Mujer, dónde está mi hermano!

—¡No le molestes con estas minucias!

—¿Minucias? ¡Quieres casarme!

—Hay que crear alianzas, mira que lo ha dicho el rey…

—¡Si es vikinga!

—¿Prefieres una anglosajona? —preguntó ofendida.

Las voces cada vez se acercaban más y Jensen susurró —Detenla o nos va a casar a todos.

—Madre estará contenta.

—¿La tuya o la mía?

—Las dos.

—¡Marido! ¡Se ha levantado de la cama y todo! —protestó su mujer desde lo alto de las escaleras.

En ese momento apareció Hoenir casi arrastrando la pierna y pálido de los dolores. —¡Jarl tu mujer está perdiendo la cabeza!

Idun apareció tras él y bajó las escaleras en silencio mientras los dos la miraban. Su cara de pena rompía el corazón y Odalyn miró a su cuñado como si quisiera matarle. —Esto lo vas a pagar. La has humillado.

—La has humillado tú al insistir en este matrimonio. ¡Si he compartido lecho con ella ha sido decisión nuestra y no estaba precisamente intacta para que me reclames nada!

Idun sollozó yendo hacia la cocina tapándose el rostro como si quisiera ocultar su dolor. Odalyn tensó la espalda. —¿No estaba intacta? No, no lo estaba —dijo fríamente—. Porque desde niña tuvo

que sufrir los abusos de otros reprimiendo lo que realmente sentía que era dolor y desesperación. La conozco muy bien y solo a ti te ha entregado su corazón. Puede que no te conozca desde hace mucho, pero precisamente porque ha compartido tu lecho libremente sé que ha confiado en ti. Sé que de algún modo ha llegado a amarte y ha deseado que seas su esposo. Ahora entiendo que ha sido un error pensar que podías haber visto en ella todo el amor que tiene por dar y lo maravillosa que es. Tranquilo que no te molestaré más con este tema. No creo que ella quiera ya este matrimonio, porque si algo le queda es orgullo.

Furiosa bajó los escalones y corrió hacia la cocina donde su amiga había huido por la puerta de atrás.

Hoenir apretó los labios mirando por donde había desaparecido la esposa del jarl mientras todo el salón se mantenía en silencio. Didrik se levantó. —Hermano debes volver a la cama.

Le fulminó con la mirada. —¿Has visto lo que has hecho al casarte con esa mujer?

—Hermano cuidado con lo que dices que no estás en condiciones de que te pegue una paliza.

Hoenir entrecerró los ojos. —Te conviene que no siga por ese camino, hermano. No sé cómo se tomaría tu esposa la situación que nos espera en casa.

—¡Vuelve a la cama! —gritó furioso mientras los demás le miraban con la boca abierta.

Jensen se levantó. —Hoenir vuelve a la cama antes de que digas algo irremediable.

—¡Irremediable es lo que quiere hacer esa mujer! —gritó antes de desaparecer.

El rey miró de reojo a Didrik que furioso se sentó de nuevo. Al ver que todos le observaban apretó los puños. Oswald le miraba fijamente esperando una explicación. —No me mires así, viejo.

—¿Qué situación? —preguntó sin intimidarse.

—No es problema tuyo —siseó.

—Odalyn es problema mío.

—Y mío —dijo su abuela.

El rey asintió. —Si es algo que puede poner en peligro el tratado debo saberlo.

—¡Nada va a poner en peligro nada! ¡Es mi esposa y así será!

—¿Tu familia no acepta el matrimonio? —preguntó la abuela—. En cuanto la conozcan…

—No es eso —dijo Jensen—. De hecho admiraron su valentía por lo que contaban los hombres de ella. Todos estaban de acuerdo en que hubiera sido la esposa que nuestro jarl merecía. Su madre sintió mucho su muerte como todo nuestro pueblo porque estaban deseando conocerla.

—¿Entonces? —preguntó Oswald.

Didrik agachó la mirada. —Estaba muerta.

Le miraron sin comprender hasta que la abuela jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Te has casado de nuevo?

—No, milady —dijo Jensen.

—¡Cállate!

—Se van a enterar igual y ya deberías habérselo dicho a tu esposa. ¿Cómo será su reacción cuando lleguemos? ¿Lo has pensado? Al menos si se lo dices aquí, entre los suyos…

—Dios mío, ¿qué es? —preguntó Oswald perdiendo la paciencia.

—Voy a tener un hijo.

Le miraron sin aliento y él apartó la mirada como si no lo soportara. —¿Con quién? —preguntó el rey que fue el primero en reaccionar.

—Con… una esclava. —Oswald juró por lo bajo levantándose y llevándose las manos a la cabeza. —Ya había estado con ella antes de conocerla y después…

—Después también —dijo Oswald con ironía—. ¿O fue antes de conocerla?

Didrik se tensó. —No. Parirá en invierno.

Oswald juró por lo bajo.

—No veo donde está el problema —dijo el rey antes de que los demás le miraran como si fuera idiota—. Estaba muerta.

—¿Muerta? ¿Muerta? —preguntó Oswald acercándose—. ¡Desde que murió Judith jamás he mirado a otra mujer! Ahí se nota todo lo que la querías —dijo entre dientes.

—Lo que yo decía —dijo su abuela.

—Mi hermano es joven no como tú, Oswald.

—¡No me vengas con eso de los impulsos que me da la risa!

Mientras discutían Odalyn pegada a la pared de la cocina no podía contener las lágrimas. No podía evitarlo, se sentía traicionada. Todo el tiempo que había estado postrada en esa cama siempre estuvo segura de él, de que volvería y podrían estar juntos de nuevo. Y él mientras tanto estaba con otra y esclava, además. Se sintió avergonzada de haberle dicho tantas veces que le amaba, que era lo más importante de su vida y que no había otro hombre para ella más que él. Se llevó la mano al pecho intentando contener el dolor. Una esclava, no se lo podía creer. La decepción con su marido no podía ser mayor.

—¿Qué querías que hiciera? —gritó él furioso.

Oswald le miró con desprecio. —¿Qué pasó, Didrik? ¿El invierno era largo y necesitabas a alguien para calentar tu cama?

—Pues sí —dijo provocando que Odalyn sintiera que le acuchillaban el corazón—. ¡Ella ya no estaba!

—Pero aun así querías venganza. ¡Empiezo a pensar que fue más por tu orgullo herido al atreverse a tocar algo tuyo que porque sintieras algo por ella!

—Si casi ni se conocen —dijo Jensen atónito—. Es lógico…

—Para mi niña jamás ha habido otro hombre que él —sentenció Oswald—. Jamás ha mirado a otro hombre como le mira a él y le ama por encima de todo. ¿Acaso Odalyn le conoce más que él a ella? —Jensen cerró la boca. —Ahora te callas. Es evidente que has visto lo mismo que hemos visto todos. —Miró a Didrik a los ojos. —Lo mismo que has visto tú y aun así le has dado a otra mujer lo que

tu esposa ha perdido hace poco. Su dolor va a ser indescriptible cuando se entere.

—Yo no tengo la culpa de que haya perdido al bebé.

—No, no la tienes. Fue ella la que quiso quedarse y luchar por lo que es suyo. Fue ella la que arriesgó la vida para avisarte y que no te mataran. Y fue a ella la que dejaste medio muerta en esa playa —dijo antes de irse.

Didrik apoyando los codos sobre la mesa se pasó las manos por la cara frustrado.

—Hermano…

Levantó la vista para encontrarse a Odalyn con el rostro desencajado de dolor mirándole fijamente desde el otro lado de la mesa. Se levantó de inmediato. —Preciosa…

Su mirada se tornó fría antes de ir hacia la escalera y subir en silencio. Jensen apretó los labios. —Esa mirada. Hermano cuida tu cuello.

—¡No puede poner en peligro el tratado! —dijo el rey indignado.

La abuela se levantó mirándole asqueada. —Vete subiéndote al barco, vikingo, porque mi nieta no va a ir contigo a ningún lado. —Apoyó las manos sobre la mesa acercándose. —De eso me encargo yo.

—Más quisiera, vieja. ¡Es mi mujer!

—No. —Sonrió con maldad. —Ya no. El clero no reconoce vuestro matrimonio y por esa mirada estoy segura de que ella no dará su consentimiento en un enlace cristiano. ¡Estas son tierras anglosajonas y es la dueña de todo lo que abarca a la vista! No te necesita y pienso hacérselo ver. Disfruta de las joyas de mis antepasados porque es lo único que te llevarás de los Edevane. —Le escupió en el rostro y Didrik apretando los puños vio cómo iba hacia las escaleras.

Jensen asombrado iba a beber, pero de repente su jarra desapareció y atónito vio que se la había quitado Rose. —¡Tengo que recoger, fuera del salón!

—¿Y yo qué culpa tengo?

Rose se alejó hasta la cocina y Jensen aún sin creérselo miró a su hermano que jurando por lo bajo salió del castillo dando un portazo.

—Si algo conozco a las mujeres, lo que acaba de hacer tu jarl le ha sentenciado. —El rey negó con la cabeza. —Mira que no ir a ver a su esposa en este momento…

—Lo arreglarán —dijo Jensen convencido.

—¿Con lo cabezota que es la niña? —Se levantó con la jarra en la mano. —Lo dudo. —Hizo una mueca. —Igual puedo casarla con uno de esos invasores del norte. Sería una buena alianza.

Sentada en su cama en la torre se abrazó las piernas. Su abuela había intentado consolarla, incluso Idun a pesar de su disgusto en cuanto se había enterado por Rose había ido a verla de inmediato, pero nada calmaba su dolor. Era evidente que si se moría mañana al día siguiente ya estaría con otra, lo que demostraba que no la quería, jamás la había querido. Su abuela decía que no tenía que casarse, que era libre en las tierras del rey y sabía que tenía razón. Todavía estaba a tiempo de detener aquella locura, pero si Didrik había llegado a un pacto con el rey era precisamente por su matrimonio y porque poseía esas tierras con su unión. Si él no obtenía nada de ello para qué negociar una tregua con los jefes del norte. No, se iría y no volvería a verle. Y eso dolía, dolía muchísimo.

Recordó como la miraba cuando la vio por primera vez y como ella respondió a él. Se preguntó si cuando habían estado separados en aquella primera ocasión también había estado íntimamente con esa mujer. Seguramente sí, no esperaba verla en más de un año, ¿por qué iba a guardarle ausencia? Mi padre se hubiera cortado el miembro antes de hacerle daño a mi madre, la amaba. Esas palabras dejaban muy claro que él no la amaba a ella. Puede que el deseo y lo que ocurrió cuando se conocieron le impulsaran a decir que estaban casados. Él meses después dijo que no se había

arrepentido y prueba de ello fue que había ido a buscarla, pero en cuanto creyó que había muerto metió a otra en su cama. Palideció al recordar lo que Oswald había dicho de calentar su lecho durante el invierno y su respuesta.

La puerta se abrió lentamente mostrando a Didrik que en silencio entró en la habitación. Se quedaron mirándose el uno al otro. —Lo siento, preciosa.

—Lo sientes. —Apartó la mirada porque no podía ni verle. —Lo sientes.

—Creí que estabas muerta.

—¿Y antes de eso?

—Antes de eso no estábamos casados. No te conocía.

—Así que cuando nos separamos después de matar al jarl Einarsen…

—¡No!

—¿No te dio tiempo? —susurró.

Él se tensó. —Hacía seis días que había llegado a mis tierras cuando llegaron tu hermano y Oswald. Antes me detuve en Heirst para negociar con unas pieles.

Sonrió con desprecio. —¿Y en Heirst? Tengo entendido que allí hay mucha diversión para los hombres.

—No.

—Tendré que creerte ya que no hay embarazo que delate tu conducta.

—Mi conducta no tiene nada de reprobable. ¡Estabas muerta para mí!

—Como tú lo estás ahora para mí —dijo fríamente antes de mirarle a los ojos.

—No digas eso.

—Jamás te hubiera traicionado. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Jamás te hubiera herido…

—Preciosa… —dijo dando un paso hacia ella.

—¡No te acerques!

Didrik se enderezó. —Lo que he hecho ya no puede cambiarse.

—Precisamente.

—Eres mi mujer —dijo entre dientes.

—No. Dejé de serlo aquel día que decidiste que una esclava tenía que calentar tu cama. —Asqueada apartó la mirada.

—¡No es una esclava como lo eras tú o Idun! ¡Nosotros no las maltratamos, son como las mujeres libres! ¡Jamás hemos arrebatado a alguien de su hogar y si las tenemos es porque han sido compradas! Te aseguro que tienen una vida mucho mejor que muchos hombres libres que he conocido. ¡Y para tu información no tengo la necesidad de obligar a nadie a que se meta en mi cama y que lo insinúes me ofende!

—Te ofende. Así que se metió en tu cama libremente.

—¡Pues sí!

—Y si fuera libre lo haría igualmente.

—¡Te aseguro que libres o no nunca me ha faltado alguien que quiera complacerme en el lecho!

—Entonces esa necesidad siempre la tendrás cubierta, es un alivio.

Entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Que a mí no volverás a tocarme —dijo mirándole como si le odiara—. Si dependiera de mí este matrimonio se acababa aquí, pero tengo que pensar en los míos, tengo que pensar en el rey y sí para que haya paz en mis tierras tengo que continuar casada contigo lo haré.

—¡Este matrimonio no va a cambiar!

—¡Claro que sí! ¡De todas maneras no me necesitas!

—¡Eso es mentira!

—¿Para qué? ¡Cómo has demostrado puedes complacerte en otro sitio y que esa mujer te dé hijos! ¡Ya que tú eres un bastardo no te importará que tus hijos lo sean! ¿Para qué me necesitas a mí? —Levantó una de sus cejas rubias. —Oh, claro… Mis tierras y mi oro, ¿eso quieres? El oro ya te lo has llevado, pero si quieres mis tierras

tendrás que terminar el acuerdo de paz. A mí no me vas a tocar un cabello más porque como te acerques, te juro por Odín que te mato.

Didrik palideció. —Estás enfadada y disgustada...

—No, estoy rota. —Reprimió un sollozo. —Te di mi alma y ni sentiste mi muerte.

—Eso es mentira. —Dio un paso hacia ella y Odalyn se puso de pie sobre la cama con un puñal en la mano. Impresionado levantó la vista hasta sus ojos llenos de lágrimas. —Odalyn no hagas locuras.

—Mañana nos casaremos de manera cristiana para contentar al clero y al rey. Después de eso te irás de aquí dejando a un representante tuyo que se encargue de tus obligaciones. ¡Me da igual quien sea, pero a ti no quiero verte más! ¡Vete con esa esclava tan libre que va a parir un hijo tuyo!

Didrik la miró furioso. —¡Mañana nos casaremos en esa pantomima y te subirás al barco conmigo, esposa! Como si tengo que arrastrarte yo mismo, ¿me oyes?

—No me necesitas.

—¡Pero vendrás igual!

Sus labios se crisparon por su respuesta porque demostraba que no la necesitaba en absoluto y desgarrada gritó —¿Para qué? ¿Para ver cómo se le hincha el vientre con un hijo tuyo?

Pálido apretó los puños de la impotencia. —La esposa de mi padre tuvo que aceptar que amara a otra mujer y le diera hijos. Tú solo tendrás que aceptar un hijo, no creo que sea para tanto.

—Maldito cabrón, como me obligues a subir a ese barco te juro por Odín que…

Se tiró sobre ella haciendo que el puñal cayera al suelo y tumbado sobre su cuerpo la retuvo cuando intentó quitárselo de encima. —Eso es preciosa, lucha. Has luchado toda tu vida, no te contengas.

Odalyn gritó intentando librarse de él y la puerta se abrió mostrando a Idun. Didrik miró sobre su hombro y gritó furioso —¡Fuera!

Su amiga entrecerró los ojos y gritó tirándose sobre él para agarrarle de los pelos. —¡Maldito suéltala!

El peso de ambos le robó el aliento y ninguno de los dos se dio cuenta mientras Didrik intentaba quitársela de encima. Sintió como se le iba el aliento y como todo se nublaba ante sus ojos. Y por primera vez en su vida dejó de luchar.

Didrik miró hacia abajo para ver que su mujer no se movía. —¿Odalyn? Odalyn, ¿qué te pasa?

Idun asustada se dejó caer en la cama. —¿Odalyn?

—¡No se despierta! —Didrik asustado se quitó de encima de ella pegando su oído a su pecho. —¡Odalyn! Dios mío, no respira.

—¿Qué? ¡No, no! ¡Odalyn! —Idun sollozó acercándose a su boca para sentir su aliento y pálida levantó la vista hacia él. —¡Maldito cabrón, la has matado!

Didrik la cogió por los hombros incorporándola. —Vamos preciosa, respira… —Desesperado la zarandeó. —¡Odalyn!

En la oscuridad se vio a sí misma sentada de niña ante la casa de su madre y está sentada a su lado cosiendo unas camisas de la familia del jarl le decía —Claro que sí.

—¿De veras, madre? ¿Y seré feliz?

Su madre la miró con cariño. —Tendrás un matrimonio muy dichoso. Y te amará por encima de todo como yo te amo a ti. Tendrás muchos hijos, hijos bien hermosos y estaré orgullosa.

Una lágrima cayó por su sien cortándoles el aliento y Didrik temiendo hacerle daño la tumbó lentamente sobre la cama.

—¿Y si no le conozco nunca, madre? Por aquí no está.

Judith se echó a reír. —Aún eres muy niña para darte cuenta si está aquí o no. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla. —Pero cuando te des cuenta de quien es, será para siempre, mi vida. Porque tu corazón es tan puro que cuando ames lo harás tan de verdad que será para siempre.

Abrió los ojos y se quedó en silencio mirando el techo. Didrik suspiró del alivio cogiendo su mano mientras Idun lloraba. Miró a su

amiga y susurró —¿Por qué lloras?

—Por nada. —Forzó una sonrisa. —¿Estás bien?

—Sí. —Miró al techo. —Estoy bien —susurró sin darse cuenta de que lloraba—. He visto a madre. Ha sido un sueño tan real…

—¿Y qué te decía?

Sintió como su marido acariciaba su mano. Sin ser capaz de apartarla susurró —Que me quería.

—Claro que te quería, te quería muchísimo.

—Sí, es una pena que no esté aquí.

—Lo es. ¿Por qué no duermes un poco?

—Túmbate a mi lado. ¿O vas a dormir con Hoenir?

—Eso se acabó, amiga.

—Él se lo pierde.

—Muchos se van a perder unas cuantas cosas por aquí.

—Eso parece. —Cuando sintió que Didrik se tumbaba a su otro lado le miró incrédula. —¿Qué haces?

—Dormir con mi esposa.

—¡Eh, que ya me quedo yo!

—Y te lo permito por su estado.

Ambas entrecerraron los ojos antes de mirar la una para la otra dándole Odalyn la espalda. Él suspiró mirando su hermoso cabello y cogió uno de sus mechones para acariciarlo. —Lo siento, preciosa.

Mirando los ojos de su amiga no respondió.

—¿Recuerdas lo que hemos hablado esta mañana, esposa? No fue hace tanto tiempo como para que lo hayas olvidado —dijo con voz suave—. Te he preguntado si me perdonarías si alguna vez tomaba una decisión equivocada y tú me has contestado que no dejarías de amarme jamás. —Se quedó en silencio esperando su respuesta y como no dijo nada susurró —Espero que no dejes de amarme nunca porque ya eres parte de mí, preciosa.

Idun vio como una lágrima caía por su mejilla sabiendo que tenía roto el corazón y no sabía qué hacer para ayudarla.

Capítulo 14

Sentada en el barco miraba el mar y mientras los hombres remaban recordaba la absurda boda. El sacerdote la hizo en latín y por supuesto ninguno de los dos sabía que era lo que aprobaban al decir que sí. No hubo banquete ni celebración porque para todos era evidente por la cara de la novia que no había que celebrar nada. Lo peor fue despedirse sobre todo de Oswald y de las chicas. Su nuevo padre la llevó a un lado sin que su marido le quitara ojo como había sucedido durante casi toda la mañana. Debía temer que saliera corriendo. Ignorándole miró a Oswald a los ojos y sonrió con tristeza. —Te voy a echar mucho de menos.

Él apretó sus manos. —Y yo a ti.

De repente sintió miedo de no verle más y él negó con la cabeza. —No te preocupes. Estaré allí antes de lo que piensas.

—¿De veras? —preguntó emocionada. Sorprendiéndole le abrazó —. Gracias. Gracias por estar siempre ahí para mí. Por cuidarme y querer siempre mi bienestar.

—No tienes nada que agradecer, niña —dijo con cariño—. Ha sido un honor verte crecer y pasaría por todas las esclavitudes del mundo por tener ese privilegio. Estoy muy orgulloso de la mujer en la que te has convertido.

Sin poder evitar las lágrimas se apartó y él acarició su mejilla. —Hija…

—Dime.

—Sé que estás dolida, yo me ofendí muchísimo al enterarme, pero recuerda una cosa… El amor, el verdadero amor solo se

encuentra una vez en la vida. No lo dejes escapar, niña. Y te lo digo por experiencia porque me arrepentí mil veces de no haberle dicho a tu madre lo que sentía. Fui cobarde, algo que sé que tú no eres y también a veces hay que ser valiente para perdonar, para seguir adelante a pesar de arriesgar tu corazón.

—No quiero perdonar —dijo asustada por volver a sufrir ese calvario.

—Sé que ahora esa mujer no deja de rondar tus pensamientos, pero en cuanto el dolor remita, te pido que recuerdes los buenos momentos compartidos con tu marido y sé que los ha habido. También quiero que pienses si eres capaz de vivir sin esos momentos lo que te quede de vida. —Se le cortó el aliento y Oswald sonrió. —Veo que lo entiendes, mi niña. —La besó en la frente. —Cuídate mucho.

—Te espero.

Él sonrió y Odalyn se volvió para ver a su marido hablando con Jensen que se quedaría. Las chicas se acercaron a ella con John y por sus caras era evidente que no les gustaba nada que se fuera. —Volveré.

—¿Nos lo promete, milady? Esto es mucho más entretenido desde que usted ha llegado —dijo el chico.

Sonrió. —Volveré, lo prometo.

—Entonces sé que lo hará. —El chico alargó las manos mostrando una funda de cuero grabada con lo que parecían alas. —Es un regalo de todos. De toda la aldea.

—¿De veras? —Impaciente abrió la solapa para ver una daga. En la empuñadura había grabado un ángel y emocionada sonrió sacándola para ver su delgado filo con grabados de alas extendidas.

—El herrero lleva dos días tallándola —dijo Rose—. Todos creímos que el ángel la representaba a usted, porque ha sido un ángel para todos nosotros. Nos cuida, nos guía y se enfrenta al mal, eso es lo que usted es para nuestro pueblo.

Intentando no llorar susurró —Agradecérselo a todo el mundo de mi parte, por favor. Sobre todo al herrero, es hermosa. Me encanta.

Los tres sonrieron y se sonrojó. —Yo no tengo nada para…

—Usted nos ha dado mucho, milady —dijo Julianne—. El pueblo vive mucho mejor desde que usted llegó. Ahora podemos llenar la barriga y en estos tiempos le aseguro que eso es mucho. —La miró sorprendida y su amiga susurró —Al rey solo le dimos la mitad de las monedas que salieron de la cruz y el resto lo usamos para comprar animales que tenemos escondidos en el bosque. No se lo dijimos antes para que no la castigaran a usted si nos descubrían. —Le guiñó un ojo haciéndola sonreír.

—Todo mejorará, os lo prometo. —Discretamente se quitó el anillo y se lo dio a Julianne que iba a protestar. —Usadlo. Sé que lo haréis por el bien de todos. Necesitaréis semillas. Ahora no tendréis que pagar impuestos y todo será más sencillo.

Los tres sonrieron. —Gracias, milady. Gracias por aparecer en nuestras vidas.

—Odalyn, debemos irnos —dijo su marido—. Es bajamar. Así evitaremos las rocas de la playa.

Asintió a su marido y sonrió a los chicos antes de alejarse. La abuela se acercó con dos lacayos detrás con su equipaje. Gruñó pasando ante su marido e Idun hizo lo mismo. Hoenir bajó las escaleras con ayuda de uno de sus hombres y sorprendida preguntó —¿Solo se va a quedar Jensen?

—En cuanto lleguemos a casa enviaré a Viggo.

—A Viggo, ¿el que pierde lo suyo con juegos estúpidos? ¿A ese hombre vas a enviar a administrar mis tierras y a tratar por ti? —preguntó tensa.

Apretó los labios. —Lo hablaremos.

—Claro que lo hablaremos, porque si algo me interesa de este matrimonio son estas tierras y su futuro. —Pasó ante él y llegó al rey. —Primo, si tienes algún problema envía un barco a por mí.

—Por supuesto, querida. —Cogió su mano y se la besó. —Cuídate mucho. —La besó en la mejilla demostrando el lugar que ocupaba en la corte.

Su abuela sonrió orgullosa antes de mirar con desprecio a Didrik y decir —¿Sobrino?

—¿Si, tía? —preguntó el rey loco de la alegría porque se la llevaran bien lejos.

—Dile a tu madre que tengo que irme. Mi niña me necesita.

—Lo sentirá mucho.

—Y enderézate. Eres rey —dijo levantando la barbilla antes de salir del castillo como si la reina fuera ella.

Alfred gruñó. —Niña, si no vuelve la corona te lo agradecerá.

—Cincuenta vacas, doscientas ovejas y veinte buenos caballos.

El rey se echó a reír. —Por supuesto…

—Jensen que su majestad no se olvide. Y que se repartan también con las tierras de mi madre.

Su cuñado sonrió. —Se lo recordaré, cuñada.

—Cuida lo que es mío. —Dio un paso hacia él. —Porque volveré y si no me gusta lo que veo, me dará igual que sangre corra por tus venas.

La sonrisa se le congeló. —Ah…—Miró de reojo a su hermano. —Que tengáis buen viaje.

—¿Rose? Si ves algo raro que me envíen mensaje.

—Sí, milady —dijo levantando la barbilla.

Increíblemente la sentía su casa y supo que la echaría de menos. Mirando el mar suspiró. Su casa. Ahora tendría otra y le daba la sensación de que allí no se sentiría a gusto. Tendría que tragar bilis para soportar ver a esa mujer todos los días. Recordó a Erika y como odiaba a su madre. Ella no quería ser así. Se odiaría a sí misma por vivir de la misma manera. Apretó los labios agachando la mirada. Su abuela se sentó a su derecha sobre un barril y se quedó allí en silencio mientras Idun se sentaba a su izquierda. Su amiga le tendió

un pedazo de pan con un poco de queso. —Come niña —dijo su abuela firmemente—. Casi no has desayunado.

Apartó la mano de su amiga y Didrik que vio el gesto apretó los labios llevándose la mano al costado antes de gritar —¡Moveos! ¡Parece que estáis dormidos! ¡Hay que aprovechar el viento!

—Pues yo creo que vamos muy rápido —susurró Idun asustada—. Mucho más que con los gemelos.

—Así tardamos tanto en llegar —dijo irónica—. De esta manera me indispongo menos.

Didrik que lo estaba oyendo entrecerró los ojos. —Pues es la primera vez que me subo a un barco —dijo la abuela tan pancha.

—La otra vez me puse malísima.

—Aunque lo disimuló muy bien —dijo Idun rápidamente.

—Que no te mienta, que el primer día casi ni podía hablar, solo vomitaba.

—Pobrecita. —De repente la abuela se levantó y casi se cae por la borda vomitando.

Ellas gritaron cogiéndola por la cintura y Odalyn al escuchar las arcadas cerró los ojos poniéndose verde. —Madre mía…

—No, no. Resiste, piensa en otra cosa —dijo su amiga.

—Ay, que me muero. —La abuela vomitó lo poco que le quedaba.

Didrik se acercó. —Odalyn siéntate y mira el horizonte.

—Yo la agarro, haz lo que te dice.

La cogió por la cintura sentándola en el barril y se puso a su lado. —Vamos preciosa, abre los ojos o será peor. Mira el horizonte.

Elevó los párpados y él asintió. —Eso es, por eso te sientes mejor porque desde que salimos miras al mar.

—¿Tengo que pasarme así todo el camino?

Él sonrió. —No, solo hasta que te acostumbres.

Le miró de reojo y él se acercó a la abuela cogiéndola en brazos para sentarla a su lado. —Tráeles un poco de agua.

—No —protestó la abuela.

—Tráesela. Les sentará bien.

—Abuela hazle caso, él sabe de esto. Mira el horizonte. —Cogió su mano y sonrió a punto de reírse.

—No tiene gracia.

—Podías haberlo dicho, abuela.

—Una dama jamás muestra sus debilidades —dijo con la cabeza bien alta.

Perdió algo la sonrisa. —Entonces una dama no se diferencia mucho de una esclava. Si descubren tus debilidades es cuando más daño te hacen. Igual he olvidado demasiado pronto lo que es ser esclava y nunca seré dama.

Varios días después tumbada en la piel que usaba de cama, se giró sin poder dormir y en los últimos días era algo que le pasaba a menudo. Al ver que su marido girado hacia ella la miraba desde su piel, molesta se volvió dándole la espalda. Ya no sabía qué hacer para evitar hablar con él. Cada vez se le hacía más difícil no dirigirle la palabra. Didrik ya la había abordado varias veces y era evidente que no cejaría en su empeño, lo que ella no entendía pues había sido muy clara respecto a lo que sentía. Vio por la escalera la luz que se filtraba demostrando que estaba amaneciendo y le escuchó suspirar. Un hombre bajó los escalones corriendo y le hizo un gesto. Didrik se levantó de inmediato cogiendo su espada y esquivando a los que dormían subió tras él. Frunció el ceño y apartó la piel yendo tras su marido. En todos los días que habían estado allí nunca le habían molestado si estaba durmiendo. Al subir los escalones se dio cuenta de que ya estaban cerca de un fiordo. Vio que los hombres miraban algo de espaldas a ella y fue hasta allí para ver un cuerpo en el agua. Estaba hinchado y tenía varias heridas en el cuerpo. Algunas eran como si le hubieran mordido los peces. Didrik juró por lo bajo mirando a su alrededor. —Parece que lleva unos días en el agua.

—¿Le conoces? —preguntó ella preocupada.

—Es Gerd, uno de mis primos. Aunque no es hermano de Viggo, es hijo de otra de mis tías.

Le miró asombrada. —¿Estás seguro de que es él? Está muy desfigurado.

—Estoy seguro. Sacadle del agua.

—Jarl, esto no me gusta —dijo uno de sus hombres—. Iba en el barco de Viggo.

A Odalyn se le cortó el aliento. —¿Qué?

—No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —preguntó empezando a temerse lo peor.

Después de recoger el cuerpo avanzaron lentamente por si había más y no tardaron en aparecer en la orilla nada más entrar en el fiordo. —Intentaron escapar —dijo Didrik llevándose las manos a la cabeza—. A varios les mataron con flechas.

—Les tendieron una emboscada a la entrada del fiordo, jarl.

Hoenir se puso a su lado mirando la orilla. —¿Se han llevado el barco?

—Es más sencillo llevarse el barco que trasladar el tesoro. ¡Atracad! —gritó—. ¡Busquemos supervivientes!

—Jarl han pasado días.

—¡Soltad el ancla!

De inmediato se cumplió su orden y otros hombres prepararon las barcas. Ella siguió a su marido que al apoyarse en la borda para bajar la vio tras él. —Ni hablar.

—Voy a ir contigo —siseó.

—Odalyn, solo bajo a echar un vistazo y tendremos que recoger los cuerpos. No va a ser una tarea agradable.

—Voy a ir contigo. —Ni corta ni perezosa se agarró a la borda para bajar y le escuchó gruñir, pero no se lo impidió. Como si pudiera, le dejaría sordo a gritos como no la dejara ver qué les habían hecho a esos hombres. Se agarró a la soga y con agilidad

bajó. Didrik ya estaba en la barca y la cogió por la cintura para dejarla sobre ella. —Serás cabezota.

—Espera que mi abuela se entere de esto.

—Te aseguro que voy a encontrarlo. El que haya osado traicionarme y haya matado a los míos no vivirá mucho tiempo.

—Eso espero, marido —dijo sentándose con la espalda muy recta.

Él apretó los labios y gritó —¡Daos prisa!

Bajaron dos hombres más a su barca, uno de ellos Hoenir que para estar herido lo disimulaba muy bien. Se sentó ante ella cogiendo un remo. —No deberías forzar esas heridas, puede que te necesitemos.

El otro hombre le cogió el remo y Didrik dijo —Mi esposa tiene razón, hermano. Reserva tus fuerzas, habrá que vengar a los nuestros.

—Lo que digas —dijo mirándola fijamente y por su tono le dio la sensación de que la culpaba de lo ocurrido. Era lo que le faltaba, que la usaran a ella como chivo expiatorio de sus frustraciones. Decidió morderse la lengua. Ya le diría lo que pensaba si decidía echárselo en cara. Puede que el tesoro fuera suyo, pero fue decisión de Didrik y sus hombres sacarlo de tierras anglosajonas cuanto antes. Encima que les había hecho ricos… Es que era para ponerse a gritar.

Cuando llegaron a la orilla no esperó a que la ayudaran y saltó de la barca con agilidad acercándose a uno de los fallecidos. Tenía una flecha en el pecho y la sangre no estaba reseca. Se agachó pasando el dedo por la herida. —Mujer, ¿qué haces?

Levantó el dedo y se le cortó el aliento. —¡Didrik ha muerto hace unas horas!

—¿Qué dices? Mi primo estaba… —Se agachó a su lado y al ver la sangre frunció el ceño.

Escuchó un gemido y Odalyn levantó la cabeza como un resorte. —¿Hay alguien vivo?

—¡Buscadles!

Los hombres se distribuyeron entre los cuerpos. Odalyn caminó varios pasos y al ver a Viggo tirado sobre la hierba con un corte en la garganta se llevó la mano al pecho. —Dios mío.

Sintió a su marido tras ella y le escuchó jurar por lo bajo antes de acercarse a él. —Primo…

—Lo siento mucho —susurró ella porque aunque intentaba disimularlo estaba muy afectado.

—Le sorprendieron por detrás. —Movió su barbilla hacia su derecha para mostrar la herida y de repente Viggo levantó la mano para cogerle por la muñeca con fuerza mirándole como si no le reconociera.

Odalyn gritó del susto y Didrik fue el primero en reaccionar. —¿Quién te ha hecho esto, primo?

—Herrst, ella…

—¿Ella? ¿Quién?

Odalyn se arrodilló a su lado. —Está muy débil, Didrik. Necesita ayuda.

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha matado a los nuestros?

—Agua… —Miró a su alrededor angustiada. —¡Qué alguien traiga agua!

Al ver su cabeza vio que también tenía una herida. Seguramente se la había hecho al caer porque allí había una roca llena de sangre. —Tenemos que llevarle a una curandera.

—¡Viggo habla!

Su primo perdió el sentido y ella asustada se agachó para comprobar si vivía. Suspiró del alivio. —Respira.

—Tiene la mirada ida —dijo Didrik preocupado.

Pasó la mano por su frente. —Tiene calentura. Tenemos que llevarle al barco.

Un hombre se acercó corriendo. —Jarl, hay al menos cuatro vivos. Dos dicen que pasaban por aquí ayer. Que era casi de noche y que vieron a dos mujeres que pedían ayuda. Decían que su hermano estaba herido en el bosque y que no podían con él. Tu primo no se

fiaba de ellas y mandó bajar a varios hombres. Entonces les emboscaron. Acudió en su ayuda y cuando llegaron a tierra cuenta que asaltaron el barco por la otra orilla y se lo llevaron tirando a varios hombres por la borda.

Didrik se incorporó apretando los puños. —Dime dónde está el que se encuentra mejor.

—Allí en la orilla.

Preocupada por Viggo gritó —¡Didrik, tu primo necesita ayuda!

Hoenir se acercó y agarró a su primo de los brazos tirando de ellos para cargárselo al hombro y gritó dándose la vuelta —¡Subid a los que están vivos! Después volveremos a por los demás.

Ella corrió hacia Didrik que hablaba con el hombre que estaba apoyado en una roca. —No, no las conocíamos, mi jarl. Eran vagabundas. Tenían las ropas rotas y los dientes podres, pero tu primo aunque no confiaba en ellas quiso ayudarlas. —Didrik apretó los labios. —Se nos tiraron encima y llevaban la cara pintada de negro, mi jarl.

—¿De negro?

—Como ese tizne que sale después de que arda la madera, pero en ellos brillaba.

—Usarían miel para adherirla a la piel —dijo ella.

—Continúa —ordenó el jarl.

—Acabaron con los primeros desembarcados y después atacaron a su primo y a los demás. Los pocos que quedaron en el barco no tuvieron ninguna oportunidad.

—Un ataque organizado —susurró ella mirando a su alrededor—. Sabían perfectamente lo que llevaban en el barco. ¿Por qué? ¿A quién se lo dijisteis?

El hombre miró con temor al jarl y este furioso le agarró de la camisa. —¿A quién? —gritó en su cara.

—Nos detuvimos en Heirst. El viento fue favorable y los hombres le pidieron a Viggo detenerse antes de llegar a casa.

—Dios mío, lo sabía todo Heirst —dijo impresionada por su estupidez.

—No, milady. ¡Yo no se lo dije a nadie!

—¿Y puedes jugarte el cuello por todos? ¡A saber lo que dirían los hombres borrachos! —Miró furiosa a su marido. —¡Tu primo es estúpido! ¡Ha llevado a sus hombres a la muerte por una noche de diversión! —Furiosa fue hasta la barca donde Hoenir le había tumbado en ella. —¡Si sobrevives pienso matarte, imbécil!

—Debemos irnos, hermano —dijo Hoenir preocupado—. Tenemos que salvar a todos los que podamos.

—¿Y por qué Gerd llevaba muerto más días?

Se volvió hacia su marido. —¿Qué?

—Llevaba muerto al menos cinco días por lo hinchado que estaba. —Entrecerró los ojos.

—¿Y si murió en la playa? —preguntó ella.

—No, me hubiera enterado.

—Le hirieron, mi jarl —dijo uno de sus guerreros—. Cayó a mi lado y uno de los hombres de Sveinnsen le ayudó. —Frunció el ceño. —Después no recuerdo haberlo visto más. Esa noche lo celebramos y pensé que le estaban atendiendo.

—¿Uno de los hombres de Ake?

Tuvo un mal presentimiento. —Cielo, ¿ese primo tuyo estaba en el barco la primera vez que fuisteis a buscarme? ¿Se enteraría de lo del túnel?

Didrik entrecerró los ojos. —No, él no estuvo. Pero se llevaba muy bien con Jensen, siempre se iban de correrías juntos.

—¡Estupendo y le debió contar lo del tesoro en una de esas correrías! ¡Tuvo meses para hacerlo!

Uno de los hombres carraspeó y todos le miraron. —Lo sabíamos todos, jarl. Era una historia más que contar. Al final no había tesoro.

—¡Sí que lo había! —gritó Odalyn.

El hombre se sonrojó. —En aquel momento no.

—¡Hermano, debemos irnos!

Ella le miró furiosa. —¿No ves que intentamos resolver este embrollo?

—¡Se está muriendo!

—¡Lleva un montón de horas ahí! ¡Por unos minutos más no va a pasar nada!

—Es evidente que si se muere te da igual.

—¡En este momento no me preguntes! ¡Ha perdido mi herencia!

—Nuestros hombres han muerto por lo que tú llamas tu herencia —dijo con desprecio.

—¡Es que es mi herencia!

—Teniendo en cuenta que tienes tres padres, eso sin mencionar los que han debido pasar entre las piernas de tu madre, que sea tu herencia está por demostrar —dijo con desprecio haciéndola palidecer.

Didrik se acercó en dos zancadas y le dio un puñetazo que le lanzó al otro lado de la barca. —¡Vuelve a insultar a mi esposa y te juro por Odín que te arranco las tripas!

Odalyn se repuso del golpe elevando la barbilla y le vio salir a la superficie escupiendo la sangre de su boca en el agua. —Didrik debemos averiguar qué pasó con tu primo en la playa y quién les ha tendido la trampa. —Fulminó a Hoenir con la mirada. —Vuelve a mencionar a mi madre y lo que tuvo que hacer para sobrevivir y te juro por todos mis muertos que tu corazón no latirá mucho tiempo. Y no necesito que mi marido lo haga por mí, creo que eso ya lo he demostrado.

Hoenir apretó los labios e iba a decir algo, pero ella le interrumpió. —¿Me odias por intentar hacer feliz a mi amiga y haber sido impaciente? ¿O porque tú en tu estupidez la rechazaste en un impulso del que ahora te arrepientes? No me culpes a mí de tus decisiones y de que ahora ni te mire. Al parecer los hombres de esta familia se dejan llevar por impulsos que luego tienen que pagar otras personas. Esperemos que eso cambie en el futuro —dijo antes de subirse a la barca y darle un empujón que le tiró al agua. —¡Súbete

a otra para volver al barco y no vuelvas a dirigirme la palabra! —gritó furiosa—. ¡Odio a los cobardes! —Se agachó y agarró del pelo a Viggo. —Más te vale vivir porque tenemos mucho que hablar tú y yo. Marido, ¿subes a la barca o no?

Ella dejó caer la cabeza de aquel inútil mientras Didrik subía tras ella. —Lo encontraremos.

—Claro que sí —dijo entre dientes—. Como si tengo que recorrer todos los fiordos buscando al culpable. —Miró atentamente a Viggo. —Lo que me pregunto es por qué no se aseguraron de matarles a todos.

Didrik con el remo en la mano asintió. —¿Temían que les sorprendieran?

—Puede. —Le dio vueltas. —O se confiaron demasiado. Es evidente que son guerreros bien entrenados y que les pillaron desprevenidos. Algunos hombres ni van armados como deberían. Los que fueron a rescatarles sí.

—Creían que dos mujeres no eran peligrosas.

—Precisamente…

—Los barcos se fueron todos a la vez. Solo tuvieron que adelantarles y como mi primo se detuvo en Heirst…

—Es uno de tus aliados o alguien que en Heirst se enteró de lo que había en ese barco, aunque eso lo veo menos probable porque les atacaron guerreros.

Didrik asintió y en ese momento llegaron al barco. Su abuela se asomó. —¿Has perdido mi oro, inútil?

El jarl gruñó. —Milady, ¿quiere que le retuerza el pescuezo?

—No.

—¡Pues cierre la boca! ¡He perdido hombres muy valiosos y queridos en mi pueblo por ese oro que tanto echa de menos!

Su abuela levantó la barbilla. —Espero que les mates a todos.

—Le aseguro que es lo que pienso hacer —le espetó antes de coger a su mujer por la cintura para elevarla y que sus hombres la ayudaran a subir al barco.

—Abuela, dejemos las recriminaciones para más tarde. Tenemos un misterio que resolver. Pensemos.

Ambas asintieron y se alejaron hacia Idun que impaciente esperaba noticias. Mientras los hombres subían, ella les explicó la situación. Idun no se lo podía creer. —¿Qué hombre agrede a Didrik Hovensen? ¿Es un loco?

—O alguien muy seguro de sí mismo —dijo la abuela—. ¿Alguien que quiere provocar una guerra?

Odalyn la miró a los ojos. —¿Crees que el pacto con el rey tiene algo que ver con esto?

—Puede que no esté de acuerdo, aunque haya aparentado que sí. O puede simplemente que se haya dejado llevar por la avaricia.

—Ese primo del jarl que ha muerto no podía saber cómo era de grande el tesoro.

—Si murió en la playa no. Pero eso todavía no está confirmado. Igual murió justo antes de partir.

—¿Y trajeron su cuerpo hasta aquí? —preguntó Idun incrédula—. Yo lo hubiera tirado al mar donde fuera.

Odalyn asintió. —Todo es muy extraño. —Al volverse vio a su marido arrodillado ante el cadáver de su primo muerto y le vio fruncir el ceño agachándose. Parecía que le olfateaba. —¿Qué hace? —Se acercó a toda prisa. —Marido, ¿qué haces?

—Huele a cerveza. —Le miró fijamente. —A pesar de estar en el agua huele a cerveza y mucho. No creo que haya estado en el mar mucho tiempo. Igual estaba en la orilla y al subir la marea se lo llevó.

—¿Y dónde estuvo…? —Se le cortó el aliento. —¿Crees que le metieron en un barril?

—Y le dejaron aquí para aparentar que iba en el barco y que nada relacionara su muerte con la lucha en la playa. Si no había testigos nadie podría decir lo contrario. De hecho, yo creía que iba en ese barco camino a casa. —Levantó la vista hacia ella. —¿Si le hirieron en la playa para qué llevárselo?

—¿Porque sabía algo o dijo algo?

—Él no podía decir mucho sobre el tesoro. En aquel momento en que regresamos íbamos a matar no ha recoger nada. Íbamos a la guerra.

—Entonces vio algo y era un testigo que había que eliminar. Y le dejaron aquí para que no lo relacionaras.

—Sí, vio algo en aquella playa, puede que incluso antes que no podían dejar que me contara. —Se levantó.

—¿Pero por qué no matarle y dejarle en la playa?

—¿Y si había que eliminar a más testigos? —preguntó la abuela—. Yo le heriría y después le interrogaría.

Didrik asintió. —Le faltan cuatro dedos de la mano derecha. Pensaba que se los habían comido los peces, pero al fijarme son cortes limpios.

—¿Qué pudo ver? Ibais a la batalla. ¿Y por qué no lo vio nadie más? Había muchos hombres allí ese día. Muchos posibles testigos.

Su marido se tensó con evidencia.

—¿Qué?

—Unas horas antes de la batalla envié a cuatro hombres a todos los barcos para enviar mensaje de que desembarcaríamos al mediodía.

—¿Tu primo iba en esa barca?

—Sí, a la ida viajaba en mi barco porque Jensen iba conmigo.

—¿Subió a alguno de esos barcos?

—No lo sé. —Miró a sus hombres que ya estaban remando. —¿Subió a alguno de los barcos?

—A dos, jarl.

Didrik se acercó a un hombre mayor que remaba como los demás. —Gunnar, ¿tú fuiste con ellos?

—Sí mi jarl, por orden de Jensen. A la mayoría de los barcos nos acercamos, pero en un par de ellos subimos a tomar un vaso de hidromiel invitados por sus jarls.

—Quiero los nombres.

—Sterirnn Gulbrandsen y Ake Sveinnsen.

Vio como su marido se tensaba y ella dio un paso hacia Didrik. —¿Quién es? ¿Quién?

—Sterirnn no se atrevería —dijo Hoenir tan tenso como su hermano.

—No, ese hombre solo guerrea cuando no tiene más remedio. Es bien conocido que odia los conflictos y sus hombres armados o no, no tienen comparación con los nuestros.

—Sin embargo, Ake puede ser peligroso si te conviertes en su enemigo. No se deja pisar por nadie.

—¿Hablas del mismo hombre al que intentó acusar el jarl Ivar? ¿El que iba a ir a tu boda con Brenda para ser acusado de la muerte de tu padre?

Idun jadeó. —¡Esto es cosa de ellas! ¡Esas brujas quieren vengarse!

Didrik dio un paso hacia su amiga. —Explícate.

—Si ese tal Ake iba a aparecer para la boda y nosotros nos fuimos antes, ¿qué crees que se encontró? ¡A saber que versión de la historia le contó Brenda! ¿Le viste antes de la lucha?

—Le envié mensaje de que necesitaba su ayuda. Acudió sin preguntar siquiera. No tuvimos ocasión de hablar de ese tema.

—Pues te aseguro que Brenda sí tuvo ocasión de hacerlo.

—¡Ake me conoce! ¡Sabe cómo soy y no dudaría de mí!

Le miró fijamente. —Y yo conozco muy bien a Brenda y a su madre. Te aseguro que su historia sería muy convincente.

—Había una mujer a bordo. Yo la vi —dijo Gunnar—. Morena y muy bonita. Asomó la cara desde la bodega, pero yo la vi.

—¿Y por qué no te mataron a ti? —preguntó ella.

—Porque él no fue a la celebración de mi boda —dijo Didrik entre dientes—. No conocía a Brenda. Simplemente había visto a una mujer, pero sabían que mi primo la reconocería y vería extraña su presencia en el barco.

—¿Y por qué no te lo dijo nada más subir?

—No tuvo la oportunidad —dijo Hoenir—. El jarl ya no estaba en el barco.

—¿Y dónde estabas?

—En el barco de Viggo hablando con mis hombres —dijo molesto —. ¡Y desembarqué desde allí!

—¡A mí no me hables así!

—¡Pues deja de hablarme tú así!

—¡Te hablaré como me venga en gana! ¡Has perdido la mitad de mi herencia!

—Te juro que…

—No me jures, para lo que vale tu palabra…

Varios hombres jadearon ofendidos, pero ella no se retractó a pesar de ver como se tensaba su marido y la cogía por el cuello acercándola a él de malas maneras. —¡Nunca te he jurado nada, pero voy a jurarte algo ahora, como vuelvas a hablarme en ese tono y con ese desprecio, vas a tener que volver a esas tierras que ahora proteges tanto a nado y de paso te llevarás a esta vieja urraca porque cada vez que abre la boca me altera la sangre y estoy a punto de tirarla al fiordo! —le gritó a la cara—. ¿Te ha quedado claro?

Le pegó una patada entre las piernas que le hizo gemir soltándola antes de pegarle un puñetazo en la sien que le dejó sin sentido. Para asombro de todos levantó la barbilla. —Al jarl le ha dado un vahído. Ha debido ser por el disgusto de lo que ha ocurrido, pobrecito. Recogedle. —No se movió nadie y les miró furiosa. —¿No me habéis oído? ¡Recogedle!

Varios corrieron hacia su jarl y le levantaron para bajarle a la bodega. Su familia se acercó a ella levantando las barbillas de manera altanera. —Muy bien, niña. No dejes que tu marido se te imponga a la fuerza.

—Nunca más, abuela. No dejaré que nadie me imponga nada nunca más. A no ser que me convenga, claro.

—¿Y él nos conviene? —preguntó Loretta irónica.

—Sí abuela, todavía nos conviene. En un año ya veremos.

Loretta entrecerró los ojos antes de asentir. —Bien visto, niña. Bien visto…

Capítulo 15

El sonido del cuerno anunció su llegada y muchos corrieron hasta la ribera del río para saludarles al verles pasar, pero las pocas sonrisas de los guerreros les fueron quitando la suya poco a poco hasta que el barco se detuvo en la zona del puerto. Ella flanqueada por su abuela y su amiga bajaron la pasarela buscando impaciente a su hermano, pero no le veía por ningún sitio.

—¿Dónde está?

—¿Estará cazando? —preguntó Idun mirando a su alrededor.

La gente se apartó para dejarlas pasar hasta una mujer que por el medallón que llevaba en el pecho supo que era importante y sus ojos negros le indicaron que estaba emparentada con su marido de alguna manera. —¿Dónde está mi hijo? —le preguntó estirando el cuello para mirar el barco—. ¿Ha muerto? —preguntó con temor.

—Oh, pues no. Enseguida le sacan del barco. Es que ha tenido un buen disgusto y está meditándolo.

La miró sin comprender y Odalyn chasqueó la lengua alargando la mano con una sonrisa. —Creo que soy su nuera. Me llamo Odalyn.

La mujer parpadeó como si eso no se lo esperara. —Pero si tú…

—Un error de mi querido esposo. Me dio por muerta, ¿qué le parece? Le aseguro que se llevó una auténtica sorpresa.

—Oh, pues… Bienvenida, eres muy bienvenida. He oído hablar mucho de ti —dijo con una forzada sonrisa en los labios.

—Por cierto, ¿no sabrá dónde está mi…?

—¡Soltadme! —Todas se volvieron para ver que en ese momento Didrik aparecía en cubierta y se asomó a la borda. —Mujer, te

estrangularía con mis propias manos.

Se echó a reír de manera cantarina. —Ven a presentarme a tu familia, esposo. Me estoy presentando sola y tu madre no se debe creer del todo quien soy.

—¡Didrik! —Una muchacha rubia pasó a su lado corriendo para llegar al barco sonriendo de oreja a oreja. —Ya has llegado, mi señor. ¿Me has traído algo? —Soltó una risita. —Seguro que has robado pensando en mí, ¿a que sí?

Ella miró a su suegra que forzó una sonrisa. —¿Es una hermana? —La mujer negó con la cabeza. —¿Prima o algo así?

—No.

—Una sobrina segunda.

—Pues no.

—Vaya. —Se volvió hacia su marido con mirada heladora y este carraspeó mientras ella se acercaba con cara de querer incendiar el pueblo. Se puso tras ella y esta confundida porque el jarl no debía hacerle caso como era su costumbre, perdió la sonrisa poco a poco y se imaginó a sí misma en esa situación. Y le dio pena, la verdad.

—¿Mi jarl?

—Hola —dijo ella haciendo que se volviera.

—Hola. —Sonrió dándoles la bienvenida. —¿Sois esclavas? Aquí se vive muy bien, no debéis preocuparos ni sentir temor. Desde que me compraron mi vida ha cambiado por completo.

—¿No me digas?

—Sí, mi jarl es el mejor de todos y nos trata muy bien mientras cumplamos con nuestras obligaciones.

—¿Y qué obligaciones son esas?

—Yo estoy encargada de limpiar el salón —dijo orgullosa.

Elevó la vista hasta los ojos de su marido que ni sabía qué decir —Así que limpias el salón.

—Sí. Seguro que la señora os encarga una tarea liviana, se os ve señoras de postín. Pero aunque no sea un trabajo duro debéis hacerlo para que no os castiguen sin comer.

—Hemos sido esclavas —dijo Idun con orgullo—. Y de las que muelen a palos, aunque hiciéramos nuestro trabajo, bonita.

La chica abrió los ojos como platos. —Ah, ¿sí? Qué horror. Suerte tenéis de haber acabado aquí.

—Sí, tengo una suerte enorme de haber llegado aquí —contestó Odalyn antes de decir irónica— Soy la esposa del jarl Hovensen. ¿Cómo te llamas?

La chica perdió todo el color de la cara. —¿Qué?

—Lene, Odalyn es mi esposa.

La chica agachó la cabeza. —Lo siento, no sabía…

Ver esa actitud sumisa en ella la sacó de quicio y fulminó a su marido con la mirada. —Así que te llamas Lene. ¿Eres la que va a tener un hijo de mi esposo?

—Sí —susurró temiendo su reacción.

—Desde ahora eres una mujer libre.

Pálida la miró asustada. —¿Pero quién va a mantenerme?

—Se te pagará por tu trabajo como a cualquier criado. —Se volvió hacia los demás que la miraban asombrados. —¡Cualquier esclavo que haya en estas tierras es libre desde este momento! ¡Libre de irse o de quedarse, pero no pienso quedarme donde no existe la libertad de hacer lo que uno quiere! —Volvió la cabeza hacia su marido. —¿Tienes algo que decir?

—No, esposa. Pensaba hacerlo.

Sonrió. —¿Entonces querías sorprenderme? Cariño, deja de hacerlo, sabes que no me gustan las sorpresas. —Se volvió dándoles la espalda y se acercó a su suegra. —Si vive en la casa quiero que se vaya de inmediato.

—Sí, Odalyn.

Esta sonrió. —¿Y mi hermano y el resto de los hermanos de mi marido? Creo que tenemos mucho de lo que hablar.

Todos sentados a la mesa esperaban noticias de la curandera que atendía a Viggo. Solo cuatro de sus hermanos estaban en el pueblo porque el resto había ido a cazar con algunos de sus primos y Ermin para reponer todo lo que se había gastado en el invierno. Sentada al lado de su marido escuchaba lo que decían Durin y Ove de lo que había pasado. Los hermanos pequeños de Didrik eran gemelos y estaban molestos porque el jarl no les había permitido ir a la batalla como ellos querían. En realidad, solo había dejado que fueran los del primer viaje para que el resto cuidara a sus familias ya que estaban casados. Y a los gemelos los consideraba muy jóvenes para luchar. Viendo lo parecidos que eran a Didrik se preguntó si ella algún día tendría un hijo así y esa conversación se repetiría en el futuro. Seguramente no porque lo de volver a Wessex en un año cada vez le parecía más atractivo. Sobre todo cuando veía pasar a Lene por el salón porque le subía la bilis por la garganta de las ganas de gritar de la impotencia.

—¿Crees que estamos en problemas? —preguntó Baldur sentado al lado del jarl por ser el hermano mayor.

—Sí, porque una serpiente nos rodea y desconocemos quien es —dijo antes de beber.

—No podemos ignorar que se detuvieron en Heirst. ¿Quieres que vaya a ver si me entero de algo?

—Esperemos a si Viggo puede decir lo que ocurrió.

—Ya sabes lo que ocurrió.

Su marido la miró como si quisiera soltarle cuatro gritos. —Pero igual él sabe algo más.

—Estás perdiendo el tiempo —dijo entre dientes—. Debemos averiguar si Brenda está con ese Ake.

—¿Y cómo piensas averiguarlo? ¿Les hago una visita? —preguntó con burla—. Las esconderán si es que ocultan algo.

Ella sonrió. —Por eso voy a llegar como una esclava.

Su marido se tensó. —Ni hablar.

—Si me atrapan, puedo decir que he huido de mi señor.

—¡Y si ella está allí te descubrirá y puede que te maten!

En ese momento la curandera salió por la puerta que llevaba a la parte trasera de la casa que era ocupada por el jarl y su familia. Iba acompañada por la madre de Viggo que estaba destrozada, la madre de Jensen y la madre del jarl que le daban consuelo demostrando lo bien que se llevaban. Eran una gran familia. Al mirar a Lene de reojo se dijo que su relación nunca sería parecida, estaba totalmente segura porque los celos antes la mataban que permitir que esa mujer le diera más hijos a su marido. Entonces frunció el ceño. ¿Y a ella qué le importaba? En cuanto se fuera de allí todo habría acabado. Había decidido no perdonarle, ¿no? Claro que no. ¿Entonces qué más le daba que se llevara al lecho a esa o a muchas otras? ¡Pues importaba! ¡Importaba y mucho!

—¿Ha muerto? —preguntó su marido levantándose como los demás distrayéndola de sus pensamientos.

—Está muy débil —dijo la curandera mirándola de reojo mientras se ponía en pie —. Su herida en el cuello dejó de sangrar por sí sola pero la pérdida de sangre ha sido mucha. No sé si sobrevivirá porque la calentura es más fuerte. Sinceramente está en manos de Odín.

Odalyn chasqueó la lengua y todos la miraron. —¿Qué? ¡Todos estamos en manos de Odín! —Se acercó a la mujer. —Le ha preguntado si tiene posibilidades. ¿Las tiene?

—Respira, así que las tiene.

—Eso podría haberlo dicho yo —dijo Idun perpleja a su lado—. ¿A ver buena mujer, ha hecho algo por él?

—¿Qué puedo hacer?

—Idun…

—Yo me encargo de él.

Al ver que las mujeres iban a protestar dijo —Sabe sanar. Mi madre sabía algo de eso y se lo enseñó a ella porque a mí no es que se me diera muy bien, pero Idun ha demostrado que sabe curar. Me salvó a mí y sanó a Hoenir.

—Yo sané solo —dijo él con rencor.

Gruñó por dentro mirando después a su suegra. —Si le muestras dónde está…

—Oh, sí… por supuesto.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó la curandera—. Para aprender.

La miró impresionada porque su curandera jamás hubiera dicho eso e Idun se sonrojó. —Sí, por supuesto.

Cuando se alejaron la madre de Viggo se acercó a Hoenir y le preguntó algo que no pudo oír, pero sí escuchó la respuesta de su sobrino —Tranquila, tiene mano para curar. Me sacó las tres puntas de flecha casi sin enterarme y aquí estoy. La curandera de allí casi ni quería tocarme y ella me trató.

Odalyn sonrió para sí y al volverse gruñó por encontrarse a Lene en la mesa sirviendo al jarl que ya estaba sentado de nuevo. ¿Es que no había más sirvientes en esa casa? Tenía que hablar con su suegra para que la alejara lo máximo posible de ella, no fuera a ser que en un espasmo le rebanara el cuello.

Se sentó en su sitio muy consciente de que su marido la miraba de reojo y cuando la chica se alejó Odalyn siseó —Deja de mirarme. No voy a matarla, tranquilo.

—¿Seguro?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos negros. —¿Quieres que la mate?

—Claro que no, mujer. —Carraspeó. —¿Pero se te ha pasado por la cabeza?

—No. —Se sonrojó por su mentira.

—Porque ella no tiene la culpa.

—No, la culpa la tienes tú. Igual debería rebanarte el cuello a ti.

—Así que has pensado en matarla. Si hasta has pensado en una manera de hacerlo…

—No te hagas el listo conmigo, jarl. Te aseguro que desde que me enteré de tu próxima paternidad he pensado en quitarte del

medio de muchas maneras diferentes, solo acabo de exponer una. Una que a cada minuto que pasa se me hace más apetecible.

Él levantó una ceja. —Muy bien, pues hazlo.

—¿Qué?

El jarl se levantó. —Es evidente que necesitas vengarte. Te han hecho daño muchas veces en tu vida y no has podido devolvérsela como merecían, pero yo estoy aquí. Vamos preciosa, pégame.

Hoenir se levantó. —Jarl… No lo hagas.

—Vamos, es una mujer, ¿qué puede hacerle? —dijo otro de los hermanos.

—¡Cállate, Durin! ¡No la has visto luchar! —Hoenir dio un paso hacia el jarl. —Recuerda lo que sucedió en el barco.

—Eso fue porque me pilló desprevenido, ¿no preciosa?

—Puede. —Le miró fríamente. — Entiéndelo de una vez, ni esclavo ni libre, nadie me ha hecho tanto daño como tú y no pienso dejar que intentes imponerme tu parecer cuando te venga en gana. Ya no. Nadie, ni siquiera tú. Me conoces lo suficiente para saber que si otro hubiera hecho lo que hiciste tú en ese barco, en este momento ya estaría muerto —dijo con una sonrisa en los labios—. Date por satisfecho que solo te hice dormir un poco.

—¿Y te sentiste mejor?

—Sí.

—¿Me excedí, mujer? No haces más que retarme.

Le miró fríamente. —Me has fallado y en más de un aspecto.

Él apretó los labios. —Lo sé. Por eso te doy esta satisfacción. ¿Crees que será suficiente? —Apoyó las manos sobre la mesa. —Preciosa sé que te ha dolido, pero tienes que olvidarlo. ¿Crees que será suficiente?

—Depende de lo que sangres —dijo ella para asombro de todos antes de coger su jarra y beber un buen trago.

Él sonrió. —¿Salimos? —El golpe con la jarra en toda la cara ni se lo esperó y trastrabilló hacia atrás llevándose la mano a la nariz

mirando su sangre antes de sonreír dejando a los suyos atónitos. —Preciosa, eso ha sido un golpe bajo.

—Bajo el que te di esta mañana.

Didrik se echó a reír. —Pongamos reglas.

Sonrió sin poder evitarlo. —Muy bien.

—Si te hago daño al alejarte no te quejes.

—Cariño, ¿pero no te ibas a dejar pegar?

Divertido negó con la cabeza. —No estoy tal loco. Todavía me duele el rostro, intentaré que sea lo menos doloroso posible para mí.

—¿Entonces cómo voy a vengarme? Solo soy una pobre mujer.

—Tengo que ponértelo difícil para que sientas satisfacción, si no esto no tiene sentido. Las reglas, preciosa. Nada de heridas graves.

—Vaya. —Sacó su daga del cinturón. —¿Puedo usarlo?

—¡No! —gritó Hoenir horrorizado.

—Sí —dijo el jarl haciendo que su hermano se llevara las manos a la cabeza.

Odalyn soltó una risita. —Marido, ¿estás seguro de esto?

—Haré lo que sea para que me perdones.

Mirando sus ojos sintió como su corazón latía de nuevo. —¿De veras?

—¿No me crees? —Sacó su daga. —¿Quieres mi sangre? ¿Eso te hará sentir mejor? —Se cortó en el antebrazo y Odalyn al ver que se iba a cortar de nuevo gritó lanzándose sobre él tirándole al suelo lo que le hizo perder el puñal. El jarl con ella sentada sobre su vientre a horcajadas, estiró el brazo y Odalyn le dio un puñetazo en el ojo antes de tirarse sobre el puñal, pero Didrik la agarró por la pierna antes de que pudiera cogerlo. Ella se volvió de espaldas y le dio una patada en el estómago.

Los hermanos se miraron los unos a los otros con los ojos como platos y Baldur dijo —¿Han perdido la cabeza?

Su abuela frunció el ceño. —Niña, ¿qué es lo que pasa? No les entiendo. ¿Vas a matar a tu marido? ¡Dale fuerte!

—¡Odalyn acaba con esto! —gritó Hoenir sin hacerle caso.

—¡Eso intento! —Su marido se arrodilló cogiéndola por la cintura y girándola para dejarla caer lejos del puñal. Ella gritó de la rabia al ver que lo agarraba y estiró la pierna dándole una patada, pero él se inclinó hacia atrás evitándola antes de cortarse de nuevo en el brazo. —¡No, Didrik!

—No, aún no es suficiente. Lo siento.

—¡Me estás enfadando! —gritó antes de tirarse de nuevo sobre él, pero Didrik estiró el brazo que tenía el puñal para que no pudiera cogerlo y antes de que pudiera evitarlo se rajó el muslo. Asustada gritó —¡No! —Desesperada y sin saber qué hacer para evitar que se siguiera haciendo daño se abrazó a él. —No, no sigas. —Se echó a llorar y le rogó —No sigas, mi amor. —Él cerró los ojos dejando caer el puñal y la abrazó con fuerza. —No te hagas más daño.

La besó en el cuello y susurró —Lo siento, preciosa.

Sollozó sobre su hombro. —Lo sé —dijo sin dejar de llorar abrazándose más a él como si no quisiera perderle.

Su marido se levantó con ella en brazos y mientras todos les observaban salió de la casa. La llevó hasta el fiordo y se sentó sobre la hierba con ella encima. La cogió por las mejillas para mirar su rostro. —Siento haberte fallado. En todos los sentidos.

Hizo una mueca. —Recuperaremos mi herencia. —Se miraron a los ojos. —Siento que hayas perdido tantos hombres por ella.

—Pagarán lo que han hecho.

Cogió su antebrazo con delicadeza. —Tienes que curarte. —Levantó la vista hasta sus ojos. —No vuelvas a hacer algo así jamás.

Mirándola como si la deseara más que a nada atrapó sus labios y Odalyn se abrazó a su cuello. Se entregó desesperada necesitando sentirle y se saborearon el uno al otro. Él se apartó apoyando su frente en la suya.

—Júramelo. Por mucho que me enfade contigo. —Acarició su mejilla. —Porque lo haré mucho y las cicatrices no te quedan bien.

Sonrió divertido. —Ah, ¿no?

Besó su mejilla pasando su lengua por la que allí tenía hasta llegar a su oído. —Tómame.

Alguien carraspeó y ella se apartó poniéndose como un tomate. Allí estaba Idun al lado de la curandera. Su amiga incrédula levantó una ceja y dijo —Jarl, ¿nos necesita? Porque está sangrando como un cerdo.

Él rio por lo bajo. —Sí, será mejor que me pongas una venda.

—Y en la pierna también —dijo ella levantándose.

—¿No me digas? —preguntó su amiga con sorna.

—Ya te lo explicaré —dijo entre dientes.

—¿Cómo está mi primo?

—Le ha quemado la herida, jarl —dijo la curandera impresionada mientras se alejaban—. En esa zona tan delicada... A mí ni se me hubiera pasado por la cabeza. Y Viggo se ha despertado, lo que demuestra que aún tiene fuerza en su interior, jarl.

—Eso es bueno.

Idun se cruzó de brazos mirando a su amiga. —Se ha cortado por mí —dijo antes de soltar una risita.

—¿Y Lene?

—Bah, estaba muerta para él, no puedo pedir tanto. —Pasó ante ella para entrar en la casa, pero cuando subió los escalones se detuvo para mirarla. —Hoenir te ha defendido cuando creía que no le oía.

Sus ojos brillaron de la alegría. —¿De veras?

—Este se arrepiente de haberte rechazado, te lo digo yo.

—¿No me digas, amiga? —Se cruzó de brazos dando golpecitos con el pie en el suelo mientras pensaba en ello.

Su abuela apareció en ese momento y suspiró del alivio. —Menos mal, pensaba que os había matado y que me había quedado sola entre tantos infieles. Niña no te separes de mí que no les entiendo.

—Lo siento, abuela.

Miró a su amiga y su abuela hizo lo mismo. —¿Qué hace?

—Pensar. Hoenir la ha defendido.

—¿No me digas? Si hablaran en cristiano me enteraría. ¿Por qué no hablan mi idioma?

—Abuela estamos en sus tierras, deberás aprender su lengua. Además, muchos no hablan tu idioma.

—Didrik sí. Dile que hable para que le entienda —dijo enfurruñada antes de mirar a su amiga—. ¡Niña, no pienses tanto y actúa! O se casa contigo o no te toca un pelo. Tú eres una chica decente.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Solo me quiere para el catre?

—¡Claro que no! Ese te va a amar como me llamo Odalyn.

—Eso amiga, que cuando tú te empeñas… Dile otra vez que tiene que casarse conmigo a ver qué te dice.

—¿De veras?

—A lo mejor si insistimos…

—¿Y tu orgullo, niña?

—Señora he sido esclava tengo orgullo, pero no tanto. Y le quiero. —Se llevó la mano al pecho mirando sorprendida a Odalyn. —Le quiero. Antes sabía que me hacía feliz, pero mi corazón dice que le quiero. No se parece en nada a lo que siento por Ermin.

En ese momento salió Hoenir sorprendiéndolas. —¿Qué hacéis? ¡El jarl dice que entréis que no es seguro estar fuera!

Las tres sonrieron y las miró con desconfianza antes de entrar en la casa refunfuñando algo por lo bajo. —¿Qué ha dicho? —preguntó la abuela.

—Se preocupaba por ella, como no entraba...

—Ha dicho que entráramos todas —dijo su amiga subiendo los escalones.

Ella le detuvo. —Creo que te vas a dar un paseo.

—Ah, ¿si?

—Sí, niña —dijo la abuela maliciosa—. A ver cuánto tarda en ir a buscarte.

Soltó una risita y corrió hacia el fiordo. —Vamos, abuela. Es hora de descansar, tienes que estar agotada con tantas emociones.

—Niña desde que te conozco la vida es mucho más entretenida. ¿No deberías lavarte la sangre de tu esposo?

—Es un regalo, abuela.

—¿Y le estás honrando?

—La ha derramado por mí.

—No sé si algún día entenderé a los vikingos.

Rio por lo bajo entrando en la casa y fue directamente ante el fuego que estaba en el centro del salón donde su marido sentado ante él estaba siendo atendido por su madre y la curandera. Preocupada por lo que diría su suegra la miró de reojo y esta sonrió como si estuviera encantada. —¿Y la pierna?

—Me la vendarás tú en nuestra habitación, esposa.

Asintió arrodillándose ante él y las mujeres en cuanto terminaron se alejaron. Él cogió su mano. —Déjame ir a las tierras de Ake.

—Ni hablar.

—Tengo que saberlo.

—Adentrarte tú sola en unas tierras que no conoces y con el peligro que supone que puedas ser descubierta es una locura.

—Déjame ir. Tenemos que descubrir la verdad.

—Tú ya estás convencida.

—Si fue a la que se suponía que era tu boda… Era la única oportunidad que le quedaba a Brenda para no perder su estatus. Unirse a un jarl. Imagínate cuando él llegó allí, se encontró a la hija y a la mujer del jarl desamparadas y desesperadas por ayuda. ¿Crees que tu amigo se negaría a ayudarlas cuando estaban ante el cuerpo de su padre y de sus hermanos muertos?

Él apretó los labios. —No, les daría cobijo.

—Tuvo todo el invierno para envenenarle contra mí, sabía que era tu esposa. Seguro que te escuchó decir que debía volver contigo. Sabía que tarde o temprano obtendría su venganza.

—¿Por qué iba en el barco cuando se unieron a mí en la lucha?

—No lo sé, pero si estaba allí no era para nada bueno, marido. —Entrecerró los ojos. —¿Él sabía que estaba muerta?

—Sí, precisamente se unieron a mi venganza porque les comuniqué que habían matado a mi esposa.

Se le cortó el aliento. —¿Y quién les llevó el mensaje?

—Nuestro hermano mayor. —Miraron hacia la mesa. —¡Baldur!

Su cuñado se levantó con la jarra en la mano. Ella le observó bien. Debía sacarle diez años a su marido y no se parecían mucho. Era muy parecido a Jensen, pero ya tenía algo de barriga lo que demostraba que se estaba acomodando. —Dime hermano.

—Tú le llevaste mi recado a Ake acerca de unirse a mí como mi aliado, ¿no es cierto?

—Sí, fui yo.

—¿Viste algo extraño? Te quedaste allí un par de días si no recuerdo mal.

Baldur entrecerró los ojos pensando en ello y se pasó la mano libre por la barba. —No, hermano. Es más, nos trató mejor que nunca. Yo hablé con él y se mostraba afable. No vi nada que me llamara la atención.

—¿Estaba con una mujer?

—No que yo viera, pero por supuesto nos invitó a… —Al ver que Odalyn le fulminaba con la mirada carraspeó. —No, jarl.

Didrik asintió. —No puede ser él. Desde que nos conocimos nos hemos llevado muy bien.

Ella suspiró decepcionada porque no llegaban a ningún sitio y Baldur se volvió, pero de repente miró a su hermano. —Aunque… No me preguntó con quién te habías casado. Ni habló de que hubiera ido a las tierras de los Einarsen para tu boda. Pero claro, por lo que me habíais contado yo sabía que había estado allí y no lo vi extraño. De hecho, cuando le dije que habían matado a tu esposa no preguntó quién era. Fueron pasadas unas horas cuando hablamos de ello y se mostró muy interesado por las propiedades de tu esposa en tierras anglosajonas. Hasta de su parentesco con el rey. Yo lo vi normal, de algo había que hablar.

—¿Hablaste de la búsqueda infructuosa del tesoro?

Baldur frunció el ceño. —Pues creo que no, aunque no habló solo conmigo y todos lo sabían.

—Te preguntó la razón por la que Didrik había atacado al que iba a ser su suegro? —preguntó ella.

—No. —Frunció el ceño. —No, no me la preguntó. Pero cuando llegó y se encontró aquella situación pudo hablar con los que allí había para enterarse. Ahora que lo pienso era como hablar con alguien que sabía lo que había ocurrido.

—¿No hubo algún comentario del que pudieras pensar que no estaba de acuerdo con lo que estaba pasando?

—No. Dijo que querías venganza y que él te ayudaría a cavar la tumba de tu enemigo.

Miró a su marido que levantó una ceja y Odalyn gruñó sentándose sobre sus talones mientras él decía —No puede ser él. No sabía nada del tesoro y siempre ha sido un aliado fiel.

—En realidad nadie sabía nada del tesoro. Ni siquiera tú —dijo molesta—. Tuvieron que planearlo en Wessex.

Se les cortó el aliento. —Les vieron cargar el barco —dijeron a la vez.

—Les vieron cargar el barco y en lugar de ir asaltar los conventos vinieron aquí directamente a esperarnos. —Odalyn pensó en ello. —¿Cuándo ordenaste que se fueran los barcos?

—Justo antes de que fuéramos a buscar el tesoro. Si estabas en lo cierto les quería lejos.

—Pues alguien no se alejó.

—Al cargar el tesoro en otra playa para ocultárselo a los soldados del rey mis hombres debieron aproximarse a ellos. Por algún motivo se quedaron rezagados.

—Y vieron lo que tus hombres hacían. —Asintió. —Sí, es lo más probable. ¿Pero por qué se quedaron rezagados? ¿Y quién era la mujer que estaba en el barco de tu aliado?

Su marido apretó los labios. —Es algo que aún tenemos que descubrir, esposa.

Se escucharon gritos en el exterior y de repente la puerta se abrió de golpe dando paso a Ermin que la miró sorprendido. —Hermana.

Se levantó corriendo tirándose a él y la abrazó con fuerza. —Estás aquí. Cuando me lo han dicho no me lo podía creer. —La besó en la sien antes de elevar los ojos hacia Didrik que estaba tras ella. —Estaba viva, estaba viva y la dejaste allí —dijo mirándole con rencor. El jarl apretó los labios y Ermin gritó —¡Juraste que la protegerías!

Asombrada por su tono se apartó para mirarle. —Estoy bien.

—Sí, pero…

Baldur entrecerró los ojos. —Discúlpate ante el jarl.

—Calma —dijo el jarl muy tenso.

—Marido no ha querido ofenderte.

—Sí que ha querido —dijo Baldur—. ¡Desde que se enteró de tu muerte no ha hecho más que provocarle!

Asombrada miró a su hermano que estaba muy tenso.

—¡Le responsabilizaba de que murieras!

—¡Porque fue culpa suya! ¡Tenía que haberla sacado de allí! —gritó su hermano.

—Fue culpa mía, Ermin. Yo no quise irme… —La miró sorprendido. —Me necesitaban allí, las gentes que viven en las tierras de James me necesitaban.

—¡Yo te necesitaba también! —gritó furioso—. ¿Sabes lo que sentí al decirme que habías muerto? ¡Ya no me quedaba nada!

Impresionada dio un paso atrás porque la miraba como si la odiara. —No has salido de mi cabeza desde entonces —dijo con rencor—. ¿Y tú? ¿Qué pensabas tú? ¿En lugar de venir conmigo me dices que esos perros te necesitaban? ¡Quién eres tú! ¡Creía que yo era lo primero para ti como tú lo eras para mí!

Vio por el rabillo del ojo que Idun en la puerta lo había escuchado todo y su cara demostraba una fuerte decepción, pero en ese momento tenía que calmar a Ermin. Jamás le había visto así y preocupada cogió su mano. —Eres muy importante para mí, eres mi hermano.

Ermin sonrió irónico. —Pero ahora ya hay más cosas en tu vida, ¿no? Otras responsabilidades, un marido… Yo ya no soy lo primero. ¡Tenías que haber venido!

Baldur dio un paso hacia ellos. —Jarl, acabo de recordar algo muy interesante. Cuando te fuiste nada más terminar el invierno pasó por aquí el jarl Olav Sirgunsen. —Su marido se tensó. —Dijo que venía a hablar contigo de una alianza porque le debías un favor. Hice que se fuera y le dije que en cuanto volvieras te hablaría de ello.

Se le cortó el aliento. —¿El jarl Olav Sirgunsen? —preguntó ella—. ¡Estuvo allí en la playa cerca de las tierras de mi madre! ¡Fue uno de los que le dije con quién estaba casada para que se fueran, Didrik!

—Pues estuvo aquí. —Baldur miró a su hermano. —Y habló con él durante mucho tiempo.

—¿Cómo que mucho tiempo? —preguntó su marido.

—Tengo entendido que estuvieron juntos casi todo el día hasta que yo llegué de caza. Acabábamos de pasar el invierno y se necesitaba.

—Sí hermano, lo entiendo. —Dio un paso hacia Ermin. —¿De qué hablaste con él?

—De nada en particular.

Otro de los hermanos de Didrik se levantó de la mesa. —Hasta comieron juntos cerca del fiordo. Estaban hablando de tu esposa y de su muerte, lo recuerdo muy bien. Olav dijo que los anglosajones eran unos perros que solo merecían la muerte.

—¡Y yo le dije que a eso iba Didrik a arrasarles por herirme a mí y matar a mi hermana cuando las tierras eran nuestras!

A ella se le cortó el aliento. —Por Odín, ¿qué has hecho?

Ermin apretó los labios confirmando sus sospechas y asustada miró a su marido. —No, él no ha sido —mintió.

—Esposa aparta… Tu hermano tiene mucho que contarme…

—¡No, no!

—¡Qué le contaste! ¿Les hablaste del tesoro?

—¿Qué tesoro? —dijo su hermano con desprecio—. ¿El que no encontraste?

—¡Ermin calla!

—¡Qué le dijiste! ¿Querías vengarte de mí por dejarla en la playa? —Dio un paso hacia él. —¿Querías vengarte?

Su hermano levantó la barbilla mirándole con odio e Idun jadeó llevándose la mano a la boca. —¿Querías responsabilizar a alguien de la muerte de tu hermana? Solo te quedaba yo, ¿verdad? ¡No tuviste los arrestos para ir tú mismo a vengarte de ellos! —Miró a Odalyn. —¡Se excusó diciendo que ya no tenía fuerza en el brazo para sujetar la espada, pero es mentira!

Su hermano palideció. —Miente, te juro que…

—¡No le jures! ¡Eres un cobarde que al entrar en batalla no hubiera tenido el valor necesario sin tu hermana!

—Te voy a… —Se tiró sobre él y Odalyn chilló de miedo por lo que le pudiera pasar a su hermano. Le agarró por el brazo para apartarle, pero Ermin la empujó tirándola al suelo demostrando que los brazos los tenía estupendamente.

Impresionada vio como su marido le pegaba un puñetazo que le tiraba al suelo y el jarl le señaló con el dedo. —Como seas responsable de la muerte de los míos pienso poner tu cabeza en una pica.

—¡No! —gritó ella horrorizada.

Ermin pasó la mano por su boca limpiando la sangre de su labio roto antes de escupir un diente en el suelo. —No sé lo que han hecho ni de que hombres hablas, pero no hace falta que busques una excusa para matarme. ¡Hazlo! —gritó.

—¿Pero qué te pasa? ¿Estás loco? —gritó ella perdiendo los nervios.

La miró a los ojos y a Odalyn se le cortó el aliento por el vacío que mostraba su mirada. Le había roto el corazón con su muerte. No le quedaba nada por lo que luchar y su pérdida le había destrozado. Emocionada acarició su mejilla. —Estoy aquí, no te he dejado solo y

sigo queriéndote igual que cuando corríamos juntos por el bosque de niños. Tú y yo somos uno, ¿recuerdas? Y será así siempre.

Su hermano la abrazó como si la necesitara más que a nada en la vida y sus ojos se llenaron de lágrimas por lo que debía haber sufrido. Y se sintió culpable porque ella había intentado cuidar a personas que no la amaban mientras que quien la quería más que a nada la necesitaba tanto. —Lo siento, lo siento mucho hermano.

Didrik siseó —¿Qué le dijiste a Olav? ¿Le hablaste del tesoro?

Ella se apartó para mirarle a los ojos. —Dínoslo. Se lo han llevado matando a varios hombres de Didrik y no sabemos dónde está.

Su hermano la miró sorprendido. —¿Qué?

—Lo encontré, hermano. Al final di con él y Viggo lo traía. Nosotros les seguíamos, pero cuando llegamos les habían tendido una trampa a la entrada del fiordo. Cuéntanos lo que dijiste, es vital.

—Le dije que el jarl iba a vengarse.

—¿Qué más?

—No tenía fe en el jarl, te había dejado allí cuando juró cuidarte, así que cuando dije esa frase él notó algo. En ese momento cambiamos de tema, pero después de la comida me dijo que había tenido problemas con Didrik, seguramente porque ya sabía que le guardaba rencor. Me dijo que necesitaba esa alianza, aunque le sería difícil porque el jarl no confiaba en él.

—¡Claro que no confío en él porque es un perro ladrón que ya ha robado dos veces en mis barcos cuando estaban atracados en Heirst! ¡Una vez hasta intentó culpar a Ake!

—Creía que haber ayudado a tu esposa le serviría para caerte en gracia y que pasarías vuestras diferencias por alto. Fue cuando le dije que no debías ser alguien que perdonaba fácilmente y él se echó a reír. Él dijo que seguramente habías ido al sur por orgullo. ¿Cómo le va a importar una mujer que casi ni conoce?, me dijo. Sabía que tenía razón, que no la amabas y que hubiera muerto no podía importarte tanto como todos pensaban. Entonces me di

cuenta y mis palabras salieron de mi boca antes de darme cuenta. Claro, fue por el tesoro.

—Hermano… —susurró impresionada sentándose sobre sus talones.

—Él me preguntó y le dije lo que sabía. Ya me importaba poco lo que pasara con él y no le di importancia.

Didrik entrecerró los ojos. —¡Lo que querías es que nos siguiera y me matara para conseguirlo!

Negó con la cabeza. —¿No te das cuenta? Ya me daba igual. Odalyn ya no estaba, nada importaba.

—¿Ni siquiera yo? —se atrevió Idun a preguntar.

La miró como si estuviera avergonzado antes de agachar la mirada. —Ni siquiera tú. —Angustiado negó con la cabeza. —Sé que no lo entiendes, pero…

Idun se acercó y se arrodilló abrazándole. —Shusss, lo entiendo. Yo siento lo mismo. La necesitabas para seguir adelante. Es tu mejor amiga, tu hermana, tu confidente y tu mayor apoyo. Sin ella ya nada tenía sentido.

—Lo siento. Te quiero, pero…

—No me necesitas como a ella.

—Hermano estoy aquí. —Abrazó a los dos. —Estoy aquí y ahora nada nos separará. Seguiremos los tres juntos y unidos como siempre.

Didrik apretó los labios y levantó la vista hacia Hoenir que les observaba fríamente. —Reúne a los hombres. Vamos a hacer una visita a Olav Sirgunsen.

—Sí, jarl. Lo haré si me lo pides, pero…

Odalyn le miró sobre su hombro. —Es mío.

Su marido sonrió. —Esta vez no, preciosa.

Hoenir dio un paso hacia ellos. —Aún quedan cosas que no encajan, hermano.

—Lo sé. Como la muerte de nuestro primo.

—Exacto. Si le hirieron en la playa y Olav no estaba allí porque estaba observándonos desde el mar, ¿cómo es que apareció en el fiordo oliendo a cerveza? —Todos se miraron sin encontrar respuesta. —Antes de realizar un ataque debemos estar seguros de que fue él ya que se derramará mucha sangre. Además, los nuestros se detuvieron en Heirst, puede que otros se enteraran y les adelantaran.

—Y a tu amigo le acompañaba una mujer, no nos olvidemos de eso —dijo Idun—. Yo no las tengo todas conmigo de que no fuera Brenda y que buscara venganza por lo ocurrido con su padre.

El jarl juró por lo bajo volviéndose y como quería pasar le pegó tal empujón a uno que le hizo caer al barril de la hidromiel hundiéndose hasta el fondo. Al tipo le costaba salir y movía las piernas de un lado a otro a punto de ahogarse. Todos levantaron las cejas porque aunque una mano consiguió subir al borde no podía tirar de todo su cuerpo y después de una intensa lucha en la que hasta quiso volcar el barril vieron dos pompas de aire subir a la superficie. El jarl alargó la mano y le sacó. El tipo tomó aire y miró a su jarl aterrado. —Perdona, Olin. Ha sido sin querer.

—No pasa nada, jarl. Estaba en medio.

—¿Te costaba salir?

—No podía. Creía que me ahogaba.

Volvió la cara hacia su esposa que sonrió. —El contorno de su cuerpo se parece mucho al muerto. Se ahogó. Cayó en el barril y no podía salir.

—Al asaltar el barco y revisarlo, debieron darse cuenta de que estaba allí y le tiraron al agua. Llevar un muerto a bordo da mala suerte.

—¿Y nadie de los tuyos se dio cuenta de que estaba allí de la que regresaban a casa? —preguntó Idun incrédula.

El jarl soltó a su hombre y se agachó para coger la tapa que estaba en el suelo apoyada en el barril. —Si le pusieron esto no. Y lo harían en travesía. —Colocó la tapa y cerró con un golpe seco.

—Creo que tu esposa tiene razón —dijo Baldur asintiendo—. Sino no tiene sentido. Yo si hubiera querido que no contara nada de mí, me hubiera deshecho de él para que le diéramos por desaparecido en la playa. Y como has dicho, hermano, da mala suerte llevar un muerto. A veces no se puede hacer otra cosa, pero yo prefiero evitarlo. —Los hombres asintieron dándole la razón.

—No estamos seguros de nada, jarl —dijo Hoenir—. Estamos especulando.

—Por eso debemos hacer unas visitas. Si Viggo no se despierta durante la noche para decirnos quién ha sido, partiremos mañana al amanecer.

—El resto de los hombres no sabían quiénes eran, Viggo tampoco lo sabrá —dijo su esposa—. Llevaban la cara pintada.

—¿Qué sugieres, esposa?

—No perder más tiempo. Tenemos dos sospechosos. Tú vete a por uno y yo iré a por el otro.

—Ni hablar, ¿estás loca? ¡Puedes provocar una guerra!

—¡Hasta ahora me he dedicado a evitarlas, marido! —dijo ofendida—. ¡Y es mi herencia! ¿Y si ya la están gastando? ¿Y si la esconden? ¡Entonces no tendremos pruebas de nada y tus hombres no serán vengados!

El jarl miró a Baldur. —¿Qué opinas, hermano?

—Tu esposa tiene razón. Cuanto más tiempo tardemos en buscarles, más posibilidades hay de que oculten el oro. Y si son listos lo ocultarán para que no sepas quien ha sido. Esperarán un tiempo y dirán que procede de una de sus incursiones.

La madre del jarl llegó corriendo. —Está despierto.

Corrieron a la habitación y por supuesto Odalyn no se quedó atrás. El jarl se acercó a la cabecera de la cama. Viggo apenas podía mantener los ojos abiertos. —Lo siento mi jarl…

—¿Qué ocurrió, primo?

—No teníamos que habernos detenido.

—Te engañaron, yo también las hubiera ayudado. —Se sentó a su lado. —¿Sabes quiénes eran?

Le miró a los ojos. —No. Dos muchachas jóvenes…

Odalyn apretó los labios porque Viggo había estado presente en el compromiso de su jarl así que conocía a Brenda. —¿Estás seguro? —preguntó sin poder evitarlo—. ¿No te sonaban de nada?

—Estaban sucias y con ropas rotas. Parecía que las habían atacado —dijo con esfuerzo—. Una tenía sangre en la mejilla y en las manos. Lloraban pidiendo ayuda para su hermano. Como Freia nos engañaron, malditas sean. —Agarró a su primo del brazo. —¿Cuántos han muerto?

El jarl apretó los labios. —Solo hay cinco supervivientes.

Su primo gimió de dolor apretando su brazo y ese gemido fue creciendo hasta convertirse en un grito que desgarraba el alma. Él era el responsable de esos hombres y les había fallado. —¡Mátame primo!

Odalyn impresionada por su sufrimiento se tapó la boca mientras su marido decía —Escúchame bien. Les vengaremos, arrasaremos con todo y cada pueblo escandinavo sabrá que con nosotros no se juega. Lo pagarán, te lo juro por Odín. No ruegues por la muerte, primo. Tienes que recuperarte y si Odín te ha dado vida es porque tu misión aún no ha terminado. Van a sufrir, ese agua salada se teñirá de sangre y no habrá quien detenga a los hombres Hovensen.

—Júrame que acabarás con todos.

—Te lo juro.

—¿Seguro que no reconociste a nadie?

Ambos la miraron. —¿Acaso no me crees?

Bufó poniendo los brazos en jarras. —No es que no te crea, pero ya que te detuviste en Heirst igual a alguno de tus hombres se le fue la lengua.

—No, nadie me traicionaría y a Didrik aún menos. Saben que se juegan el cuello.

—Muy bien. Y dices que a esas mujeres no las habías visto nunca. —Él negó con la cabeza. —¿Recuerdas a Brenda?

—Mujer estás obsesionada con esa estúpida. ¿Crees que idearía algo así?

—¿Brenda? Puede que no tenga valor, pero es más mala que un dolor. —Miró a Viggo. —¿La recuerdas?

—Claro que sí. Y no, no se parecían a ella. Eran rubias, creo… Su pelo estaba muy sucio. Parecían hechiceras.

Se le cortó el aliento. —¿Hechiceras?

—Sí, vestían como ellas, pero con ropas aún más viejas.

—¿Qué pasó con ellas cuando atacaban a tus hombres?

—Se reían.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Se reían mientras mis hombres caían. —De repente la miró sorprendido. —Una llevaba un anillo de oro en el dedo meñique. Recuerdo que mientras me clavaban la espada me señaló sin dejar de reír.

Dio un paso hacia él. —¿Cómo era ese anillo?

—Tenía una piedra roja y otra verde, eso es lo que recuerdo. Fue apenas un instante.

Enderezó la espalda antes de volverse hacia su hermano que también estaba muy tenso. —¿Le quitaste su anillo cuando fui a casa del jarl a buscar la cruz?

—No, no me acordé de ese maldito anillo.

—Preciosa, ¿qué ocurre?

—Averigua entre los que vinieron a vivir aquí si se lo quitó alguien.

Ermin salió corriendo y ella se volvió hacia su marido. —Un anillo como el que describe tu primo lo llevaba tu antigua prometida, esposo. En el dedo meñique.

El jarl entrecerró los ojos. —Lo recuerdo. Me fijé en él cuando cogió su copa para beber durante la cena. Pensé que era un regalo muy caro para una joven.

—Un regalo de su hermano en su última incursión. ¡Es ella!

Viggo la miró confundido. —Pero no puede ser, no se parecían. O… —Cerró los ojos. —No puede ser.

—La piedra verde no está justo encima de la roja, sino que está como a un lado. —Viggo la miró sorprendido y asintió. —Es ella. He visto ese anillo miles de veces.

El jarl se volvió hacia Viggo. —Si te dijera que Ake puede estar metido en esto, ¿qué opinarías?

—¡No! ¡Es un aliado fiel!

Ella gruñó exasperada. —¡Estamos como al principio!

—No preciosa, porque sabemos que Brenda o quien portaba ese anillo estaba en el fiordo y colaboró en matar a mis hombres. Ahora sí que tenemos una pista. Solo tenemos que encontrar el anillo para saber qué jarl es culpable.

Vio como salía de la habitación y Odalyn parpadeó antes de gritar —¿Y crees que eso será fácil?

Capítulo 16

Todos los provenientes del clan de Ivar estaban en el salón algo temerosos. —Déjame hablar a mí, son de los míos y están intimidados.

El jarl asintió y Odalyn se puso ante ellos. —No sé si sabéis que han atacado a los hombres del jarl. Han muerto muchos y debemos salir a buscar al culpable.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó el antiguo herrero.

—No estáis aquí como reos, estáis aquí como testigos.

—Nosotros no estábamos allí cuando ocurrió —dijo Inga.

Entrecerró los ojos al verla. —¿Qué haces aquí? ¿No decías que buscarías a tu familia? ¿Que vivirías con ellos?

Apretó los labios. —Les busqué, pero no había nadie con vida. Los hombres de Ivar arrasaron la aldea y… Regresé.

—Entiendo, lo siento mucho.

La anciana asintió antes de agachar la mirada. Céntrate Odalyn. Miró a los demás. —La noche de nuestra liberación Brenda llevaba en su meñique un anillo, ¿lo recordáis?

—Como para no recordarlo —dijo otra de las antiguas esclavas mostrando la cicatriz en la mejilla—. Menudo recuerdo me dejó ese maldito anillo. —Varios asintieron.

—Bien, quiero que recordéis si alguien se lo quitó después de la lucha. Dije que era vuestra recompensa por vuestro…—Se le cortó el aliento. —Oh, Dios mío…

—¿Qué ocurre? —preguntó su marido levantándose de la silla del jarl.

—¡No se lo dije a ellos! ¡Se lo dije a los que fueron conmigo a tierras anglosajonas!

—¡No te entiendo!

—¡Antes de subir al barco les dije que saquearan, que era su recompensa por el trabajo de todos esos años! ¡Se lo dije a los que me acompañaron! ¡Estos ya se habían ido contigo! —El jarl empezó a comprender.

—Y quieres saber quién le quitó el anillo a Brenda —dijo la anciana entrecerrando los ojos—. Eso puedo decírtelo yo.

La miró sorprendida. —¿Si?

—Lo llevaba uno de los gemelos en el meñique, Odalyn —dijo otra de las esclavas—. ¡Yo lo vi! ¡Cuando bajaron a tu hermano herido lo vi!

—¡Me cago en todos los truenos de Odín! —gritó su marido haciendo que todos le miraran espantados antes de mirar al techo por si le caía uno por su blasfemia—. ¿Me estás diciendo que esos dos chicos lo organizaron todo?

—Su padre murió esa noche. —Se volvió hacia su hermano. —¿Hablaste con ellos del tesoro?

—Hermana no lo recuerdo. Pasaron días hasta que tomé consciencia de donde estaba. Por Oswald tengo entendido que me cuidó su madre.

Miró a su esposo a los ojos. —Tienen un barco.

—Se fueron nada más dejarles.

—Ese barco ya lo he visto dos veces en Heirst, jarl —dijo Baldur.

Odalyn negó con la cabeza. —No pueden haberles atacado hombres de Ivar, casi no quedaron guerreros vivos y los que sobrevivieron no tendrían ninguna oportunidad contra tus hombres.

—En Heirst pueden haber encontrado lo que necesitaban si tenían oro. Hay mercenarios que por dinero son capaces de cualquier cosa.

—Igual alguno de tus hombres se encontró con los gemelos. Igual confiaron en ellos y les contaron lo que había en el barco. Su oportunidad. Eso dijo uno de ellos. Es nuestra oportunidad, madre. No podemos desaprovecharla, aunque con eso traicionaran a los suyos para llevarnos a Wessex.

—Si traicionaron antes…

—Bien pueden habernos traicionado ahora. Además, si mi hermano tuvo fiebres no sabemos lo que salió de su boca. Y su madre habla anglosajón. En cualquiera de las dos lenguas le hubiera entendido.

Hoenir dio un paso al frente. —Ahí viene este a hundir nuestra teoría —dijo ella por lo bajo.

—Hermano, ¿tienes algo que decir? —preguntó el jarl.

—¿Después de lo del barril y de que hayan visto ese anillo? No, jarl. Ya no tengo dudas.

—Pues subid al barco. ¡Nos vamos a Heirst a vengar a los nuestros!

Los hombres gritaron levantando sus armas y ella miró a su marido a los ojos. —Te quedarás aquí —dijo él en voz baja.

—Ni hablar, cuidaré tus espaldas como es mi obligación. —Levantó la barbilla. —Además es mi herencia. Son míos.

Didrik sonrió. —Eso ya lo veremos.

—No les mates antes de que digan quienes son los implicados, marido.

—Lo mismo te digo.

Jadeó siguiéndole y su hermano se puso a su lado. —¿Listo para la lucha?

—¿A tu lado? Siempre.

Al amanecer Odalyn en la proa del barco observó el puerto al que se aproximaban. Estaba lleno de barcos y había mucha actividad en tierra pues había mercado. Sintió como su marido se ponía a su

lado. —El barco está ahí —dijo ella mirándolo fijamente—. No hay nadie en cubierta.

—No te confíes, mujer. En cuanto atraquemos nuestros enemigos sabrán que estamos aquí y seguramente intentarán matarnos para evitar que señalemos a los culpables. —Apretó los labios mirando el otro extremo del puerto. —¿Adivina quién está aquí también?

—¿Ake?

La miró exasperado. —¡Que él no ha sido! ¡Es Olav!

—Esto empieza a encajar.

—Totalmente, esposa. Yo ya lo tengo muy claro. ¿Vas armada?

Agarró el puñal de su cinturón. Él alargó la mano y Hoenir le dio un hacha enorme. Odalyn frunció el ceño. —¡Dadme una espada!

Los hombres se echaron a reír y su hermano se acercó con una espada corta en la mano. Cuando la cogió Didrik le ordenó a Ermin —No le quites ojo.

—Tranquilo, jarl. Somos difíciles de matar.

Los hombres sonrieron y el jarl se volvió hacia su hermano. —¿Serás capaz? Estás herido.

—No tanto como para cortar unas cuantas cabezas.

—Bien. —El jarl se volvió hacia los suyos que esperaban armados. Entre ellos cuatro de sus hermanos. —Buscad a los gemelos. Ellos nos darán las respuestas que necesitamos —dijo entre dientes—. Si alguien se interpone en vuestro camino matadle.

—¿Y si nos encontramos con los hombres de Olav? —preguntó su hermano Asgot.

—Hasta que no estemos seguros de su implicación mostraros como siempre. Si alguno intenta haceros daño, entonces responded. Si os enteráis de algo venís al barco de inmediato. Preguntad a las putas, a los ladrones, a todos los que conozcáis. Les quiero aquí cuanto antes.

Los hombres amarraron el barco y en cuanto bajaron la pasarela desembarcaron mientras su jarl les observaba. La gente del mercado al verles llegar se apartaban como si fueran contagiosos.

Puso los ojos en blanco volviéndose hacia su marido. —Muy discretos no son. Parece que van a la guerra.

—Los implicados ya saben por qué estamos aquí. Que se asusten, así cometerán errores. Bajemos, acabo de ver a alguien con el que me interesa hablar.

Ella asintió siguiéndole. Como no conocía a nadie ella no podía interrogar, pero escucharía lo que le dijeran a su esposo. Al pasar entre los puestos vio como una mujer que vendía telas escondía un cuchillo bajo una de ellas.

—Están nerviosos —dijo su hermano—. Sabe que se avecinan problemas.

—Atento, si queremos recuperar lo que es nuestro no puede haber errores.

Ermin asintió. Se aproximaron hacia un hombre que vendía botas y una mujer gritaba —¡Botas, las mejores botas de los fiordos!

El que debía ser su marido temeroso dio un paso atrás para mantenerse a distancia y Didrik divertido cogió un par de botas. La mujer se acercó. —¿Le interesan? Están muy bien hechas, mi jarl.

—La última vez que te compré, se me cayó la suela.

La mujer se sonrojó. —Puede llevárselas gratis.

Él miró directamente hacia su marido. —¿No me saludas, Storm?

—Jarl, que sorpresa más agradable. —Forzó una sonrisa y Odalyn casi podía ver como temblaba por dentro. —¿Viene a vender las pieles del invierno?

—Sabes de sobra que eso ya lo ha hecho mi hermano Baldur. No hay nada que pase aquí que se te escape, amigo. Y por eso he venido a verte. Quiero respuestas.

—Me estoy jugando el cuello —dijo asustado.

—Lo sé. Pero si no me dices lo que quiero saber, todos pensarán que me has dicho algo. De ti depende que acabe con mis enemigos antes de que descubran que tienes la lengua muy larga, amigo. Yo puedo protegerte.

Miró de reojo a su esposa que siseó —Habla, o nos matarán a todos, idiota.

—¿Qué sabes? —Didrik se enderezó.

El hombre se acercó sonriendo de repente. —¡Estas botas son de lo mejor! —Cogió unas mostrándoselas y susurró —Cuando vino su primo se escucharon rumores.

—¿Qué rumores?

—Que en su barco había la fortuna de un rey, que por eso lo celebraban gastando a manos llenas. —Didrik se tensó mientras ella jadeaba. —Putas, una gran fiesta en la cantina… Eso llamó la atención de los ladrones, mi jarl. Pero nadie se atrevió a subirse a ese barco porque sabía que se jugaban el cuello y es evidente que algo ha debido pasar para que estén aquí.

—Me gustan sus botas —dijo ella poniéndose al lado de su marido —. Esposo quiero unas.

—¿Se ha casado? —preguntó su mujer antes de sonreír—. Qué buena noticia. A la última con la que iba a casarse la tenemos por aquí, ¿saben?

Asombrada miró a Didrik que entrecerró los ojos. —¿Brenda está en Heirst?

—Así es —dijo su marido—. Trabaja en una casa al lado de la cantina. Tiene muchos clientes. Su madre dirige el negocio.

No salía de su asombro y su hermano tampoco.

—Continúa —dijo el jarl.

—Yo no sé más.

Odalyn preguntó —¿Conoces a dos gemelos de unos quince años? Axe y Aren se llaman. Rubios un poco más altos que yo y su madre les acompañaba.

—Oh, me han comprado —dijo la mujer—. Viven en su barco y trabajan para Olav Sirgunsen.

Didrik sonrió de medio lado. —¿Trabajan para él?

—Así debe ser, les he visto con sus hombres. Ayer mismo su barco llegó a puerto con unos cuantos de ellos. Bien contentos que

estaban. Y se reunieron con el jarl y con Brenda en la cantina. Ella es de uso exclusivo del jarl cuando está en Heirst y siempre está a su lado. Si les encuentra estarán juntos —dijo el tendero.

—¿Estás seguro de que se reunieron todos en la cantina? —preguntó Didrik.

—Visto por estos ojitos que conserva Odín.

Se volvió hacia su mujer elevando una ceja y esta sonrió de una manera que ponía los pelos de punta. —Lo sabía.

—Llevad nuestras botas al barco —dijo él antes de volverse mientras el tendero suspiraba del alivio. Los tres se alejaron. —¿Qué opináis?

—Los gemelos o su madre sabían lo del tesoro y cuando llegó tu primo se imaginaron qué había en el barco. Se aliaron con Olav para que les ayudara a conseguirlo —dijo Ermin.

—Me extraña que estén vivos —dijo ella mirando a su alrededor como si nada.

—¿Por qué dices eso?

—Por el anillo —respondió Ermin—. Si se lo quitaron a Brenda esta buscaría venganza. Siendo la amante de un jarl, ¿crees que no le diría que les quitara del medio para recuperar lo que es suyo? Tus hombres no encontrarán a los hermanos ni a su madre. Después de conseguir el oro les han cortado el cuello.

—¿Y por qué no se lo cortaron antes?

La pregunta de Didrik les hizo mirarse. —Sí, ¿por qué? —preguntó ella—. Hace meses que están por aquí, ¿no? ¿Por qué Brenda permitió que siguieran portando su anillo?

—No estás haciendo las preguntas adecuadas, esposa. ¿Por qué Olav visitó mis tierras? ¿Por qué fue hasta allí simulando que quería una alianza cuando era evidente que ya conocía a mi antigua prometida y todo lo que había sucedido?

Separó los labios de la impresión. —Cierto, cuando se encontró conmigo en la playa no sabía nada, pero después debió regresar…

—Fue cuando conoció a Brenda y después fue a hacerme una visita.

—Y yo hablé con él.

—Y le hablaste del tesoro. Por eso si los gemelos fueron a pedirle ayuda les creyó porque tú le habías hablado de él y entonces supo que realmente existía.

—Pero esa no es la razón por la que visitó tus tierras.

—No. —La sonrisa de Didrik puso los pelos de punta. —Querían engañarme. Buscaba una alianza para que Brenda se vengara. Las tierras de Olav están mucho más al norte y no son tan ricas como las mías. Es un ladrón. Ser el jarl de mi pueblo le sería mucho más beneficioso. Y para Brenda sería la venganza perfecta porque si había suerte volvería a ocupar el puesto que tenía antes.

—Buscaba matar a los tuyos y hacerse con tus tierras —dijo impresionada.

—Pero yo no estaba allí.

—Estabas buscando venganza por la muerte de tu esposa —apostilló Ermin.

—Tuvo que irse. Sin matarme a mí no conseguiría nada. Es más, cuando llegara rodarían cabezas. Necesitaba que muriera yo, pero también todos mis hermanos y primos para dominar mi pueblo.

Ermin pensó en ello. —Jarl, no tenían tantos hombres como para atacar en ese momento porque la mayoría de tus hermanos estaban allí y su actitud no era belicosa, todo lo contrario.

—Antes de ir a la batalla lo mejor es conocer el terreno. Dudo que quisieran atacar en ese momento. Iban a una alianza, tampoco podíamos verles como una amenaza. Ni llevaba todos sus hombres ni mostraría nada.

—Iba a buscar tus puntos débiles —dijo ella.

—Exacto, y puesto que no atacó en horas posteriores…

—Para él fue evidente que no ganaría. No tenía suficientes fuerzas.

—Entonces se le ocurrió otra manera.

Ermin le miró sorprendido. —Matar a tus hombres poco a poco.

—Una manera de mermar mis defensas. Una emboscada ocultándose como los perros que son donde los mataría a todos. Cuando yo llegara no tendría tantos hombres con los que defender lo mío.

—Con la oportunidad del tesoro consiguieron matar dos pájaros de un tiro, quedarse con nuestro oro y quitarte hombres. Así que no ha acabado —dijo ella. Asustada cogió el brazo de su esposo—. Y ahora estamos aquí repartidos. Nos hemos metido en la boca del lobo.

—Regresad al barco —susurró.

—Ni hablar, yo no me separo de ti. ¿No te das cuenta? Si no les matamos hoy, mañana irán a tu pueblo y tomarán posesión de todo. Debe ser hoy, ahora. Y cuantos más hombres tengas mejor.

Didrik apretó los labios mirando a su alrededor. —Debemos reunir a los hombres discretamente. Seguro que nuestros enemigos ya saben que estamos aquí y se estarán organizando.

Ella sonrió. —No puedes ir tú a buscarles, eso te expondría. Envía a alguien que pase desapercibido.

—¿A quién?

Se volvió hacia el tendero que no les quitaba ojo y caminó hacia él decidida. —No, no…—dijo el hombre asustado.

—¿Quieres oro? ¿Ser lo bastante rico como para no tener que vender botas nunca más?

La mujer le dio un empujón poniéndose ante ella. —¿Qué tengo que hacer?

—Busca por los alrededores a todos los hombres del jarl Hovensen. Que vengan de inmediato.

La mujer asintió y gritó —¡Marido no has llevado las botas de la esposa del jarl a su barco, inútil! ¡Argg, todo tengo que hacerlo yo!

—Ten cuidado —dijo su marido asustado.

Cogió unas botas de mujer y le guiñó un ojo a Odalyn antes de salir corriendo del puesto hacia su barco. Subió la pasarela

dándoselas a uno de sus hombres que lo custodiaban y esta le dijo algo. El guerrero miró directamente a su jarl tensándose y Didrik asintió. —Ya están alerta. Si ven algo desde allí nos avisarán.

—Bien, esperemos a tus hombres. De momento entre tanta gente estamos seguros.

Uno de ellos llegó corriendo y cuando les vio se acercó esquivando a los que compraban. —Jarl…

—¿Qué ocurre?

—Los gemelos están muertos, jarl. Su madre también. Sus cuerpos están tirados detrás de la taberna bajo unos matorrales.

—¿Tenían el anillo?

—No, no tenían nada de valor.

Odalyn apretó los labios. Lo sentía por ellos, aunque habían hecho mal les había cogido cariño en el viaje hacia el sur. Pero era lo que tenía la avaricia, que te hacía cometer errores.

—Tenemos que encontrar a Brenda, ella es la clave… —Se le cortó el aliento al ver a Erika cubierta con una capa rodear el mercado. Casi no se la reconocía, pero ella había visto sus movimientos millones de veces y supo de inmediato quien era. Ermin miró hacia allí y sonrió. —¿Has visto eso, hermano?

—Por supuesto.

—Tráela sin llamar la atención.

Didrik vio como se alejaba y ella susurró —Su madre está ahí. Seguro que ha venido a espiarnos. Una mujer entre tantas pasa desapercibida.

Se la quedó mirando fijamente y a ella se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Te amo, esposa. —Su corazón dio un vuelco. —Supe desde que nos vimos por primera vez que algo nos unía y no lo pude evitar, tuve que reclamarte. Me aterraba que alguno de esos perros te pusiera las manos encima y te hice mía ante todos porque lo sentía así. No tenía que haberte dejado ir, no tenía que haberlo hecho —dijo frustrado—. Tenía que haber seguido mi instinto y llevarte

conmigo, pero entendí que era tu deber. Y te llevaste mi corazón, preciosa. Solo contigo a mi lado lo siento latir. Te amo por encima de todo y si hoy no salimos de aquí vivos, quiero que lo sepas. — Emocionada se tiró a sus brazos y sollozó. — Nunca quise hacerte daño, nunca quise herirte.

—Lo sé. —Elevó el rostro y sonrió. —Pero esto no se acaba aquí, guerrero. Saldremos de esta y nuestros enemigos morirán hoy.

Él acarició su mejilla. —Cuida tus espaldas, preciosa.

—Eso no volverá a pasar, esposo. Te amo tanto…

Didrik besó suavemente sus labios y la abrazó con fuerza. —Si algo me aterra más que nada es perderte a ti.

Reprimiendo las lágrimas susurró —Eso no pasará. Te lo juro por Odín.

Su marido se tensó y se apartó de él para ver como su hermano llevaba a Erika cogida del brazo con un cuchillo en el costado. — Vaya, vaya… A quien tenemos aquí…

Erika levantó la barbilla haciendo caer la capucha.

—Al parecer la mierda flota, marido. Fíjate, si parece una mujer con posibles cuando hace unos meses se quedó sin nada.

—Sí, preciosa. Viste como toda una dama. —Didrik se acercó mostrando sus pendientes de oro. —Un día tengo que conseguirte unos de estos.

—Cariño son muy caros. —Dio un paso hacia Erika cogiendo el cuchillo de su cinturón. — Te has debido abrir mucho de piernas para poder comprarlos.

—Pues sí.

Se echó a reír. —Esta mujer no deja de sorprenderme. —La rodeó. —¿Pero sabes lo que creo? Que son un regalo. —Erika apretó los labios como si se reprimiera a hablar. —Y un regalo muy reciente porque ninguno de los de por aquí puede pagarte algo así. Seguro que te abrías de piernas por casi nada cuando el hambre apremiaba, pero por como vistes has debido conocer a alguien que te ha cambiado la vida. ¿A que sí?

—Muérete, zorra.

La agarró por el cabello tirando de ella hasta que se arrodilló sobre el barro. —Te juro por mis muertos que como vuelvas a insultarme te destripo aquí mismo. ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

Soltando su cabello le arrancó uno de los pendientes del lóbulo y ella gritó llevándose una mano allí mientras Odalyn la agarraba de nuevo y ponía el puñal en su papada. —¿Dónde está el jarl Sirgunsen? No me hagas perder el tiempo, mujer. Tenía que haberte matado antes y te perdoné la vida a pesar de los golpes que tú y la zorra de tu hija me propinabais.

—Me vas a matar igual —dijo con rabia.

—Todavía tienes una oportunidad. —Sonrió maliciosa. —Una oportunidad de morir sin dolor.

—¡Nosotras no hemos hecho nada! ¡Todo lo organizaron ellos!

Rio por lo bajo. —¿No me digas? ¿Sois unas víctimas?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Cuando llegamos aquí no teníamos nada! ¡Él se encaprichó de mi hija y le alquiló una casa! Qué podíamos hacer, ¿eh? ¡Le decíamos que sí a todo, teníamos que comer!

—Oh, pobrecitas. ¿Seguro que no le contasteis vuestras penas para encandilarle? Te conozco muy bien, sé lo sibilina que eres.

—Te juro por Odín que no. La conoció en la calle y sí que le preguntó por su vida después de encamarse, fue ahí cuando le interesó realmente. ¡Te lo juro! ¿Cómo crees que llegamos aquí? ¡Nos trajeron los gemelos!

La miró asombrada. —¿Qué has dicho?

—Llegaron antes de que nevara con fuerza. ¡Nos contaron todo lo que había ocurrido y fueron ellos los que nos trajeron a Heirst!

Entrecerró los ojos sin entenderlo. —¿Por qué volvieron a tus tierras?

—¿Para qué va a ser? ¡Para recoger sus pertenencias y todo lo que pudieran! Como a mí y a mi hija no nos querían en el pueblo,

nos mudamos a su casa que estaba a las afueras y les sorprendimos desenterrando algo. Seguro que tenía valor —dijo con rencor—. Amenazaron con matarnos y juramos que no diríamos nada. Muchos les tenían tanto odio como a nosotras por habernos traicionado, así que ir por allí para ellos fue un riesgo enorme. Pero me di cuenta de inmediato que puede que tuvieran el barco, pero no mucho dinero. Rogamos que nos llevaran. Se rieron de nosotras porque no teníamos que ofrecerles y meterse entre nuestras faldas era un riesgo a su vida. Que no eran estúpidos, que no se jugarían el cuello por nosotras. Entonces mi hija le dijo que de lo que ganáramos aquí les daríamos un tercio. Aceptaron de inmediato. —Odalyn apretó los labios. —Te lo juro. ¡Nosotras manteníamos a esa escoria y a su madre! ¡Fue cuando apareció Olav cuando nos sentimos liberadas!

—¿Qué pasó después?

—Mi hija le conoció en la calle donde se vendía —dijo con rabia—. Él nos alquiló una casa y desde entonces los hermanos ya no pudieron cobrarnos. Les temían, sus hombres son bien conocidos por aquí por ser ladrones de cargas. Fue uno de los chicos quien se aproximó al jarl para ofrecer su barco. Se rio de él y le dijo que no le serviría de nada. Si pareces una chica. Entonces se le ocurrió una idea.

—Emboscar a los barcos a la entrada del fiordo.

—Sí, iban a esperar a que llegara un barco de alguna incursión y adelantarse a su llegada. Pero llegó tu primo —siseó—. Y ahí sus planes cambiaron.

—Estábamos equivocados, jarl —dijo Ermin—. No quería vuestras tierras, solo quería saber si habías partido.

—¿Vuestras tierras? —La mujer se echó a reír. —Él no pretende más que ser el dueño de lo que os rodea ahora mismo. ¿Si casi no va por las suyas, va a querer otras?

Algo en sus ojos la delató y Odalyn sonrió. —Mientes.

—¿En qué? —preguntó su marido. Perdiendo la paciencia la agarró por el cuello levantándola—. Mujer como no me digas la

verdad…

—¿Qué? —le retó antes de reír—. La muerte acecha, jarl. Lo que no se sabe es si busca tu vida o la mía.

—Que sea la tuya —dijo antes de apretar tanto su cuello que crujió.

La mirada de sorpresa de Erika la hizo suspirar. —Marido, ¿qué te dije de no matar antes de enterarnos de todo?

—No me gustaba —dijo tirándola al suelo mientras a su alrededor hacían que no habían visto nada. Varios hombres llegaron en ese momento esperando órdenes—. No os separéis, temo una emboscada.

—Como sucedió en el fiordo —dijo Hoenir.

—Atentos. Id en grupos numerosos a buscar a los demás. Hay que avisarles.

Su hermano dio instrucciones y un grupo de unos veinte salió corriendo. Hoenir se quedó para proteger a su jarl como otros de sus hermanos. —¿Te has enterado de algo?

—¿Adivina quién está viviendo aquí?

—¿Brenda?

Su hermano sonrió. —¿Hay algo que se te escape?

—Muchas cosas, pero espero descubrirlas antes de que se oculte el sol.

—¿Y sabes que ahora mismo está en su casa con Olav?

La mirada del jarl se ensombreció. —¿No me digas?

—Una puta le vio entrar ayer noche con ella agarrada de la mano. Al parecer hicieron una fiestecita. La mitad de sus hombres ni se han despertado o están desperdigados en distintas camas.

—¿Entonces va a haber emboscada o no? —preguntó ella harta del tema.

Didrik la miró exasperado. —¿Y yo qué sé?

—¡No me pongas nerviosa para nada!

Ermin entrecerró los ojos. —Es evidente que no se esperaban que les descubriéramos. Al fin y al cabo si no hubiera sido por el anillo no

tendríamos nada, ¿no?

Todos asintieron. —Sí, puede que se confiaran —dijo el jarl antes de mirar el barco de Ivar—. Subid. Veamos lo que hay dentro. Dudo que lo descargaran aquí a riesgo de que les viera cualquiera.

Hoenir le hizo un gesto a dos de sus hombres y fueron hacia el barco. —¿Crees que aún sigue ahí?

—Ya no pienso especular más —dijo su marido entre dientes.

—Estupendo porque todo esto me estaba volviendo loca. ¡Vamos a matarles y ya está! Sabemos que son ellos y ya me importan poco sus razones. Son escoria y deben morir.

—¿Y si ahí no está el tesoro? —preguntó divertido.

—Ah no, pues entonces paciencia que nos tienen que decir dónde está.

Su marido se echó a reír a carcajadas y Odalyn no pudo evitar sonreír. —Mujer me vas a volver loco.

—¿De veras? —preguntó comiéndoselo con los ojos.

Gruñó antes de darle un azote en el trasero. —Atenta.

Hoenir salió a cubierta con los ojos como platos y asintió. —¡Ja! —Chilló de la alegría y agarró de las mejillas a su marido antes de plantarle un beso en los morros. —¡Vamos a matarles! —gritó loca de contenta antes de alejarse. Didrik y Ermin se miraron antes de suspirar y seguirla.

Entonces un hombre la agarró del brazo y le puso un cuchillo en el cuello. Sacaron sus espadas y Didrik gritó haciendo que todo el mundo se apartara lo más lejos posible. —Suéltala.

—Mi jarl quiere verte.

—Cielo, al final sí que era una emboscada —dijo ella forzando una sonrisa.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes. Miró al hombre a los ojos—. Como le hagas el más mínimo daño abriré tu esternón y podrás verte tus entrañas mientras te comen los cuervos, hijo de puta.

Varios enemigos bien armados se colocaron tras su captor y Odalyn asustada susurró —¿Ermin?

—¿Si, hermana? —preguntó muy tenso.

—¿Qué hay que hacer para ganar a Goliat?

Ermin entrecerró los ojos asintiendo.

—¿Qué? —preguntó el que la agarraba apretando más el puñal en su garganta—. Llama a tus hombres.

Didrik sonrió. —Ya están aquí.

Entonces sonó un cuerno y los Hovensen empezaron a cercar el círculo que habían hecho alrededor del mercado. Su marido sonrió. —No sabíais a qué habíamos venido hasta que matamos a Erika, ¿no es cierto?

—Podía ser por otra cosa.

—Que nos habíamos quedado en tierras anglosajonas os lo pudo decir cualquiera de los hombres de Viggo cuando estuvieron aquí. No sabíais cuándo llegaríamos. Sí, creísteis que acabábamos de llegar del sur. —Que listo era, pensó ella admirada. —Solo cuando viste nuestra actitud sospechasteis.

—Era evidente que no veníais a divertiros.

—Es evidente que no. ¡Dónde está Olav! ¡Qué dé la cara!

—Diles a tus hombres que se pongan detrás de ti —siseó—. O la mato.

—¡Didrik no! —gritó ella.

—¡Cállate! —Apretó más el cuchillo viendo como los hombres de su marido daban otro paso hacia ellos con ganas de sangre. Ermin empujó al jarl haciéndole caer a un lado justo cuando una flecha casi le traspasa. Entonces su captor miró a Didrik con sorpresa y su marido sonrió con malicia mientras ella se apartaba arrancando su puñal de la boca de aquel perro.

—Una distracción, solo necesitaba eso y me la habéis proporcionado vosotros al intentar matar a mi marido —siseó ella mientras su captor caía al suelo de rodillas. Odalyn no perdió el tiempo y volviéndose lanzó el cuchillo al que tenía más cerca

clavándoselo en el ojo. Los Hovensen gritaron atacando a sus enemigos y Odalyn sacó su pequeña espada. Al ver que uno de los hombres intentaba clavar su hacha en la espalda de su marido se tiró sobre él lanzándole al suelo. Fuera de sí gritó —¡Maldito cobarde! —Golpeó con la empuñadura de su espada su cara repetidas veces antes de girarse para evitar que otro la hiriera. Este murió a manos de Ermin que cogió su mano para ponerla en pie y ambos se volvieron dándose la espalda para seguir matando enemigos. Viéndoles luchar sin separarse el uno del otro, los Hovensen fueron deteniéndose. Didrik cortó la cabeza de uno con el hacha y al volverse salpicado de sangre vio como su esposa rajaba el pecho de un hombre de parte a parte mientras su hermano arrancaba la vida a otro de sus enemigos. Giraron al unísono con la respiración agitada para ver que no quedaba ni uno vivo.

—Jamás había visto algo igual —susurró Hoenir impresionado.

—Ahora entiendo eso de que son uno. Por separado son extraordinarios pero juntos son letales.

—¡Busquemos a esos perros! —gritó ella haciendo que sus hombres gritaran levantando sus armas.

—Cuidado, hermano —dijo Hoenir divertido—. Puede quitarte el puesto.

—Eso mismo dijo el rey. —Agarró a su mujer por la melena y la volvió para sisear —Como vuelvan a atraparte me voy a enfadar, mujer.

Forzó una sonrisa. —Fue un impulso.

—¡Quédate con tu hermano! —le gritó a la cara.

Gruñó antes de decir —Como digas.

La besó apasionadamente antes de soltarla medio atontada y preguntarle a Hoenir —¿Dónde está la casa de esa puta?

—Ven por aquí, hermano —dijo divertido.

Salieron del mercado y Odalyn sonrió como una tonta a su hermano. —Me quiere.

—Sí, eso es evidente —dijo a punto de reírse.

Iba a volverse para seguir a su esposo cuando vio por el rabillo del ojo un movimiento que le llamó la atención. Un hombre caía al agua desde el barco de los gemelos y al ver al hombre con el que había hablado en la playa se le cortó el aliento. —¡Se escapan! —Corrió con la espada en la mano hacia allí y los hombres de Didrik bajaron del barco del jarl para ayudarla.

Olav cogió un hacha y mientras sus hombres tiraban al que quedaba por la borda después de rajarle la garganta, él cortó el cabo que amarraba el barco. —¡No! —gritó ella saltando sobre unas pieles que estaban esperando ser cargadas antes de soltar su espada y saltar. Consiguió agarrarse al mascarón del barco en forma de dragón y se quedó allí colgada.

—¡Suéltate Odalyn! —gritó su hermano desde el puerto—. ¡Te matarán!

Levantó la vista y vio la sonrisa maliciosa de Olav. —Mira lo que hemos pescado.

Brenda apareció a su lado y sonrió con maldad. —. Subidla. Quiero lucir su cabeza y que todo el mundo vea como he vengado a los míos.

—¡Cógeme tú, puta!

—¿Qué me has llamado? —Se subió al mascarón de proa y de rodillas gateó hasta ella. —Maldita zorra. —La agarró por la muñeca y Odalyn forcejeó con ella para que la soltara. —¡Sube aquí, los golpes que te daba no serán nada con lo que recibirás ahora!

—¡Brenda no! —ordenó Olav—. Se va a caer y será una buena moneda de cambio.

Brenda le miró furiosa. —¡Esta zorra no va a vivir para eso, imbécil! ¡Me prometiste que morirían todos!

—Y morirán, pero nos seguirán y con ella tendremos algo con lo que negociar. Temerán que la mate y no harán locuras como intentar abordar el barco.

Odalyn se agarró con una sola mano y gritando se impulsó hacia arriba agarrándola por la melena para tirarla del barco. Ermin se tiró

al agua de inmediato a por ella mientras Odalyn reía. —Uy, se ha caído —dijo antes de elevar las piernas y rodear el cuello del dragón. Olav atónito vio como conseguía subir y se ponía de pie sobre el mascarón sacando el cuchillo de su cinturón. —Sois seis y os aseguro que no vais a salir vivos de aquí.

Escuchó gritos en el puerto y reconoció perfectamente la voz de su marido diciendo que se tirara al agua, pero no pensaba hacerlo. Le hizo un gesto con la mano libre a Olav que gritó —¡Atrapadla! ¡La quiero viva para que su esposo vea como la desangro!

Una flecha traspasó al primer hombre que se acercó y jadeó mirando sobre su hombro para ver a Didrik con un arco en la mano. —¡Marido, es mío!

—¡Baja de ahí, mujer! —Puso otra flecha en el arco antes de apuntar.

El barco de su esposo quitó amarres y pudo ver que Hoenir gritaba a sus hombres que se acercaran. —No podrás escapar.

Hoenir cogió otro arco y mató a dos hombres antes de que consiguieran bajar a la bodega. —Quedáis tres. —Sonrió maliciosa. —Solo tienes una opción. —Ven y atrápame. ¿No querías negociar con mi marido?

Olav entrecerró los ojos y se agarró al mascarón haciéndola reír. Una de las flechas que llegaron del puerto dio en el casco porque ya estaban demasiado alejados. Vio como caía otro hombre tras él de manos de Hoenir que cada vez estaba más cerca. —Ya casi no te queda tiempo.

Él gritó alargando la mano mientras el otro se tiraba por la borda intentando salvar la vida. Odalyn vio como se ponía de rodillas, porque sino no la alcanzaría. —Eso es, ven…

—Maldita zorra. Supe en esa playa que eras peligrosa.

—Pues allí no viste nada.

Se tiró sobre ella agarrándola de las muñecas y la desestabilizó haciendo que cayera de rodillas ante él. Odalyn le pegó un cabezazo en la nariz que se la rompió. Él casi cae del barco, pero consiguió

asirse mientras los hombres de su marido se reían en la distancia. —¡Odalyn mátale ya! —gritó Hoenir.

—¡No, es de mi marido! ¡Él vengará a sus hombres! —Le pegó un puñetazo en la sien que le mareó y cayó al agua mientras los suyos gritaban elevando los brazos. —Sonrió poniéndose de pie y se volvió. Vaya, su marido estaba furioso. —¡No me mires así, encima que te lo regalo!

—¿Me lo regalas?

—Claro que sí, amor. —Le lanzó un beso con la mano y su marido no pudo menos que sonreír. —¡Cogedle antes de que se ahogue!

Varios hombres subieron a su barco para hacerse cargo de él y antes de darse cuenta estaba de nuevo en puerto. Se acercó a la borda y se subió a ella lanzándose a los brazos de su marido que la esperaba. —Así que me lo regalas —dijo comiéndosela con los ojos.

—Si pudiera te daría la luna para que te sintieras dichoso a mi lado.

—Ya me siento dichoso a tu lado, preciosa. Porque vivo para ti. —Besó suavemente sus labios.

—Te amo —susurró abrazándole con fuerza.

—Jarl, ¿qué hacemos con ellos? —preguntó uno de sus hermanos.

Didrik se tensó. —Subidles al barco. Los nuestros quieren a los responsables de esas muertes y los tendrán.

Asintió antes de tirar de Brenda hacia el barco. Esta la escupió. —Ojalá te pudras por dentro y jamás puedas parir la mala sangre que corre por tus venas, puta.

Palideció al escucharla y su marido se tensó dejándola en el suelo. —No le hagas caso. —La besó en la sien antes de apartarse y gritar —¡Tapadle la boca! ¡No quiero escucharle ni una palabra más!

Ermin se acercó a ella y la abrazó. —No dejes que sus palabras te afecten.

—Ya perdí un hijo —susurró.

A su hermano se le cortó el aliento antes de mirarla. —Lo siento mucho, cielo. Pero eso ya ocurrió y te quedan muchos hijos por

parir, ya verás como sí. Lo que ha dicho Brenda es porque sabe que va a morir y ha intentado hacerte daño.

Forzó una sonrisa. —Sí, por supuesto. Son palabras vanas.

—Olvídalo. —Su hermano sonrió. —¿Me enseñas nuestro tesoro?

—Claro que sí —dijo ansiosa—. ¿Preparado para ser rico?

—No.

Rieron subiendo al barco a toda prisa y Didrik sonrió desde su drakkar. Hoenir se acercó a su hermano y le palmeó la espalda. —Los encontramos.

—Sí, hermano. Los encontramos.

—Y ahora todo Heirst sabe que contigo no se juega —dijo orgulloso.

—No, saben que con mi esposa no se juega.

Se echaron a reír y en ese momento salió Odalyn de la bodega. —¡Marido, aquí faltan cosas! ¡Buscadlas! ¡Tienen que estar por el pueblo!

Como si lo hubiera dicho el mismísimo jarl los hombres volvieron a salir del barco y Didrik le dijo a su hermano —¿Una cerveza mientras mi mujer se queda satisfecha?

—Por supuesto, mi jarl.

Capítulo 17

Cuatro meses después

Suspiró sentándose al lado de su marido para la cena y gruñó porque Lene pasó ante ellos para atender otra mesa. Había conseguido que su suegra le prohibiera atender la mesa del jarl, pero Didrik no quería que trabajara fuera de la casa por si le pasaba algo ya que su embarazo empezaba a ser evidente. Así que ahora atendía la mesa de los hijos de sus hermanos y sus esposas. Mirando su vientre se le revolvieron las tripas porque esa mujer le daría algo que ella no conseguía. Esa mañana se había despertado con las piernas manchadas de sangre. El jarl tenso por su esposa la miraba de reojo de cuando en cuando, pero no se daba cuenta sumida en sus pensamientos. Lo que había dicho Brenda empezaba a preocuparla y mucho. Incluso lo repitió en el patio mientras era torturada por varios de los suyos que buscaban venganza. La escuchó todo el mundo. —¡Jamás parirás! —gritaba una y otra vez. Venga Odalyn, eso lo único que demuestra es que la primera vez que te lo dijo se dio cuenta de que te había hecho daño y repitió sus palabras para que se te quedaran bien grabadas. Sería zorra. Ni muerta la dejaba en paz. Pero lo peor no era eso, lo peor era que mucha gente empezaba a pensar que esa maldición era cierta porque dormía con su marido cada noche y nada de nada. Ya habían pasado cuatro meses y nada cuando la vez anterior la había embarazado en un suspiro. No lo entendía. Su amiga Idun consciente de su preocupación le dijo que puede que algo se

desarreglara cuando perdió a su niño y puede que tardara un poco mientras eso se curaba, pero es que ya habían pasado cuatro malditos meses. Al levantar la vista para coger su jarra vio que Lene pasaba ante la mesa y sonreía orgullosa a su jarl. Este carraspeó incómodo mientras Odalyn le miraba como si quisiera soltar cuatro gritos.

Él iba a decir algo cuando se escuchó el sonido de un cuerno alertándoles. Todos se pusieron en pie y el jarl susurró —Gracias Odín.

—¿Qué?

—Nada mujer. Voy a ver quién es.

—Eso… —siseó antes de beber.

—¿No vienes? —preguntó extrañado.

—No, tengo hambre.

Él suspiró agachándose ante ella. —No es tan grave.

—No sé a qué te refieres.

—Preciosa, mírame.

Volvió la cara hacia su marido y este acarició su mejilla. —Vendrán y serán tantos y tan ruidosos que nos volverán locos.

Se emocionó por sus palabras. —¿Y si no es así?

—No pasará nada, mi amor.

Furiosa se levantó y corrió hacia las escaleras para esconder sus lágrimas. Ermin apretó los labios mientras el jarl se incorporaba. —Ayúdame, joder…

—Ya lo he intentado, te lo aseguro, mi jarl. Pero ella… Se siente insegura por ella. Sabe que la amas, pero te va a dar algo que aún no ha podido darte.

Juró por lo bajo. —Tengo que ir al fiordo.

—Iré yo —dijo Idun levantándose sin mirar a Hoenir, que llegó donde su jarl viendo como se alejaba.

Gruñó antes de decir —Es Ake.

Le miró sorprendido antes de sonreír. —Por Thor, ¿qué hace aquí?

—Creo que trae noticias del sur. Su barco está cargado lo que demuestra que tiene un buen botín de esos sacerdotes.

Rio saliendo de la casa. —Vayamos a su encuentro.

Idun entró en la habitación del jarl sin llamar y se le rompió el corazón porque su amiga estaba tumbada en la cama dándole la espalda intentando reprimir las lágrimas. Se tumbó a su lado y la abrazó. —No te aflijas. Seguro que no tardará en llegar.

—El que no tardará en llegar es el hijo de esa.

—Lo aceptaste.

—¿Me quedó otro remedio? Le amo.

—Lo sé. Y él te ama a ti no a ella.

—Se ríe de mí. Lo sé.

Idun apretó las mandíbulas porque ella también lo sabía, pero no quería entristecerla más. —Lo que pasa es que te tiene envidia porque estás casada con él y te provoca con lo único que sabe que puede hacerte daño.

—¡Así que se ríe de mí! —Furiosa se levantó. —Esa zorra…

—No te hagas esto. —Vio en su rostro la impotencia. —Llegarán y como dice tu marido os volverán locos, pero de la alegría.

Angustiada dio un paso hacia ella. —Temo ser como ella.

La entendió perfectamente. —No eres como Erika. Tú tienes un corazón enorme y siempre quieres ayudar a los demás. No hay una pizca de maldad en ti.

—Pues te aseguro que en este momento…

Idun soltó una risita y Odalyn bufó sentándose en la cama. —¿Y si hay algo mal en mí? ¿Y si ya no puedo tener hijos por lo que ocurrió?

—¿Crees que a él le importa con tal de tenerte cerca? —Apartó su larga melena de su hombro para observar su perfil. —Para el jarl tú eres lo más importante.

—Cuando le vea la cara ya no será así.

—Es su hijo, por supuesto que le querrá, pero eso no significa que tú dejes de importarle. Vuestra unión es más fuerte que todo eso. Lo veo en sus ojos cuando te mira. No solo te quiere, te admira, te respeta… Jamás había visto una relación así y eso tiene que significar algo. —Acarició su espalda. —No dejes que los celos manchen tu alma. No dejes que te torturen, eso solo envenenará tu relación con el jarl y os hará desdichados a los dos.

Asintió mirándose las manos. —Sé que tienes razón.

—Por supuesto que la tengo —dijo haciéndola sonreír—. Así me gusta. Míranos, hace un año ni soñábamos con la vida que disfrutamos ahora. Sobrevivíamos para evitar los golpes, trabajar y comer la mierda que nos daban. Ahora somos libres gracias a ti, somos ricos y somos respetados entre la gente de tu marido. Hasta un rey se inclina ante ti, amiga. —La cogió por la barbilla para que la mirara. —Eres mucho más que una futura madre, eres una vikinga, una heroína para mucha gente y se escucharán leyendas sobre ti, sobre tu valentía y arrojo para conseguir salvar a los suyos. No dejes que un aspecto de tu vida enturbie el resto. Serás madre, lo sé porque cuando te empeñas en algo ni Odín puede evitarlo. Tendrás hijos hermosos y sanos que serán grandes guerreros, que serán el orgullo de los nuestros. Solo debes tener paciencia y disfrutar de lo que nos hemos ganado. —Una lágrima cayó por la mejilla de su amiga e Idun se la limpió con ternura. —Dentro de diez años me darás la razón.

—¿Eso crees?

—Vive, ama a tu esposo, sé feliz y disfruta de lo que te rodea porque vida solo hay una. ¿No te sentirías una idiota si después tienes nueve hijos? ¿No pensarías todo el tiempo que has perdido en lágrimas inútiles? Recuerda lo que decía tu madre, llorar no sirve de nada, amiga. Aprovecha este momento de tu vida como si fuera el último. Aprovecha que tienes a tu marido solo para ti, que es tuyo y que te ama.

Sonrió. —Eres muy sabia.

—Gracias a ti. Sin ti todavía sería una esclava que ni sabe leer ni defenderse.

—Siento que las cosas no vayan bien con Hoenir.

Chasqueó la lengua. —Ni le miro. No me siguió aquel día al fiordo.

—Es que apareció mi hermano y…

—No le excuses, ni siquiera se ha disculpado por su grosería al rechazarme. —Miró al vacío. —¿Sabes? Mientras esperaba en ese fiordo pensé mucho en lo que me dijo tu abuela del orgullo. ¿Recuerdas lo que le dije?

—Que al haber sido esclava tampoco tenías tanto orgullo.

—Estaba equivocada. Me he dado cuenta de que es lo único que me queda. ¿No me quiere? Pues muy bien. —La miró de reojo. —Ermin me ha pedido matrimonio y esta vez quiere hacerlo de verdad.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Que me ha pedido…

—¡Ya te he oído! ¡Ni hablar!

—Me quiere.

—¡Cómo a una hermana! ¡Y tú a él! ¡Y te mereces que alguien te ame por encima de todo!

—Pero eso no ha pasado, Odalyn.

—¿Y te vas a conformar con mi hermano?

—Muy bonito —dijo el aludido desde la puerta.

Le señaló con el dedo. —¡Este matrimonio no se va a celebrar!

Ermin cerró la puerta y se volvió para mirarla. —La quiero.

—¡Sí, pero no como debes! —Miró a uno y luego al otro. —¿No os dais cuenta que cuando se ama de verdad el corazón vuela? ¿Que es una sensación tan maravillosa que ruegas a Odín porque nunca se acabe? —Su amiga agachó la cabeza. —¡Claro que lo sabes, pero te has rendido cuando me pides a mí que nunca lo haga!

—No es lo mismo.

—¡Sí que lo es! —Se agachó ante su amiga. —¿Amas a Hoenir? Haré que lo consigas, te lo juro por Odín.

—Él no me ama y no quiero obligarle a nada. Ermin…

—¡Oh por Dios, olvídate de él! —Ermin jadeó indignado. —No me mires así, hermano. ¡No la amas! ¡Si lo hicieras hubieras perdido el trasero por ir hasta las tierras de James para buscarla!

Tuvo la decencia de sonrojarse. —Hemos hablado sobre eso y sobre muchas cosas más. Será un buen matrimonio, nos conocemos bien.

—¡Eso no basta! ¡Y no pienso consentir algo que os hará desdichados a los dos! ¡Y seréis felices como merecéis! ¡Vaya que sí!

Decidida fue hasta la puerta mientras su amiga pasmada preguntaba —¿A dónde vas?

—¡A hablar con mi esposo para impedir esta locura! ¡Ja! Esto no os lo esperabais ¿eh?

Salió zumbando y Ermin e Idun sonrieron maliciosos. —Vuelve a tener algo de espíritu, ¿no? —preguntó ella.

—Ya decía yo que lo que teníamos que hacer era quitarle una preocupación con otra, si conoceré a mi hermana.

—¿Y si no dura mucho tiempo?

—Habrá que visitar tierras anglosajonas. Hace tiempo que no tenemos noticias de ellos.

—Eres un genio.

Le guiñó un ojo. —Veamos lo que le dice al jarl.

Soltó una risita corriendo hacia la puerta.

Cuando llegaron al patio estaba al lado de su marido reteniendo su lengua porque hablaba con un hombre muy alto con una larga melena castaña. Se acercaron y escucharon como su jarl la presentaba —Esposa, él es mi buen amigo Ake.

—Oh… ¿Quién era la mujer? —le espetó de golpe.

—¿Perdón?

—Cuando fue hasta mis tierras llevaba una mujer en su barco, ¿quién era?

—Mujer, ¿y eso qué importa? —preguntó su marido.

—A mí me importa, quiero saberlo —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Ake sonrió. —No sé muy bien cómo se ha enterado….

—Ya, ya. ¿Quién era?

—¿Tu mujer me está interrogando? —preguntó divertido.

—Amigo, tengo mil cosas que contarte.

—Y yo a ti —dijo mirándola de reojo. Esta no le quitaba la vista de encima con el ceño fruncido—. ¿No lo va a dejar?

—Ni hablar, mi mujer es así.

—Pues pareces encantado.

—Lo estoy. Ven, tomemos una buena jarra de hidromiel.

Cuando se alejaron jadeó cogiendo sus faldas. —Marido es un cabo suelto que quiero atar de una vez.

—Mujer, él no tenía nada que ver, déjalo ya. Es parte de su vida y no nos incumbe.

—¿Y qué le importa decirlo? ¡Además, tampoco hemos hablado de tu primo que misteriosamente llegó al barril! ¿No te intriga eso?

El jarl carraspeó como si estuviera incómodo. —¿Recuerdas a Gerd?

—Sí, por supuesto. Mis hombres le recogieron en la playa y le curaron como pudieron.

—Murió.

—Vaya, lo siento mucho. Era un buen hombre.

—Sí que lo era, sí. ¿Qué pasó con él cuándo le curaron?

Confundido miró a Odalyn que levantó una ceja. —Supongo que alguno de los míos le llevó a tu barco en una barca.

—¿Lo supones? —Odalyn mosqueada dio un paso hacia él. —¿No estabas allí en el barco para dar la orden de que se lo llevaran?

Entrecerró los ojos. —Tu mujer es muy inquisitiva, jarl.

—Y que lo digas. ¿Estabas o no?

—Sí que estaba. —Carraspeó. —Pero estaba ocupado en la bodega.

—¿Si?

—Es que después de una batalla siempre… No sé si me entiendes.

Odalyn se sonrojó mientras su marido sonreía. —Te entiendo perfectamente.

—Con ella, supongo.

—Así es.

—¿Es esclava?

—No, es mi esposa. Siempre me acompaña en mis viajes.

Su marido no pudo disimular su sorpresa. —¿Desde cuándo estás casado?

—Un año ya. Iba a presentártela en la boda, pero no tuve ocasión.

Odalyn estiró el cuello. —¿Y dónde está?

—Pues está en la bodega porque anoche parió a nuestro primer hijo. Un varón —dijo orgulloso—. Volvíamos a casa con la esperanza de que diera a luz allí, pero Odín ha querido que fuera en alta mar. Por eso me he detenido, está agotada. No la he bajado porque no quería despertarla.

Su marido se echó a reír palmeándole el hombro. —Felicidades. Bebamos para celebrarlo. Mujer encárgate de que la acomoden en una habitación, se quedarán todo lo que necesiten.

—Por supuesto, marido —dijo entre dientes—. Genial otro bebé… —Bufó yendo hacia al barco. —¡Idun!

Su amiga corrió tras ella y subieron al barco. Al llegar a la bodega puso los ojos en blanco porque todo estaba lleno de bultos, cruces y cofres. Idun soltó una risita. —El clero no debe estar muy contento.

—Como Alfred quería. —Escucharon un gorgorito y las chicas rodearon una especia de panel de madera para encontrársela sobre un montón de pieles. Estaba muy pálida y parecía dormida. Se tensó de inmediato porque no tenía buen aspecto. —¿Idun?

—Enseguida. —Se arrodilló a su lado y pasó la mano por su frente. —A pesar de su palidez está ardiendo. —Apartó la piel a toda prisa para ver sangre entre sus piernas. —Dios mío…

—¿Qué ocurre?

—No ha debido soltar la bolsa que portaba al bebé en su interior.

—¿Es grave?

—Sí, mucho.

—Pues es evidente que el jarl no lo sabe. Piensa que solo está cansada.

—Hombres —dijo entre dientes—. Odalyn no sé si puedo curarla.

—Igual la curandera sabe un remedio. Entre las dos lo intentaréis. —Se acercó al bebé que estaba envuelto en una piel. —Hola precioso. —Lo cogió en brazos y dijo —Démonos prisa. No hay tiempo que perder. Corre a por la curandera mientras hago que la saquen de aquí.

Su amiga hizo lo que le pedía y Odalyn tampoco perdió el tiempo desembarcando. Cuando vio a Hoenir gritó —¡Sácala del barco, está muriéndose!

—¿Qué?

—Corre. Cárgala hasta la casa del jarl.

Hoenir corrió al interior mientras los hombres de Ake no entendían nada. Corrió hasta la casa con el niño en brazos y gritó —Calentad agua, paños y… ¡No sé!

Su marido se levantó. —Odalyn, ¿qué ocurre?

—Está grave, esposo. Sangra entre sus piernas.

Ake se levantó pálido. —No, solo está agotada y… ¡Todo iba bien! ¡Ella me dijo que todo estaba bien!

—Idun dice que no. Tiene una fuerte calentura.

Ake corrió fuera de la casa y el jarl la miró a los ojos. —¿Tan grave es?

—Idun no sabe si podrá reponerse. Ha ido por la curandera.

Su marido juró por lo bajo siguiendo a su amigo y ella miró al bebé. No podía quedarse sin madre, no era justo. No, no era justo.

La esposa del jarl murió a la noche siguiente. Ake estaba destrozado y se echaba la culpa por haberla llevado en ese viaje

cuando ya sabían que estaba en estado. —Tenía que haberse quedado en casa —decía una y otra vez—. ¿De qué me sirven las riquezas si no la tengo a ella?

Su marido intentaba consolarlo, pero estaba realmente destrozado y se sumergió en la bebida para huir del dolor. Sus hombres no sabían que hacer e intentaron cuidarle. Ni fue capaz de asistir a su incineración. Odalyn al lado de su marido preparó el cuerpo lo mejor que podía sintiendo una pena enorme por el dolor que esa muerte había producido en el amigo de su esposo. Fue su marido quien lanzó la flecha que incendió la pira que portaba la barca cuando ya estaba en el centro del fiordo. Mientras se alejaba cogió la mano de su esposo y este se la apretó como si no quisiera soltarla nunca y con un nudo en la garganta volvieron a la casa pasados unos segundos para encontrarse a Ake desmayado sobre la mesa. Hoenir apretó los labios sentado ante él y se volvió sobre su hombro al darse cuenta de que estaban allí. —Se sentirá todavía peor cuando se entere.

—No podíamos esperar más, lo sabes.

Idun llegó con el niño en brazos que no dejaba de llorar. Su amiga a punto de llorar también dijo —Ya no sé qué hacer. Parece que sabe lo que ha ocurrido.

—Por supuesto que lo sabe —dijo acercándose y cogiéndole en brazos. Se lo cargó al hombro y acarició su espalda intentando calmarle—. Shusss, ya está mi amor. Todo estará bien. —Miró a su marido a los ojos. —Pobrecito.

—Llevémosle a nuestra habitación, parece que a tu lado está más tranquilo. —Miró a Hoenir. —¿Te quedarás con él?

—Sí, jarl. No me moveré de aquí ni le quitaré ojo.

Él asintió y preocupada dejó que la cogiera por la cintura para ir hacia la habitación. —¿Temes que se quite la vida? —susurró mientras entraban en su alcoba.

—Jamás había visto a un hombre así por la muerte de su esposa.

Asintió porque ella tampoco. Con cuidado dejó al niño sobre la cama y pensativa se quitó el vestido. Se tumbó a su lado dejando al niño en medio de los dos y pensativa acarició la frente del bebé haciendo que poco a poco se fuera relajando hasta quedarse dormidito. El jarl suspiró cerrando los ojos. —Duerme, estás agotado. Llevas dos días sin dormir.

Él la miró. —Tú tampoco has dormido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No podría. Si me pasara algo…

—No digas eso… ——Acarició su mejilla. —Ni pienses en ello.

—Quiero que seas feliz. No quiero que estés así. Quiero que pienses en lo que te queda por vivir. Con tu hijo, con tu gente…

—No hables de eso.

—La vida es frágil, mi amor. Hoy eres feliz y mañana Odín puede arrebatártelo todo.

Acarició su mejilla. —Pero ahora estás aquí, yo estoy aquí y todo va bien.

Ella miró al niño. —Es un regalo de Odín. Tan hermoso, tan inocente…

—Ake es un buen hombre. Sabrá amarle como se merece cuando se recupere del dolor.

—Me encantaría darte uno, pero si no puedo…

—Si no llega es porque Odín así lo quiere. Mujer, me das tanto que sería egoísta pedir más.

Emocionada le miró a los ojos. —¿De veras?

—Jamás he hablado tan en serio, mujer. No quiero que te fustigues más por eso. Y no quiero que sufras cada vez que ves a Lene. Odio que te sientas así y me hace sentirme peor por haberte traicionado.

—No sabías que estaba viva.

—Traicioné a mi corazón y por lo tanto te traicioné a ti.

—Siento que sufras por ello. Es culpa mía.

—No preciosa, es culpa mía porque esa traición está presente cada día y entiendo que no puedas olvidarlo. Lene está presente y el

niño será parte de nuestras vidas. Te he condenado a una penitencia que no mereces.

El niño chilló y ella acarició su vientre por encima de la piel que le cubría. —Un niño no es una penitencia, es una alegría y será parte de nosotros. —Levantó la vista hasta sus ojos. —Será parte de ti, ¿cómo no voy a amarle? Daría la vida por él como si fuera mío.

Emocionado la cogió por la nuca y susurró —Doy gracias a Odín cada día porque me unió a ti, preciosa. —La besó suavemente en los labios. —Duerme, mi vida. Estás agotada.

Asintió y suspiró mirando al bebé entre ellos. Sus ojos se fueron cerrando poco a poco sintiéndose mejor. Recordó que con todo lo que había ocurrido no había hablado con su marido de Ermin e Idun. Esperaría unos días a que todo volviera a la normalidad. En cuanto se fuera el jarl les dejaría a todos las cosas muy claritas.

Al día siguiente Ake estaba despierto cuando se levantaron y habló con su marido a solas. Preocupada les esperaba sentada en la mesa con el niño en brazos y cuando volvió su marido lo hizo solo. —¿Dónde está?

—Se va.

—Que se deja al niño…

—Ha pedido que le cuidemos unos días.

Sorprendida miró al bebé y aunque le cuidaría con gusto porque era para comérselo se negó. —Ni hablar.

—Mujer…

Salió de la casa sin que pudiera impedírselo y Odalyn gritó —¡Jarl Sveinnsen!

Él que estaba subiendo a su barco se detuvo sin volverse. —¡Te olvidas a tu hijo! ¡Porque es tu hijo, sangre de tu sangre! ¡No puedes abandonarle!

Tenso se volvió mirándola con sus ojos enrojecidos. —Tengo que ir a las tierras de mi suegro para darle la noticia. Solo serán unos

días.

Tenía la sensación de que no debía permitírselo. Desde que estaban allí ni había mirado al bebé y si ella fuera su madre no le gustaría que tratara así al niño como si fuera responsable de su muerte. Decidida fue hasta él. —Lo siento jarl, pero su hijo también le necesita. —Sin miramientos se lo puso en brazos y se volvió sin mirar atrás. Didrik muy tenso observaba a su amigo y ella susurró —Entra en la casa.

Idun corrió hacia el jarl con una bolsa de cuero en la mano y se la entregó. Ake no tuvo más remedio que cogerla y se volvió para subir la pasarela. Desde la entrada de su casa observaron como el barco se alejaba y al ver una sonrisa en el jarl mirando a su hijo ella suspiró del alivio. Fulminó a su marido con la mirada. —Eres muy blando.

—Afortunadamente tú no, preciosa.

Se sonrojó de gusto volviéndose y cuando Lene pasó ante ella sonriendo con suficiencia se detuvo en seco. —¿De qué te ríes, Lene? —preguntó el jarl quitándole la sonrisa de golpe.

—De nada, mi jarl.

—Más te vale —siseó él—. Estoy harto de ver como intentas provocar a mi esposa. ¡Mi esposa! En lugar de tener esa actitud deberías besar el suelo por donde pisa, sobre todo porque gracias a ella tienes la libertad y ha permitido que vivieras en nuestras tierras. Odalyn ha tenido mucha paciencia contigo, pero yo ya estoy harto. Puede que seas la madre de mi hijo, pero no colmes mi paciencia, mujer.

Se sonrojó con fuerza. —Sí, jarl —dijo antes de alejarse.

Ermin se acercó. —Jarl, ¿podemos hablar un momento?

—¡Ni hablar! —exclamó ella.

—Ah, ¿no? —Su marido sonrió. —¿Qué ocurre?

—Pues… —dijo su hermano.

—¡Ni se te ocurra decirlo, no lo pienso permitir! ¿No te lo he dicho ya?

—Odalyn, ¿qué ocurre?

Hoenir y Baldur se volvieron en la mesa.

—Quiero casarme, jarl.

—Oh… ¿Y quién es la afortunada? —Palmeó su hombro. —¿Quién ha robado tu corazón entre las mujeres de mi pueblo?

—Es Idun, jarl. Me ha aceptado.

Se escuchó como una jarra caía al suelo y todos miraron hacia Hoenir que siseó —¿Qué has dicho? —Se levantó muy tenso. —¿Con quién vas a casarte?

—Con Idun.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó ella molesta—. Esto es culpa tuya, así que cierra el pico.

—¿Culpa mía? —vociferó.

En ese momento Idun entró en la casa con un montón de ropa seca en los brazos y se detuvo en seco cuando todos la miraron. —¿Qué?

—¿Vas a casarte con este? —le espetó Hoenir.

—Pues…

—¡Pues nada!

—Ah, ¿no? —preguntó pasmada dándole la ropa a una de las sirvientas.

—¡No!

Sin salir de su asombro miró a su amiga que la animó con la mirada antes de levantar la barbilla. Idun respiró hondo antes de estirarse para fulminarle con la mirada poniendo los brazos en jarras. —¡Yo me casaré con quien me dé la gana!

—No, mujer. ¡Tú te casarás conmigo!

Jadeó indignada. —¿Qué has dicho? ¡Me rechazaste! ¡Me ridiculizaste y no me hablas! ¿Estás loco?

Dio un paso hacia ella. —Jarl…

—Tiene que decir que sí, hermano. No pienso obligarla como no quise obligarte a ti en su momento. —Sonrió malicioso cruzándose de brazos. —Tendrás que convencerla.

Ermin carraspeó. —Sobre lo que he dicho…

Nadie le hizo caso mirando a Hoenir que entrecerró los ojos como si estuviera pensándose qué hacer. —Mujer…

—¿Si? —preguntó Idun con chulería.

—Yo…

Odalyn puso los ojos en blanco mientras Idun daba un paso hacia él. —Tú qué…

—No quería hacerte daño —dijo cortándole el aliento—. Jamás he querido hacerte daño y postrado en aquella cama pensé en hacerte mi esposa.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

—Pero temí estar cometiendo un error, cuando el error fue rechazarte, fue herirte y cada día me culpo de ello. He visto el daño que te produjeron mis palabras y si no intenté arreglarlo fue porque temía hacerte daño de nuevo. —Odalyn emocionada se llevó la mano al pecho mientras Didrik sonreía cogiéndola por los hombros pegándola a él. Hoenir apretó los puños. —Pero no pienso permitir que te cases con él. ¡Me querías! Haré que me quieras de nuevo. Lo haré. Solo dame una oportunidad.

Idun se echó a llorar lanzándose a su cuello para abrazarle con fuerza y Hoenir la pegó a él cerrando los ojos.

—Vaya, me he quedado sin novia —dijo Ermin divertido.

—No te veo muy afectado, cuñado —dijo Didrik.

—Tendré que buscar otra.

Los ojos de su hermano fueron a parar a Lene y a Odalyn se le cortó el aliento. Lo que le faltaba. Asustada miró a su marido que agarró a su hermano del hombro volviéndole. —Oye, Ermin, creo que es hora de que hagas un viaje.

—¿Un viaje, mi jarl?

—Hace tiempo que no sabemos nada de mi hermano y es hora de que conozcas al rey.

—¿Yo?

—Sabes el idioma, eres el hermano de mi esposa, no puede haber mejor embajador de ella en las tierras de James.

Asintió entrecerrando los ojos. —Es cierto.

—Irás a comprobar cómo va todo. Quiero noticias cuanto antes.

—Sí, mi jarl.

—¿Estás al tanto de toda la situación?

—Sí, jarl. Mi hermana me lo ha contado todo.

—Pues saldrás de inmediato. Quiero saber todos los pasos que ha dado Alfred en las negociaciones con los barones. Mis emisarios estarán a punto de llegar de hablar con los que han tomado las tierras del norte. Cuando lleguen quiero saber en qué situación se encuentra Alfred.

Ermin muy serio asintió. —Lo haré bien, jarl.

—Confío en ti. No te preocupes por tu hermana, yo estaré a su lado.

Su hermano sonrió antes de mirarla a los ojos, que estaban a punto de llorar. —Volveré pronto.

Sabía por qué lo había hecho su esposo. Para alejarle de Lene y para darle un hueco entre los suyos. Y su hermano no le iba a defraudar, le conocía y lo veía en sus ojos. —Que Odín te acompañe. Sé que cumplirás esta importante misión mejor que nadie. Cuida de mis gentes que también son las tuyas y ten cuidado. —Le abrazó con fuerza. —Dile a Oswald que pienso en él todos los días.

—Lo haré.

Emocionada se apartó. —Y dile al rey Alfred que no le quito ojo.

Su hermano se echó a reír. —También lo haré. —Idun se acercó tímidamente. —Felicidades, preciosa.

Le abrazó mientras Hoenir se tensaba, pero no hizo nada para impedirlo. —Te querré siempre.

—Pienso volver.

—Lo sé. —Le besó en la mejilla y sonrió apartándose. —Que tengas buen viaje.

Didrik dio órdenes a los hombres para que le acompañaran y desde el puerto vio como el barco se alejaba apenas media hora después. Didrik la abrazó por los hombros. —Es lo correcto, esposa.

—Lo sé. No estoy afligida, es su destino.

Capítulo 18

Sentada ante el fuego se acarició el vientre pensando en lo sabia que era su mejor amiga y en todas las lágrimas que había derramado para nada porque ya tenía a su ansiado hijo en su interior y en primavera le vería la carita. Por cierto, estaba deseando que llegara porque su marido no la dejaba hacer nada prácticamente. Mirando a su alrededor bufó muerta del aburrimiento. Su marido sentado a su lado sonrió. —Mujer, ¿piensas estar todo el invierno así? Porque quedan meses. Apenas acaba de empezar a nevar.

Se acarició el vientre. —¿No te aburres?

—Estoy descansando porque mi mujer en invierno es todavía más exigente conmigo.

Varios que le escucharon rieron por lo bajo y ella le fulminó con la mirada. —Muy gracioso, marido.

—Búscate un entretenimiento. Mira Idun, ya domina el telar. Y tu abuela se ha tomado muy en serio eso de aprender nuestra lengua.

Su amiga le guiñó un ojo, pero Hoenir rio por lo bajo. —Necesita acción, jarl. Tu esposa no se conformaría con el telar a no ser que pueda hacerlo añicos contra la pared. Así se desahogaría un poco. Y se pone de los nervios cuando enseña a su abuela.

Soltó una risita. —Pues sí.

El sonido de un cuerno les tensó y se levantó en el acto. —Mi hermano. —Corrió hacia la puerta y salió antes de que nadie pudiera impedirlo.

—¡Y sin abrigarse! —gritó el jarl exasperado.

Corrió tras ella y cuando llegó al embarcadero le puso una piel encima. El cuerno sonó de nuevo. —Sí, es uno de nuestros barcos.

Sonrió radiante. —Ya está aquí.

Cuando el barco se acercó vieron que en la proa no estaba Ermin sino Jensen. Dejó caer los hombros decepcionada mientras todos gritaban dándole la bienvenida. Bueno, al menos tendría noticias de él. Impaciente esperó que bajara del barco y para su sorpresa vio que Rose bajaba la rampa. Chilló de la alegría corriendo hacia ella casi tirando a Jensen para abrazarla. —¡Estás aquí!

—Sí, milady —dijo emocionada—. Tenía que conocer las tierras de mi esposo.

—¡Lo sabía, lo sabía! —dijo encantada.

Jensen sonrió mientras ella miraba hacia el barco. —¿Julianne no ha venido?

—Tenía que quedarse con su esposo —dijo el hermano de su marido—. Con Ermin.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué?

Se echaron a reír. —Te dije que pondría esa cara.

—Al parecer tenéis muchas noticias que darnos. Pasemos, hace frío —dijo Didrik encantado de verles.

Su abuela cubierta de pieles se acercó a la puerta y sonrió a los recién llegados. —Estupendo alguien más con quien hablar.

Rose sonrió. —Me alegro de verla, milady. —Hizo una reverencia.

—Por Dios niña, aquí no hacemos estas cosas. Pasa, pasa, hace un frío espantoso.

Didrik puso los ojos en blanco. —¿Todavía te complica la vida, hermano? —preguntó Jensen.

—No lo sabes bien. Pero a mi esposa la hace feliz. —Le palmeó el hombro entrando en la casa y sus hermanos se acercaron a saludarles con sus esposas. El jarl se sentó en su silla y Odalyn se sentó a su lado. Cuando Jensen se acercó, su marido preguntó con una jarra en la mano —¿Cómo es que habéis venido tan cerca del invierno? El viaje ha debido ser duro.

—Díselo a mi esposa. —Perdió algo la sonrisa. —Hay problemas. Ermin se ha quedado allí para proteger lo nuestro, pero si la situación sigue así necesitará ayuda.

Todos perdieron la sonrisa de golpe y el jarl dejó la jarra sobre la mesa. —Explícate.

Jensen se sentó frente a Odalyn. —Los barones aceptan el tratado y la iglesia también, pero varios del norte no hacen caso a sus jarl e intentan avanzar. Alfred ha tenido que refugiarse en las marismas de Somerset y ha reclutado un ejército para ir hacia Edington. No sabemos cómo actuar. Alfred teme que todo se desmorone. Si toma medidas….

—Quiere que las tome yo.

Bebió de la jarra que su mujer puso a su lado. —Si él envía a sus tropas puede que todo vuelva a empezar. No te puedes ni imaginar lo que han prosperado en estos meses sin invasiones, parecen otros. Tus tierras son ricas y te darán mucho dinero. Tanto las tierras de los Edevane como las de la madre de tu esposa son las más ricas que he visto nunca, hermano. Para ti, para tus hijos será muy ventajoso.

Odalyn palideció al pensar que su marido se enfrentara a ellos. Si no hacían caso a sus jarls por qué iban a hacerle caso a él. Temió por su vida. Didrik la miró de reojo antes de asentir.

—Marido…

—He llegado a un compromiso para salvar el reino. Si debo ir a ayudar al rey iré. —Se levantó dejándola con la palabra en la boca. —Hoenir que se preparen los hombres.

—Pero…

Salió sin escucharla y asustada miró a Jensen. —¿Cuántos son?

—Muchos. Los jarl han intentado controlarlos, pero ansían tierras como las tuyas. Serán difíciles de convencer.

Gritó de la rabia poniéndose en pie y en ese momento escuchó el llanto del pequeño Didrik que estaba en una cuna cerca del fuego. Lene fue hasta él, pero le cogió exasperada y de muy malas maneras, moviéndole de un lado a otro con movimientos bruscos.

Jensen iba a decir algo, pero ella le hizo un gesto con la mano para que callara. Los que estaban en la mesa se giraron para ver como Lene decía —¿Quieres callarte ya?

—Disculpadme un momento —dijo fríamente antes de caminar hacia ella. Lene al ver que se acercaba se la quedó mirando y cuando vio la furia en sus ojos dio un paso atrás. —Deja al niño en la cuna.

Le abrazó más. —No.

—¿No? Déjale en la cuna.

Baldur y Hoenir se levantaron de sus asientos ante el fuego. —¿No has oído a la esposa del jarl? —preguntó Hoenir sacando su puñal de su cinturón.

Lene asustada dejó al niño en la cuna y en cuanto lo hizo Odalyn la agarró por el pescuezo empujándola contra la pared. —Escúchame bien, no tienes otra cosa que hacer en todo el maldito día que cuidar de ese niño porque te conserva la vida. Procura cuidarle con mucho mimo, porque como no sea así, como le hagas algún daño te juro por lo más sagrado para mí que es mi marido que te mataré y no será una muerte sin dolor. Sufrirás lo indecible hasta que dejes de respirar. Ya no me queda paciencia contigo, Lene. Rozas los límites cada día y ya no me queda paciencia.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Era mío.

—¡Jamás fue tuyo! ¡Su corazón es mío desde que me conoció, tú solo compartiste su cama! ¡Fuiste un consuelo, nada más!

Lene se echó a llorar. —No es cierto.

—Sí que lo es —dijo el jarl—. Y como ha dicho mi esposa, como vuelvas a tratar mal al niño morirás. Hoenir mientras esté fuera encárgate de que se comporte. Como veas algo extraño tomarás tú la decisión. No quiero que mi esposa sienta esa carga y más en su estado.

Soltó su cuello sintiendo como se estremecía y Odalyn aún furiosa cogió al niño en brazos para calmarle mientras ella salía corriendo del salón llorando a lágrima viva. Su marido se acercó. —¿Está bien?

—Sí. Esa zorra… —Acarició su mejilla antes de darle un beso en la frente que hizo que soltara un gorgorito de la alegría cogiendo un mechón de su pelo. —Solo está agotado. No ha dormido en casi todo el día.

Su marido acarició su pelito negro. —Ven esposa, tenemos que hablar. Déjale el niño a tu abuela.

—Yo me encargo —dijo Idun—. Está hablando con Rose, déjala disfrutar. —Se levantó mostrando su vientre y cogió al niño en brazos. —Así practico.

—Sabes muy bien lo que debes hacer, mujer —dijo Hoenir divertido—. Lo que pasa es que te morías por cogerle en brazos.

Soltó una risita. —Es tan guapo… Espero que tú me des uno así, marido.

Hoenir le guiñó un ojo antes de sentarse de nuevo. Didrik cogió su mano y fueron hacia su habitación. —No pongas esa cara.

Se apartó furiosa. —Será peligroso.

—Sabíamos que el acuerdo con el rey tendría sus dificultades. Me comprometí.

—Lo sé, pero… Iré contigo por si puedo ayudar.

—Sabía que dirías eso, pero no será así.

—¿Qué?

—¡No pienso dejar que des a luz en un barco para que te pase lo mismo que a la esposa de Ake!

—Pero…

—¡Es una orden! ¡Te quedarás aquí y cuidarás de mi hijo!

—¡Didrik! Soy la dueña de esas tierras y…

—He dicho que no —sentenció tenso—. Deberé ir de un lado a otro para hablar con los jarl y no se cuánto tiempo tardaré. Parirás aquí entre los nuestros.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Nacerá en primavera.

—Intentaré darme prisa, pero tú te quedarás.

Sollozó volviéndose y Didrik apretó los labios. —No me pasará nada.

—Pero eso no lo sabré, ¿no es cierto? —gritó volviéndose—. ¿No lo sabré hasta que no regrese ese maldito barco!

—Tú querías esto.

—Lo sé, pero… —Sollozó. —No a costa de perderte.

La abrazó. —No me perderás. Volveré.

Se aferró a su camisa muerta de miedo. —Te necesito.

—Y yo necesito saber que estarás bien y sé que aquí lo estarás, preciosa. Rodeada de mi gente. Volveré en cuanto solucione el problema, te lo juro.

—Nada de paradas en Heirst.

Su marido rio por lo bajo. —Nada de paradas en Heirst. —Acarició su nuca. —Ahora bésame.

Sorprendida le miró. —¿Te vas ya?

—El tiempo empeora. No debo dilatarlo más. Además, cuando antes me vaya antes llegaré.

Acarició sus mejillas. —Recuerda que vivo para ti, esposo.

—Lo mismo digo, mi amor. —La besó apasionadamente como si quisiera grabarse en su memoria y ella abrazó su cuello deseando no separarse de él. Didrik apartó sus labios y sonrió. —Preciosa… Te amo.

Cerró los ojos y soltó su cuello acariciando su pecho. —Y yo a ti.

—No mates a Lene, recaerá sobre tu conciencia. Si hay problemas que se encargue mi hermano. Me llevo a Viggo que está algo alterado con el invierno y tiene ganas de pelea.

—Necesita esposa. Creía que Julianne… Mi hermano, ¿te lo puedes creer? Y van a tener un hijo. —Sonrió. —Dale muchos besos. —Su marido la miró con horror. —Ya me entiendes.

Rio por lo bajo antes de besarla suavemente en los labios. Cuando se apartó acarició su vientre con posesividad antes de alejarse y salir de la habitación sin mirar atrás. Emocionada cerró los ojos volviéndose e intentó reprimir las lágrimas. Escuchó a su marido fuera de la casa gritando las órdenes y como la gente se despedía de él. Corrió hacia la puerta y atravesó el salón llegando al exterior.

Sin aliento llegó hasta el barco y gritó —¡Didrik! —Su marido apareció en la borda y sonrió. —Júrame que volverás.

—Por supuesto, preciosa. Nada me impedirá volver a ti.

Sonrió deteniéndose y observó como el barco se alejaba. —Te lo ha jurado, amiga —dijo Idun.

—Volverá.

—El jarl siempre cumple sus promesas.

Cuando Odalyn caminando como un pato entró en la casa dando un portazo, todos en el salón hicieron una mueca porque su humor empeoraba día a día por la ausencia de su esposo. Y lo peor es que no tenían noticias del jarl desde que se había ido. —Deberíamos ir hasta allí —dijo Baldur—. Ni cuando ha empezado el buen tiempo ha enviado mensaje por alguien para no inquietar a su esposa. Esto no me gusta.

—A mí tampoco —dijo Jensen—. Y cada día que pasa me gusta menos y a Odalyn no digamos. Ese niño va a salir con muy malos humos… Te apoyo hermano, deberíamos ir a buscarle.

—Ni sabemos dónde está —dijo Hoenir—. No sabemos a dónde le ha enviado Alfred.

Entonces escucharon un cuerno y que Odalyn gritaba —¡Mi marido! ¡Es mi marido!

Los hombres salieron corriendo y ella agarrándose el vientre gritó —¡Esperadme!

Idun sonrió con su bebé en brazos. —Amiga no corras.

—Ya, claro. ¡Didrik! —Salió de la casa y cuando consiguió llegar al puerto hasta le faltaba el aire.

—Por Dios mujer, te va a dar algo —protestó Jensen.

Cuando consiguió hablar chilló de la alegría y miró hacia el fiordo donde se mostraba una proa.

—Es un barco anglosajón. Es un maldito barco anglosajón.

Odalyn perdió la sonrisa poco a poco. —¡A las armas! —gritó Baldur haciendo que todos se pusieran a correr de un lado a otro.

—¡Esperad! —gritó ella deteniéndoles—. No se atreverían a venir hasta aquí a no ser que… —Al ver al rey Alfred en la proa al lado de Oswald se le cortó el aliento. —El rey. —Sintió que se le estremecía el corazón porque si habían ido hasta allí era porque había sucedido algo realmente grave. —No. —Miró a Oswald a los ojos y este apretó los labios antes de bajar la vista hasta su vientre.

Corrió hacia ellos y gritó —¿Está vivo?

—Le hirieron a traición, niña —dijo el rey. Gritó de dolor agarrándose el vientre. —¡Pero está vivo! —gritó Alfred.

Parpadeó. —¿Qué?

—Está vivo. Está en la bodega.

Hoenir dio un paso hacia ellos. —¿Y sus hombres?

—Se han quedado allí con Ermin para mantener la situación controlada —dijo Oswald.

En ese momento pusieron la pasarela y ella subió a toda prisa. Corrió hasta la bodega y bajó las escaleras para ver a su marido en una cama como la de un rey con el pecho vendado. Estaba dormido y angustiada se sentó a su lado. —¿Marido? —Pasó la mano por su frente. Estaba acalorado, pero no tanto como para que no se despertara. —¡Marido!

Este abrió los ojos como platos antes de sonreír como un bobo. —Mi preciosa esposa.

—¡Te han herido! ¡Cómo lo has permitido! Espero que estén muertos, ¿están muertos? ¡Contéstame!

—Sí mujer, están muertos. Y antes de que me preguntes la situación del rey está casi arreglada. Queda negociar con unos del este, pero se encuentran aislados y claudicarán. —Él alargó la mano y acarició su vientre. —He llegado a tiempo de verte parir, mujer.

Sollozó asintiendo. —Sí.

—No podía fallarte.

—Jamás me fallarías. —Se agachó para besar sus labios. Cerró los ojos disfrutando de él. —Te amo.

—Como anhelaba oír esas palabras, mujer.

—Y las oirás mientras estés a mi lado.

—Una buena razón para no separarme de ti nunca más.

Epílogo

—¿Dónde está mi marido? —gritó desgañitada agarrándose el vientre con fuerza.

—Abajo, milady. Ya sabe que lo que ocurre cuando una mujer alumbra, es cosa de mujeres —dijo Rose.

—¿La has entendido? —preguntó Idun sorprendida.

—¿Cómo no voy a entenderla si en la última hora lo ha dicho en los dos idiomas?

—Es para que me entere yo —dijo la abuela desde la silla donde estaba sentada tranquilamente.

Agarró a Rose de la pechera del vestido y gritó —¡Quiero que venga!

—Eso no lo he entendido.

—Ya voy yo, amiga —dijo Idun decidida—. Te vas a quedar ronca con tanto grito. Resérvalos para cuando le tengas delante.

—Eso, ve a por él y que se deje de hablar con los amigotes —siseó.

Gritó de nuevo y los que estaban en el salón gimieron mientras el jarl caminaba de un lado a otro más nervioso que en toda su vida. —¡Haced algo! —gritó furibundo.

El rey dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Y qué podemos hacer nosotros?

Idun llegó en ese momento y se acercó ansioso. —¿Cómo está?

—Todo va como debe, pero… —Se detuvo en seco al ver en la puerta a Ake que entró en la casa.

El jarl se volvió y gritó —¿Qué rayos haces tú aquí?

Este sonrió. —¿No soy bienvenido?

—Perdónale jarl, está muy nervioso —dijo Baldur—. Igual era mejor que volvieras otro día. Su esposa…

En ese momento escucharon el grito de Odalyn y Ake apretó los labios. —Felicidades amigo.

Pálido se llevó las manos a la cabeza. —No puedo perderla.

Ake palmeó su hombro. —No te angusties así. Todo irá bien, ya verás.

Le miró a los ojos. —¿Cómo estás?

—Mejor, es duro pero mi hijo me ha ayudado mucho. Por eso venía a daros las gracias. Sobre todo a tu esposa, ella hizo que no cometiera un error que hubiera sentido toda mi vida. Quería agradecérselo.

—No tienes por qué…

—Quiere verte, jarl —dijo Idun interrumpiéndoles.

El jarl corrió hacia la habitación y el rey negó con la cabeza. —Inconcebible. Eso es cosa de mujeres. —Muchos asintieron mientras las mujeres jadeaban.

Oswald susurró —Majestad, mejor no diga todo lo que piense en alto.

Al ver sus miradas amenazantes carraspeó. —Eres el mejor asesor que he tenido nunca, Oswald.

Ake miró al rey con el ceño fruncido. —¿Ya es rey de todos los anglosajones?

—Lo intento.

—Inténtelo con más fuerza. Mi amigo no va a salvarle el trasero continuamente. Espero que se le recompense como debe.

Asombrado miró a Oswald que asintió. —Barón de Edevane —dijo a toda prisa—. Le otorgaré el título y… —Los vikingos levantaron las cejas. —¿No es suficiente?

Gruñeron levantándose y el rey empezó a sudar. —¡Le nombraré mi asesor de confianza! ¡Y le daré más tierras!

Oswald asintió elevando la mano y todos se sentaron de nuevo. —Bien hecho, rey. Mi hija y mi yerno se lo merecen.

Alfred suspiró del alivio y escucharon —¿Cómo que esa zorra se ha ido con un pescador? ¿Ha abandonado a su hijo? ¿Y lo has permitido?

Hoenir hizo una mueca. —Ya se ha enterado de la huida de Lene.

—¿Que me tenía miedo? ¡Si no le hice nada! —Estiraron el cuello intentando escuchar mejor. —¿Que últimamente tengo mal carácter? ¡Ja! ¡Qué mentira! —gritó de nuevo poniéndoles los pelos de punta.

—Madre mía, cuanto sufrimiento. Debe dolerle horrores —dijo el rey.

—¿Nunca ha asistido a un parto? —preguntó Hoenir.

—Pues no. Eso es cosa de… —Carraspeó porque todas las mujeres le miraron. —Vamos, que no.

Viggo entró en la casa y preguntó pasmado —¿Nadie sale a recibirme?

—¿Pero qué haces aquí? —gritó Oswald levantándose.

Sonrió. —Tengo buenas noticias.

El grito de Odalyn le espantó y todos retuvieron el aire antes de escuchar un llanto que les hizo gritar de la alegría. Ake abrazó a Baldur. —Tiene la fuerza de Thor.

—Como sus padres.

Todos se echaron a reír y Hoenir se separó de Viggo. —¿Y esas noticias son?

—Gulthrum ha claudicado en ser monarca de la zona danesa y convertirse al cristianismo. —Miró al rey. —Majestad, ya tiene en su mano convertirse en rey de los anglosajones. —Cogió una jarra y la levantó. —¡Por Alfred el Grande!

Emocionado el rey se levantó y elevó la suya. —Por una mujer fuerte y valiente que arriesgó su vida y derramó su sangre por salvar mi pueblo. Por Odalyn Hovensen. Mi ahora ahijada y baronesa de Edevane.

Todos brindaron a su salud y cuando se hizo el silencio escucharon —¿Cómo que viene otro? —vociferó el jarl.

Rieron y ella les escuchó desde su habitación. —¿De qué se ríen? —preguntó indignada.

Su marido apretó su mano. —Mujer concéntrate.

—Si salen solos. —Sonrió radiante. —¿Has visto que bonita? Es rubia.

—La más preciosa del mundo, pero tienes otra ahí que tiene que salir.

Su abuela con ella en brazos le dijo —A ti te enseñaré mi idioma. —Bajó la voz —Y te casarás con un anglosajón. Ya te guiaré yo.

—Abuela no le digas esas cosas.

La mujer chasqueó la lengua. —Tu madre no tiene gusto.

—Abuela, ya está bien.

Esta soltó una risita. —Vale, puede que ese grandullón sea bien parecido.

Miró a su marido. —Tiene muchas cosas más.

—¿De veras, preciosa? —dijo apretando su mano.

—Eres muy listo y valiente. Y me quieres.

—Muchísimo. ¡Pero también quiero que la saques ya, porque me va a dar algo!

Los hombres rieron de nuevo y Odalyn acarició su mejilla. —Todo va bien.

—Estás sufriendo.

Se emocionó porque se preocupara tanto. —Casi ni lo he notado.

Él sonrió. —Preciosa, que mal mientes. —Se acercó y besó sus labios. —Te amo.

Sus preciosos ojos brillaron. —Lo sé. Me lo has demostrado de todas las maneras posibles y no debes preocuparte, ya no tengo dudas de tu amor por mí.

Suspiró del alivio y Odalyn acarició su mejilla. —Deja de preocuparte, marido. Nunca perderás mi amor porque el latido de mi corazón depende de ti. Solo de ti.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1

2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.